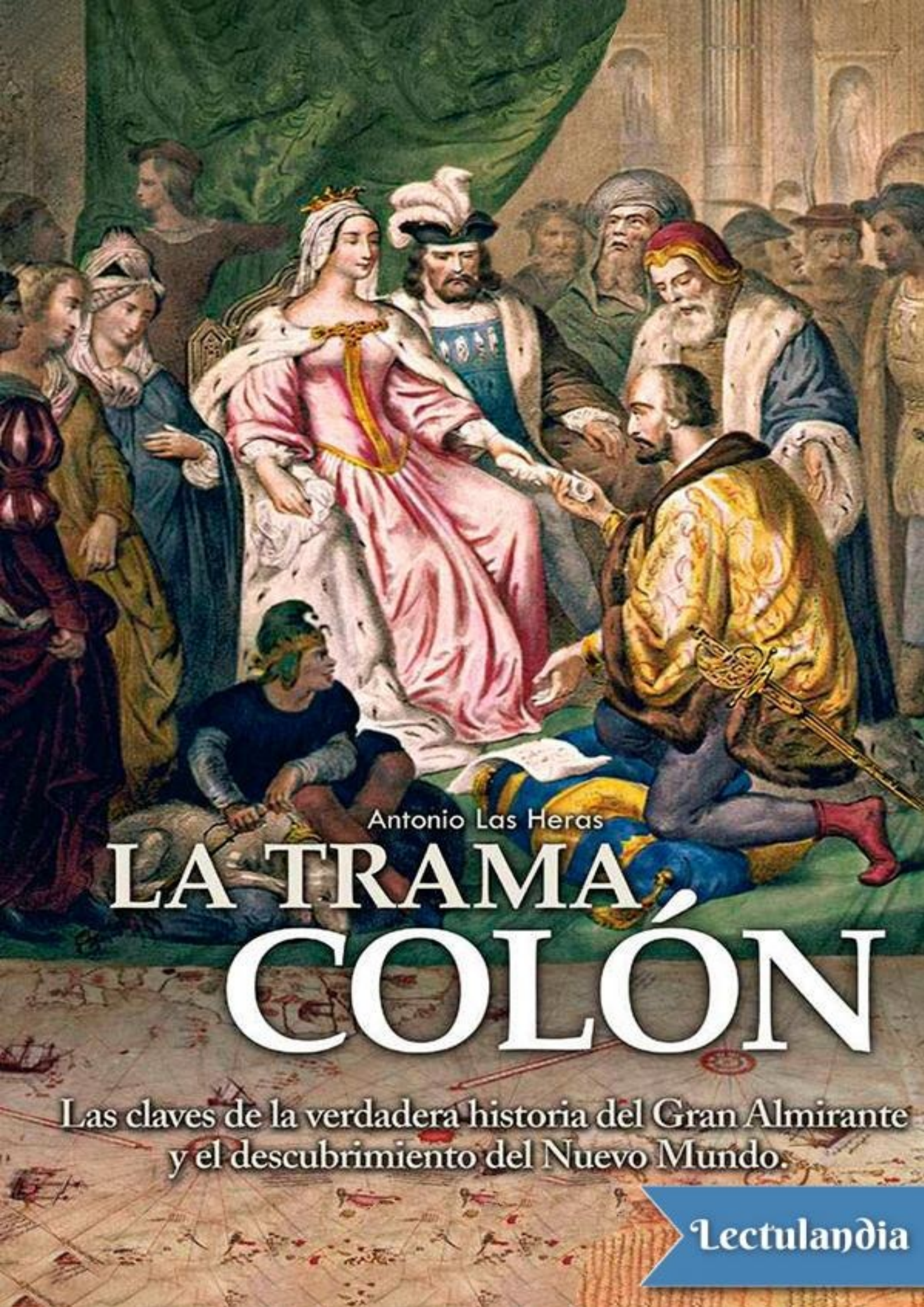




Antonio Las Heras

LA TRAMA, COLÓN

Las claves de la verdadera historia del Gran Almirante
y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Lectulandia

Tras la épica historia del descubrimiento de América se esconde una trama en la que España, Portugal, Francia y la Santa Sede orquestan un viaje para repartirse el mundo.

La epopeya del descubrimiento de América y la vida de Cristóbal Colón nos han llegado, en la mayor parte por los documentos oficiales o escritas por el propio marino y por su hijo Hernando, huelga decir que tanto las crónicas oficiales como las biografías presentan no pocas partes que han sido deliberadamente silenciadas. Un breve análisis de las crónicas de Bartolomé de las Casas o de los escritos de Garcilaso de la Vega revela datos tan sorprendentes como que Colón ya tenía pruebas fidedignas de que la Tierra era redonda y de que había territorios más allá del océano Atlántico. *La trama Colón* ausculta esos textos para desvelarnos que el viaje del Gran Almirante se hizo sobre una cartografía conocida y que el fin de la expedición era conceder la hegemonía comercial mundial a España y Portugal.

Existen numerosos documentos que atestiguan que las antiguas civilizaciones chinas, vikingas e incluso romanas establecieron conexiones comerciales con los indígenas americanos; existen testimonios de la esfericidad de la Tierra desde el siglo III, cuando Eratóstenes calcula el diámetro de la Tierra; también en el siglo X Al-Maqdisi describe la Tierra con 360 grados de longitud y 180 grados de latitud. Colón conocía estos datos y manejaba diversas cartografías que los corroboraban, además en las islas de Madeira descubría objetos arrojados por el mar a la costa —maderas talladas e incluso una embarcación con unos cadáveres vestidos de extrañas maneras—. Sabía de la existencia de un Nuevo Mundo no tan nuevo, así que mediando Fray Juan Pérez y Fray Antonio de Marchena consigue la financiación de su viaje en la que poco tienen que ver los Reyes Católicos y mucho los grandes comerciantes sefardíes, el origen judío de Colón y la participación de más de treinta judíos en la expedición pueden indicar que el objetivo era conseguir una tierra en la que los judíos pudieran eludir la persecución de los Reyes Católicos.

Esta tesis es la que fundamenta Antonio Las Heras en este riguroso trabajo histórico.

Antonio Las Heras

La trama Colón

Manipulación en el descubrimiento de América

ePub r1.0

Titivillus 04.06.2021

Título original: *La trama Colón*
Antonio Las Heras, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La trama Colón](#)

[Introducción](#)

[Capítulo I](#)

[La esfericidad de la Tierra](#)

[El mensaje de las letras](#)

[La escuela griega](#)

[La escuela china](#)

[La escuela árabe](#)

[Astronomía en la Edad Media](#)

[Capítulo II](#)

[Colón y el mundo secreto](#)

[Fenicios y cartagineses en América](#)

[Otros grupos en América](#)

[Chinos en América](#)

[Hebreos y templarios en América](#)

[Capítulo III](#)

[Los mapas del predescubrimiento](#)

[El mapa de Ptolomeo](#)

[La obra de Al-Juarizmi](#)

[El mapa de Walsperger y el mapamundi de Cresques](#)

[El mapa de Henricus Martellus Germanus](#)

[El mapa de Cantino](#)

[El mapa de Waldseemüller y el de Piri Reis](#)

[Otros mapas sorprendentes](#)

[La esfera terrestre de Martin Behaim](#)

[Capítulo IV](#)

[El origen de Colón](#)

[El origen catalán](#)

[El origen mallorquín](#)

[El origen portugués](#)

[Otras teorías](#)

[El origen judío](#)

[Capítulo V](#)

[Recuerdos de una vida azarosa](#)

[Capítulo VI](#)

[Los hombres del Almirante](#)

[El misterioso piloto anónimo](#)

[Los hermanos Pinzón](#)
[Otros marinos](#)
[Capítulo VII](#)
[Camino al «descubrimiento»](#)
[Rodrigo de Triana, o la bolsa vacía](#)
[La lealtad de Pinzón](#)
[Anexo I](#)
[Los regresos a América](#)
[La llegada](#)
[Tercer viaje](#)
[El Almirante cae en desgracia](#)
[Cuarto viaje](#)
[Anexo II](#)
[El viaje póstumo del Almirante](#)
[Tumbas al ras de la polémica](#)
[Primera tumba de Colón: Valladolid, España](#)
[La segunda sepultura: La Española, Santo Domingo, República Dominicana](#)
[La tercera sepultura: La Habana, Cuba](#)
[La sepultura oficial: La catedral de Sevilla, España](#)
[La nueva sepultura en La Española, Santo Domingo, República Dominicana](#)
[Las ciudades rivalizan](#)
[Conclusiones](#)
[Bibliografía](#)
[Webgrafía](#)
[Sobre el autor](#)

Introducción

Esta obra surge ante la necesidad de arrojar luz sobre los verdaderos acontecimientos que rodearon el Descubrimiento de América y sobre la auténtica personalidad de su principal protagonista: Cristóbal Colón.

Hasta hoy, la historia oficial se ha encargado de contarnos los hechos con la intención de realzar la figura del «descubridor» como el intrépido hombre que, desde su humilde origen genovés, logró llegar ante los Reyes Católicos y convencerlos de hacer realidad un proyecto personal, increíble y ambicioso; el cual, además de incluir el descubrimiento de una ruta a la India por el oeste, le permitiría demostrar su teoría de la esfericidad de la Tierra. Y que, sólo por casualidad, lo llevó al descubrimiento del Nuevo Mundo (cosa de la que Colón nunca se habría enterado, pues murió con la convicción de haber arribado a la India).

Sin embargo, esta «historia», como todo engaño sin fundamentos para sustentarse, no se puede seguir sosteniendo. Porque quienes decidimos investigar la verdad hemos hallado que todo lo que nos han contado es una gran mentira.

Sí, admitámoslo: lo que nos han relatado durante largos años sobre Colón y su «descubrimiento» es totalmente falso. Y el primero que comenzó con este fraude fue el mismo Colón, al mentir y ocultar los datos de su nacimiento y su infancia.

Nada sabemos sobre los primeros años de vida del Almirante; y su juventud, hasta su arribo a Portugal, constituye un misterio. A raíz de esto, se han creado varias teorías sobre su origen: genovés, catalán, ibicenco, francés, entre otros. Hasta hay quienes afirman que era hijo del Príncipe de Viana (hermano de Fernando de Aragón). Y quienes le atribuyen la usurpación de la personalidad del verdadero Cristóforo Colombo, marino genovés que habría muerto en un naufragio.

Actualmente se están llevando a cabo estudios genéticos de los restos de la familia Colón (Cristóbal, Diego, Bartolomé y Fernando), para determinar

cuál fue su procedencia. Gracias a los avances científicos estamos cada vez más cerca de dilucidar este enigma.

Aquí presentamos un pormenorizado informe de las hipótesis más destacadas sobre el origen de Colón y los estudios que se han realizado y que se están llevando a cabo para determinar con exactitud de dónde provino realmente.

Lo que nosotros planteamos, con criterio objetivo y científico, es que no existen dudas de la procedencia judía del Almirante, y que este hecho justifica y explica muchos otros que habían permanecido, hasta ahora, en la más absoluta oscuridad. Como, por ejemplo, que la mayor parte de la primera expedición de Colón fuera financiada por judíos; que algunos de ellos, como en el caso de Luis de Santángel, Escribano de Ración de la Corona de España, tuvieron una fuerte influencia sobre los reyes Fernando e Isabel, a favor del «proyecto de Colón».

A partir de allí, desarrollaremos nuestra teoría sobre el verdadero objetivo de los planes del Almirante. No olvidemos que la Inquisición se había puesto en marcha y que el plazo para que los judíos abandonaran España caducaba el día en que Colón partió del puerto de Palos rumbo al continente «desconocido». Y este hecho es suficiente para que nos llame la atención.

Lo de demostrar que la Tierra era esférica también supone una gran falacia. Todos, en aquella época, sabían perfectamente cuál era la forma terrestre, porque ese conocimiento no era nuevo: Aristóteles ya lo había planteado en el siglo IV a. C., y Eratóstenes de Cirene lo comprobó en el III a. C. De este modo queda descartada totalmente la fábula creada por la historia oficial.

Pero este no es el único hecho que se ocultó con respecto a los conocimientos que se poseían en la época de Colón. Como lo prueban los mapas en donde ya figuraba parte de América y que datan de tiempos anteriores al «descubrimiento» de 1492. Y sabemos que Colón tuvo acceso a ellos. ¿Cómo y por quiénes fueron confeccionados estos mapas? Existen pruebas fehacientes de que varias civilizaciones viajaban a América desde épocas remotas. Y estas pruebas se encuentran en el mismo continente americano y en importantes textos como el Antiguo Testamento. Egipcios, hebreos, fenicios, vikingos, chinos... e inclusive los templarios, todos ellos habían cumplido ya con el «sueño» de Colón muchos siglos antes de que él lo hiciera. Y es lógico que sus conocimientos hubieran sido transmitidos a quienes se encargaron de plasmarlo en los mapas. Dedicamos un extenso

capítulo a este tema porque consideramos que fue un antecedente fundamental para el éxito de la empresa colombina.

Cristóbal Colón, a quien no podemos negarle su capacidad de excelente investigador, dedicó gran parte de su vida a la recolección de datos que le proporcionaran garantías a «su proyecto». Y es así como llegó a adquirir una gran cantidad de valiosa información, no siempre por medios lícitos, y a costa de la vida de varias personas, entre las que se cuenta la de su informador más importante: el misterioso Alonso Sánchez de Huelva.

Incluimos, además, una aproximación a la verdadera personalidad del Almirante. Un hombre que, con pocos o casi ningún escrúpulo, logró obtener lo que deseaba: confianza, riqueza, títulos y honores. Y que hacia el final de su vida y habiéndolo perdido todo no dejó de luchar por ser reconocido nuevamente como el «héroe» de esta historia.

Hacemos notar al lector que en algunas transcripciones de documentos antiguos, conservamos la ortografía o la toponimia, originales, con el fin de trasladar el «sabor» de la expresión de ese tiempo.

Esta obra ha sido escrita con la intención de descorrer el velo que ha ocultado, durante siglos, la verdadera naturaleza de los hechos que tuvieron lugar antes, durante y después del 12 de octubre de 1492. Con el debido reconocimiento a quienes, como nosotros, llevan años investigando para arribar a la verdad. Porque todos necesitamos que Cristóbal Colón y el «Descubrimiento de América» dejen de ser un enigma y que la verdad salga a la luz.

Capítulo I

La esfericidad de la Tierra

Durante generaciones, la historia oficial ha postulado que el objetivo de Colón, al realizar el viaje del «descubrimiento», era encontrar una nueva ruta, por el oeste, hacia las Indias (nombre que se le daba por aquellas épocas a Asia), ya que el camino a Oriente vía terrestre estaba bloqueado por los turcos otomanos.

Su idea era la de llegar hasta allí por mar, navegando hacia el poniente, para demostrar, además, su teoría de que la Tierra era redonda.

¿Por qué debía demostrar esto?

Porque hasta ese momento existía la creencia de que la Tierra era plana como un disco y que estaba limitada por un inmenso mar, cuya extensión hacia el oeste iba más allá del cabo de Finisterre y del estrecho de Gibraltar, situados en los extremos occidentales del mundo —hasta entonces— conocido.

Se afirmaba que ese océano no era navegable y que todo aquel que intentara emprender la aventura de atravesar sus aguas no regresaría nunca, pues se precipitaría a sus abismos o sería devorado por los espantosos monstruos que lo poblaban.

Esta creencia —dice la «historia oficial»— impedía que alguien se aventurara a navegar por esas aguas, por lo que América era un continente desconocido antes del primer viaje de Colón en 1492. Por eso —agrega— este intrépido navegante fue el primero en atreverse a llevar adelante un plan de viaje sumamente arriesgado, con el fin de demostrar su teoría de que la Tierra era redonda.

Sin embargo, y en contra de todo lo expuesto hasta ahora, existen pruebas irrefutables de que la esfericidad de la Tierra era bien conocida desde siglos antes y, obviamente, en tiempos de Colón.

También se sabía de la existencia de las tierras que recibirían, años después del primer viaje de Colón, el nombre de América.

Cabe preguntarse, entonces: ¿con qué finalidad se construyó una historia tan alejada de la realidad? ¿Qué fue lo que se intentó ocultar?

Trataremos de responder esos interrogantes a lo largo de esta obra y, para ello, haremos un repaso histórico de las distintas teorías sobre la redondez de la Tierra elaboradas por los hombres que sentaron las bases de la ciencia moderna, varios siglos antes de que el navegante Cristóbal Colón entrara en escena.

El mensaje de las letras

El conocimiento que se tenía sobre la forma esférica de nuestro planeta, había sido reflejado ya en algunas obras literarias. Tal es el caso de la *Divina Comedia*, del poeta italiano Dante Alighieri, escrita entre los años 1304 y 1321. En ella, Dante da por sentada la premisa de la redondez. Sitúa el Purgatorio en una isla ubicada en las antípodas de Jerusalén, en medio del Pacífico. El Infierno, en cambio, es un embudo o cono invertido que se estrecha a través de nueve círculos concéntricos hasta el centro de la Tierra — que coincide con su vértice— donde vive Lucifer. Desde allí, para pasar al otro hemisferio, Dante y Virgilio deben antes descender aferrándose de los cabellos de Satanás, que está hundido en el hielo en el mismo centro del globo terráqueo. Y en el momento de cruzar por él, para acceder al hemisferio opuesto, tienen que darse la vuelta porque la dirección de la gravedad se ha invertido:

Pero renace la noche, y ya es hora
69 de partir que ya hemos visto todo.
 Como lo quiso, a su cuello me abracé,
 y él eligió el momento y el lugar justo,
72 y cuando las alas estuvieron bien abiertas,
 se prendió de las vellosas costillas;
 de pelo en pelo abajo descendió luego
75 entre el hirsuto pelo y las heladas costras.
 Cuando llegamos al sitio donde nace
 la pierna, sobre el grueso del anca,
78 el Conductor, con fatiga y con angustia,
 volvió la testa hacia donde tuviera las zancas
 y aferróse al pelo como el que sube,
81 de modo que al infierno creía yo estar retornando.
 Está bien atento, que por esta escala,

dijo el Maestro, jadeando como hombre exhausto,
 84 conviene alejarnos de tantos males.
 Después salió afuera por la brecha de una roca,
 y púsome sobre el borde a que me sentara;
 87 luego junto a mí detuvo el prudente paso.
 Yo levanté la viste y creía poder ver
 a Lucifer como lo había dejado
 90 y lo vi con las piernas hacia arriba;
 y si debí entonces quedar trastornado,
 júzguelo la grosera gente, que no percibe
 93 cuál es aquel punto por el que había pasado.
 Álzate, dijo el Maestro, de pie,
 la ruta es larga y el camino áspero,
 96 y ya el Sol a media tercia se acerca.
 No era galería de palacio el lugar
 donde estábamos, mas natural caverna
 99 que tenía feo suelo y luz escasa.
 Antes que del abismo me arranque,
 Maestro mío, dije yo cuando estuve erguido,
 102 háblame un poco para quitarme de error:
 ¿dónde está el hielo? y ¿cómo clavado está
 éste así boca abajo? ¿y cómo en tan pocas horas
 105 de tarde a mañana ha hecho el Sol su trayecto?
 Y él a mí: Te imaginas todavía que estás
 del otro lado del centro, donde yo me tomé
 108 de la piel del infame verme que taladra el mundo.
 Allí estuviste en tanto descendía;
 cuando me volví, pasaste el punto
 111 al que se atraen de todas partes los pesos.
 Y ahora al hemisferio has llegado
 que está contrapuesto al que la gran seca
 114 cubre, y en cuya cima fue muerto
 el hombre que nació y vivió sin pecado;
 los pies tienes sobre una pequeña esfera
 117 que en la otra cara mira a la Judeca.
 Aquí es mañana, cuando allá es la tarde;
 y éste, que nos sirvió de escala con el pelo,
 120 clavado está así como antes era.
 Por este lado cayó desde el Cielo;
 y la Tierra, que antes de acá se tenía,
 123 por miedo de él hizo del mar vela,
 y vino al hemisferio nuestro; y tal vez,
 por huir de él, dejó aquí un lugar vacío
 126 que aparece de este lado, y para arriba remonta.

Lugar hay allí abajo, de Belcebú bien remoto,
tanto cuanto la tumba se extiende,
129 que no vemos, sino por el rumor percibimos
de un arroyuelo que aquí desciende
por el hoyo de una piedra, que él ha roído,
132 con sinuoso curso y de pendiente poca.
El Conductor y yo, por ese camino escondido,
entramos a retornar al claro mundo;
135 y sin cuidarnos de reposo alguno,
subimos, él primero y yo segundo,
tanto que vi las cosas bellas
138 que lleva el Cielo, por un resquicio redondo.
Y entonces salimos a rever las estrellas.

Dante Alighieri, *Divina Comedia*, Cántico I «Infierno», Canto XXXIV.



Cristóbal Colón haciendo mediciones sobre un globo terráqueo. Como demuestra la pintura de la época, la teoría de la esfericidad de la Tierra no era nueva.

En los siglos XIV y XV, un libro titulado *Los viajes de sir John Mandeville*, escrito por el mismo Mandeville (llamado también Jean de Bourgogne), se hizo muy popular y fue uno de los más leídos de su época.

El autor no era un verdadero viajero sino un divulgador literario que presentaba como suyos los relatos obtenidos de viajeros auténticos. En su crónica aparece la descripción de una estatua ecuestre del emperador Justiniano que se encontraba frente a la catedral de Santa Sofía, en Constantinopla.

El emperador llevaba en la mano una manzana «*para simbolizar su dominio sobre toda la tierra*», escribe el autor, y añade: «*la cual es redonda*». El libro data del año 1360.

El *Surya Siddhanta* o «Sistema del Sol», entretanto, es un tratado hindú de astronomía que forma parte de los cinco Siddhantas (sistemas astronómicos) cuyo origen se puede ubicar alrededor del año 400 d. C.

Es la obra de Surya, el dios Sol, y está escrito en verso, en estrofas épicas. En este texto se dice de nuestro mundo que: «*en todos sitios de la esfera, los hombres creen que su lugar es arriba. Pero dado que se trata de una esfera en el vacío, ¿cómo puede haber un abajo y un arriba?*».

El Corán, por su parte, aporta la siguiente cita:

«*Él ha creado los cielos y la tierra en verdad. Él enrolla (envuelve) la noche en el día, y envuelve el día en la noche*» (Corán 39:5).

El término árabe que se traduce como «enrollar» o «envolver» es *takwir*. En español significa «hacer que una cosa sea envuelta por otra, plegándola como si fuese una tela extendida» (en los diccionarios árabes, esta palabra es utilizada para designar la acción de enrollar una cosa alrededor de otra).

Los estudiosos del Corán afirman que la descripción que hace este texto sagrado en dicho versículo da cuenta de la forma esférica del mundo de una manera precisa porque, de no ser así, no tendría sentido la necesidad de enrollar o envolver «*la noche en el día y el día en la noche*».

Parece obvio que si en obras literarias, de crónicas de viajes y religiosas que datan de épocas muy anteriores a Colón ya se postulaba la esfericidad de la Tierra, esto supone era un hecho perfectamente establecido desde varios siglos antes de que el famoso navegante planteara su «novedosa» teoría.



Dante Alighieri elaboró su libro *La Divina Comedia* sobre la premisa de que la Tierra era redonda, tal cual lo postulaban los griegos.

La escuela griega

La pregunta que surge ahora es: ¿cómo se llegó al conocimiento de la esfericidad de la Tierra? ¿Quién descubrió este hecho y por qué medios lo hizo?

Para responder a estos interrogantes es menester repasar, sucintamente, el pensamiento de quienes, de una manera u otra, tuvieron que ver con el desarrollo del conocimiento astronómico y matemático, gracias a los cuales se llegó a postular que la Tierra era redonda.

Tales de Mileto, por ejemplo, vivió en Grecia entre los años 624 y 546 a. C., y se destacó por sus trabajos en filosofía y matemática. Tanto es así que se lo considera el padre de la geometría porque fue el primero en realizar demostraciones de teoremas mediante el razonamiento más lógico.

Utilizando sus conocimientos de geometría, Tales logró calcular las dimensiones de las pirámides de Egipto y la distancia desde la costa hasta los barcos en alta mar. Así, sentó las bases para que otros sabios, posteriores a él, pudieran determinar la esfericidad de la Tierra.

Su hipótesis era que nuestro planeta se asemejaba a un cilindro que flotaba en un océano.

Tales fue quien, luego de realizar largas observaciones de la Osa Mayor, instruyó a los marinos para que en sus viajes se guiaran por esta constelación. Fue el primero en afirmar que la Luna brilla por reflejo del Sol y determinó el número exacto de días que tiene el año.

Mediante la utilización del Saros (un ciclo de 18 años, 10 días y 8 horas) predijo con exactitud el eclipse solar del año 585 a. C., que sirvió para detener una batalla entre medos y lidios.

También entre los griegos, un contemporáneo de Tales, Anaximandro de Mileto, desarrolló una teoría cosmológica que planteaba que los cuerpos celestes que se observaban por las noches eran agujeros negros en medio de una gran bóveda constituida por los cielos. Consideró que la esfera solar era unas 18 veces mayor que la Tierra.

Su pupilo, Anaxímedes de Mileto, agregó que el compuesto fundamental del universo era el aire.

Pitágoras, por su parte, fue un filósofo, matemático, astrónomo, músico, poeta y esoterista que vivió entre los años 569 y 475 a. C. en Samos. Fue discípulo de Tales, quien influyó para que estudiara también con Anaximandro, natural de Mileto, en Egipto.

Luego de ser apresado durante la guerra entre Egipto y Persia, fue enviado a Babilonia, donde perfeccionó sus conocimientos en aritmética y música. Hacia 520 a. C. regresó a Samos y creó una escuela llamada *el semicírculo*, donde se mantenían reuniones políticas.

En el año 518 a. C. viajó al sur de Italia y fundó en Crotona una escuela iniciática en la que se impartían conocimientos de filosofía, matemática y música, incluyendo la gimnasia como eje fundamental de la formación académica.

Basaba su sistema de enseñanza en la creencia en la inmortalidad del alma y la reencarnación. Sus seguidores eran llamados *mathematikoi* porque sostenían que el mundo conocido podía ser explicado a partir de la matemática. Un ejemplo de que todas las relaciones podían ser reducidas a relaciones numéricas, dado por el sabio, era la afirmación de que las cuerdas vibrantes de una lira poseen tonos armoniosos cuando la relación de sus longitudes son números enteros.

Su escuela constituía una orden iniciática y esotérica. Se aceptaba a hombres y mujeres que debían observar estricto secreto y lealtad entre ellos. La mayor parte de sus miembros se despojaban de sus pertenencias personales y se hacían vegetarianos.

Pitágoras sostuvo que el nivel más profundo de la realidad es de naturaleza matemática; que la filosofía puede ser utilizada para la purificación espiritual; que el alma puede ascender para unirse con lo divino y que algunos símbolos poseen un elevado poder místico.

Se interesó sobre todo por los números, otorgándoles un valor abstracto, lo que permite que sean aplicados a muchas circunstancias, como vimos en el ejemplo de las cuerdas de la lira citado anteriormente.

Su teorema «*En todo triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de sus catetos*» pasó a la historia y aún continúa siendo estudiado en las escuelas de todo el mundo.

Partiendo de la base de que la Tierra era redonda (por ser la esfera la figura geométrica perfecta por excelencia), planteó los siguientes paradigmas astronómicos:

1. -Los planetas, el Sol, la Luna y las estrellas se mueven en órbitas circulares perfectas.
2. -La velocidad de los astros es perfectamente uniforme.
3. -La Tierra se encuentra en el centro exacto de los cuerpos celestes.

Sus discípulos, Platón y Sócrates, siguieron fielmente estos paradigmas que significaron, también, el punto de partida de las posteriores teorías geocéntricas.

Pitágoras fue el primero en verificar que la órbita de la Luna estaba inclinada y que Venus es la misma estrella que observamos en las mañanas y en las tardes.

Pitágoras murió en Metaponte, sin que se sepa la causa de su muerte.

También Hiceto y Ecfanto de Siracusa, astrónomos que, se supone, vivieron en el siglo VI a. C. sostuvieron la teoría de la esfericidad de la Tierra, a la que consideraban el centro del universo, y que daba una vuelta diaria en torno a su eje.



Pitágoras de Samos fue el primero en verificar que la órbita de la Luna estaba inclinada, y que Venus era la misma estrella que aparecía por la mañana y por las tardes.

Anaxágoras de Clazomenae, en tanto, vivió en Jonia entre los años 488 y 428 a. C.

Al contrario de lo que se sostenía desde la época de Pitágoras, afirmaba que la Tierra era un cilindro y no una esfera.

Consideraba que el Sol era una piedra incandescente, cuyas dimensiones no superaban a las de Grecia, y que la Luna tenía montañas y estaba habitada.

Sugirió que la Luna brillaba por el reflejo de la luz del Sol y que en los eclipses de Sol era la sombra de la Luna la que caía sobre la Tierra. Fue procesado por declarar que los cuerpos celestes no eran divinos y salvó su vida gracias a la intervención de Pericles.

Otro pensador griego, Eudoxio de Cnido, fue un matemático y astrónomo que nació en el año 408 a. C. y murió en 355 a. C.

Sus primeros estudios fueron sobre medicina, influido por su familia. Luego ingresó en la escuela de Platón y finalmente se trasladó a la ciudad de Heliópolis, en Egipto, patrocinado por el rey Ageliseo, para concretar sus estudios de astronomía con los sacerdotes de esa ciudad.

Al regresar a Grecia, fundó una escuela de filosofía, matemática y astronomía.

En geometría tuvo mucha influencia sobre Euclides con su teoría de las proporciones y el método exhaustivo, razón por la cual está considerado como el padre del cálculo integral.

El método exhaustivo le permitió abordar el problema del cálculo de áreas y volúmenes, como el de la pirámide, cuyo volumen es un tercio de un prisma que tenga la misma base. Fue el primero en establecer que la duración del año era mayor en 6 horas a los 365 días.

En su obra *Fenómenos* realizó una detallada descripción de la salida y ocultación de los astros.

Pero fue su segundo escrito (*Las velocidades*) el que alcanzó el mayor prestigio. En él planteaba un modelo de sistema solar en el que la Tierra era esférica y estaba situada en el centro.

Para explicar el movimiento de los astros se valió de un sistema muy ingenioso, donde les otorgaba a cada uno de ellos varias esferas. Alrededor de la Tierra giraban tres esferas concéntricas, de las cuales la externa llevaba las estrellas fijas y tenía un período de rotación de 24 horas; la del medio rotaba de este a oeste en un período que completaba 223 lunaciones; y la interna era la de la Luna y rotaba en un período de 27 días 5 horas 5 minutos. A cada uno de los cinco planetas le adjudicó cuatro esferas, y al Sol y la Luna, tres. Eran, en total, 26 esferas.

Construyó un observatorio astronómico a orillas del Nilo desde donde realizó observaciones que le permitieron trazar un mapa del cielo.

También se dedicó al estudio de diversos calendarios, según los cambios estacionales y meteorológicos y las crecientes del Nilo.

Aristóteles, quizás, sea el pensador más emblemático de la antigua Grecia, junto con Sócrates y Platón. Nació en Estagira (actual ciudad griega de Stavro, entonces perteneciente a Macedonia), razón por la cual también fue conocido posteriormente como El Estagirita.

Estudió en la Academia de Platón, de la que luego fue maestro hasta el año 347 a. C. Tras una estadía en Assos, ciudad de Asia Menor en la que gobernaba su amigo Hermias de Atarneus, se trasladó a Pella, antigua capital de Macedonia, en donde fue tutor de Alejandro (más tarde Alejandro III el Magno), hijo menor del rey Filipo II. Al acceder Alejandro al trono en el año 336 a. C. regresó a Atenas donde fundó su propia escuela: el Liceo. Debido a que gran parte de las discusiones y debates se desarrollaban mientras maestros y estudiantes caminaban por su paseo cubierto, sus alumnos recibieron el nombre de peripatéticos.

En astronomía fue quien dio los primeros argumentos sólidos a favor de la teoría de la esfericidad de la Tierra. En su obra *De los Cielos* (340 a. C.) planteó que la Tierra era una esfera y no una plataforma plana. Hizo notar que las estrellas parecen cambiar su altura en el horizonte según la posición del

observador en la Tierra. Este fenómeno puede explicarse partiendo de la premisa de que nuestro planeta es redondo, pero resulta incomprensible si se lo supone plano.

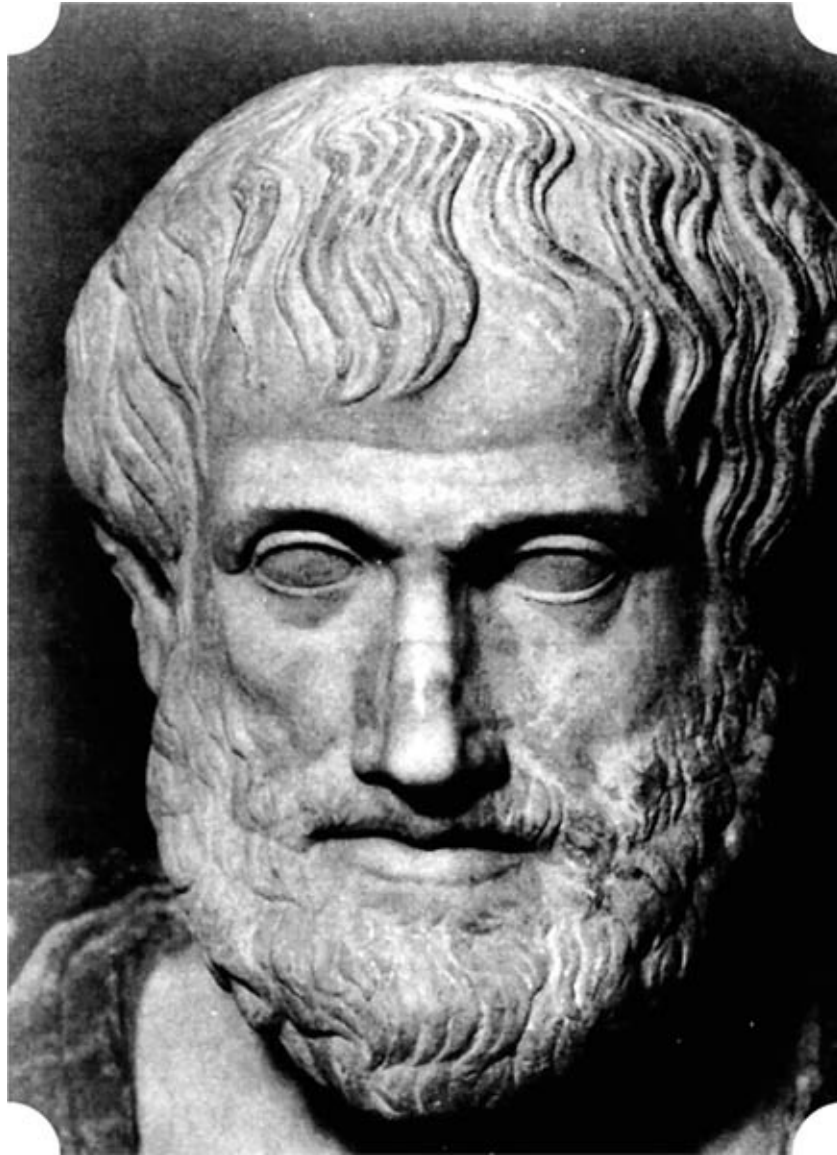
Observó que cuando un barco se aleja en cualquier dirección, lo primero que desaparece es el casco, luego las velas. Esto demostraba que la superficie del mar es curva. Además, el efecto no depende de la dirección del barco, así que el mar (y por lo tanto la Tierra) tiene la misma curvatura en todas las direcciones. La única figura que posee esa propiedad es la esfera. Luego, la Tierra es esférica.

Observó que los eclipses lunares se deben a que la Tierra se sitúa entre el Sol y la Luna: al ser la sombra de la Tierra sobre la Luna siempre circular, y teniendo en cuenta que la esfera es la única figura que arroja siempre una sombra circular en cualquier dirección, entonces la Tierra es esférica. Aclaraba que si hubiese sido plana, la sombra se proyectaría en forma alargada y elíptica.

Basado en su teoría, Aristóteles estimó que la circunferencia de la Tierra era de 400 000 estadios (medida antigua, con una longitud aproximada de 200 metros por estadio), más o menos el doble de la longitud real de dicha circunferencia.

Elaboró también un modelo propio del universo que se fundamentaba en el sistema geocéntrico propuesto por Eudoxio de Cnido (llamado de las esferas homocéntricas) y modificado posteriormente por Calipo.

Mantuvo de ese modelo la idea de que la Tierra es el centro del universo, pero consideró que las esferas estaban constituidas por una sustancia muy pura y transparente, que rodeaban realmente a la Tierra y en las que se engarzaban, como piedras preciosas, todos los cuerpos celestes visibles.



Aristóteles. Planteó por primera vez que la Tierra es una esfera y no una plataforma plana, ya que las estrellas cambian su altura en el horizonte según la posición del observador.

Para explicar los movimientos planetarios, Aristóteles pensó en una «fuerza divina» que transmitía sus movimientos a todas las esferas desde aquella que era la más externa, o esfera de las estrellas fijas, a la más interna, o esfera de la Luna. Por medio de esta idea, elevó de 33 hacia 55 el número total de esferas, todas relacionadas entre sí, lo cual complicó todo el sistema (Calipo, para esta época, ya había agregado siete esferas al modelo de su maestro Eudoxio).

Esta teoría fue sustituida por el sistema de Ptolomeo (siglo II d. C.), siempre geocéntrico, pero que tenía en cuenta de manera más precisa los movimientos celestes y que fue universalmente aceptado hasta Copérnico.

Para Aristóteles, la Tierra se componía de cuatro elementos: tierra, aire, agua y fuego, mientras que el Sol y los demás cuerpos celestes estaban

compuestos por éter, sustancia que les permitía arder eternamente. Pensaba que en muchos lugares, bajo tierra, el aire se encontraba comprimido y que los terremotos se producían cuando este aire se dilataba.

Fue el primero en plantear que cuanto hay sobre la Tierra es atraído hacia su centro y que la fuerza que lo hace posible se llama gravedad. Sus obras más importantes fueron *Metafísica*, *De los Cielos* y *Meteorología*.

Eratóstenes de Cyrene nació en Cyrene (Libia) en el año 276 a. C. Fue astrónomo, historiador, geógrafo, filósofo, poeta, crítico teatral y matemático; realmente un erudito de su época que le valió ser el tercer director de la Biblioteca de Alejandría por el año 255 a. C.

Recibió su formación en Alejandría y Atenas.

Su principal contribución a la astronomía fue su trabajo de medición de la Tierra. Como en esa época algunos todavía dudaban de las teorías de Aristóteles sobre la esfericidad de nuestro planeta, él fue más lejos que su antecesor con el fin de probar fehacientemente ese hecho.

Al estudiar los papiros de la Biblioteca de Alejandría, encontró un informe de observaciones realizadas en Siena, a unos 800 km al sureste de Alejandría, donde se decía que los rayos solares al caer sobre una vara durante el mediodía del solsticio de verano (el actual 21 de junio) no producían sombra; efectuó, entonces, la experiencia en Alejandría y Siena simultáneamente, el mismo día y a la misma hora.

Asumió de manera correcta que si el Sol se encontraba a gran distancia, sus rayos, al alcanzar la Tierra, debían llegar en forma paralela, si ésta en verdad fuera plana, y no se deberían encontrar diferencias entre las sombras proyectadas por los objetos a la misma hora del mismo día, independientemente de donde se midieran.

Sin embargo, al demostrarse que sí lo hacían (la sombra dejada por la torre de Siena formaba siete grados con la vertical, mientras que en Alejandría no se producía sombra) dedujo que la Tierra no podía ser plana, y utilizando la distancia conocida entre las dos ciudades y el ángulo medido de las sombras calculó la circunferencia de la Tierra en aproximadamente 250 mil estadios (de 39 000 a 45 000 km).

La medida real está cercana a los 40 000 km, con lo cual llegó a un valor bastante exacto para la época y sus recursos. Esta medida de la circunferencia de la Tierra perduró por siglos. Tal es así que los portugueses, en el siglo XV, la tenían por válida, y fue una de las razones por las que rechazaron el proyecto de Colón, quien la calculaba en 25 000 km (naturalmente, no medían en kilómetros).

Otra de sus contribuciones a la ciencia fue que calculó la distancia al Sol en 804 000 000 estadios y la distancia a la Luna en 780 000 estadios. Midió casi con precisión la inclinación de la eclíptica en $23^{\circ} 51' 15''$, y realizó una compilación en un catálogo de cerca de 675 estrellas.

Creó uno de los calendarios más avanzados para su época y una historia cronológica del mundo desde la guerra de Troya.

Realizó investigaciones en geografía dibujando mapas del mundo conocido, de grandes extensiones del río Nilo y describió la región de Eudaimon (actual Yemen) en Arabia.

Eratóstenes se sometió a un ayuno voluntario, por lo que murió en el año 194 a. C., afectado por la ceguera, en la ciudad de Alejandría.

Otro griego, Aristarco de Samos, también sumó aportes de magnitud. Fue discípulo de Estratón de Lampsacos, director de la escuela peripatética fundada por Aristóteles.

Más tarde, el propio Aristarco accedería a ese rango, sucediendo a Teofrasto entre los años 288 y 287 a. C.

Con respecto a Aristarco su dedicación a la geometría y sus trabajos sobre ésta le valieron el apodo de «El Geómetra».

La mayor parte de su obra se conoce por referencias de otros autores; la única que ha perdurado es *Sobre las magnitudes y las distancias del Sol y de la Luna*. Sin embargo, Aristarco llegó a proponer un auténtico sistema heliocéntrico (en donde todos los planetas giraban alrededor del Sol.)

El propio Ptolomeo, en su obra *Almagesto*, lo menciona como un gran observador de los solsticios y equinoccios.

Aristarco parece haber interpretado estas observaciones correctamente, pues atribuyó dichos fenómenos al movimiento de la Tierra alrededor del Sol. Por esto dedujo que era necesario que la órbita terrestre estuviera inclinada para poder explicar los cambios de estación. Agregó también que giraba sobre su eje.

De su obra y de lo comentado por otros autores se deduce que consideraba al Sol como una estrella.

Sus contribuciones más importantes a la ciencia tuvieron que ver con que fue uno de los primeros en presentar la teoría heliocéntrica; comenzó a medir la distancia y comparar los tamaños relativos en la cosmología utilizando la trigonometría; explicó los movimientos de rotación y traslación terrestres; dedujo que la órbita de la Tierra se encuentra inclinada; amplió el tamaño del universo conocido (aunque con un gran margen de error, ya que calculó que el Sol era 19 veces más grande que la Luna y se encontraba 19 veces más

lejos, cuando actualmente se sabe que es 400 veces más grande y se encuentra 400 veces más lejos).

Arquímedes en su obra *El Arenario*, se refiere a Aristarco de esta manera: *«Aristarco de Samos publicó un libro basado en ciertas hipótesis y en el que parece que el universo es muchas veces mayor que el que ahora recibe ese nombre. Sus hipótesis son que las estrellas fijas y el Sol permanecen inmóviles, que la Tierra gira alrededor del Sol siguiendo la circunferencia de un círculo con el Sol en medio de la órbita, y que la esfera de las estrellas fijas (también con el Sol como centro) es tan grande que el círculo en el que supone que la Tierra gira guarda la misma proporción con la distancia de las estrellas fijas que el centro de la esfera con su superficie.»*

Cleantes de Asso (sucesor de Zenón al frente de la escuela estoica) alrededor de 260 a. C. denunció a Aristarco por impío, basándose en que había desplazado la Tierra del centro del universo, razón por la cual éste fue perseguido junto con sus obras.

Hiparco de Nicea fue uno de los matemáticos y astrónomos griegos más importantes de su época. Nació en Nicea, Bitinia (hoy Iznik, Turquía) y murió en Rodas.

Sus investigaciones son conocidas, en parte, por comentarse en el tratado *Almagesto* del astrónomo alejandrino Ptolomeo, sobre quien ejerció gran influencia.

Hiparco descubrió la precisión de los equinoccios. Sus cálculos del año tropical, duración del año determinada por las estaciones, tenían un margen de error de 6,5 minutos con respecto a las mediciones modernas.

Consideraba que la Tierra era redonda e inventó un método para localizar posiciones geográficas por medio de latitudes y longitudes. También introdujo la división del círculo en 360 grados.

Describió el movimiento aparente de las estrellas fijas cuya medición fue de 46', muy aproximado al actual de 50' 26". Calculó un período de eclipses de 126 007 días y una hora; calculó, además, la distancia a la Luna basándose en la observación de un eclipse en el año 190 a. C. Su cálculo fue de entre 59 y 67 radios terrestres, lo que está muy cerca del real (60 radios). Desarrolló un modelo teórico del movimiento de la Luna basado en epiciclos.

Hiparco elaboró, también, el primer catálogo celeste que contenía aproximadamente 850 estrellas, diferenciándolas por su brillo en seis categorías o magnitudes, clasificación que se utiliza hasta hoy en día.

Como consecuencia de sucesivas observaciones de la estrella Spica, en la constelación de Virgo, descubrió el trayecto de los equinoccios y el

desplazamiento aparente de las estrellas a lo largo de un período de 25 800 años, producto del movimiento del planeta Tierra con respecto a su eje central.

Calculó el año casi exacto en 365 días y 6 horas, y el período lunar en 29 días, 12 horas, 44 minutos y 2,5 segundos. Desde ese momento, se pudieron predecir los eclipses lunares con un error de tan solo una hora. Fue el precursor de los trabajos geocéntricos de Ptolomeo.

Claudio Ptolomeo (o Tolomeo) fue un astrónomo, geógrafo y matemático greco-egipcio que vivió en Alejandría.



Ptolomeo, de quién Colón empleó sus mapas y sus ideas de latitud y longitud, que eran revolucionarias para la época.

Su obra más importante fue *He Mathematik Syntaxis* que se preservó en manuscritos árabes, siendo traducida como *al-Majisti* y posteriormente transcrita al latín en la Europa medieval con el nombre de *Almagesto*.

Esta obra consta de 13 volúmenes en los que se encuentran recopilados los conocimientos astronómicos y matemáticos griegos pertenecientes a los 500 años que precedieron a su época, a los que añadió sus observaciones y las de Hiparco de Nicea.

El tema central de esta obra es la explicación de su sistema llamado Ptolemaico. En este sistema geocéntrico, la Tierra, esférica e inmóvil, se encuentra situada en el centro del universo, y el Sol, la Luna y los planetas giran en torno de ella arrastrados por una gran esfera llamada *primum movile*.

Las estrellas están situadas en posiciones fijas sobre la superficie de dicha esfera. También, y según la teoría de Ptolomeo, el Sol, la Luna y los planetas además están dotados de movimientos propios adicionales que se suman al del *primum movile*. Ptolomeo afirma que los planetas describen órbitas circulares llamadas epiciclos, alrededor de puntos centrales que a su vez orbitan de forma excéntrica alrededor de la Tierra. Por lo tanto, la totalidad de los cuerpos celestes describen órbitas perfectamente circulares, aunque las trayectorias aparentes se justifican por las excentricidades.

En esta obra, también aportó las medidas del Sol y la Luna y un catálogo de 1028 estrellas.

Explicaba su teoría a sus alumnos con un instrumento de varias esferas al que llamó «Esfera Armilar», con el cual demostraba la rotación de los cuerpos celestes y su forma esférica, incluyendo la Tierra.

La ciencia griega tenía dos finalidades en su intento por explicar la naturaleza. Por un lado, buscaba la explicación realista, que intentaba presentar de forma rigurosa y racional lo que se da en la naturaleza; y por otro, la explicación positivista, que expresaba de forma racional lo aparente, sin preocuparse por la relación entre lo que se ve y lo que en realidad es.

Ptolomeo adoptó un esquema positivista, pues su teoría geocéntrica se opone tajantemente a la física aristotélica, por ejemplo: las órbitas de su sistema son excéntricas, en contraposición a las circulares y perfectas de Platón y Aristóteles.

La teoría ptolemaica es coherente desde el punto de vista matemático, pero es insostenible desde lo concreto porque parte de supuestos falsos (el mismo Ptolomeo afirmaba explícitamente que su sistema no pretendía descubrir la realidad, siendo sólo un método de cálculo).

Otra gran obra suya es la *Geografía*, en donde describe el mundo de su época. Utiliza un sistema de latitud y longitud, por lo cual sirvió de ejemplo a los cartógrafos durante muchos años.

Ptolomeo conocía cabalmente el Mediterráneo, Europa y la costa norte de África, así como un poco de Persia, Arabia y la India; el resto lo cubría con su imaginación.

Se dice que esta obra fue la que llevó a Colón a creer que podía llegar a las Indias por el oeste, ya que en los mapas que el científico había trazado

parecían estar más cerca.

A pesar de los errores que cometió Ptolomeo en sus trabajos, fue el astrónomo que cambió la visión del universo, que intentó dar una explicación científica al movimiento de los astros. Que su teoría geocéntrica haya perdurado durante tantos años, a pesar de estar equivocada, se debe a que era compatible con las creencias religiosas, por lo que fue apoyada y sostenida por esas comunidades.

El *Almagesto* fue el texto estándar de astronomía durante toda la Edad Media hasta el siglo XVI, cuando fue reemplazado por el sistema heliocéntrico de Copérnico (astrónomo polaco que vivió entre los años 1473 y 1543). Por todo ello podemos inferir que en la época de Colón la esfericidad de la Tierra no ofrecía ningún lugar a dudas.

La escuela china

La astronomía china es más antigua que la occidental y, por haber estado tan alejada de ésta, tuvo su evolución en forma totalmente independiente.

Para llegar a concebir la esfericidad de la Tierra, los chinos atravesaron por varias etapas en las que sus teorías fueron variando.

La concepción del universo en la China antigua se encuentra expuesta en el *Chou Pei Suan Ching*, un tratado escrito alrededor del siglo IV a. C.

Según la teoría del *Kai t'ien* (que significa: el cielo como cubierta), el cielo y la Tierra son planos y se encuentran separados por una distancia de 80 000 li (un li equivale aproximadamente a medio kilómetro). El Sol, cuyo diámetro es de 1250 li, se mueve circularmente en el plano del cielo; cuando se encuentra sobre China es de día, y cuando se aleja se hace la noche.

Consideraban el universo como una naranja que colgaba de la estrella polar y ubicaban sus 284 constelaciones en 28 segmentos o casas en que dividían el universo.

Los astrónomos de la corte imperial china observaron fenómenos celestes extraordinarios, cuya descripción ha llegado en muchos casos hasta nuestros días. Estas crónicas constituyen una valiosa fuente para el investigador porque permiten comprobar la aparición de nuevas estrellas, cometas, etc. También los eclipses se controlaban de esta manera.

Sin embargo, hasta el siglo I a. C. no se realizaron estudios, sobre los planetas y la Luna, que estuvieran en condiciones de proporcionar

predicciones suficientemente exactas de los fenómenos celestes.

Posteriormente se tuvo que modificar el sistema planteado en el *Chou Pei Suan Ching* para explicar el paso del Sol por el horizonte.

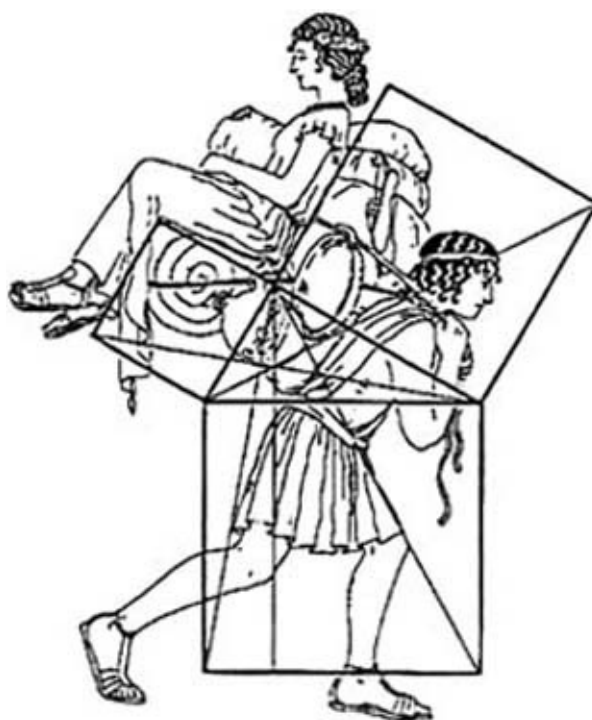
Según la nueva versión, en el llamado tratado de *Kai t'ien*, el cielo y la Tierra eran semiesferas concéntricas, siendo el radio de la semiesfera terrestre de 60 000 li. El texto no explica cómo se obtuvieron las distancias mencionadas; al parecer el modelo fue diseñado principalmente para calcular, con un poco de geometría, la latitud de un lugar a partir de la posición del Sol. Pero este tratado era muy complicado para realizar cálculos prácticos, y pronto cayó en desuso.

Alrededor del siglo II d. C. surgió una nueva concepción del universo, la teoría del Hun t'ien (cielo envolvente), en la que ya se planteaba la esfericidad de la Tierra: se comparaba el cielo con un huevo de gallina, redondo como una bala de ballesta, siendo la Tierra la yema del huevo, sola y en el centro. Y se empezó a utilizar la esfera armilar como un modelo mecánico de la Tierra y el cielo.

Más tarde, las teorías cosmogónicas en China giraron alrededor de la idea de que el universo estaba formado por dos sustancias: el yang y el yin, asociadas con el movimiento y el reposo, respectivamente.

De acuerdo con la escuela neoconfucionista, representada principalmente por Chu Hsi en el siglo XII d. C., el yang y el yin se encontraban mezclados antes de que se formara el mundo, pero fueron separados por la rotación del universo.

El yang, móvil, fue arrojado a la periferia y formó el cielo, mientras que el yin, inerte, se quedó en el centro y formó la Tierra; los elementos intermedios, como los seres vivos y los planetas, guardaron proporciones variables de yang y yin. Es decir mantuvieron intacto el espíritu de equilibrio que nace del yin el yang. Lo que hay que destacar es que desde el siglo II d. C., en China ya se tenía el concepto de que la Tierra era redonda.



Los chinos utilizaron la geometría para postular la esfericidad de la Tierra. Trabajaron con triángulos rectángulos, concordando con la teoría que Pitágoras elaboró en el siglo IV a. C.

La escuela árabe

Los árabes tuvieron un gran protagonismo en la Astronomía luego de la decadencia de los estudios griegos y la entrada de Occidente en una fase de oscurantismo durante los siglos X a XV.

Además de realizar sus propias investigaciones, se encargaron de traducir el *Almagesto* de Ptolomeo y los *Siddhantas*, obras astronómicas hindúes.

Los omeyas pertenecían a una tribu árabe fronteriza que se había helenizado y habían actuado como soldados auxiliares romanos. Fueron quienes introdujeron en el mundo árabe la actividad científica del mundo occidental. En el año 700, los omeyas fundaron en Damasco un observatorio astronómico, y éste fue el punto de partida para las investigaciones astronómicas árabes.

En el año 829 el astrónomo Al-Mamúm fundó el observatorio astronómico de Bagdad, en donde se desarrollaron estudios sobre la oblicuidad de la eclíptica. Por su parte, otro astrónomo, Al-Farghani, confeccionó poco después *El libro de reunión de las estrellas*, un catálogo con medidas muy precisas de las estrellas.

Abu Abdullah Al-Battani, conocido también como Albategnius, fue un astrónomo y matemático muy reconocido durante la Edad Media. Nació en 858 cerca de Battan, estado de Harran.

Fue educado por su padre, también un reconocido científico, llamado Jabir Ibn Sin'an al-Battani. Posteriormente viajó a Raqqa para recibir educación superior. A finales del siglo IX se trasladó a Samarra, en donde vivió y trabajó el resto de su vida.

Todos sus trabajos están basados en el hecho demostrado de la esfericidad de la Tierra. Algunos de sus aportes a la astronomía fueron la corrección de los cálculos orbitales realizados por Ptolomeo por medio de la trigonometría; calculó con gran precisión, también, la duración del año solar, con sólo una diferencia de 2 minutos y 26 segundos con respecto a la medición actual, y describió la inclinación de la eclíptica y su relación con las estaciones.

Sus investigaciones fueron efectuadas en su observatorio Ar-Raqqa, a orillas del río Eufrates. Su nombre fue dado a una región de la Luna: Albategnius. Murió en 929.

El más famoso de sus libros sobre astronomía fue *De Scientia Stellarum - De Numeris Stellarum et motibus*, utilizado durante toda la Edad Media como libro de referencia y estudio, por lo que resulta imposible que en la época de Colón aún se creyera que la Tierra era plana.

Alrededor del año 1000, Ibn Yunis recopiló las observaciones astronómicas de los últimos 200 años y publicó las *Tablas hakenitas*, llamadas así en honor a su protector, Al-Hakin. Al mismo tiempo, Avicena o Ibn Sena elaboró su *Compendio del Almagesto*.

En 1080 Azarquiel elaboró las *Tablas toledanas*, utilizadas durante más de un siglo para establecer el movimiento de los planetas.

Progresivamente, los astrónomos árabes fueron rechazando la concepción de los epiciclos de Ptolomeo, y mucho antes del Renacimiento en Europa ya planteaban que los planetas debían girar alrededor de un cuerpo central y no en torno a un punto. En esta concepción jugaron especial papel astrónomos como Averroes, Abúqueber y Alpetragio.

En 1262, Nasir al-Din al-Tusi (Mohammed Ibn Hassan) terminó la construcción del observatorio de Maragheh con la ayuda de astrónomos chinos. Este científico modificó el modelo de Ptolomeo, y realizó trazados de gran precisión de los movimientos de los planetas.

El polémico escritor norteamericano Michael Moore ha hecho mención, como resultado de sus investigaciones, de un científico árabe llamado Al

Maqdisi, quien en el siglo X d. C. describió la Tierra con 360 grados de longitud y 180 grados de latitud.

Astronomía en la Edad Media

La astronomía griega se transmitió hacia el este a los sirios, indios y árabes después de la caída del Imperio Romano.

Ya hemos explicado que los árabes recopilaron y tradujeron las obras griegas y desarrollaron tablas del movimiento planetario.

El astrónomo árabe Azarquiel, máxima figura de la escuela astronómica de Toledo del siglo XI, fue el responsable de las tablas toledanas, que influyeron notablemente en Europa.

En el año 1085 se produce la reconquista de la ciudad de Toledo por el rey Alfonso VI, y se inicia un movimiento de traducción del árabe al latín, que despertó el interés por la astronomía en toda Europa.

En la escuela de traductores de Toledo se tradujeron las tablas toledanas de Azarquiel y el Almagesto de Ptolomeo —tarea que estuvo a cargo de Gerardo de Cremona (1114-1187) en el año 1175.

En el año 1250, San Alberto Magno (1206-1280) y Santo Tomás de Aquino (1225-1274) incorporaron la filosofía aristotélica a la teología católica.

En el año 1272 se elaboraron las tablas alfonsinas bajo el patrocinio de Alfonso X el Sabio, para lo cual reunió a más de cincuenta astrónomos árabes, hebreos y cristianos. Estas tablas sustituyeron a las de Azarquiel en los centros científicos europeos. Este hecho inaugura el resurgimiento del interés por la astronomía en Europa.



Leonardo da Vinci fue uno de los primeros pensadores que cuestionaron la teoría de Ptolomeo, respecto de la posición central y la inmovilidad de la Tierra.

Durante este período, en Europa dominaron las teorías geocentristas promulgadas por Ptolomeo. Recién en el siglo XV (a principios del Renacimiento) comenzaron a surgir dudas sobre la teoría de Ptolomeo, siendo el filósofo y matemático alemán Nicolás de Cusa y el artista y científico italiano Leonardo da Vinci quienes cuestionaron los supuestos básicos de la posición central y la inmovilidad de la Tierra.

A partir de las traducciones de los textos griegos y árabes, y gracias a ellas, España transmitió a Europa, en este período, todos aquellos saberes que cubrían campos como la geografía, la astronomía, la cartografía, la filosofía, la teología, la medicina, la aritmética, la astrología y la botánica.

La escuela de traductores de Toledo fue el origen y la base del renacer científico y filosófico de las famosas escuelas de Chartres y, más tarde, de la Sorbona.

Siendo esto así, y por haber sido España la cuna de la restauración del saber de una época pasada en la que, como vimos, la astronomía con sus diversos representantes ya habían dejado sentado que la Tierra era redonda, resulta imposible concebir la idea de que en esas mismas tierras de donde partiría Colón en el año 1492 en busca de una nueva ruta hacia las Indias, aún se pensara que nuestro planeta era un disco plano. Eso que la «historia oficial» ha fabulado, queda totalmente descartado.

La voz del Almirante

Martes 15 de enero

«...Dice que halló mucha hierba en aquella bahía, de la que hallaron en el golfo cuando venía el descubrimiento, por lo cual creía que había islas al este hasta en derecho de donde las comenzó a hallar: porque tiene por cierto que aquella hierba nace en poco fondo junto a tierra; y dice que, si así es, muy cerca estaban estas Indias de las islas de Canaria, y por esta razón creía que distaban menos de cuatrocientas leguas...»

Diario de a bordo del primer viaje a las Indias, Cristóbal Colón.

Capítulo II

Colón y el mundo secreto

El 12 de octubre de 1492 Cristóbal Colón llegó a tierras americanas y pasó a la historia como el «descubridor» de ese nuevo continente. Ahora bien, ¿realmente fue el Almirante el primero en pisar tierras americanas?

Numerosos investigadores se han propuesto probar que vikingos, fenicios, chinos, egipcios, hebreos, así como posteriormente otros europeos, habrían tenido desde siglos antes contacto con distintos habitantes de América. Cabe preguntarse si es posible que el viaje de Colón al «Nuevo Continente» fuera planeado con la intención de «oficializar» el conocimiento que ya se tenía de la existencia de estas tierras y sus riquezas. Pero antes de plantear estos interrogantes, ¿cómo sabemos que hubo otras civilizaciones antes de Colón, que tuvieron contacto con el «Nuevo Mundo»? ¿Qué pruebas hay de que así lo hicieron? Y ¿cómo llegó Colón a entrar en escena en esta historia?

Digamos, para empezar, que abundan estudios tendentes a demostrar las conexiones entre la cultura egipcia y la de los pueblos que habitaban esas tierras antes de la llegada de Colón.

Es sabido que ambas culturas se caracterizaron tanto por la construcción de pirámides y la momificación de sus muertos como por sus calendarios lunares de 370 días, con cinco más considerados nefastos. También llamó la atención de los investigadores hallar altas dosis de nicotina en algunas momias egipcias, cuando la única planta que posee semejantes niveles de esta sustancia es la del tabaco, que por entonces sólo se encontraba en América. Además, los dioses de ambas civilizaciones poseían características muy semejantes. Se puede establecer una relación entre Osiris y Quetzalcóatl o

entre Anubis y Xólotl. Todo esto ha llevado a pensar que hubo un contacto muy cercano.

El científico argentino-belga Paul Gallez, en su libro *La cola del dragón*, explica que entre las expediciones atribuidas a los egipcios hacia América las más antiguas eran las que tenían como destino la Tierra de Punt.

El primero de estos viajes habría sido organizado por el faraón Sahure, de la dinastía V (año 2550 a. C.), cuyos barcos habrían regresado cargados de incienso, mirra, oro, plata, maderas preciosas y esclavos.

El faraón Asa (Isesi), hacia el año 2400 a. C., habría continuado con lo que comenzara su antecesor, enviando nuevamente naves hacia la Tierra de Punt. Prueba de esto sería el hallazgo de la momia de una princesa de la dinastía VI que tenía en sus labios un color a base de antimonio, metal inexistente en Egipto y sus países vecinos.

Paul Herrman, en *La aventura de los primeros descubrimientos* sitúa en esa misma época a Knemhotep, piloto de *Elefantina*, quien habría hecho once viajes a esa misteriosa tierra. Sin embargo, las expediciones hacia la Tierra de Punt que más difusión tuvieron fueron las que organizó la reina Hatchepsut (1501-1482 a. C.). En el templo de Deir-el-Bahari, edificado en Tebas para honrar a Amon-Ra, se pueden ver grabadas las relaciones de estas aventuras.

El viaje más importante ordenado por dicha monarca se realizó en el año 1483 a. C. e implicó, por lo menos, cinco navíos de 30 remeros cada uno. Estas embarcaciones partieron desde algún lugar del Mar Rojo y tardaron tres años en regresar.

También se tienen noticias de otras dos excursiones a la Tierra de Punt. En el *Papirus Harris* de la British Library figura una expedición de 10 000 hombres enviada por el faraón Ramsés III hacia el año 1180 a. C. Y una última travesía en dirección a esa tierra sería la de mediados del siglo II a. C., que se habría preparado con ayuda de comerciantes y banqueros de Massilia, la actual Marsella.

En su obra *Terrae Incognitae*, Richard Henning afirma que en una de las inscripciones del Templo de Deir-el-Bahari se lee lo siguiente: «*Los habitantes de Punt preguntaron: ¿cómo habéis llegado a este país desconocido de los hombres? ¿Habéis venido volando por los senderos del cielo, o habéis navegado por el Gran Océano del País de los Dioses?*»

Según los expertos en mitología, el «Gran Océano» haría referencia al océano Pacífico. En cambio, las opiniones sobre la localización exacta de la Tierra de Punt varían considerablemente; algunos egipólogos la ubican en Eritrea, otros en Somalia o Zimbabwe o el Hadramaut, o en la India. Pero la

distancia entre el Mar Rojo y cualquiera de estos lugares no justifica que el viaje hubiera demorado tres años, como figura en los documentos de la época. Es por esto que Paul Gallez sostiene la teoría de que la Tierra de Punt se halla en América del Sur, más específicamente a orillas del lago Titicaca, en una región conocida como Puno, en Perú. De allí se obtiene antimonio, mercurio, zinc, estaño, cobalto y el 70 % de la producción anual de oro de ese país.

Thor Heyerdahl, un biólogo, geógrafo y antropólogo noruego nacido en el año 1914 en Larvik y fallecido en Italia en 2002, se empeñó en demostrar que los antiguos egipcios podrían haber llegado a América del Sur y fundado 4000 años atrás las civilizaciones azteca e inca, y para probar su hipótesis intentó cruzar el océano Atlántico, desde África, en una embarcación de papiro.

Con bandera de la ONU, partió en el año 1969 su primera expedición denominada «Ra» pero fracasó después de haber recorrido 4500 km. Un año después, Heyerdahl viajó a Puno, donde reconoció la similitud entre los barcos del lago Titicaca y los que fabricaban los antiguos egipcios.

Ayudado por un grupo de indígenas peruanos, construyó a orillas del Nilo una nueva barca de papiro a la que bautizó *Ra II*; con ella partió desde Egipto y consiguió desembarcar en Bridgetown, Barbados, después de 57 días de viaje. Merced al éxito de esta expedición, Heyerdahl logró comprobar que resulta materialmente posible que los egipcios llegaran a América antes de que lo hicieran los españoles.

Antes de dicha hazaña, Thor Heyerdahl había realizado, en 1947, su famoso viaje a bordo de la balsa de junco *Kon-Tiki*. Con una tripulación de sólo cinco personas atravesó el océano Pacífico desde Perú hasta la Polinesia en 101 días y así pudo probar la teoría respecto del poblamiento del archipiélago de las Marquesas por indios peruanos. La balsa era una fiel imitación de las utilizadas por los antiguos pobladores del Perú.

En su libro *Americans Indians in the Pacific* (1952), sostenía que los predecesores de los incas y los antiguos pobladores de ciertas regiones de la Polinesia adoraban a un mismo dios solar llamado Kont-Tiki.

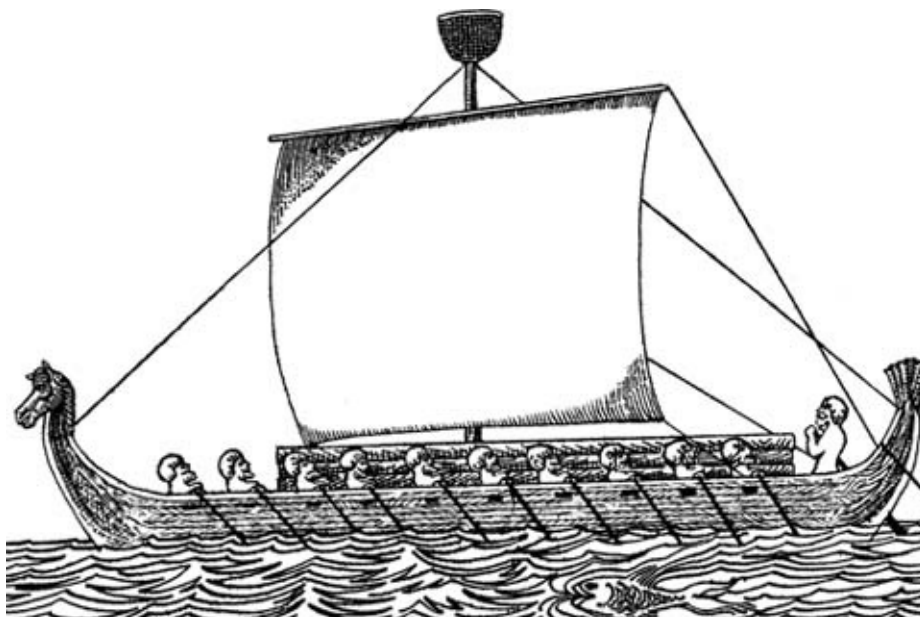
Paul Gallez, en su obra *Predescubrimientos de América*, explica lo siguiente: «En 1976 Barry Fell me dio su traducción de una inscripción trilingüe hallada en el túmulo funerario de Davenport, en Iowa, que describía la celebración egipcia del año nuevo en el equinoccio de marzo. Las tres lenguas son el egipcio, el ibero púnico y el libio. Esta lápida ha sido fechada alrededor del año 800 a. C., durante la dinastía XXI (libia) de Egipto. Las

expresiones referidas a la astronomía y a la religión en la escritura hierática egipcia no difieren más que en textos copiados por manos diferentes».

Barry Fell fue quien descubrió el uso que de los signos jeroglíficos hacían los indios micmac de Acadia, la región del Canadá situada al norte del Maine y al sur del estuario del río San Lorenzo. Esta tribu pertenecía al grupo algonquino, nombre genérico de los individuos de una familia lingüística india muy extendida en Norteamérica.

Los micmac fueron evangelizados en el siglo XVIII por el abate Antoine Simon Maillard, quien redactó para ellos un catecismo, una historia religiosa, el rito de la misa, las oraciones principales y algunos salmos en jeroglíficos. Y en 1738 escribió una obra en francés titulada *Manuel hieroglyphicus Micmac*.

Durante dos siglos se creyó que el abate había inventado esos signos para sus fieles indios, pero en el año 1823, cuando el historiador, egiptólogo y lingüista francés Jean Francois Champollion (Figeac, 1790 - París, 1832) comenzó a descifrar los jeroglíficos egipcios, empezó a cerrarse un círculo sorprendente. Y fue Barry Fell quien logró demostrar que los jeroglíficos egipcios eran similares a los de los micmac.



El *Ra II* era una embarcación similar a la de la imagen. El comercio marítimo estaba sumamente desarrollado entre egipcios y fenicios, lo que permite suponer que habrían tenido fuertes intereses para alcanzar la costa americana.

Para Gallez, Maillard pudo conocer la escritura egipcia antes de su primera lectura e interpretación por parte de Champollion porque los micmac la conocían y usaban, y la habían aprendido antaño, de los propios egipcios.

En la América antigua, y respecto de los primeros colonizadores del Nuevo Mundo, Barry Fell da cuenta de una inscripción grabada en Texas en idioma libio escrito con alfabeto ogam, lo que señala que hasta allí había llegado una tripulación del rey Shishong, nombre de varios reyes de Egipto entre 1000 y 800 a. C.

En 1885, el naturalista Karl Stolp investigó las inscripciones de Tinguiririca, en una cueva en los Andes, región que corresponde a Chile. El lugar, de 80 metros de largo, 25 de alto y 10 de profundidad, está formado por enormes bloques de piedra que constituyen un abrigo conocido como Casa Pintada por la presencia en las paredes de numerosos dibujos —«pictografías»— de varios colores.

En 1974, Barry Fell encontró el trabajo de Stolp con la reproducción de la inscripción principal en la gruta de Tinguiririca, y constató que se trataba, efectivamente, de idioma libio y que pertenecía a una expedición egipcia que había recalado en Nueva Guinea, al mando del capitán egipcio Mawi.

Fell logró traducir la inscripción que dice:

«Límite sur de la costa alcanzada por Mawi. Esta región es el límite sur de la tierra montañosa que el comandante reclama, mediante proclamación escrita en esta tierra triunfante. Hasta ese límite sur llegó la flotilla de barcos. El navegante reclama esta tierra para el rey de Egipto, para su reina y para su noble hijo. Comprendiendo un curso de cuatro mil millas escarpado, poderoso, montañoso, levantado en lo alto. Agosto, día cinco del año 16 del rey».

Por ese entonces, el faraón era Tolomeo III Evergetes, la reina se llamaba Berenice y su hijo era el futuro faraón Tolomeo IV Philopator. La lengua que se utilizaba era la de Libia, emparentada con el egipcio y el maorí antiguo; la escritura libia se utilizó en Nueva Zelanda hasta el siglo XV.

También en las Cuevas de los Navegantes, situadas en la Bahía de McCluer, cerca de Sosora, Irian Jaya (lat. 5° S, lon. 138° E) en Nueva Guinea Occidental, se encontraron unas inscripciones que fueron traducidas en el año 1970 por Barry Fell. En ellas se narra que en el año 232 a. C. zarpó del Mar Rojo una flotilla egipcia de seis naves bajo el mando de Rata y Mawi, amigo de Eratóstenes (275-194 a. C.), que habría llegado a las costas occidentales de América. También aparece el dibujo de un tanawa o torquetum, instrumento utilizado para medir directamente coordenadas eclípticas con la ayuda de tablas astronómicas y así calcular la longitud del lugar de manera muy aproximada.

Paul Gallez señala que el trayecto que debió haber recorrido la expedición al mando de Rata y Mawi fue partiendo del este o sudeste de Australia, aprovechando las corrientes East Australian y Southern Ocean, remontando luego la costa sudamericana del Pacífico favorecidos por la corriente de Humboldt. De tal manera queda explicada la existencia de inscripciones egipcias en Tinguiririca.

Fenicios y cartagineses en América

La historia marítima de los fenicios llegó a tener una gran importancia. Este pueblo había adquirido experiencia en el arte de la navegación luego de haber formado parte de la tripulación de egipcios y hebreos. Fueron tan famosas sus habilidades en la construcción de barcos que el mismo rey Salomón pidió al rey Hiram de Tiro que le enviara carpinteros para construir una flota sobre el Mar Rojo, así como marinos para conducirla hasta el país del Ofir, según consta en el Antiguo Testamento (Reyes I, 10.22).

Se suele localizar la tierra de Ofir «lejos, en el sudeste». También hay referencias de que la travesía duraba tres años entre ida y vuelta, siendo su punto de partida alguna región del Mar Muerto. Los productos que se traían de ese territorio eran oro, maderas, piedras preciosas, especias, incienso y esclavos, fundamentalmente.

Ahora bien, ¿podemos suponer que la Tierra de Ofir coincide con la localización geográfica de la Tierra de Punt?

Paul Gallez, en *La cola del dragón* explica que Salomón, siendo yerno del faraón, bien podría haberse enterado de la existencia de la Tierra de Punt y que, como integrantes habituales de la tripulación egipcia, los fenicios también poseían este dato, lo que les habría permitido llegar a esas tierras sin inconvenientes.

Sin embargo, ¿cómo pudieron acceder los fenicios al Mar Rojo y al océano Índico, teniendo en cuenta que su país sólo ocupaba una pequeña franja del litoral mediterráneo?

Gallez postula que, como los fenicios eran originarios del golfo Pérsico, de donde llegaron al actual Líbano, sus primeras expediciones pueden haber tenido lugar antes de esta migración. Al ser incorporada Fenicia a la Persia de Ciro, en el siglo VI, nuevamente podían salir por el golfo Pérsico en flotas oficialmente persas pero, de hecho, fenicias.

Durante más de un milenio y bajo varias denominaciones, las flotas fenicias cruzaron el Mediterráneo, el Atlántico, el Mar Rojo y el océano Índico. Y no es descabellado pensar que sus tripulantes hubieran podido dejar inscripciones fenicias en los países que visitaban, aunque las expediciones estuvieran en manos de un rey que no fuera fenicio.



Fresco en la tumba de Senefer. Atestigua la importancia que la navegación tenía para los egipcios. Según los cálculos realizados, estas embarcaciones habrían tardado unos tres años en ir y volver de América.

El investigador argentino Dick Edgar Ibarra Grasso ha identificado dos naves fenicias en las estelas centrales del templo de Sechim, en el valle de Casma, Perú, ruinas que datan de hace 3000 años. El hallazgo permitió también comparar los navíos de comercio del Mediterráneo oriental del siglo III a. C. con los navíos pintados en la alfarería mochica al norte del Perú. Estas embarcaciones son idénticas y se caracterizan principalmente por un puente continuo de proa a popa cargado de jarras llenas de vino, de aceite, etc. Tal tipo de naves siguen en actividad en el Mar Egeo y en Indochina.

Por su parte, Bernardo de Azevedo da Silva Ramos, presidente del Instituto Geográfico de Manaos, ha recopilado alrededor de dos mil ochocientas inscripciones rupestres en la selva amazónica. La mayor parte de ellas son de origen fenicio o griego.

En 1872 se encontró una piedra a la que se denominó la Piedra de Paraíba, debido al sitio en donde fue hallada (actualmente la ciudad se llama Joao Pessoa y es la capital del estado de Paraíba, al sur del cabo San Roque, en Brasil). Esta piedra poseía un texto escrito en ella. Lienhardt Delekat, de la Universidad de Bonn, estudió las formas gramaticales de este texto y las comparó con el arameo, el hebreo antiguo, el sidonio y otros dialectos cananeos, llegando a la conclusión de que fue escrito en sidonio antiguo de fines del siglo VI a. C.

El texto, traducido por Delekat, dice lo siguiente:

«Somos hijos de Canaán, de la ciudad de Sidón. El reino se dedica al comercio. Estamos varados en esta costa montañosa lejana y queremos sacrificar ante los dioses y las diosas. En el año 19 del reinado de Hiram, hemos zarpado de Ezlon Geber por el Mar Rojo, con diez barcos. Hemos navegado ya dos años y hemos circunnavegado esta tierra, tanto caliente como lejana de las manos de Baal (i. e. fría) y hemos llegado aquí doce hombres y tres mujeres, porque en otra costa diez de ellas han muerto, porque habían pecado. Que los dioses y las diosas nos sean favorables».

El testimonio ha conducido a Delekat a afirmar que los navegantes fenicios habrían llegado a Brasil por el Pacífico, pasando por el sur del Estrecho de Bering y el sur del Cabo de Hornos (zonas frías) y, entre estas dos regiones, por Mesoamérica (zona caliente).

Paul Gallez, entretanto, opina que, en sus viajes, los fenicios llegaban a las costas de América y hacían escala en Kattigara, Perú. Esto les demandaría un tiempo aproximado de tres años entre ida y vuelta, lo que coincide con los viajes de los egipcios a la Tierra de Punt y de los hebreos a la Tierra de Ofir.

Basado en los estudios realizados por el Emir Maurice Chehab sobre el arte fenicio, Amir Ibn Taufik encontró coincidencias significativas al comparar las obras de esta cultura mesopotámica con las piezas que se encuentran en los museos de Chan Chan, Lima (Perú), La Paz (Bolivia), el Museo Precolombino en Santiago de Chile y el Museo de Oro del Perú.

La influencia del arte fenicio sobre el de las culturas precolombinas es notable, hecho que no hubiese sido posible de no mediar un contacto directo entre ambas civilizaciones. A partir de tales observaciones, el investigador llega a suponer que Kattigara, situada en las actuales ruinas de Chan Chan, fue un puerto peruano-fenicio y que constituía el centro comercial y el depósito de mercaderías más importante de Sudamérica.

En un trabajo de su autoría, publicado por el Instituto Boliviano-Libanés y fechado el 20 de enero de 1984, cuyo título es *¿Estuvieron los fenicios en*

América?, Amir Ibn Taufik afirma lo siguiente:

Al oeste del puerto de Arica, en las alturas de los Andes, cerca de la frontera con Bolivia, existe el pueblito de Ticnama, donde viven campesinos y ganaderos aimaras y quechuas. Subiendo a lomo de mulas a más de ocho horas se llega a una antiquísima mina de turquesa. En la cima de la montaña se encuentran cavernas en cuyo interior hay numerosas pinturas rupestres. Ruinas de tambos, de cementerios indígenas o fortalezas de milenarios habitantes que dominan todo el valle, y a lo lejos se divisan, entre brumas, las costas del océano Pacífico. También suelen encontrarse moluscos y conchas de mar petrificadas. Por lo que deja pensar que la cordillera, alguna época, estuvo sumergida. Esta es la única mina de turquesa que existía y que era explotada por los amautas y luego por los incas. El lugar es inaccesible y sólo los baqueanos conocen la ruta, pues es fácil perderse en las alturas. Esto permite confirmar que los fenicios, al tener contacto con estas culturas y efectuar el trueque, obtenían estas codiciadas piedras preciosas que llevaban a Cartago y Tiro durante sus largos viajes.

Los marinos cartagineses heredaron los conocimientos náuticos de los fenicios, y se sabe que sus naves se adentraban en el océano Atlántico y que eran destruidas por ellos mismos si se veían perseguidos por algún navío romano para que no descubrieran el secreto de su destino.

Al respecto, Charles Berlitz expone lo siguiente:

«Los cartagineses hicieron lo posible por mantener en secreto sus rutas comerciales del Atlántico ante griegos y egipcios, pero especialmente ante los romanos. Cuando ya no bastaron las leyendas acerca de los monstruos para impedir la competencia, recurrieron a menudo a medidas más resolutivas. La historia nos relata incidentes en que los barcos cartagineses eran deliberadamente hundidos para no revelar su destino cuando los barcos los seguían más allá de Gibraltar. Entre las tierras que frecuentaron estos antiguos marinos en el Atlántico figuraba, según informa Aristóteles, la isla de Antilla... Los cartagineses tenían tanto afán de mantener el secreto sobre su existencia que la sola mención de su nombre era castigada con la pena de muerte.»



El diseño de este barco pertenece a los fenicios; los cartagineses, que tanto cuidado ponían en no revelar las rutas marítimas que utilizaban, lo adaptaron y lograron elevar al máximo su rendimiento.

Otras investigaciones aseguran que el cartaginés Hanno, saliendo del puerto de Cádiz, pudo haber llegado a Sherbrook (Quebec), Tihosuco (México) y Paraguay, según dan cuenta las grafías encontradas en esas zonas. Dichas grafías, según Barry Fell, se corresponden con el íbero púnico, lengua hablada en Cádiz hace 2500 años, y con el libio, característico del área norteafricana en torno de Cartago.

Otra prueba concluyente de la presencia de los cartagineses en América la constituye el hallazgo, en el estado de Virginia (EE.UU.), de unas inscripciones escritas en una variedad alfabética del cartaginés de los siglos VIII y VII a. C.

Otros grupos en América

Si bien hay pocas referencias respecto de la llegada de los romanos a América antes que Colón, el hallazgo, producido en Venezuela, de una considerable cantidad de monedas de la época del Imperio Romano, la más reciente de ellas acuñada por el año 350 a. C., sumado al descubrimiento de una inscripción latina de un breve pasaje de *La Eneida* de Virgilio en una roca próxima a York, Estados Unidos, prueban que los romanos ya habían estado en América antes de la llegada de Colón. Cuándo y por qué medios, todavía es un misterio.

En la bahía de Mobile, Alaska, se alza un monumento que conmemora la llegada a dicho lugar de un príncipe galés llamado Madoc de Owain Gwynedd, en el año 1170. Las pruebas de este arribo se encuentran en

testimonios escritos de la época y palabras relacionadas con el galés en varios idiomas indios.

Por otra parte, existe una teoría según la cual los turcos pasaron caminando por el estrecho de Bering hacia el año 5000 a. C., cuando los niveles marinos eran muy bajos. Quienes se adhieren a esta teoría se basan en la presencia de palabras de origen turco en los idiomas maya y azteca.

También Barry Fell es uno de los defensores de una teoría según la cual grupos de origen vasco habrían llegado a América. Sus estudios sobre los caracteres raciales de vascos y mayas lo han llevado a la conclusión de que poseen una gran similitud. En sus investigaciones, además, descubrió que ambas culturas practicaban el mismo juego de la pelota y que poseían grandes concordancias idiomáticas.

El marroquí Al-Idrisi (1100-1166) fue un viajero infatigable y un estudioso de la geografía del mundo hasta entonces conocido. Contratado por el rey de Sicilia, Roger II, Al-Idrisi se dispuso a confeccionar un atlas del mundo que incluyera las siete regiones de las que se tenía noticias, las distancias entre las ciudades más importantes, las costumbres de los pueblos, la descripción de las distintas poblaciones y los diversos climas. La obra se llamó *Kitab Ar-Rujari*, también conocida como el *Libro de Roger*. Incluía el relato del viaje de un marinero marroquí que había navegado por el océano Atlántico durante 30 días y volvió para contar sobre una tierra habitada muy rica en especies y piedras preciosas. Abdallah Hakim Quick y Audrey Shabbas en su trabajo *Musulmanes en América antes de Colón* citan el siguiente pasaje de la obra de Al-Idrisi:

«Un grupo de marineros navegó por el mar de la Oscuridad y la Niebla desde Lisboa para descubrir lo que había en él y la extensión de su límite. Eran un grupo de ocho y ellos tomaron un barco que fue cargado con suministros que durasen meses... Finalmente llegaron a una isla que tenía personas y cultivos pero fueron capturados y encadenados durante tres días. ¡El cuarto día vino un traductor, que hablaba el idioma árabe!»

Este pasaje no sólo demuestra que hubo contacto entre los marineros y los indígenas, también describe el asombroso hecho de que entre ellos había quien entendía y hablaba el idioma árabe, prueba de que ese contacto se venía produciendo desde tiempo atrás.

En 1160, los barones sicilianos se rebelaron contra el rey Roger, y Al-Idrisi debió huir al norte de África, donde murió seis años después. Su

trabajo, sin embargo, logró salvarse y fue muy difundido en el mundo árabe, sirviendo de modelo para los geógrafos musulmanes durante siglos.

También la presencia de vikingos en tierra americana antes de la llegada de Colón ha sido probada por varios especialistas en arqueología, antropología y etnografía. Sin embargo, su veracidad ha sido puesta en duda cuando en 1974 se descubrió un gran fraude. El famoso mapa de Vinland, aquel que había sido considerado el más antiguo del mundo, resultó ser falso. Se suponía que databa del año 1440 y en él figuraban las costas de América y una inscripción latina que mencionaba la isla de Vinlandia, descubierta por Leif Erikson.

Pero estudios posteriores demostraron que la tinta de color amarillo oscuro presente en el mapa era un compuesto de bióxido de titanio, sustancia que había sido descubierta en 1920, mientras que otros pigmentos naturales eran posteriores a 1440. Finalmente, se pudo determinar que el mapa de Vinlandia había sido confeccionado por un profesor yugoslavo de nombre Luka Jelic, fallecido en el año 1922.

A pesar de todo esto, la teoría que sostiene la presencia de vikingos en América quizás sea la que ofrece menos dudas.

Haciendo un recorrido histórico nos encontramos con que en el siglo IX los vikingos, que eran guerreros noruegos y excelentes navegantes, se rebelaron contra su rey y partieron hacia Islandia. Entre los años 982 y 985, Erick el Rojo fue expulsado y se estableció en una isla cercana a la que llamó Groenlandia, es decir: «tierra verde». La colonia escandinava establecida allí desapareció hacia el siglo XV, pero la isla fue repoblada en el siglo XVIII por los daneses. Groenlandia aún pertenece al reino de Dinamarca.

Luego, entre los años 985 y 988 el islandés Bjarni Herjolfsson fue el primer europeo que avistó la costa de América del Norte cuando su barco se desvió de rumbo en uno de sus viajes entre Islandia y Groenlandia.

En el año 1000, Leif Erikson, hijo de Erick el Rojo, escuchó el relato de Bjarni y decidió navegar al oeste para encontrar esa nueva tierra. Es así como llegó a América, a una región a la que llamó Hellulandia (hoy, Labrador). También alcanzó la actual Terranova y una región que denominó Vinlandia o País de Las Viñas (hoy, Nueva Escocia). Un año más tarde, otro vikingo, Thorfinn Karlsefne, partió hacia Vinlandia y se estableció allí junto con 170 hombres.

En el año 1020 Gudrid Thorbarnadottir, esposa de Thorfinn Karlsefne, dio a luz a Snorri Thorfinnson, el primer europeo nacido en América. Gudrid y Thorfinn eran parte de una expedición de 60 hombres y 5 mujeres más una

gran cantidad de cabezas de ganado que habían partido hacia el asentamiento de Leif, regresando luego a Islandia tras esta experiencia.

La historia del descubrimiento que Leif Erikson realizó en el siglo XI se conoció únicamente a través de las sagas orales y escritas que han llegado hasta nosotros desde Islandia. Estas sagas han constituido un valiosísimo material para que los investigadores pudieran hacer sus hallazgos arqueológicos.

La colonia de Leif, en América del Norte, fue hallada en L'Anse aux Meadows, Newfoundland, Canadá, por el aventurero y escritor noruego Helge Ingstad (1899-2001).

Ingstad publicó varios libros sobre su exploración, incluyendo *Landet under Leidarstjernen* (La tierra bajo la estrella polar), en 1959, y *Vestervej til Vinland* (Al oeste hacia Vinland), en 1965. En su investigación partió del supuesto de que «vin» era un prefijo nórdico —ya en desuso— que significaba «región de pastos». Identificó a Vinland con Terranova e incluso creyó hallar la casa que Leif Erikson había habitado. En esa construcción descubrió utensilios de metal de procedencia vikinga.



Los vikingos hicieron de la piratería un modo de subsistencia. Buscaban puertos poco protegidos con el objeto de asaltar a sus pobladores y huir con el botín. Esta era la razón por la que sus naves eran veloces y sus marineros sumamente idóneos.

Los arqueólogos también han encontrado varios objetos escandinavos en asentamientos inuit en el este de Canadá y en el oeste de Groenlandia. Y en un poblado indio en Maine, Estados Unidos, se halló una moneda noruega del siglo XI.

En el año 1967, un brillante criptógrafo jubilado del ejército norteamericano llamado Alf Monge, quien había descifrado las principales claves secretas japonesas durante la Segunda Guerra Mundial, junto con un historiador noruego, el doctor O. G. Landsverk, cuya especialidad era la historia vikinga, estudiaron unas inscripciones halladas sobre unas rocas de Byfield (Massachusetts, Estados Unidos). El resultado de sus trabajos dio lugar a la publicación del libro *Norse Cryptography in Runic Carvings*, en el

que anunciaban que la roca de Massachusetts contenía la fecha del 24 de noviembre de 1009 como la del desembarco de los vikingos en ese lugar. Basados en este descubrimiento, Monge y Landsverk llegaron a la conclusión de que Vinland estaba situada en esa ciudad.

Gwyn Jones, quien fuera catedrático de lengua y literatura inglesa en la Universidad de Gales, presidente del comité galés del Arts Council de Gran Bretaña y presidente de la Viking Society for Northern Research, en el año 1963 recibió el título de Caballero de la Orden del Halcón de manos del presidente de Islandia como reconocimiento a sus trabajos en el campo de los estudios nórdicos. En 1964 publicó un libro titulado *The Norse Atlantic Sea*, que se editó un año después en español como *El primer descubrimiento de América*, con el subtítulo «Establecimiento de los vikingos en Islandia, Groenlandia y América». En él, expone toda la historia que narran las sagas acerca de los asentamientos vikingos en Islandia, los viajes de Leif Erikson y su descubrimiento de Vinland. En los apéndices hace una síntesis de las teorías que sostienen la tesis que afirma que fueron los vikingos quienes descubrieron América. Al respecto, expone lo siguiente:

«El capitán Munn, natural de San Juan de Terranova, aventuró una teoría basada en un conocimiento de primera mano de la mayoría de las áreas involucradas. No era una teoría erudita, en el mejor sentido de la palabra, pero resulta valiosa como referencia, y muy satisfactoria en sí. La necesaria base erudita fue suministrada por el monumental examen que Tanner hizo de la península del East Labrador, su estado actual y su pasado histórico. Su obra, y sus identificaciones respecto a Marklandia —Markland— y Vinlandia —Vinland—, se basan en observaciones realizadas durante la Expedición de Finlandia-Labrador, en 1937, y la “Expedición Tanner al Labrador”, en 1939, y en la información tomada de la literatura y la cartografía. Sus teorías han ejercido una influencia decisiva sobre todas las investigaciones subsiguientes. En 1956 Meldgaard navegó a lo largo de la costa de Hamilton Inlet hacia abajo hasta el estrecho de Belle Isle y el cabo Bauld, y acampó y exploró en muchos puntos del litoral, con los relatos de las sagas in mente. Para enfrentarse con los problemas que se plantearan, poseía buenos conocimientos de arqueología y etnografía. Reforzó poderosamente las teorías de Munn y Tanner. También llegó a la conclusión de que las ruinas nórdicas y el emplazamiento de Leifsbudir y Straumfjord podían buscarse con suficiente confianza en la bahía de Pistolet o en su vecindad. El libro de Ingstad fue un examen admirable de la Groenlandia nórdica y

todo lo relacionado con ella, de modo que inevitablemente se ocupó de los viajes groenlandeses a Vinlandia. Llegó a la conclusión de que había dos áreas principales de exploraciones y descubrimientos nórdicos que pueden identificarse con Vinlandia: Vinlandia I en la parte septentrional de Terranova; Vinlandia II, más abajo, en Massachusetts y Rhode Island.»

Jacques de Mahieu, quien fuera director del Instituto de Ciencia del Hombre en Buenos Aires, Argentina, realizó varias investigaciones para determinar la presencia de los vikingos en Sudamérica. El resultado de sus estudios los publicó en *El Gran Viaje del Dios-Sol: Los vikingos en México y en el Perú* y *La agonía del Dios-Sol: Los vikingos en el Paraguay*. A pesar de los elementos que presenta en sus obras, la mayor parte de los científicos opinan que éstos no constituyen pruebas suficientes como para afirmar con total certeza que los vikingos poblaron alguna vez la tierra del sur de América.

El arqueólogo argentino Juan Schobinger en su libro *¿Vikingos o extraterrestres?* echa por tierra la teoría de Mahieu y sostiene que las únicas regiones visitadas por los escandinavos en el hemisferio occidental durante los siglos X y XI fueron Groenlandia, Helluland (isla de Baffin), Markland (Labrador), Terranova y el extremo nordeste de los Estados Unidos.

El tema, aún, no deja de generar controversia.

Algunos investigadores siguen considerando sólidas las teorías de Mahieu, especialmente en Paraguay, país que ha financiado gran parte de sus trabajos. Entre quienes apoyan esta tesis se encuentra el profesor Vicente Pistilli de la Universidad Nacional de Paraguay, quien afirma que en las rocas de cerro Guazú hay infinidad de runas (escritura vikinga), que la lengua guaraní tiene numerosas palabras del norrés que hablaban los vikingos, que existen numerosos mitos indígenas provenientes de otros tantos escandinavos y que los antiguos indios guayaquíes fueron descendientes directos de los vikingos.

Chinos en América

En el ensayo 1421, publicado en Inglaterra en noviembre de 2002, se sostiene la hipótesis de que los chinos habrían llegado a América antes que Cristóbal Colón. El libro, de un historiador autodidacta de 65 años, Gavin

Menzies, afirma que el almirante chino Zheng He, famoso por sus expediciones navales, habría alcanzado la costa americana en 1421. Los exploradores chinos, según esta hipótesis, visitaron las dos costas, tanto la del Atlántico como la del Pacífico, de lo que en la actualidad es Estados Unidos.

«*Zheng He emprendió su viaje en 1421*», afirmó Menzies en una entrevista que apareció en la revista del *The New York Times*. El autor decía que las embarcaciones de la famosa «Flota del Tesoro» eran cinco veces más grandes que las carabelas de Colón. Cada una albergaba a 1000 hombres. Dos años más tarde, en 1423, siete de los barcos retornaron. Entonces, por una decisión que cambiaría la historia, el emperador Ming ordenó que las naves fueran desmanteladas, jubiló a los marinos y quemó los registros de la travesía.

Esta versión del descubrimiento de América que postula Menzies no ha sido bien acogida por los historiadores. Felipe Fernández-Armesto, profesor de Historia en Oxford, le dijo a *The New York Times* que Menzies no había comprendido que los mapas de esa época eran más actos de imaginación que de cartografía.

El historiador aficionado asegura haber rastreado los pasos de un viajero del siglo XV, llamado Niccolo da Conti, que tras visitar China en 1423 y presenciar la llegada triunfal de la flota de Zheng He habría regresado a Venecia con la noticia del descubrimiento. Cuando Colón emprendió el primero de sus viajes al continente americano, asegura, debió contar con una copia que había confeccionado Da Conti del trayecto realizado por Zheng He.

Menzies asegura también que se habían hallado restos de numerosas embarcaciones chinas que tocaron esas tierras en 1421 a lo largo de la costa este de Norteamérica.

Para Gavin Menzies, el descubrimiento del continente americano habría sido, entonces, en 1421, más de setenta años antes de la llegada de Colón.

La hipótesis de Menzies ha recibido el apoyo de algunos investigadores, pero también son muchos los que la critican y afirman que no tiene un fundamento sólido. Pero más allá de las adhesiones o rechazos, lo importante es que ha abierto una polémica que, en última instancia, permite descentralizar la perspectiva histórica americana desde el punto de vista europeo. Así lo entiende el argentino Alejandro Grimson, doctor en antropología social.

En su artículo «La historia que nunca imaginamos», Grimson expresó:

«El que los chinos hayan llegado a América medio siglo antes que Colón revela el carácter eurocéntrico de nuestros relatos históricos. Nos cuentan y

contamos la historia mundial desde el punto de vista del Viejo Continente. El posible mapa de Zheng He agrega un capítulo fascinante a los viajes transoceánicos anteriores a los europeos.

El término “descubrimiento”, que aún se aplica a la llegada de Colón a América, pretende ser universal. Aquello que se había descubierto, ¿era desconocido para quién? América no podía ser descubierta: estaba habitada.

Pero además, en términos de viajes y navegación, los chinos la habían hallado mucho antes.

Desde la perspectiva europea la pregunta es: ¿por qué, si tuvieron conocimiento de este continente, no lo ocuparon? Una decisión geopolítica china hizo que ese nuevo conocimiento no se convirtiera en conquista. Del mismo modo, la conquista europea de América y sus características peculiares no eran un destino escrito, sino que fue el resultado de un conjunto de decisiones económicas y políticas. El libro 1421 debería ayudarnos a pensar la historia humana y el planeta Tierra desde puntos de vista que nunca habíamos podido imaginar. Comprender esas nuevas perspectivas puede ser la clave para construir nuestro propio punto de vista».

¿Qué pruebas concretas nos revelarían la presencia de chinos en América antes de la llegada de Colón?

Nito Verdera, periodista español, parte de una expresión de Ptolomeo en su *Geographike Hyphegesis*, en donde, para referirse a la misteriosa Kattigara dice «Kattigara Hormos Sinon», cuyo significado es «fondeadero de los chinos». En el mapa de Martellus del año 1489, Kattigara se encuentra situada «frente a las montañas donde nacen los ríos Negro y Chubut; es decir, entre 38° S y 42° S». Paul Gallez señala, como dato asombroso, que los indígenas de la isla Chiloé, situada a 42° S, presentan una particularidad muy llamativa: poseen rasgos faciales parecidos a los chinos.

De los datos obtenidos en la obra de Ptolomeo, Verdera deduce que los chinos utilizaban la corriente circular del Pacífico meridional que va de Australia hacia Sudamérica por el sur, que también les servía para volver desde el Perú hacia las Molucas. Relaciona estos datos con lo referido en los Anales de China, especialmente con lo narrado por los integrantes de la dinastía Han.

En 219 a. C., el emperador Shih-Huang-Ti envió «una expedición de jóvenes de ambos sexos a un país maravilloso situado muy lejos al este, allende los mares, llamado Fu-Sang. Los jóvenes se quedaron allí y vivieron felices». El español agrega, además, que la hipótesis del Fu-Sang se confirma

en otra sección de los Anales de China que se refiere al siglo V d. C., donde Ma-Twan-Lin relata que el sacerdote budista Hwui-Shin volvió de Fu-Sang en el año 499, e hizo una descripción de este país situado a 20 000 lis hacia el oriente, de sus habitantes, sus costumbres, sus casas, su flora y su fauna. El li, que es una medida china, equivale a 576 metros.

Según lo que expone Hwui-Shin, con respecto a la ubicación de Fu-Sang «en la costa oriental del mar oriental», se puede inferir que se está refiriendo a la costa americana del océano Pacífico. Finalmente, Verdera menciona un curioso dibujo que figura en la enciclopedia china *San-ts ai t'u-hui*, reproducido en la obra de Gustav Schlegel *Fu-Sang Kouo, le pays de Fu-Sang* (donde aparece un hombre de Fu-Sang que ordeña una llama), publicada en el año 1892.

Paul Gallez, en su libro *Predescubrimientos de América*, explica que fueron muchos los investigadores que intentaron determinar la localización exacta de Fu-Sang. Joseph de Guignes, en el año 1761 publicó *Le Fou Sang des Chinois est l'Amerique?* Allí, este pionero de dichas teorías, situaba a Fu-Sang en el territorio que actualmente es México.

Informa Gallez que a Guignes le siguieron otros muchos investigadores y señala que la obra más importante sobre este tema la realizó Edward Winning. En 1885, *An inglorious Columbus or evidence that Hwuishin and a party of Buddhist Monks of Afghanistan Discovered America in the Fifth-century*, aportó nuevos datos a la teoría de Guignes.

Más recientemente, hubo hallazgos que confirman la teoría de la presencia de los chinos en América en épocas previas a Colón.

En 1973, frente a Palos Verdes, Estados Unidos, un barco del Servicio de Geología de la Armada de Estados Unidos encontró, a gran profundidad, unas piedras con signos de haber sido trabajadas por el hombre. A pesar de ser desconocido su origen, se pudo comprobar que habían estado sumergidas durante más de quinientos años.

Posteriormente, en el año 1975, en la misma zona se hallaron más de veinte piedras similares a las anteriores, pero esta vez a escasa profundidad. William Clewlow, del Instituto de Arqueología de la Universidad de California, y James Moriarty, antropólogo de la Universidad de San Diego, pudieron determinar que tanto las piedras encontradas en 1973 como las halladas en 1975 correspondían a anclas chinas que debían tener entre 500 y 1000 años de inmersión.

El doctor Fang Zhongfu, del Instituto de Investigaciones de Transporte Marítimo de Beijing manifestó en 1980: «El descubrimiento de las anclas de

pieza ofrece nuevas pruebas para el estudio de la historia del intercambio entre China y América».



Esta pieza de cerámica permite apreciar con claridad los rasgos orientales que poseían los nativos americanos. La cultura mochica, a la que pertenece este huaco-retrato, se desarrolló en Perú y dejó excelentes obras de artesanía.

En el año 1984 se informó que hasta entonces se habían extraído del mar californiano de Palos Verdes 35 piedras más, algunas de la cuales llegaban a pesar 138 kilos, con una antigüedad de hasta 3000 años. Se trataba de anclas chinas que por su peso y tamaño correspondían a barcos transoceánicos. El informe aclaraba que en América jamás se había utilizado ese tipo de piedra.

Gustavo Vargas Martínez, profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) de México, en su obra *Fusang-chinos en América antes de Colón*, explica que desde los tiempos más remotos hubo contactos entre los chinos Han (nombre de cinco dinastías chinas), manchúes o tártaros y los habitantes de la antigua América. Las anclas encontradas en Palos Verdes constituyen una prueba fehaciente de este contacto periódico.

Agrega que China fue una potencia marítima durante un largo tiempo y que las naves que poseía en el siglo III a. C. eran capaces de realizar viajes

transoceánicos, e indica que una prueba de ello está dada por el descubrimiento, en el año 1974, de ruinas de astilleros en Cantón. La grada número uno mide 1,80 metro en el medio y 29 metros de longitud. Se calcula que en este tipo de grada se podían construir barcos de 6 a 8 metros de manga, 30 metros de eslora y de 50 a 60 toneladas de desplazamiento, y esto alrededor de los años 221 a 206 a. C.

Es necesario recordar, entonces, que 17 siglos después la *Santa María* medía 34 metros de eslora y desplazaba casi 100 toneladas; *la Pinta*, 40 toneladas, y *la Niña*, de apenas 18 metros de eslora, era de 50 toneladas de desplazamiento. Esta comparación nos muestra lo adelantados que estaban los chinos con respecto a otros pueblos en ingeniería naval. Las anclas de Palos Verdes pudieron muy bien corresponder a este tipo de navíos.

Sin embargo, hubo quienes intentaron descalificar los resultados de estas investigaciones aludiendo, como hipótesis, a que las piedras habían sido confeccionadas por los inmigrantes chinos del siglo XIX atraídos a esas latitudes por la fiebre del oro.

Jaime Errázuriz Zañartu, arquitecto de la Universidad Católica de Chile, en su obra de investigación *Cuenca del Pacífico: 4000 años de contactos culturales*, demuestra con numerosa cantidad de mapas, dibujos y fotografías el contacto que se mantuvo entre los países asiáticos, en especial China, y las costas americanas durante varios siglos anteriores al nacimiento de Jesús.

Pudo comprobar que alrededor del año 200 d. C. los viajes transpacíficos chinos parecerían haber cesado, posiblemente debido al largo periodo de conflictos políticos internos que culminaron con la caída de la dinastía Han.

Asimismo, afirma que los conocimientos que la cultura Chavín (la más antigua del Perú precolombino, que data de los años 850 y 300 a. C., se desarrollaba en los valles de Chavín, de Huantar, Casma, Empeña, Cupisnique y Lambayeque) tenía de la aleación y soldadura de los metales, solamente puede explicarse porque estas técnicas estaban publicadas en China 500 años antes de Cristo en el libro *Kuagonggi* (El registro de los artesanos), el primer texto conocido en el mundo en describir las fórmulas de las aleaciones y en mencionar la relación entre su composición y los puntos de fusión. El autor chileno nos remite a un anexo donde puede conocerse la gran dificultad que presenta dominar esta tecnología.

Al estudiar los elementos asiáticos que aparecen en las costas del Ecuador, señala Errázuriz que no puede atribuirse a una coincidencia el hecho de que hasta nueve distintos objetos culturales asiáticos hayan aparecido simultáneamente en el continente americano, y por añadidura que no lo

hicieron separados en el tiempo, pues la gran mayoría de estos objetos han sido encontrados en excavaciones, en los mismos niveles estratigráficos correspondientes al período cercano a los inicios de la era cristiana.

Entre los nueve distintos rasgos culturales destaca la tipología arquitectónica, las almohadas o apoyanucas, los grandes vasos trípodes, las pesas para redes de pescar o las figuras sentadas.

En realidad, mucho más difícil que creer en viajes transpacíficos —apunta Jaime Errázuriz— es pensar que nueve elementos culturales disímiles hayan podido ser inventados simultáneamente en un corto período, y que estos inventos tengan su contraparte en Asia, y no, como sería lógico, en sus vecinos y aun en Mesoamérica.

Otro vínculo de Asia con Sudamérica es la rueda, aunque la historia oficial nos enseña que en América, antes de la llegada de los españoles, no se la conocía. No es cierto. Se han encontrado en excavaciones arqueológicas numerosos y distintos juguetes con ruedas en Mesoamérica, al igual que se han localizado en India y China.

¿Cómo puede alguien creer que el hombre en América haya inventado la rueda, motivado por hacer un juguete para entretener a los niños, y además creer que por pura casualidad lo hiciera igual a unos que vivían en India exactamente en la misma época? Y para intentar explicar el hecho que no haya prosperado la aplicación del invento de la rueda, Errázuriz lo justifica por la falta de caminos, la falta de puentes, el no haber animales de tiro, y también por los ásperos terrenos y los tupidos bosques por los cuales circulaban; todo esto, unido a su habilidad para llevar más de un peso en sus espaldas con una simple faja, la hacía innecesaria.



Modelo de carro sumerio. Data del cuarto milenio antes de Cristo, y sería el primer vehículo con ruedas conocido. En su origen, había sido construido como ofrenda funeral, para incorporarse luego a la vida cotidiana.

En las conclusiones, hace una importante referencia a otro investigador que agrega más luz sobre los contactos entre Asia y Sudamérica:

«Aún más extraordinario, como nos recuerda el historiador de ciencia Doctor Joseph Needham, es que astrónomos chinos de la dinastía Han, así como los antiguos mayas, usaban exactamente los mismos complejos cálculos para dar aviso acerca de la posible ocurrencia de eclipses lunares o solares.

Estos datos sugerirían que había un contacto directo a través del Pacífico. Como la navegación oriental estaba siempre en un nivel técnico más elevado que el conocido en el Nuevo Mundo prehispánico, es posible que intelectuales asiáticos hubiesen establecido algún tipo de contacto con su contraparte mesoamericana hacia fines del Preclásico».

Debemos recordar que la dinastía Han transcurrió desde el año 206 a. C. hasta 220 d. C. y que la civilización maya duró del 300 a. C. al 800 d. C.; o sea, fueron contemporáneos durante más de 400 años.

Jaime Errázuriz introduce también en su obra el tema de la fabricación de papel para libros plegables en Mesoamérica.

El investigador Paul Tolstoy, de la Universidad de Montreal, ha realizado un meticuloso estudio respecto de las técnicas y herramientas utilizadas en la fabricación del papel de corteza alrededor del Pacífico. Esta tecnología, conocida en la China antigua, el sudeste asiático y Mesoamérica, se difundió del este de Indonesia a Mesoamérica, y el uso principal de tal papel fue la producción de libros plegables para registrar rituales, calendarios e información astronómica.

Es de suponer que fue por medio de estos libros, que todavía están en uso en pueblos como los batik, lo que permitió un intercambio cultural. Los batik son un poderoso pueblo malayo establecido en la región que rodea el lago Toba, en el norte de Sumatra.

Las conclusiones de Paul Tolstoy son interesantes y parecen evidentes:

«Alguien debe, si bien no haber transferido el modelo de los libros, al menos haber traído la idea a Mesoamérica. Los primeros batidores de corteza para la fabricación de papel aparecen en el área maya, y mayormente en la planicie costera del Pacífico, hace 2500 años, unos 200 años más tarde que los encontrados en el sudeste asiático. Y es que la llegada de los batidores corresponde a los inicios de la formación de la cultura maya, única en tener libros en América».

Finalmente, sobre los viajes transpacíficos, Michael Coe dice:

«Esto no implica que los mayas o cualquier otra civilización mesoamericana fuera meramente derivativa de prototipos del Viejo Mundo. Lo que sugiere es que unas pocas veces en su historia los mayas pudieron haber sido receptores de algunas ideas importantes originadas en el hemisferio oriental».

La toponimia peruana es otro dato decisivo y muy a tener en cuenta a la hora de poder afirmar que en tiempos precolombinos hubo una intensa relación entre China y Perú. Se han localizado 89 nombres peruanos que tienen un significado en chino, y también 118 nombres geográficos peruanos que tienen su equivalente en nombres geográficos chinos. Jaime Errázuriz los presenta a todos en dos listas.

Debemos señalar que en China hay documentos que mencionan animales y plantas con descripciones que se ajustan perfectamente a las del búfalo y magüy, llegando incluso a detallar hasta las aplicaciones útiles que este vegetal tiene y que los aborígenes precolombinos siempre aprovecharon.

Otra semejanza entre las culturas precolombinas y la cultura china está dada por los quipus o sistema de anudar cordones.

Tal sistema se utilizó en China mucho antes de la aparición de la escritura. Colocando los nudos a cierta distancia, y valiéndose de colores diferentes se creaba un código de señales que sustituían a las formas de contar y de escribir.

Gustavo Vargas Martínez explica que:

«Igual sistema se encontró entre los incas, tan evolucionado que servía de registro público para los anales y las cuentas del Estado, las observaciones astronómicas, los tributos e impuestos, e incluso como medio de comunicación, puesto que servía para transmitir, a largas distancias, noticias y mensajes».

Entre los incas se llamó quipus o quipos, y entre los chinos el método *qi pui*, «memorizar a espalda»; en la actualidad, en China, este mismo sistema se conoce como *chie sheng*. Todo esto parece indicar la influencia que puede haber tenido la cultura china sobre las de América precolombina.

Gary Urton, profesor de antropología de la Universidad de Harvard, ha estudiado en profundidad los quipus, llegando a la conclusión de que no sólo se usaban para expresar números, sino que también constituían un sistema de escritura.

Según Urton, cada quipu contiene un código binario de siete bits que puede combinarse en más de 1500 unidades de información, lo cual implica que los incas no sólo se adelantaron a la informática, al inventar un código binario 500 años antes de que ésta lo hiciera, sino que además inventaron un sistema escrito dotado de tres dimensiones.

Por su parte, el ingeniero inglés William Burns Glynn, residente en el Perú durante más de treinta años y autor del libro *Decodificación de quipus*, llegó también a determinar, mediante un exhaustivo análisis, que los quipus constituían un sistema de escritura, no siendo sólo una herramienta contable.

Hebreos y templarios en América

El investigador y periodista argentino Bernardo Graiver, logró descifrar los signos inscriptos en unas cerámicas recogidas en el subsuelo de Santiago del Estero, Argentina, y atribuidas a la civilización chacosantiagueña. Estas piezas se hallan en el Museo Arqueológico de esa provincia. Las inscripciones son conocidas como «quilques», que significa «escrituras» en lengua quechua. Graiver pudo establecer que los signos indígenas se

corresponden con alfabetos de diversas etnias de Asia Menor, incluso con el arameo y fundamentalmente con el ktav Iad o cursivas del siglo II a. C.

En España la repercusión de este hecho fue muy grande:

«Este extraordinario descubrimiento, llamado a revolucionar la ciencia arqueológica mundial, es el mérito de un erudito argentino, conocido especialista en lenguas orientales. Se trata del profesor Bernardo Graiver, que pacientemente y a lo largo de dos decenios de trabajo constante ha logrado reunir una enorme colección de inscripciones hechas en Santiago del Estero (Argentina) por pueblos del Asia Menor en siglos —y aún milenios— antes de Cristo», expresó un medio catalán.

Como parte de su investigación, Graiver estudió también las costumbres, hábitos y ritos indígenas de la época precolombina y las comparó con las de los pueblos semíticos, encontrando numerosos paralelismos. Las semejanzas abarcan todos los aspectos de la cultura y la religión.

El escudo de la provincia de Salta (Argentina) ostenta un dibujo similar a la Maguen David, la estrella de David. Este territorio sería donde, de acuerdo con los resultados de la investigación de Graiver, habitaron los diaguitas-hebreos-juris siglos antes de la llegada de los españoles.

¿Pudo haberse enterado Colón de la existencia de América por medio de los judíos?

Se le dio cierto crédito a la teoría de que Colón era judío y que pertenecía a una orden esotérica. Podría tratarse de la creada por Hiram de Tiro luego de la construcción del templo de Salomón, y antecesora de la Orden del Priorato de Sión, o tal vez, podría tratarse de la Orden de Sión misma. Como iniciado, Colón habría recibido esta información de sus maestros.

La otra vía posible pudo ser a través de los judíos que financiaron su viaje, entre quienes podemos citar a Juan Cabrero, Gabriel Sánchez, Alonso de la Caballería y, el más importante de todos, Luis de Santángel. Éste último, llamado el Disraeli de Fernando e Isabel, era, en 1492, escribano de ración de la Casa Real, así como tesorero de la Corona de Aragón. Santángel era natural de Calatayud y hombre de confianza del rey Fernando. Pero antes de conocer a estos hombres, Colón ya había recibido en Málaga el ofrecimiento financiero de dos contratistas de los ejércitos reales y banqueros judíos: Abraham el Viejo e Isaac Abravanel, quienes estaban muy interesados en que Colón hiciese la expedición.

Simón Wiesenthal, el «cazador de nazis» recientemente fallecido, en su libro *Las velas de la esperanza* afirma que Colón fue a América cumpliendo una misión secreta de la colectividad sefardita española para llegar al Paraíso

Terrenal, donde los pobladores españoles pudieran establecerse en caso de necesidad.

Recordemos que Colón partió del puerto de Palos en la madrugada del 3 de agosto de 1492, en vísperas de que se cumpliera el plazo fijado por el rey Fernando para que todos los judíos no conversos abandonaran el territorio español. A diferencia de lo que habitualmente se hacía en este tipo de viajes, Colón no llevaba a ningún sacerdote católico. Pero, en cambio, llevaba a 30 judíos, incluyendo a uno que hablaba hebreo (¿sería un rabino?).

Como mencionamos anteriormente, el caballero Godofredo de Bouillón en 1099 conquistó Jerusalén fundando, según parece inmediatamente después, la Orden del Priorato de Sión. Esto le habría permitido convertirse en el Rey de Jerusalén. Sin embargo, consideramos improbable que esta orden haya sido la creación de un solo hombre, más bien pensamos que fue el resultado de varios años de planificación y trabajo conjunto de un grupo humano numeroso. Incluso existe la posibilidad de que ésa fuera la orden creada luego de la construcción del templo de Salomón por Hiram y sus hombres, con la venia del rey Salomón.

La Orden del Temple fue erigida, según el historiador sirio Guillermo de Tiro (1130-1186), por Balduino, quien entonces era el rey de Jerusalén, y a raíz de una propuesta que le hicieran Hugo de Payen, André de Montbard y siete caballeros más. Ésta consistía en la formación de un grupo que tendría por función custodiar los caminos que conducían a Tierra Santa y el mismo templo de Salomón.

Una vez aceptada la idea, se creó la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del templo de Salomón, que fue la primera denominación que recibió la orden de los templarios y la más completa.

Según lo que hemos recogido sobre el Priorato de Sión, la Orden del Temple habría sido su brazo administrativo y armado, la verdadera «cara visible» del Priorato que le permitía mantener sus objetivos en secreto.

La realidad mostró que los nueve caballeros templarios que inicialmente integraron la orden, estaban muy lejos de proteger los caminos hacia los Santos Lugares, y, en cambio, se ocuparon de excavar los túneles y cimientos del lugar en donde habían sido construidos el primero y el segundo Templo de Salomón.

Años antes, Hugo I de Champagne venía urdiendo un plan secreto y, en el año 1104, convocó para ejecutarlo a los miembros de algunas familias que, coincidentemente, luego formarían parte de la Orden del Temple y del reino de Jerusalén. Tal es el caso de André de Montbard, quien en 1154 fuera

nombrado Gran Maestre del Temple (máxima autoridad de la orden), el conde Fulko V de Anjou, rey de Jerusalén en 1131, y Juan de Brienne, también monarca de Jerusalén desde 1210.

En la reunión organizada por Hugo I de Champagne se habría transmitido un secreto muy importante relacionado con la localización de ciertas riquezas que, según nuestras investigaciones, estarían en dos lugares bien definidos: bajo el templo del rey Salomón y en tierras americanas.

Ahora bien, desde su fundación, la Orden del Temple comenzó a recibir grandes sumas de dinero provenientes de donaciones, y enormes extensiones de tierra con el fin de administrarlas. Esto les permitió destacarse como hábiles economistas.

Muy pronto comenzaron a enriquecerse, y empezaron a establecer relaciones comerciales con diferentes países europeos y musulmanes. Pasaban mercancías de un lado a otro y prestaban dinero cobrando intereses, lo que les proporcionaba importantes dividendos. Esto llevó a que se los considerara los inventores de la banca moderna, introduciendo las cláusulas penales y la letra de cambio. Por estas habilidades llegaron a desempeñarse como tesoreros de reyes y nobles.



Escudo de la provincia de Salta, en la República Argentina. La estrella que se destaca en el centro tiene notables similitudes con la estrella de David. Esta y otras coincidencias permiten suponer que en esa región habitaron los diaguitas-hebreos-juris, antes de la llegada de Colón. (Ilustración: Pablo Loureiro.)

Su poder económico fue tal que en el siglo XII financiaron en Francia la construcción de más de setenta iglesias y ochenta catedrales, haciéndose cargo del pago de los materiales y de los salarios de los trabajadores. Lo que llama la atención es que siempre disponían de efectivo, a pesar de que por aquella época era escasa la moneda en circulación. El oro no abundaba, y había muy poca cantidad de plata debido a las escasas minas de plata explotadas en la Edad Media. ¿Dónde conseguían, entonces, los templarios tanta cantidad de ese metal? La respuesta está en los viajes que realizaban desde el puerto francés de La Rochelle, cuya ubicación, apartada de las rutas usuales, no estaba justificada de ningún modo.

Por aquella época existían en Francia seis vías o caminos principales que partían de La Rochelle y que estaban fuertemente custodiados por la orden. Los puntos de destino eran: Bretaña, bahía del Somme, las Ardenas, Lorena, Ginebra y Valence du Rhode. Aquel puerto era prácticamente desconocido hasta entonces, y de él partían y a él regresaban grandes flotas de propiedad de la orden que atravesaban el mar occidental. ¿Sería América uno de los destinos de los Templarios para abastecerse de la plata necesaria para sus operaciones financieras?

Louis Charpentier, en *El misterio de los templarios* expresa al respecto:

«Europa tiene pocas minas; sólo existen en Alemania, pero aún no están explotadas. También en Rusia, pero tampoco son conocidas todavía. La mayoría de las minas de plata están localizadas en México y en América del Norte».

«Entonces, ¿de dónde vino esa plata que corría a fines de la Edad Media, antes de Cristóbal Colón? Y si no era para ir a buscarla, ¿qué significaba para el Temple esa concurrencia de rutas hacia La Rochelle que aún no era ni siquiera un pueblo?».

Debemos destacar el hecho de que a principios de la Edad Media la plata era tan escasa que las monedas se acuñaban en oro y bronce. Sin embargo, a fines de la Edad Media este metal circulaba en más cantidad que ningún otro. ¿De dónde provenía si no se explotaban nuevas minas en ningún sitio de Europa?

Hay un hecho muy importante que debemos comentar. En Portugal no estaba permitido a ningún navío navegar más allá del cabo Mogador bajo otro

pabellón que no fuera el de la Orden del Temple. Todos los barcos debían ostentar las velas con la cruz templaria. Y lo curioso es que Cristóbal Colón, en su primer viaje, también escogió las velas templarias para llegar a América. El gran recibimiento que tuvo por parte de los nativos bien podría explicarse aceptando que éstos ya conocían la cruz de las velas. ¿Optó Colón por esa insignia para no sorprender a los indígenas, sabiendo que llegaría a América como ya lo habían hecho antes de él los templarios?

En el año 1307, el rey francés Felipe IV el Hermoso, con el apoyo del papa Clemente V acusó a los templarios de herejía y comenzó a perseguirlos. Ningún miembro de la orden opuso resistencia; es más, se entregaron mansamente. La persecución culminó con la detención de Jacques de Molay, Gran Maestre de la Orden.

La acusación contra los templarios no era válida porque no había pruebas que la justificaran. El verdadero motivo por el cual Felipe quería terminar con la orden era apoderarse de sus riquezas. Prueba de ello es la bula *Vox in excelso* que promulgara el papa Clemente V, por medio de la cual otorgaba el pase de los bienes templarios confiscados a manos del rey Felipe. Sin embargo, los tesoros de la orden jamás pudieron ser hallados. Fue muy poco lo que se encontró.

Este suceso genera, entonces, dos interrogantes. El primero tiene que ver con la falta de resistencia a los arrestos masivos practicados contra los miembros de la orden. Si la suya era una organización tan poderosa, ¿cómo puede ser que no se enteraran de los planes del monarca con suficiente anticipación como para ejecutar una buena defensa frente a las acusaciones que se les atribuían?

El segundo interrogante se refiere a sus pertenencias: ¿qué hicieron con ellas?

Nuestra teoría es que la Orden del Temple estaba constituida por tres ramas: la militar, la de los monjes y la de los Maestros secretos. Esto significa que el verdadero Gran Maestre sólo era conocido por pocos miembros de la orden, mientras que Jacques de Molay desempeñaba tan sólo el papel de hombre público puesto a la cabeza de los templarios para que no se supiera quién era la verdadera autoridad. De acuerdo con esto, la orden había tomado conocimiento de la decisión de Felipe el Hermoso, y habrían implementado un plan para poner a salvo al verdadero Gran Maestre, a los Maestros secretos y a la mayor parte de las posesiones templarias.

¿Hacia dónde se dirigieron? La respuesta no puede ser otra: partieron del puerto de La Rochelle con destino a América.

Luego de la ejecución de Jacques de Molay en la hoguera, en el año 1314, la Orden del Temple se disolvió definitivamente, disgregándose sus miembros en varias ramas.

Dos años antes, la encíclica *Ad Providam* traspasaba los pocos bienes que habían quedado de los templarios a los caballeros de San Juan «...excepto en los casos de bienes ubicados en los reinos de Castilla, Aragón, Portugal y Mallorca...».



En este grabado de la época se destaca con claridad la cruz que identificaba a la Orden del Temple y que Colón hizo grabar en las velas de su embarcación.

A partir de 1314 fueron creadas nuevas órdenes para los antiguos templarios. En Portugal se fundó la Orden de la Milicia de Cristo, que es la que continuó portando la cruz templaria. El rey Dionisio le cedió muchas pertenencias templarias, entre las que se cuenta el castillo de Tovar, lugar clave de las reuniones que tuviera la antigua orden.

En Castilla, si bien el rey Fernando IV se había apoderado de gran cantidad de bienes templarios, cedió una parte de ellos a las órdenes recién creadas de Santiago y de Calatrava. Esta última fue la que mayor cantidad de archivos y pertenencias templarias logró reunir. Fundada en 1158 por el abad

de Fitero, fray Raimundo, había atesorado numerosos documentos pertenecientes a la disuelta Orden del Temple, que aún se conservaban en tiempos de Colón, hasta que, posteriormente, desaparecieron tras ser incorporados los maestrazgos a la corona en tiempos de los Reyes Católicos.

Colón debió aguardar hasta el final de la guerra contra los moros para poder entrevistarse con la reina Isabel en el campamento de Santa Fe y esperar la respuesta. Mientras tanto, realizaba copias de mapas y cartas de navegación.

Fue entonces cuando Colón marchó hacia Calatrava para estudiar sus archivos. Allí encontró un dato que terminaría por confirmarle el conocimiento que tenía de la existencia de América. Por todo esto, cuando llegó el momento decidió portar velas templarias en sus barcos, y así tener un buen recibimiento por parte de los habitantes del suelo americano.

Recordemos que los «indios» recibieron a Cristobal Colón con mucha camaradería y que mostraron signos de conocer la cruz templaria. A eso debemos agregarle la gran cantidad de leyendas americanas que hablan de hombres blancos y barbados que llegaban del este navegando por las aguas del Atlántico. Algunas de sus tradiciones hablaban de que *«llegará un día en el que vendrán por mar grandes hombres, vestidos de metal, que cambiarán nuestras vidas para bien»*.

También los mayas adoraban a Kukulcán, un dios «blanco y barbado», y a una cruz, en la cual murió «un hombre de luz que vivirá eternamente». ¿De dónde surgió en los mayas esta idea tan cercana al cristianismo si no fue por obra de los mismos templarios?

La voz del Almirante

Jueves 9 de agosto

«...Dice el Almirante que juraban muchos hombres honrados españoles que en La Gomera estaban con doña Inés Peraza, madre de Guillén Peraza, que después fue el primer conde de La Gomera, que eran vecinos de la isla de Hierro, que cada año veían tierra al oeste de las Canarias, que es al poniente; y otros de La Gomera afirmaban otro tanto con juramento. Dice aquí el Almirante que se acuerda que estando en Portugal el año 1484 vino uno de la isla de

Madeira al Rey a le pedir una carabela para ir a esta tierra que veía, la cual juraba que cada año la veía y siempre de una manera. Y también dice que se acuerda que lo mismo decían en la isla de los Azores y todos éstos en una derrota y en una manera de señal y en una grandeza...»

Diario de a bordo del primer viaje a las Indias, Cristóbal Colón.

Capítulo III

Los mapas del predescubrimiento

Existen mapas, algunos incluso anteriores a 1492, que incluyen la representación del continente americano. Son documentos muy valiosos que ayudarían a probar que esas tierras ya eran conocidas aun antes de que Cristóbal Colón se aventurara en su primer viaje a las Indias.

Es oportuno recordar que el Almirante había sido cartógrafo y copista antes de sus expediciones a América. El dato nos hace suponer que muy bien podría haber tenido conocimiento de la existencia de dichos mapas.

Sabemos, además, que antes de zarpar del puerto de Palos Colón realizó su propia investigación para encontrar la mejor manera de llegar al «nuevo continente», recogiendo datos en distintos países y en especial en la Orden de Calatrava. Tanto en su condición de marino cuanto de cartógrafo, se había informado bien sobre todo aquello que tuviera que ver con ambos oficios.

Repasemos, entonces, algunos de los materiales que tuvo a su disposición el genovés.

Marino de Tiro, por ejemplo, fue el primer cartógrafo que representó un tramo de la costa sudamericana. Es difícil situar el período en que vivió. Algunos afirman que lo hizo a finales del siglo I d. C., otros lo ubican a partir del año 100. Al-Masudi, historiador y geógrafo árabe, lo sitúa en la época de Nerón, o sea entre los años 54 y 68.

La única obra que se conoce de él es *Diordosis tou Geographikon Pinakos* o *Correcciones al mapa del mundo*, o también *Correcciones al mapa del Ecúmene*. Asimismo, se tienen noticias de su labor por referencias de otros autores. Por ejemplo, Ptolomeo basó parte de su propia obra en los trabajos de Marino de Tiro.

Por el título se infiere que ya existían tratados y mapas anteriores que Marino deseaba corregir. Particularmente, las cartografías y especulaciones de Eratóstenes, Hiparco y Posidonio.

De Posidonio (135-50 a. C.), tomó Marino su medición de la Tierra en 180 000 estadios. Llama la atención que tanto Marino de Tiro como Ptolomeo adoptaran la medición de la circunferencia terrestre de Posidonio y no la de Eratóstenes. La concepción de Posidonio era que la Tierra formaba un solo continente, y no incorporaba ninguna señal de la Cola del dragón, es decir, de la costa de Sudamérica.

Al igual que Posidonio, Marino consideraba que en la superficie de la Tierra existían varios *ecúmenes* o zonas habitadas, separadas por extensos océanos y por algunas regiones inhóspitas y despobladas. Para él, el punto límite del mundo estaba representado por una tierra llamada *Thina* o «tierra de los chinos» situada hacia el este. Se supone que creía que la «tierra de los chinos» podía extenderse otros 45° al este, lo que daría un mundo habitado a los 270° de longitud a partir del meridiano inicial de las Canarias.

Otra rareza es que, en su obra, Marino de Tiro menciona a *Alexandros* como una de las personas que le brindaron valiosa información. Hay diversas hipótesis sobre la identidad de este personaje. Algunos afirman que se trataba de un comerciante griego establecido en un puerto del Mar Rojo; otros, que era un capitán de navegación que le narró sus viajes, y otra versión es que *Alexandros* no era otro que el gran Alejandro Magno, y que Marino habla de lo que el propio Alejandro escribía sobre sus navegaciones a Kattigara (o Catigara) y a Saba, ambas ubicadas en América del Sur. Todo lo que nos dice Marino es que un misterioso navegante había recibido información de marinos chinos acerca de la ubicación y forma de lo que hoy son las costas de América del Sur. Además, el extraño dio en su informe, casi seguramente, la dimensión correcta del Pacífico; o sea, unos 160°.

La obra de Marino de Tiro no incluía ningún mapa pero sí las instrucciones para confeccionarlo, proporcionando tablas con la longitud y la latitud de las ciudades y lugares más importantes.

El investigador Paul Gallez, en su obra *La cola del dragón*, confeccionó el mapa del mundo según las indicaciones provistas por el antiguo cartógrafo. Ahí, Gallez pudo dar cuenta también de los errores de cálculo en los que había caído Marino por reducir el tamaño del océano Pacífico de 160° a 79°. Estos cálculos erróneos se perpetuaron en el tiempo porque sirvieron de base a las especulaciones de Ptolomeo.

El mapa de Ptolomeo

Claudio Ptolomeo habría sido quien confeccionó uno de los mapas más antiguos en los que figura América. Entre sus obras más importantes, aparte del *Almagesto*, encontramos la *Geographike Hyphegesis* o *Introducción a la cartografía mundial*. En ella se indican los principios generales para la construcción de un mapa del mundo y la descripción de longitudes y latitudes de todas las ciudades, cabos y otros puntos importantes, tomando por meridiano inicial el de las Islas Canarias en el extremo oeste.

Ptolomeo se basó en la obra de Marino de Tiro pero imprimiéndole algunas correcciones. En especial, criticó las afirmaciones de su predecesor acerca de que el mundo estuviera habitado en más de la mitad de la esfera terrestre.

En su planisferio, Sudamérica figura con el nombre de *India Meridionalis* y está representada solamente en su costa del Pacífico desde 17° de latitud norte (Mesoamérica) hacia el sur. Ptolomeo ubica la ciudad de Kattigara a 8° 30' de latitud sur. Los océanos Índico y Pacífico forman un solo mar cerrado y las tierras del sur constituyen el continente Antártico sin más límites que el marco del mapa.



Reproducción del mapa de Claudio Ptolomeo del siglo II. En esta cartografía antiquísima y previa a Colón, ya se observa el Sinus Magnus (océano Pacífico) y la costa de la India Oriental (América).

Es curioso que, aun entendiendo Ptolomeo que la Tierra era redonda, hiciera terminar este mundo en 14° o en 20° de latitud sur. Se supone que es porque creía que el *ecúmene* no podía tener más de 90° de extensión latitudinal ni más de 180° de extensión longitudinal. Esta disminución de la superficie es un error que el astrónomo comete debido a sus creencias.

Ptolomeo se refiere al océano Pacífico como *Megas Kolpos*, que correspondería a la denominación latina de *Sinus Magnus*, que significa «golfo grande».

En el mapa de Ptolomeo está incluida toda la costa de Perú y parte de la costa de Chile. Figuran allí ríos y cabos, en particular dos: el *Satyrorum promontorium* o cabo de los sátiros, que hoy en día es la Punta Aguja, y el

Notium promontorium o Cabo del Sur, que es la Punta Pariña, según lo ha demostrado el científico argentino Dick Edgar Ibarra Grasso.

Paul Gallez afirma que Ptolomeo, al querer corregir la obra de Marino de Tiro, sólo logró perpetuar sus errores; aun cuando el primero se ha ganado un lugar en la historia y el segundo resulte casi un desconocido.

En el siglo XV, la obra de Ptolomeo fue enriquecida con los aportes del cardenal Pierre d'Ailly, que en 1410 publicó *Imago Mundi*. Allí, se corrigieron algunos de los cálculos erróneos de Ptolomeo, razón por la cual d'Ailly pasó a ser el principal geógrafo teórico de su tiempo.

La obra de Al-Juarizmi

Al-Juarizmi fue un matemático y geógrafo árabe que en el año 833 d. C. terminó su principal obra llamada *Kitab Surat-al-Ard* o *Libro de la imagen de la Tierra*. La traducción completa del nombre es *Libro del aspecto de la Tierra en cuanto a ciudades, montañas, mares, todas las islas y los ríos, escritos por Abu Jafar Mohamed ben Musa al Juarizmi, según el tratado de geografía compuesto por Ptolomeo el Claudiano*.

Al-Juarizmi realizó importantes correcciones respecto de lo escrito por Ptolomeo. En principio porque redujo la longitud del Mediterráneo de 62° a 52° volviéndola más acorde a lo que es en realidad, de 42°. Eligió, al igual que Ptolomeo, a las Canarias como meridiano 0 y su *ecúmene* se extiende también sobre 180°.

El mapa original de Al-Juarizmi se ha perdido, pero algunos investigadores estudiaron el sistema de coordenadas que brinda el texto y lograron reconstruir el mapa extraviado. Por ejemplo, el investigador Hubert Daunicht encontró que los topónimos de Al-Juarizmi tenían mucha semejanza con los señalados por Ptolomeo, Martellus y Behaim. Además, la costa atlántica de la cola del dragón figura en el mapa aunque sin detalles. En esto difiere de Ptolomeo, que directamente no la había dibujado.

Los mapas de Marino de Tiro, de Ptolomeo y de Al-Juarizmi constituyen algunas de las pruebas más antiguas del conocimiento que se tenía sobre la existencia de América, o por lo menos de Sudamérica, muchos siglos antes de que llegaran los españoles.

El mapa de Walsperger y el mapamundi de Cresques

Fray Andreas Walsperger pertenecía a la orden de San Benito de Salzburgo. En 1448 confeccionó un mapamundi que hoy se conserva en la Biblioteca del Vaticano. En él, el sur está ubicado arriba, y el este a la izquierda. Al este se encuentra una gran península, la cola del dragón, que se corresponde con Sudamérica. Al norte de Sudamérica está dibujado un castillo que representa el paraíso terrenal.

Sabemos que en 1498, durante su tercer viaje, Colón llegó al golfo de Paria, entre la isla de Trinidad y Venezuela, al que dio el nombre de Tierra de Gracia, y allí vio el brazo occidental de la desembocadura del río Orinoco. Colón escribió después a los Reyes Católicos refiriéndoles haber descubierto «*un río que viene del Paraíso*». Al respecto, Paul Gallez entiende que esa expresión tiene una correspondencia directa con la ubicación del castillo en el mapa de Walsperger, situado a orillas del río Orinoco. ¿Debemos inferir que Cristóbal Colón conocía ese mapa y lo que simbolizaba el castillo dibujado en él?

En el año 1375 Abraham y Jafuda Cresques, padre e hijo de origen judío y naturales de Palma de Mallorca, confeccionaron un atlas del mundo. Las seis tablas dobladas que lo componían se hallaron recién en el año 1804. El nombre completo del conjunto de tablas del mapamundi de Cresques es Mapamundi, a saber *Imagen del mundo y de las regiones que hay en la Tierra y de los diferentes pueblos que la habitan*. Actualmente, este curioso atlas está guardado en la Biblioteca Nacional de París. No lleva el nombre de su autor, pero en la documentación de los reyes aragoneses, Pedro IV y Juan I, se acredita que Abraham y Jafuda Cresques fueron, quienes a cambio de una paga de 150 florines de oro de Aragón y 60 libras mallorquinas respectivamente, realizaron unas tablas donde se representaba el mundo conocido.



Rodrigo Borgia, retratado por Pinturicchio, siendo ya el papa Alejandro VI, le habría enseñado a Colón el mapa de Cresques, donde figuran las Antillas y Brasil, cincuenta años antes de su descubrimiento oficial.

También existe documentación indicando que, siendo príncipe el infante don Juan, en el año 1373 se les solicitó a los Cresques una carta náutica completa, y fue entonces que ellos realizaron este mapamundi.

Posteriormente, Juan le regaló este atlas a su primo Carlos IV, rey de Francia, y le encargó otro a Jafuda en el año 1381, recién terminado en 1389. Su padre, Abraham, murió en 1387. El mapamundi de 1389 nunca fue hallado.

Existen dos modelos de facsímiles del mapamundi de Cresques: uno que se ajusta en los colores al original de París y otro con algunas alteraciones que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Las innovaciones introducidas en el atlas son las de incorporar un calendario perpetuo y la aparición, por primera vez, de la rosa de los vientos. Resulta por demás asombroso que figuren en el mapa de Cresques las islas Canarias cincuenta años antes de haber sido descubiertas; las Azores, que tampoco se conocían aún; una gran isla con el nombre de «Antilla» y otra con el nombre de «Brazil».

Algunos investigadores sostienen que en este mapa existían indicaciones secretas de las rutas hacia América y que Colón lo habría utilizado en su primer viaje como carta de navegación para llegar al destino que ya tenía prefijado.

El investigador José Antonio Hurtado García afirma, en su tesis doctoral *Los mallorquines en Canarias en el siglo XIV*, que Colón poseía una copia del mapa de Cresques, la cual le habría sido dada por el papa Rodrigo Borgia.

Otros sostienen que el mapa podría haber sido adquirido por Bartolomé Colón mientras estudiaba náutica en Barcelona o durante su estancia en Portugal. Hurtado García afirma que, suponiendo que Colón hubiera tenido en su poder una copia del atlas de Cresques para su primer viaje, es altamente probable que hubiera querido seguir la ruta trazada por ese mapa. Sin embargo, se salió del camino en varias ocasiones, tal vez como resultado de haber perdido el rumbo. La forma más exacta para reconstruir la ruta del primer viaje de Colón obtenida hasta ahora es consecuencia de considerar las cuentas «verdadera» y «falsa» como proyecciones sobre un sistema de coordenadas establecido por medio de estos mapas.

El mapa de Henricus Martellus Germanus

Heinrich Hammer, quien firmaba con su nombre latinizado Henricus Martellus Germanus, era un cartógrafo alemán que nació en el año 1440. Muy poco se sabe de él, sólo que vivió en Italia y que trabajó algún tiempo para el Vaticano.

El mapa que Martellus confeccionó en 1489 se encuentra guardado en la British Library de Londres. En este mapa, América del Sur aparece como una enorme península unida en el noroeste por el istmo de Mesoamérica al continente asiático a través de China. De esta manera, la gran península que es Sudamérica formaba la llamada Cola del dragón. Esta denominación figura en el *Tratado de descubrimientos antiguos y modernos* de Antonio Galvao, editado en Lisboa en 1563.

En 1940, el investigador italiano Roberto Almagiá, al estudiar el mapa de Martellus, observó la presencia de esta península a la que llamó «cuarta península asiática», sumándola a las ya conocidas arábica, india y malaya. Concluyó que a Colón el mapa le fue de mucha utilidad porque se adaptaba a

la concepción de la Tierra que él tenía para justificar la realización de su primer viaje, en lo referido a llegar a Asia por una nueva ruta y más corta.

Es 1942, el historiador argentino Enrique de Gandía, luego de analizar el mapa, hizo notar que esta «cuarta península asiática» era América del Sur. En su obra *Los viajes fracasados de Vespucci a Cattigara, Taprobana y Malaca*, Gandía nos dice:

«Lo sorprendente de Enricus Martellus Germanus es, repetimos, que el este del Asia es la gran masa americana y que ésta tiene, al final de lo que hoy llamamos Patagonia y costas de Chile, un estrecho y el triángulo del archipiélago fueguino. Los nombres que lo circundan son de regiones asiáticas. Martellus no sabía dónde colocarlos y los diseminó en lugares que no les correspondía».

El antropólogo argentino Dick Edgar Ibarra Grasso demostró la relación entre el *Sinus Magnus* de Ptolomeo y el Mar del Sur. El *Sinus Magnus* se correspondería con el *Megas Kolpos* de los griegos o el *Mare Magnum* de los latinos. Todos ellos resultarían ser la representación del océano Pacífico.

Luego de extensos estudios sobre el mapa de Martellus, Paul Gallez logró descubrir la red fluvial de Sudamérica, entre los ríos Orinoco y Grande en Tierra del Fuego. Este descubrimiento tuvo lugar en el año 1973 en Bahía Blanca (Argentina), y según cuenta el propio Gallez, en declaraciones hechas al periodista Rubén Benítez publicadas en el periódico *La Nueva Provincia* de Bahía Blanca el 25 de mayo de 2003:

«Uno por uno fui identificando los ríos: el Magdalena, el Amazonas, el Orinoco, el Paraná, el Paraguay, lo que sorprende por su precisión, todo con asombrosa exactitud. Luego aparecían el Colorado, el Negro, la gran península de América, la de Valdés y, al sur, el río Chubut... No faltaba ni sobraba ninguno. Hasta en Tierra del Fuego se incluía el río Grande. Con un detalle llamativo: el río Chubut no se conoció, prácticamente, hasta 1830».

El artículo de Gallez se publicó en francés bajo el título de *Les grands fleuves de l'Amérique du Sud sur le ptolémée londonien de Henri Hammer (1489)*.

Por su parte, Verdera llega a la conclusión de que la identificación de todos los ríos sudamericanos en el mapa de Martellus en su situación geográfica, sus principales características y la orientación que toman sus diferentes tramos es la confirmación de que la cola del dragón corresponde a Sudamérica en este mapa y en todos los mapas de los cartógrafos que lo han

copiado, incluyendo aquellos que, como Waldseemüller, no sabían lo que copiaban. Lo que demostraría en forma definitiva la correspondencia Cola del Dragón-Sudamérica por la presencia del sistema Paraná-Paraguay, con su forma de «Y» abierta hacia el noreste, su curso inferior que gira del sur al sudeste, y su desembocadura en estuario. Tiene una forma tan característica que no se puede confundir con ninguna otra. El mapa de Martellus lo representa en forma exacta, añadiendo la Serra do Mar, otra formación que por su orientación y paralelismo a la costa, también es única en el mundo.

Si bien estos elementos son suficientes para asegurar que la *cola del dragón* es Sudamérica, Paul Gallez decidió completar los estudios del mapa de Martellus por medio de la distorsión de la red cartográfica para así identificar los otros elementos geográficos. Este sistema cartométrico es muy poco conocido y ha sido aplicado para determinar la amplitud de los errores de localización de los mapas del Renacimiento y la Edad Media. Como estos mapas no presentaban indicaciones de longitud y latitud, a través del método de distorsión se pueden construir los meridianos y paralelos basándose en las ciudades, montañas, ríos y costas que, por lo general, no ofrecen problemas de identificación.

Con los datos aportados por el mapa de 1489, Gallez no tuvo inconvenientes en realizar su operación, llegando a la conclusión de que Martellus incurre únicamente en dos errores: situar demasiado al oeste el macizo del Planalto do Brasil y demasiado al este las montañas donde nacen los ríos patagónicos. Dice Gallez: *«Como resultado final de estos análisis, vemos que los ptolomeos precolombinos de Henricus Martellus tienen una precisión y una exactitud admirables, que no se pueden explicar en el estado actual de la historia de la cartografía»*.

A esta altura sobra decir que, al menos como cartógrafo, Colón contaba con conocimientos actualizados sobre los mapas existentes hasta el momento de su primer viaje, y si a esto le sumamos que se ocupó de investigar y hacerse de todo el material necesario para emprender su expedición con el menor riesgo posible, llegamos a la conclusión de que la información de la que disponía incluía el mapa de Martellus. Prueba de ello es que en su cuarto viaje buscó, en el actual istmo de Panamá, un paso o canal hacia el Mar del Sur, tal como figura en el mapa de 1489.

Respecto a la utilización del mapa de Martellus y de otros anteriores a él por parte de los marinos que «descubrieron» tierras americanas, Enrique de Gandía explica que:

«Magallanes no sólo siguió la ruta que le indicaba el mapa de Enricus Martellus Germanus, sino que tuvo muy en cuenta el mapamundi de Ptolomeo en donde figuraba Cattigara, la ciudad más lejana del mundo en tiempos de los romanos. Cattigara era el mismo punto al cual quiso dirigirse Vespucci en 1501-1502, cuando siguió la costa patagónica hasta los 52 grados de latitud sur y de allí fue desviado por una tormenta hasta las islas Malvinas». («La India del Ganges y la India de Colón», en Anales de la Academia Nacional de Geografía, 10, Buenos Aires, 1985.)

Y el investigador argentino Jorge A. Taiana, coincidiendo con Gandía, en su obra *La gran aventura del Atlántico Sur* expresa que:

»Las cartas del alejandrino Tolomeo y el mapamundi de Enricus Martellus guiaron, probablemente, el itinerario de Magallanes. Es muy posible que habiendo nacido en Portugal haya tenido acceso a los viejos portulanos y a las cartas de marear atesoradas en la Escuela de Sagres, fundada en el siglo anterior por el infante D. Henrique el Navegante. El mapa de Martellus del año 1489 señalaba en la punta de la Cola del Dragón la existencia de un paso que comunicaba el Mar del Norte (Atlántico) con el Sinus Magnus (Pacífico)».

¿Qué relación tiene esto con Colón? Si los mapas ptolemaicos, incluyendo el de Martellus, estuvieron disponibles para la época en que Magallanes realizó sus viajes, con más razón lo estuvieron para Colón, infatigable investigador y buscador de pruebas que, como vimos, no llegó a América por mero azar, sino por los conocimientos que poseía de su existencia y de las rutas que conducían a ella.

El mapa de Cantino

En 1502, cuatro años antes de la muerte de Colón, el duque de Ferrara mandó trazar o conseguir, secretamente, lo que hoy conocemos como *Carta de Cantino*. El mapa de Cantino se conserva desde el año 1868 en la Biblioteca Estense de Módena, Italia. Este mapa muestra los descubrimientos portugueses del siglo XV. El cartógrafo que lo trazó es anónimo, probablemente de origen portugués. Lo que se sabe fehacientemente es que este mapa fue llevado a Italia en 1502 por Alberto Cantino. Este hombre

había sido agente secreto al servicio de Ercole d'Este para luego llegar a ser secretario particular del rey portugués Manuel I.

Aprovechando estos antecedentes, el duque de Ferrara lo habría enviado a Lisboa para reunir información sobre los descubrimientos de los portugueses en materia de geografía. El descubrimiento de las nuevas tierras era guardado como secreto de Estado por portugueses y españoles.

En este mapa aparecen no sólo las Indias, despejando cualquier duda sobre el descubrimiento de un nuevo continente atlántico, sino que, sorprendentemente, se dibuja ya la costa sur de la península de la Florida, once años antes de que ésta fuese descubierta oficialmente por Ponce de León.



Manuel I, rey de Portugal. Cobijó en su corte a Alberto Cantino, el hombre que trasladó el mapa que mostraba los descubrimientos portugueses del siglo XV. Allí aparecen el continente africano y la costa sur de la actual península de la Florida.

Además, el continente africano aparece muy bien trazado, y su costa delineada con un detalle sorprendente para la época. Tiene errores de cálculo menores a los 45 kilómetros. En esos tiempos no existía en Europa ni en el mundo árabe una forma precisa de medir la longitud, algo imprescindible para una correcta cartografía.

¿Quién poseía los conocimientos para realizar un mapa con tanta exactitud? ¿Cómo se explica la presencia de la península de Florida antes de su descubrimiento? ¿Estos datos no permitirían confirmar que los europeos del siglo XV (en especial los de España, Francia y Portugal) mantuvieran algún tipo de relación con América incluso antes del «descubrimiento» hecho por Colón?

El mapa de Waldseemüller y el de Piri Reis

En 1507, Martin Waldseemüller, geógrafo alemán, confeccionó un mapa en el que designó por primera vez con el nombre de América a las tierras transatlánticas recién descubiertas. Este mapa, impreso en 12 hojas, fue de los primeros en donde figuran Sudamérica y América del Norte separadas de Asia.

Se supone que este nombre lo eligió en reconocimiento a Américo Vespucio, pero algunos historiadores opinan que no fue así. El investigador argentino Enrique García Barthe, en su trabajo *Globalización prehistórica. Los mapas que cambian la historia*, recoge la opinión de Alfredo Cardona Peña y afirma que *Amérika* sería una voz tolteca cuyo significado es «país con montañas en su centro». Dicho nombre podría haber confundido a Waldseemüller en la primera edición de su mapa de 1506, realizando inmediatamente una segunda edición donde directamente lo suprime. Por su parte, Alexander V. Humboldt, en 1837, afirmaba: «*Los contemporáneos de Vespucio tradujeron erróneamente el nombre “Amerigo” del italiano al latín por “Alberico”. La traducción correcta debió ser “Amalrricus”. La prueba puede verse en una edición latina del viaje de 1501 de Jehan Lambert y en el Itinerarium Portugallensium publicado en 1508*».

Teniendo por cierto que en esa época no existía en Europa el nombre «Américo» o «América» para hombre o mujer, Humboldt pretende demostrar que «Amerigo Vespucio» era conocido en su época como «Alberico Vespucio» y que su nombre cambió a «Américo» después de que Waldseemüller bautizara «América» a esa región, en el mapa de 1506. Y luego agrega:

»Parece que a pesar de haber puesto en su viñeta a Vespucio con su mapa, y de haber puesto los toponímicos que en él se encontraban, incluyendo América, Waldseemüller parece no confiar totalmente en don Américo, y abajo en el mapa dibujó América del Norte separada de Sudamérica, conservando la tendencia de los mapas ya publicados en 1502 por Cantino y Caneiro. Estos últimos muestran una Sudamérica separada de América del Norte con una nutrida toponimia desde lo que sería el sur de Brasil hasta los 42° sur en río de Cananea (río Chubut), imposible en 1502, ya que nadie había navegado por esas latitudes».

En el año 1929 el palacio Topkapi, en Estambul, fue transformado en museo de antigüedades. El 9 de noviembre del mismo año, el director del

museo nacional turco, B. Halil Eldem, halló dos fragmentos de un mapa; el mismo había sido confeccionado por el marino Piri Reis, sobrino del pirata Kemal Reis, quien llegó a ocupar el cargo de almirante de la flota en el Mar Rojo y en el golfo Pérsico.

En el siglo XVI, Piri ibn Hagi Reis Memmed (Piri Reis) gozaba de gran prestigio como cartógrafo, llegando a conservarse hasta 215 mapas firma dos por él, en los que se incluyen los escritos marginales con comentarios del propio autor conocidos como *bahriye*. *Bahriye* significa «colección».

En estas anotaciones, Piri Reis aclara que para realizar su obra cartográfica se había basado en mapas más antiguos, y añade que preparó sus mapas utilizando también veinte viejos planos y ocho mapamundis confeccionados en época de Alejandro Magno. Piri Reis entendía que en ellos aparecía la totalidad del mundo habitado.

En el año 1513, Reis comenzó a trazar estos mapas, y ya para 1523, los ofreció como obsequio al sultán Solimán I, conquistador de Egipto, en ocasión de un viaje de éste por el país.

En uno de los *bahriye*, puede leerse la siguiente inscripción:” *Los dibujó el pobre Piri Reis, hijo de Hadj Mehmet, conocido como sobrino carnal de Kemal Reis, en la ciudad de Gelibolu (Gallípoli). Dios tenga misericordia de ambos, en el mes del santo Muharrem del año 919 (9 de marzo - 7 de abril 1513)*».

Los mapas encontrados en Estambul en 1929 están datados en los años 1513 y 1528. Se trata de dibujos sobre piel de gacela con unas dimensiones de 85 por 60 cm, y aún conservan sus colores casi intactos. También contienen leyendas de las ilustraciones, dibujos de la fauna y de los habitantes de las diferentes zonas.

De estos mapas, el de 1513 incluye Gran Bretaña, España, África Occidental, parte de América del Norte y Sudamérica (incluido el Amazonas y el golfo de Venezuela), y la costa de la Antártida hasta una zona por debajo de África. El pergamino se encuentra rasgado y se supone que debió contener el resto de Europa, Asia e incluso Australia.

Un segundo mapa, cuya fecha es de 1528, abarca Groenlandia, la península de Labrador, Terranova, parte de Canadá y toda la costa oriental de Norteamérica hasta la Florida. Si Piri Reis realmente se basó en los mapas de la época de Alejandro Magno (siglo IV a. C.), entonces ya en aquellos tiempos pretéritos se tenía conocimiento de las tierras que, se supone, fueron descubiertas muchos siglos después.

De los estudios que se realizaron sobre el mapa de Piri Reis, cabe destacar los del cartógrafo norteamericano Arlington H. Mallery, especializado en antiguas cartas marinas, y el doctor Walters, del Instituto Hidrográfico de la Marina de los Estados Unidos, que colaboró con él.

Un primer dato llamó la atención de los investigadores: Piri Reis no utilizó las coordenadas habituales en su tiempo y trazó el mapa considerando la esfericidad de la Tierra.

Por otra parte, Walters pudo observar inmediatamente lo ajustado de las proporciones y distancias entre el Antiguo y el Nuevo Mundo, al igual que la localización de las islas Canarias y de las Azores.

Las líneas costeras de América y de la Antártida presentaban una exactitud que sólo se logró en mapas posteriores gracias al avance científico. Únicamente con un estudio en profundidad de las costas antárticas llevado a cabo por suecos, británicos y noruegos se pudo corroborar qué tan acertado estaba el mapa de Piri Reis.

Además, se encontró que el marino dibujó el extremo sudamericano de Tierra del Fuego prolongándolo en una estrecha franja a modo de apéndice que casi enlaza con la Antártida, donde vuelve a ensancharse. En la actualidad, ésa es una zona marítima.

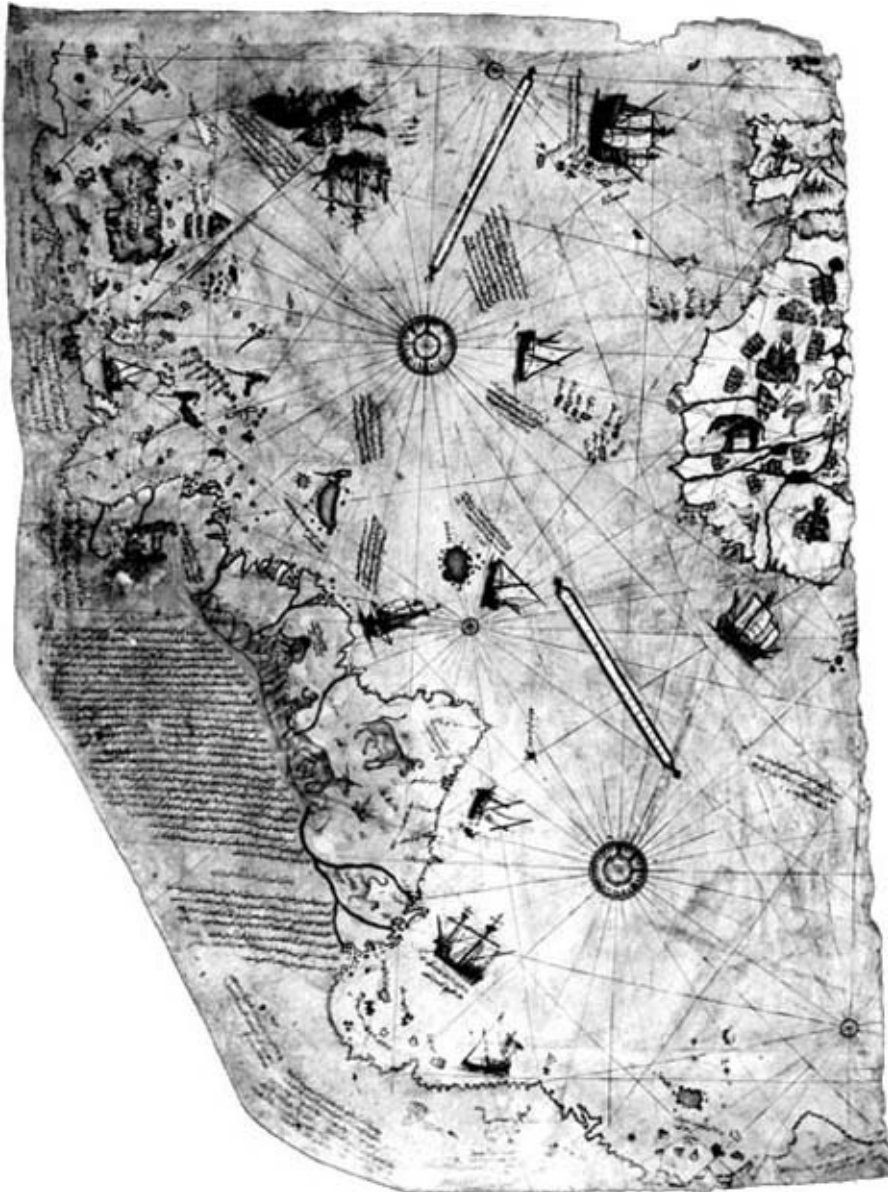
Al comparar esta franja con los perfiles submarinos obtenidos por los medios científicos de última generación, tales como fotografía aérea, tomas bajo el agua con cámaras de rayos infrarrojos, sondas acústicas enviadas desde buques, se concluyó que, efectivamente, a finales de la era Glacial, esto es, unos 11 000 años antes, existía dicha prolongación continental entre Sudamérica y la Antártida.

Piri Reis, además, tuvo la notable habilidad de representar perfiles costeros, islas, bahías y promontorios de la Antártida que hoy en día no pueden verse porque se encuentran sepultados bajo una gruesa capa de hielo desde hace miles de años.

En los mapas se puede observar la presencia de una isla de gran tamaño denominada Antillia, entre Sudamérica y África, que hoy en día no existe. Otras islas más pequeñas la rodean. ¿Podría tratarse, acaso, de la Atlántida de Platón? Es probable, pero aún no podemos responderlo con los pocos elementos con que contamos.

También se dedicó a investigar este tema el profesor Sarton, de la Universidad de Harvard, centrándose en el estudio de la escala utilizada en los mapas y tomando como baremo la medida griega «estadio».

Sarton llegó a la conclusión de que la escala utilizada por Piri Reis fue derivada de la medición de la circunferencia de la Tierra que llevó a cabo Eratóstenes (siglo III a. C.) y que fue calculada en estadios, encontrando que las distancias entre los diferentes puntos eran exactas.



Planisferio dibujado por Piri Reis en 1513.

Piri Reis y Eratóstenes sobrestimaron el perímetro del globo en un 4,5 %; entonces, si se resta esa diferencia a las escalas de los mapas de Piri Reis, la coincidencia con la realidad es impresionante.

Considerando todas estas investigaciones, Hapgood ha llegado a afirmar que los mapas en los que se basó Piri Reis para confeccionar los suyos debieron ser anteriores a Eratóstenes, muy posiblemente de la época de Alejandro Magno, como bien lo indica el almirante turco. Si los datos

obtenidos de este mapa del año 1513 se refieren a la existencia de mapas más antiguos, probablemente del siglo IV a. C., ¿cómo es posible que hayan logrado trazar mapas tan perfectos sin contar con la tecnología que, para nosotros, sólo estuvo disponible a partir de fines del siglo XX? Para ello aún no tenemos respuesta. Más allá de las especulaciones, la verdad parece estar muy lejos de ser conocida por nosotros, por ahora.

Pero ¿qué relación tuvo Cristóbal Colón con el mapa de Piri Reis?

En una de sus anotaciones marginales o *bahriye*, más específicamente en la denominada *Inscripción V*, puede leerse:

»Cómo fueron descubiertas estas costas y estas islas. Se las llama costas de las Antillas. Fueron descubiertas el año 896 del calendario árabe. Se dice que un genovés infiel, de nombre Colombo, fue quien descubrió estas costas. Un libro cayó en nuestras manos del mencionado Colombo quien descubrió que en aquel libro se decía que el término del mar occidental, es decir, sobre su costa oeste, había costas e islas, y toda clase de metales y de piedras preciosas. El ya mencionado, habiendo estudiado a fondo este libro, fue a suplicar, uno tras otro, a todos los notables de Génova, diciéndoles: “Dadme dos barcos para ir allá y descubrir esas tierras”. Ellos le respondieron: “¡Oh, hombre vano! ¿Cómo puede encontrarse un límite al mar occidental? Éste se pierde en la niebla y en la noche”.

El susodicho Colombo vio que nada sacaría de los genoveses y se apresuró a ir al encuentro del Rey de España, para contarle detallada mente su historia. Le respondieron lo mismo que en Génova. Pero suplicó durante tanto tiempo a los españoles, que su rey acabó por darle dos barcos, muy bien pertrechados, y le dijo: «¡Oh, Colombo! Si sucede lo que tú dices, te haré Rapudán de aquel país». Dicho lo cual, el Rey envió a Colombo al mar occidental».

Y en la Inscripción VI dice, con respecto a la confección de su mapa: «...Y también ha sido realizado partiendo de un mapa diseñado por Colombo que muestra la región occidental (...). Reduciendo todos estos mapas a la misma escala, he llegado a esta disposición final...».

Ahora bien, hasta la fecha no se ha encontrado ningún mapa cuyo autor sea Colón y además, hasta el momento en que Piri Reis obsequia el mapa a Solimán I (año 1523), Colón, que había muerto en mayo de 1506, no había tenido ningún conocimiento sobre el estuario del río de la Plata, o de la bahía de Hudson, o de Tierra del Fuego, o, por lo menos, se supone que no lo había tenido.

¿Acaso sería posible que fuera alguno de los archivos recogidos en la Orden de Calatrava? ¿O se lo habían dado los judíos de España que posibilitaron su viaje a América? ¿Se trató, tal vez, del diario del marino Alonso Sánchez de Huelva? Todas estas opciones son probables.

Otros mapas sorprendentes

Hubo otros mapas que pudieron haber sido utilizados por Colón. Por ejemplo, el de Zenón que data del año 1380 y el de Ibn Ben Zara, de 1487. En el primero se muestra a Groenlandia y en el segundo se pone de manifiesto un especial interés en señalar todas las islas. Respecto de estos materiales, Pierre Duval en su obra *La ciencia ante lo extraño*, dice:

«En el mapa de Zenón (muy exacto desde el punto de vista de las latitudes y las longitudes), se ven cadenas de montañas de norte a sur, y una gran planicie en el centro. Es cierto que los sondeos de Paul Emile Victor demostraron que, en realidad, el mar divide Groenlandia en dos partes. Pero Hapgood hace notar (creo que con razón) que antes de la glaciación muy bien podría haber existido una franja de tierra entre las dos zonas montañosas, la del norte y la del sur.»

Estos mapas, al igual que el de Piri Reis, son muy exactos en lo que se refiere al norte de Europa y en cuanto a tierras más occidentales que, como la Antártida, están representadas sin hielos.

Ahora bien, los portugueses, en su intento por hallar un canal que les abriera el camino hacia Oriente, empezaron a navegar demasiado al norte y pronto se encontraron con los tumultuosos vientos del oeste. Por su parte, Colón comenzó a navegar más hacia el sur, dando, de esta forma, con los favorables vientos del este que lo empujaron a través del océano, durando su viaje, hasta encontrar tierra, exactamente 33 días.

Al llegar al mar de los Sargazos, lleno de algas, los capitanes de las otras naves le pidieron que lo rodeara en busca de islas, porque la presencia de algas anunciaba la proximidad de tierra firme. Sin embargo, Colón no los escuchó y siguió navegando hacia el oeste. ¿Cómo pudo saber que las algas del mar de los Sargazos no anunciaban tierra firme? Y además, si todos los mapas mostraban tierra hacia el norte, ¿por qué tomó rumbo hacia las Canarias? ¿Acaso sabía que aquellas tierras ya estaban cubiertas por hielos?

No cabe duda de que el Almirante estaba muy bien informado de estos hechos y que sus fuentes de información eran excelentes, como ya lo hicimos notar.

Existen otros mapas que consignan zonas de América que aún no habían sido «descubiertas» a la fecha de su confección. Si bien eran posteriores a los viajes de Colón y por lo tanto no pudieron haber sido utilizados por el Almirante, merecen ser mencionados por los datos que aportan.

Tal es el caso del mapa de Oronteus, que data del año 1531 y en el que está dibujada toda la Antártida sin hielos, algo imposible de representar en esa época o en cualquier otra. Y en 1559 aparece el mapa de Hadji Ahmes que muestra toda América cartografiada, aun aquellas regiones supuestamente desconocidas por entonces.

Otro mapa que merece nuestra atención es el que tiene por nombre *Nova Cosmographia Per Totum Circulum* que data del año 1440. Luego de haberlo estudiado en profundidad, el investigador argentino Enrique García Barthe encuentra en este mapa detalles de importancia. Por ejemplo, que en el norte de Europa, en la zona del Báltico más precisamente, aparecen algunos errores como el de indicar a Suecia como una isla y a Dinamarca exageradamente grande; sin embargo, América está muy bien delineada. Se reconoce la bahía de Hudson, que aparece con el nombre de *Das Mer Caspi zwischen dem Aufgang and mitternacht dar in dy*, que significa: «Mar Caspio se encuentra entre el levante y la medianoche». También se reconocen la península del Labrador y la costa norteamericana hasta el Caribe.

Sobre aquella costa hay un lugar llamado «Portonach», que podría ser una deformación de «Potomac», denominación que le daban los indígenas a esa región.

Sobre la costa norte del Caribe se encuentra una zona montañosa, que correspondería a los montes Apalaches. Luego nota que hacia el oeste hay una cadena de montañas que lleva el nombre de *Caspier Perg*, es decir montes Caspios, que erróneamente se la consideró como los montes Urales, pero que en realidad son las cadenas de las Rocosas o Rocallosas que se encuentran al este del mar del mismo nombre (bahía de Hudson).

Asimismo, América Central está representada por la península de Yucatán y el istmo de Panamá que une América del Norte con América del Sur. El mar Caribe es denominado *Slangen Mer* que significa «Mar de las Serpientes».

En la región que corresponde a la Colombia actual se hallan dibujadas la cordillera Central, las sierras de Perijá y la cordillera de Mérida, bajo la denominación de *Kalioperg*, que significa «Montañas de Cali», lo que se

interpreta como la mejor descripción posible de la actual provincia y montañas de Cali en dicho país.

Los Andes están dibujados en la costa de Sudamérica que da al Pacífico.

En la zona de Venezuela hay un gran lago del cual sale un extenso río que desemboca en el Atlántico, formando un delta que es, sin lugar a dudas, el Orinoco. Más al sur se encuentra Saba y sobre ésta, *India Dy Hoch*, que significa «India de las alturas» como una referencia indiscutible a la región andina, lo que indica que Saba está en las Indias Orientales y no en el sur de la península Arábiga, como algunos investigadores han creído.

También figura Crisa, «Ciudad del oro», en la costa de lo que sería el Perú, y cerca de ella están dibujados los Andes con la leyenda «montañas de oro».

Encontramos, además, una isla llamada Sandala, palabra sánscrita que se puede traducir como Shangrilá, la ciudad mítica que se supone existió en el Himalaya. En la Patagonia, aparece la leyenda *dy Rysen vechten and streiten wider dy sint wurm* o «Gigantes que luchan con dragones», lo cual, según Paul Gallez, es una alusión a los gigantes patagónicos que cazaban elefantes marinos y a su forma ondulante de moverse.

Yendo más al sur, después de la masa continental, hay una isla triangular con varias penínsulas que lleva el nombre de Curiga, y cuenta la leyenda: *Ayn gut insel um aufgang*, lo que significa «Es una buena isla en el naciente», que está representando a Tierra del Fuego.

La esfera terrestre de Martin Behaim

Martin Behaim o Martin de Bohemia (1459-1507), natural de Nüremberg (Alemania), fue uno de los mayores eruditos de su época. Notable geógrafo, en el año 1492 construyó un globo terráqueo (o esfera terrestre, como se denominaba en esa época) al que muchos consideran el más antiguo de la historia.

Esta esfera posee indicaciones sorprendentes. En una de ellas puede leerse que la *Antillia* fue descubierta y colonizada en el año 734 por un arzobispo de Oporto. También aparece señalada la posición de Brasil y se expresa que en el año 1414 un viajero español habría llegado a la Antillia.

Behaim pasó de Alemania a Portugal, país en donde realizó la mayor parte de sus investigaciones e inventos, muchos de los cuales aún se siguen

utilizando; y llegó a ser, en época de Colón, miembro del Consejo formado por Juan II para el estudio y fomento de la navegación.

Robert Charroux, en su libro *Historia desconocida de los hombres* afirma que en Portugal existía una orden secreta. Su símbolo distintivo era la rosa. Expresa Charroux:

No obstante, con la rosa por mote existe una suerte de supersociedad que, según dicen, seguiría teniendo algunos miembros en Portugal y en América del Sur (sic). En la puerta de su morada estarían plantados —a uno y otro lado— un rosal rojo y un rosal blanco.

Pertenecían a aquella orden hermética esos «pilotos» de Juan II de Portugal que, obligatoriamente, se cogían a retiro en las islas Azores o en las de Madeira, lejos de los curiosos, tras haber traído, diez años antes de Colón, oro de las minas de Brasil».

Si Robert Charroux estuviera en lo cierto, unos marinos iniciados en esta orden secreta habrían viajado a América con anterioridad al primer viaje de Colón. Y así como tuvo acceso a los archivos templarios de la orden de Calatrava, bien pudo el Almirante consultar las experiencias de estos adelantados en Madeira, en donde sabemos fehacientemente que estuvo en una oportunidad. ¿Es posible que Behaim formara parte de la Orden de Portugal a la que alude Charroux y que de ésta haya recibido la información de la existencia del Nuevo Mundo?



Mapa de época de la «isla de Azores». Allí se habrían refugiado los integrantes de una orden hermética que obtenía oro de las minas de Brasil, diez años antes del descubrimiento de América por Colón.

Aunque muchos investigadores sostienen que Colón y Behaim no se conocían, existen datos que contradicen esta afirmación. Cuando el Almirante presentó su proyecto en la corte portuguesa, necesariamente tuvo que haber pasado por el Consejo que presidía Behaim. Y si este Consejo sugirió rechazar la solicitud de Colón, esto se debió a las elevadas pretensiones que tenía el Almirante y no por otra cosa. Y luego de esta negativa, el propio Consejo envió una expedición hacia Cabo Verde, donde debía reabastecerse, para luego dirigirse rumbo a Occidente, siguiendo el itinerario que el mismo Colón había mostrado. Este viaje fracasó. Y aquí surgen varios interrogantes. ¿Había entregado Colón pistas falsas? ¿O fue el propio Behaim quien boicoteó el viaje para que no se descubrieran las rutas de la orden secreta? ¿Existió en realidad esa orden? Si no fue de allí, ¿de dónde extrajo Behaim la información para la confección de su esfera terrestre?

Hay acuerdo entre los investigadores para afirmar que Martin Behaim copió, en 1492, el mapa de Enricus Martellus Germanus con el agregado de muchas islas en el Atlántico antes de conocerse en Europa el resultado del viaje de Colón.

La voz del Almirante

Miércoles 3 de octubre

«...Navegó su vía ordinaria. Anduvieron cuarenta y siete leguas; contó a la gente cuarenta leguas. Aparecieron pardelas, hierbas mucha, alguna muy vieja y otra muy fresca, y traía como fruta; y no vieron aves algunas. Creía el Almirante que le quedaban atrás las islas que traía pintadas en su carta. Dice aquí el Almirante que no se quiso detener barloventeando la semana pasada y estos días que había tantas señales de tierra, aunque tenía noticia de ciertas islas en aquella comarca, por no se detener, pues su fin era pasar a las Indias; y si se detuviera, dice él, que no fuera buen seso...»

Capítulo IV

El origen de Colón

El lugar de nacimiento de Cristóbal Colón continúa siendo centro de numerosas controversias. Mucho se ha dicho sobre el origen del Almirante. Se suele afirmar y repetir que era un genovés hijo de Doménico Colombo y Susana Fontanarrosa. No se sabe con exactitud su fecha de nacimiento. Tampoco se conserva ninguna documentación que registre el hecho. Se supone que nació entre agosto y octubre de 1451. Se ignora si fue el hijo primogénito del matrimonio Colombo o si tuvo hermanos mayores que fallecieron a temprana edad. Algunos mencionan a un Giovanni Pellegrini que habría fallecido antes de 1489. Lo cierto es que tuvo dos hermanos menores, Bartolomé y Diego, y una hermana, Bianchinetta, de la que se conoce muy poco. Esta familia, sin ser rica, poseía cierto buen pasar gracias al negocio de telares que tenía el padre y al ingreso adicional proveniente de un comercio de quesos o «taberna».

¿Es posible que estos registros puedan haber sido ocultos deliberadamente por el Almirante y, posteriormente, por su hijo Diego, para que fuese imposible rastrear su origen? ¿Por qué no se conservan documentos de la fecha y lugar de su nacimiento? Tampoco existen datos sobre la infancia de Colón, únicamente conjeturas e hipótesis sobre este período de su vida. ¿Podemos inferir que su origen era otro y que luego, por diversas circunstancias y siendo Cristóbal ya un muchacho, su familia se trasladó a esa ciudad de Italia?



Bartolomé Colón, hermano de Cristóbal. Formó parte, junto a éste, de la avanzada española en América. Se sabe poco de su historia.

De hecho, existe documentación que prueba que el Almirante se encontraba a los 19 años en Savona, pequeña ciudad dentro de las fronteras de la «república» de Génova, sobre la costa mediterránea. En esa época, él y su padre fueron multados a raíz de un altercado legal. Según parece, haber contraído deudas con un personaje llamado Gerolamo del Porto le valió a Doménico pasar un período en la cárcel durante 1470. Esto demuestra, además, que para ese entonces la familia Colombo se encontraba en problemas financieros.

Pero no es sino hasta ese momento que se sabe algo de Cristóforo Colombo —tal sería su nombre en italiano por aquel tiempo—. En otro documento, un acta notarial registrada en Génova fechada en 1479, Cristóforo Colombo figura como enviado a Madeira para comprar azúcar. Allí se dice, además, que se había encontrado con Paolo Dinegro en Lisboa un año atrás.

Resulta interesante que se especificaba su edad: Colombo contaba con 27 años. Así, el año de su nacimiento sería aproximadamente 1451. Esta acta lleva el nombre de *Documento Assereto* por el nombre del italiano que la descubrió. Sin embargo, existen objeciones respecto de la autenticidad de este documento y aún no se ha podido determinar con exactitud su validez.

Rastreando los documentos colombinos, hemos encontrado que Colón nunca menciona explícitamente ser oriundo de Génova. Sin embargo, existen dos registros en los que alude a este hecho, pero lo hace de una manera tan confusa que resulta poco convincente. Esto ha abierto una polémica entre

quienes defienden y sostienen este origen de Cristóbal. Algunos incluso llegan a impugnar estos documentos porque entran en conflicto con otros hechos y circunstancias.

Salvador de Madariaga, en su obra *Vida del Muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón*, expresa sus dudas sobre el registro conocido como el «Acta de Mayorazgo de 1497-98»:

«El acta de mayorazgo de 1497-98 no puede aceptarse como auténtica. Trátase de uno de los documentos falsificados, ya sea en un interés mal comprendido de la escuela genovesa, ya, lo que es más probable, en interés de alguno de los litigantes en los procesos a que la herencia de Colón dio lugar en el siglo XVI. Aparece, en efecto, este documento en circunstancias muy sospechosas durante un proceso. Es curioso que el acta de mayorazgo se considere auténtica por la escuela genovesa y falsa por los que se niegan a que Colón sea genovés, unos y otros bajo la impresión de que, de ser cierta el acta, los títulos de Génova quedan demostrados».

Y más adelante agrega:

«Pero quedan otras objeciones. No existe en los papeles de Colón ni en los de sus hijos referencia alguna a esta acta de 1497-98, mientras que en carta al Padre Gorricio, fechada el 24 de mayo de 1501, es decir, precisamente cuando Colón pensaba en redactar el testamento de 1502 (hoy desaparecido), ruega a su amigo le envíe una copia certificada de “una probisio q’ alla esta por q’ pueda yo hazer mayorazgo”, frase que Colón hubiera redactado de otro modo si hubiese instituido ya su mayorazgo otra vez en fecha anterior.»

Lo expresado por Salvador de Madariaga es suficiente para echar por tierra la autenticidad de este documento en el que Colón afirma ser de origen genovés.

Un segundo documento podría valer para apoyar la hipótesis del origen genovés del «descubridor de América».

Se trata de una carta escrita por el mismo Cristóbal Colón al Banco de San Giorgio de Génova el 2 de abril de 1502, que comienza con la siguiente frase: «*Bien que el cuerpo ande aca, el coraçon está ali de continuo*». Esta es la única alusión a Génova, lo cual no significa necesariamente que se esté refiriendo a su origen. Por otra parte, resulta por demás dudoso que la carta esté escrita en castellano, siendo que está dirigida a un banco italiano.

En otro párrafo, la carta dice: «y porque yo soy mortal, yo deso a Don Diego mi fijo que de la renta toda que se oviere que os acuda ali con el diezmo de toda ella cada un año para siempre...». Y, sin embargo, a fines de marzo de ese mismo año, o sea unos pocos días antes de redactar la misiva, le escribe a su hijo lo siguiente:

»Io te mando y encargo que tu lo debas tomar mucho a devoción de dar el decimo de todos los dineros que tuvieres que sean de rentas, que sean de cualquiera otra guisa el diezmo de ella, luego, sin dilación de ora, dadlo por servicio de Nuestro Señor a pobres necesitados, y parientes antes que a otros: e si no estuvieren adó estuvieres, apartalos para se los enviar.»

Salvador de Madariaga señala que resulta inverosímil que Colón tomara dos decisiones tan diferentes sobre lo que debía hacerse con el diezmo de sus rentas en el término de tan pocos días, ambas con referencia a su hijo don Diego. Además, a su hijo no le menciona que debe dar un diezmo al Banco San Giorgio, sino más bien le indica taxativamente que se lo entregue a pobres necesitados y parientes antes que a otros, con lo cual dicha institución bancaria queda totalmente excluida de sus designios.

Cabe destacar que el diezmo que —se supone— Colón aseguró «para siempre» al Banco San Giorgio no se pagó nunca, ni tampoco Génova lo reclamó.

Por lo tanto, los dos documentos en los que Colón pudo haber mencionado ser natural de Génova, quedan descartados.

Quienes hayan realizado estas falsificaciones no contaron con que, en algún momento de la historia, habría quienes se abocaran a dilucidar el misterio que envuelve al enigmático Colón y realizaran profundas investigaciones para llegar a la verdad.

El origen catalán

El Centro de Estudios Colombrinos de Cataluña asegura que Colón era catalán. Para sustentar su teoría se basan en un documento fechado en 1476. Se trata de una lista de corsarios catalanes que intervinieron en la batalla naval frente a las costas de Portugal contra naves españolas. Allí aparece el nombre de Cristóbal Colón.

Los estudios genéticos, antropológicos y lingüísticos realizados por este centro apuntan a que el Almirante no era genovés, hijo de un tejedor, sino un catalán que provenía de una familia noble y que, deliberadamente, quiso ocultar su origen.

En el año 2005, se realizó un documental para el Discovery Channel, bajo el título de *Enigma Colom*, en el que se reúnen las conclusiones a las que arribaron. Dirigido por el historiador Charles Merrill, profesor de estudios medievales, este documental exhibe varios aspectos inéditos de Colón.

En primer lugar, se afirma que el Almirante fue un corsario catalán que peleó contra el rey Juan II de Aragón durante la guerra civil y que, luego, debió mantener su origen en el anonimato porque el hijo de Juan II, vencedor en aquella guerra, era Fernando de Aragón. Ante las posibles represalias que el hijo de su antiguo enemigo podía tomar contra él y ante la negativa que podía recibir respecto del apoyo para su viaje hacia el nuevo continente, Colón habría decidido esconder los datos de su procedencia.

Luego se menciona la carta de Colón al Banco de San Giorgio, aclarándose que el diezmo prometido no se pagó y que no hubo ningún reclamo al respecto, como también lo hemos especificado antes. Mencionan además que el historiador norteamericano Washington Irving, refiriéndose a este documento, en su libro *Vida y viajes de C. Colón* manifestaba:



Pintura de Colón del año 1670. Éste es el aspecto que, se supone, tenía el Almirante antes de su conflicto con Juan II.

«Estos documentos se conservaban desconocidos en la familia de Oderigo hasta el año de 1670, cuando Lorenzo Oderigo se los presentó al gobierno de Génova, y se depositaron en los archivos. En los tumultos y revoluciones posteriores desapareció una de las colecciones de copias, y se llevó a París la otra. En 1816 se descubrió ésta en la biblioteca del difunto conde Michel Angelo Cambraso, senador de Génova. La procuró el Rey de Cerdeña, soberano de Génova entonces, y se la regaló a la ciudad en 1821».

Todo lo que presenta Merrill tiene por objeto desacreditar la autenticidad de la carta al Banco de San Giorgio y, de esa manera, determinar que es una falsa prueba de Génova.

Merrill también investigó en los archivos genoveses la lista Pesaño, que es la lista de los tripulantes genoveses de la flota que fue atacada en el cabo de San Vicente por naves corsarias bajo las órdenes de un capitán Colón, supuestamente francés, el 13 de agosto de 1476. Y descubrió que en esa lista no aparece ningún Colón, ni Colombo, ni Colonna, ni apellido parecido.

Luego, el profesor José Antonio Lorente, director del Laboratorio de Identificación Genética de la Universidad de Granada y presidente de la Academia Latinoamericana de Estudios Criminales y Forenses, asegura en el documental que está en marcha el proceso de identificación del ADN de Colón. Los resultados de estos análisis podrían determinar científicamente el origen de este personaje tan enigmático.

Lorente explica que en un primer momento se pensó en hacer el análisis genético con la idea de poder determinar que Colón era hijo del príncipe de Viana, hermano de Fernando de Aragón, y de una mujer llamada Margalida o Margarita Colombo, de las islas Baleares. Luego, al intervenir el Discovery Channel, se decidió extender el estudio a toda la familia Colón con el fin de precisar su origen.

Lorente cuenta con la colaboración del laboratorio estadounidense del FBI , Orchid de Dallas, Texas, que desarrolló nuevas técnicas destinadas a poder identificar por vía genética a los muertos del atentado a las torres gemelas del 11 de septiembre de 2001. Dichos procedimientos permitirían encontrar material genético en los restos humanos que se presentan con «mala calidad» debido a estar, por ejemplo, mezclados con escombros u otros materiales que dificultan su identificación.

La investigación ya está en curso, y se han inhumado, hasta ahora, los restos del mismo Cristóbal, aquellos que se encuentran en la tumba de Sevilla, los de su hijo Hernando o Fernando y los de su hermano Diego.

Al aplicar productos químicos, se logró extraer material genético de los restos, a pesar de que solamente eran huesos. Lorente extrajo 48 gramos de Cristóbal, 90 de Diego y 30 de Hernando. De todos modos, se está a la espera de que se autorice la inhumación de los restos que se encuentran en Santo Domingo, que podrían ser los verdaderos de Cristóbal Colón.

El antropólogo forense Miguel Botella ha examinado los restos de Colón de la Catedral de Sevilla y llegó a la conclusión de que fueron descarnados. Una marca de cuchillo en la mandíbula revela que, ya muerto, se le separó la carne de la osamenta. Es posible que esto se llevara a cabo antes de su traslado a Santo Domingo. Desde allí, se supone que lo llevaron a Cuba, para regresarlos luego nuevamente a Sevilla. Sin embargo, los americanos sostienen que quedaron en Santo Domingo definitivamente y que los que fueron llevados a Sevilla serían los de Diego, su hijo primogénito.

Francesc Albardaner, Director de Investigación del Centro de Estudios Colombinos de Barcelona, afirma haber localizado en la catedral de Tarragona a otro ilustre Colom. Se trataría del canónigo de Tarragona y Tortosa Guillem Colom, del siglo XV.

Albardaner sostiene que no había más de cincuenta familias con el apellido Colom en todo el territorio de habla catalana, por lo que no será difícil encontrar descendientes de esas familias.

El examen genético se ha extendido a todos aquellos varones de la región de Liguria, de Cataluña y de las islas Baleares que, en la actualidad, presentan el apellido Colón, o Colombo, y se les ha pedido someterse al examen del cromosoma «Y». Este fragmento del genoma es característico del sexo masculino y, con el apellido, se transmite de padre a hijo. Se comparará, entonces, con el ADN obtenido de los restos de Hernando, hijo de Colón, ya que son los que se encontraron en mejor estado.

Con respecto a esta investigación, la antropóloga forense Olga Rickards, directora de un equipo de diez antropólogos italianos que trabajan junto a los españoles liderados por Lorente, manifestó al periódico argentino *La Nación*:

«Mandamos 250 cartas en las cuales explicamos nuestro proyecto y enviamos, junto con las instrucciones de uso, el hisopo donde debe dejarse una muestra de saliva y de mucosa bucal que deberá ser enviada nuevamente a nuestro laboratorio para su posterior análisis. España e Italia tienen una disputa en cuanto a su lugar de nacimiento. Mientras

que para los historiadores italianos no hay dudas de su italianidad, para los españoles Colombo era catalán, y para algunos incluso hijo natural del príncipe de Aragón y de una Colombo que vivía en las islas Baleares, algo que lo ayudó más tarde a conseguir las naves para cruzar el Atlántico. Si el ADN de Hernando es igual al de los sujetos varones del área genovesa, quiere decir que Colón era genovés. Nuestros colegas españoles están recogiendo el mismo tipo de muestras en su país. Enviamos las cartas hace apenas unos días, pero ya tuvimos varias respuestas positivas y hasta llamadas de personas muy interesadas en el proyecto. Si bien me parece que las fuentes históricas indican que Colombo era italiano, yo no estoy del lado de nadie. La ciencia es imparcial y, quién sabe, nuestros análisis podrían llegar a determinar que, en cambio, era español o también puede no dar ningún resultado. No se trata de una carrera entre países, sino de establecer la verdad, si es posible. Exhumamos al presunto Colón en la catedral de Sevilla, junto a su hijo Hernando. Pero el estudio se encuentra aún en fase preliminar. El resultado definitivo, que dirá si se trata verdaderamente de él, lo tendremos, si todo va bien, en mayo, para los 500 años de su muerte, cuando quizá podamos también develar su origen.»

Lo que muestran los resultados parciales de los estudios genéticos efectuados sobre los restos de la familia Colón ha revelado que, en primer lugar, todos presentan signos de pertenecer a la raza caucásica.

Lorente contrasta los datos que la «historia oficial» ha transmitido con los hallados en el estudio genético:

»Cristóbal Colom Terrarubra según la “historia oficial española” nació en 1451 y murió en 1506, a los 55 años y está enterrado en la Catedral de Sevilla.

»Tenemos también a Cristóbal Colom, que, según la “historia oficial americana”, está enterrado en Santo Domingo, República Dominicana. Diego Colom Terrarubra, hermano del descubridor, según la “historia oficial española” nació en 1466 y murió en 1515, a los 49 y está enterrado en una capilla del monasterio de La Cartuja de Sevilla, donde sus restos fueron descubiertos en 1930. Desde entonces, los restos han sido custodiados por la fábrica de Cerámica Cartuja-Pickman, sita en dicho lugar, entidad que los ha puesto al servicio de los investigadores.

»Bartolomé Colom Terrarubra, hermano del descubridor, según la “historia oficial española” nació en 1461 y murió en 1514, a los 53 años de

edad y no saben dónde está enterrado, pero según los dominicanos está en Santo Domingo, «al otro lado del altar mayor de Santa María la Menor».

»Diego Colom Moniz, hijo de Cristóbal, nació en Madeira en 1474 y falleció en Puebla de Montalbán, Toledo, a los 52 años el 23 de febrero de 1526. Su cuerpo fue trasladado a la cartuja de las Cuevas de Sevilla, donde reposaría hasta ser trasladado a la ciudad de Santo Domingo, en la isla de La Española.

»Hernando Colom Aranas, hijo de Cristóbal Colom, nació en 1488, y falleció en 1539, a los 51 años y está enterrado en la Catedral de Sevilla.

»Los restos de Cristóbal Colom y de Diego Colom Moniz fueron trasladados en 1537 a la catedral de Santo Domingo».

Lorente afirma que según las pruebas de ADN, Diego Colom no tenía 48 sino 52 años al morir. También quedó establecido a través de estas investigaciones la relación de parentesco entre todas las muestras analizadas. Sólo faltaría estudiar los restos sepultados en el «Faro a Colón», República Dominicana, para poder determinar si son los de Colón o no. Y luego de realizar los estudios genéticos a los miembros actuales de las familias Colón, Colom y Colombo, y los del Príncipe de Viana, y de compararlos con los del propio Cristóbal y su familia veremos a qué conclusiones llegan los investigadores. Estamos a la expectativa y esperamos que los resultados arrojen una nueva luz científica al enigma que siempre ha rodeado a este personaje histórico.

Otras pruebas realizadas con la finalidad de determinar el origen catalán de Colón fueron las lingüísticas. En ellas intervino el ingeniero lingüístico Lluís de Yzaguirre i Maura, especialista en técnicas de traducción, quien desarrolló para la policía científica española un programa informático por medio del cual, introducido un texto en cualquier idioma, se encuentra la lengua materna de su autor.

Al estudiar la lexicografía de Colón (lo hizo con 39 000 palabras), Yzaguirre llegó a la conclusión de que su lengua madre era el catalán oriental. Lo que significa que Colón se educó en un área que va de Barcelona a Girona, descartando, de esta forma, que se educara en las tierras de Lleida o en Mallorca.

Asimismo, Gabriel Roura, especialista en escritura medieval y archivero de la Catedral de Girona, efectuó un análisis grafológico de las cartas de Colón y manifestó que:

«La escritura del navegante en castellano “muestra una clara influencia del catalán; además, quien escribió estas cartas es un hombre con una alta educación que utiliza la letra gótica cursiva catalana con gran precisión, lo cual nos indica que era de una familia noble».

El documental termina con la frase del propio Colón: *«In te domine esperavi qui no confundam in aeternum»* que significa «En ti Señor confío, que la confusión no dure eternamente».

Luis Ulloa, quien fuera Director de la Biblioteca de Lima, Perú, fue uno de los más fervientes defensores del origen catalán de Colón. Enmarca el nacimiento del Almirante en la Corona de Aragón y aporta como dato de prueba que las Capitulaciones de Santa Fe, firmadas entre Colón y los Reyes Católicos, se encuentran en los Archivos de la Corona de Aragón y no en los de Castilla.

Ulloa ha afirmado que «Colom» fue, en realidad, un pirata de nombre Joan Scolvus que era el único «Colom» marino que pudo encontrar en sus investigaciones y que utilizaba ese seudónimo en sus piraterías.

En un artículo publicado en Barcelona el 25 de febrero de 1932, dijo Ulloa textualmente:

«Yo no pretendo todavía determinar con exactitud la familia a la que perteneció Colón, sino dejar consolidado plenamente su cuna catalana y destruir la tesis genovesa».

Esta teoría ha reunido a varios seguidores y tuvo gran repercusión en Francia, donde fue recogida por Marcelo Jeanjean. Los franceses se han inclinado a pensar en Colón como un bastardo de sangre real o papal que se embarcó desde muy joven para recorrer el Mediterráneo y el Atlántico Norte, antes de emprender sus viajes hacia las tierras americanas.

El origen mallorquín

En España, la Asociación Cultural Cristóbal Colón, que tiene por objetivo impulsar las investigaciones con el fin de demostrar el verdadero origen del navegante, sostiene «que los genoveses Cristóforo Colonne o Cristóforo Colombo son la misma persona que el verdadero descubridor de América, el noble Cristóbal Colón, hijo de don Carlos, Príncipe de Viana (hermano del rey Fernando el Católico), y de la mallorquina Margarita Colón».



Fernando el Católico, supuesto tío de Cristóbal Colón. Grabado de Serra, siglo XIX.

El historiador Gabriel Verd Martorell afirma que la teoría genovesa es una fábula. Sus investigaciones lo llevaron a sostener que el descubridor de América fue hijo natural del Príncipe de Viana y de Margarita Colom.

Cristóbal habría nacido en Mallorca en 1460 y, por ser de sangre real, su nacionalidad se terminó convirtiendo en secreto de Estado. Se habría efectuado un pacto de silencio que le otorgaba a Colón riquezas, títulos y honores, exigiéndosele a cambio su total hermetismo con respecto a su ciudad natal y su origen noble.

Esto podría explicar, por ejemplo, las pretensiones excesivas de Colón hacia los reyes de España, cuando, antes de iniciar su primer viaje hacia América, firman las Capitulaciones de Santa Fe, como así también el hecho de no haber mencionado nunca su procedencia. Sin embargo, esta teoría generó sus controversias.

La Asociación Cultural Cristóbal Colón, en un trabajo titulado «En busca de la verdad: el verdadero origen de Cristóbal Colón», hace referencia a distintas teorías que han surgido acerca del origen de Colón. Aunque algunas de ellas no tienen basamento científico ni lógico, nos ilustran sobre el interés que ha generado siempre este tema. Al respecto dice:

«En primer lugar, está la tesis gallega de Colón, que tuvo su importancia a finales del siglo XIX, cuando Celso García de la Riega presentó unos documentos en los que llegaba a la conclusión de que Cristóbal y Bartolomé Colón habían nacido en Pontevedra, hijos de Doménico y Maria Fonterrosa. Tiempo después se llegó a saber que dichos documentos habían sido

falsificados, tal y como confirmaron los paleógrafos Manuel Serrano y Sanz y Eladio Oviedo y Arce.

»En segundo lugar, los señores Ricardo Sanz, Margarita del Olmo y Emilio Cuenca, tras un laborioso estudio histórico, sostienen que Colón fue un noble castellano, hijo de doña Aldonza de Mendoza, duquesa de Arjona, y de don Diego Gómez de Manrique, conde de Treviño, y nacido el 18 de julio de 1435, en la Villa de Espinosa, Guadalajara. Como pruebas de su origen castellano, se presentan los propios escritos de Colón, en los cuales “trata de demostrar su amor a la tierra que le vio nacer y admiración a los paisajes, flora, fauna, etc. de su Castilla,” y otros argumentos testimoniales como los siguientes: «el Duque de Medinaceli, don Luis de la Cerda, era sobrino de Cristóbal Colón” y “su abuelo don Diego Hurtado de Mendoza, es decir, el padre de su madre, era el gran Almirante de Castilla”».

En él se mencionan otras teorías; por ejemplo, el investigador Vicente Paredes llegó a la conclusión de que el «descubridor» era un judío de Extremadura, perteneciente a una famosa familia de conversos de Santa María.

Otra de las hipótesis es la de un estudioso portugués, que llegó a considerar que Colón sería un tal González Zarco, noble, quien habría huido a Génova y regresado a Portugal bajo el nuevo nombre de Cristóbal Colón.

Un investigador norteamericano identifica a Colón con un corsario griego del siglo XV al servicio de Francia, que se hacía llamar Coulon o Coullon.

Un libro londinense editado en 1682, afirma que el Almirante había «nacido en Inglaterra, pero residente en Génova».

El italiano Agostino Ruffini, que por motivos políticos se escondió en Suiza, en casa de un tal Colomb, cuenta que éste no solamente hacía alarde de ser descendiente de Cristóbal Colón, sino que agregaba que su pretendido antepasado había nacido en Ginebra. Harris se recoge la pretensión heráldica de un abogado francés Jean Colomb, quien, en 1697, se autoproclamó descendiente del «descubridor» apropiándose del escudo de armas de Castilla y León.

Algunos investigadores de fines del siglo XIX pretendieron demostrar que el Almirante había nacido en la pequeña ciudad de Calvi, en Córcega. El italiano Bernardo Colombo trató de probar que era el heredero del Almirante, el cual habría nacido en Cogoletto y no en Génova.

El peruano Luis Ulloa, en un libro publicado en 1927, define al Almirante como un noble nacido en los países de habla catalana cuyo verdadero apellido

era «Colom», y en su nombre, en el escudo, en los símbolos y en su firma encuentran indicios de catalanidad.

Otros autores, como Ricardo Carreras Valls y Bayerri, sostienen que Cristóbal Colón nació en una de las islas que se encuentran en la desembocadura del Ebro, en Tortosa, poblada por comerciantes genoveses. Para estos dos investigadores, el «descubridor» era el catalán Colom de Terra Rubra.

Renato Llanás de Niubó llegó a la conclusión de que Colón nació en 1436 en Felanitx, Mallorca, probablemente hijo de Juan Colón, propietario rural; participó en la revuelta de los campesinos «forenses» y tras ser derrotados tuvo que huir acompañado de su hermano Bartolomé.

También se menciona la tesis de Nito Verdera, según la cual Colón habría nacido en Ibiza en el año 1436.

No es posible, sin embargo, que Colón hubiera nacido ese año porque en la carta que remitió a los Reyes Católicos desde Jamaica el 7 de julio de 1503 dice: *«Yo vine a servir de veintiocho años y agora no tengo cabello en mi persona que no sea cano y el cuerpo enfermo»*; y si se suma 28 años a 1436 da como resultado 1464. Fernando e Isabel se casaron en 1469 y Colón entró al servicio de los reyes en 1488; por lo tanto, esta asociación sostiene que Colón nació en 1460.

En este sentido, Verdera acaba reconociendo que *«la tesis más equilibrada y razonable, no enflaquecida por ninguna otra, sino más bien reforzada por cada una de sus contrarias, es la de que Cristóbal Colón nació en 1460, en Felanitx, Mallorca, hijo de Don Carlos, príncipe de Viana (hermano del rey Fernando el Católico) y Margarita Colón»*.

También se indica que en varios documentos, Colón firmó con «m» final, con lo que se llega a concluir que su apellido no era ni Colón, Colombus ni Colomo, determinando, de esta manera, que su origen proviene de los países de habla catalana.

Una de las pruebas que se esgrimen como sostenedoras de su origen mallorquín es la nomenclatura con la que Colón bautizó diversos lugares geográficos.

«Por ejemplo, en la carta náutica que dibujó en el puerto de Santa María en el año 1500, bautizó con el nombre de su madre la isla “Margalida” (isla Margarita) y otro de los lugares fue nombrado “Boca de drago” (Becerra).

»Además, Cristóbal Colón, tal y como arroja un estudio del gran filólogo español Ramón Menéndez Pidal, escribía siempre en castellano (que fue la

primera lengua que supo escribir) o en latín —un latín hispánico; cuando comete errores siempre son hispanismos—, nunca en italiano».

Agregan que toda la correspondencia que sostuvo con sus hermanos y con el padre Gorricio de Navarra, se mantuvo exclusivamente en castellano, lo que, según ellos, da muestras de que ya antes de llegar a Castilla, tanto Diego como Bartolomé hablaban y escribían en castellano y que nunca lo hicieron en italiano.

También explica que en 1931 se descubrió el llamado *Documento Boromei* de 1494, en donde el conde milanés Juan Borromeo afirma que Pedro de Angleria, tesorero de los Reyes Católicos, le había informado del verdadero origen de Cristóbal Colón, posiblemente reconociendo su carácter de «aragonés» y que fray Bartolomé de Las Casas, cronista del descubrimiento, dice que Colón era de un linaje principal, pero que lo oculta por diversas razones.

Asimismo, el historiador José Tomás Cabot sostiene que Colón ocultó su origen porque había sido durante años agente secreto de Fernando el Católico en la corte de Portugal. Así, el perdón que Juan II, rey de Portugal, le concede el 20 de marzo de 1488 adquiere un nuevo sentido.

Algunas preguntas sobre temas poco esclarecidos debilitarían la hipótesis del origen genovés del Almirante. ¿Por qué Fernando Colón, tras la muerte de su padre, anduvo por tierras de Italia y, por supuesto, por Génova, buscando el lugar donde nació? No encontró «en qué forma vivieron ni dónde habitaron»; es decir, que no halló por ninguna parte rastro de la familia de Doménico Colombo. ¿Por qué razón debió ocurrirle esto? ¿Se puede probar que en el siglo XV entre los Colombo de Génova hubo algún Almirante? Está demostrado que Colón nunca escribió en genovés ni en italiano. Si todos ellos eran italianos, ¿por qué no se expresaban entre sí con su propia lengua vernácula?

El periodista Nito Verdera rechaza la teoría del origen mallorquín de Colón. Y además afirma contar con datos que le permiten establecer su propia tesis. Según Verdera, Colón nació en Ibiza. Sus obras más importantes respecto al tema del origen del Almirante las constituyen *Cristóbal Colón, catalanoparlante* y *Cristóbal Colón, originario de Ibiza y criptojudío*.

«Si hay alguna teoría que sea imposible es ésta —escribe Verdera—, la de que Colom fuera hijo natural del príncipe de Viana. Ese príncipe llegó desterrado a Ciutat de Mallorca en agosto de 1459. Está documentado que vivió siempre en el castillo de La Almudaina, y no en el de Santueri en Felanitx, como se pretende. En esa carta escrita por el

príncipe al gobernador se dice "...os agradezco lo que habéis hecho en favor de Margarita, la cual es preñada...". Tal carta ya era conocida, la novedad es que ahora se ha hallado su original en el Archivo de la Corona de Aragón. No se sabe quién era esa Margarita, ni si tuvo hijo o hija... en cualquier caso, fuera quien fuese, ese descendiente del príncipe de Viana habría nacido en 1460. Si ése fuera quien luego se habría de convertir en Cristòfor Colom, ya que éste murió en 1506, habría vivido 46 años. Y está claro que murió a los 70 años. En las memorias del "cura de los palacios", Andrés Bernáldez, que acogió a Colom en su casa, se dice bien claro que falleció en Valladolid el 19 de mayo de 1506, a los 70 años y "en senectute bona". La del príncipe de Viana es una teoría muy romántica, pero nada más.»

El equívoco, dice Verdera, se inició en 1889, cuando el historiador francés George Desdevises du Dezert interpretó mal una carta del príncipe de Viana del 28 de octubre de 1459.

Desdevises aseguró entonces que esta carta, donde se agradecen los favores a una tal Margarita, que estaba embarazada, iba dirigida al gobernador de Mallorca y se refería a una joven mallorquina.

Verdera recuperó la misiva del archivo español de la Corona de Aragón y, tras un estudio paleográfico realizado por el historiador Antonio Ferrer Abárzuza, concluyó que iba dirigida realmente al gobernador y virrey de Sicilia, Lope Jiménez de Urrea.

El investigador localizó también otras cartas con el mismo destinatario en las que igualmente se menciona a Margarita y se la califica como «panormitana», gentilicio de los ciudadanos de Palermo.

Así, Verdera pudo averiguar que, según los genealogistas italianos Davide Shamá y Andrea Dominici Batelli, el príncipe de Viana dejó embarazada en Palermo a Margarita Cappa, que en 1459 dio a luz a Juan Alfonso de Aragón y de Navarra, reconocido por su padre como hijo natural en su testamento.

Según Nito Verdera, «la única conclusión posible» es que la Margarita citada por el príncipe de Viana sea Margarita Cappa, lo que invalidaría la tesis del «Colón mallorquín».

Luego de haber realizado investigaciones lingüísticas de sus escritos, Verdera sostiene que Colón era catalanoparlante y, por lo tanto, súbdito de la Corona de Aragón. El «descubridor» pertenecería a una familia Colom de Ibiza, una rama de los Colom de Barcelona, que tenían propiedades en el call judío. Se trataría de una familia llegada a Ibiza a finales del siglo XIV,

alrededor del año 1370 y que poseía cierto buen pasar ya que regenteaba un hospicio.

Verdera utiliza el término «criptojudío» para explicar una supuesta «herencia educacional judía» de Cristóbal Colón. Aunque aparentara ser muy cristiano, tanto él como sus hermanos seguían manteniendo ciertas prácticas religiosas propias del judaísmo. Para afirmar esto se basa en algunos documentos:

«En cartas escritas a su hijo Diego hay un signo críptico en la parte superior izquierda, que ha sido analizado por la policía científica española (estudio que reproduzco completo en esta nueva obra) y que los expertos dicen que es la abreviatura de las iniciales B y H, escritas de derecha a izquierda a la manera semítica y que significan “Baruch Hashem”, es decir, “Alabado sea Dios”. Además, Colón conocía muy bien la Biblia, recitaba pasajes enteros y para convencer a sus interlocutores ponía ejemplos del Antiguo Testamento, como siempre hacen los conversos”.

El origen portugués

De las teorías surgidas acerca del origen de Colón, existe una que proclama que el marino era portugués. El periodista y escritor José Rodrigues dos Santos escribió *El código 632*; dicha novela histórica toma su título de un documento de la Biblioteca Nacional de Lisboa.

En la obra se cita el matrimonio de Colón con Filipa Moniz Perestrelo, mujer de la alta nobleza portuguesa. Ningún miembro de la nobleza se habría casado con un plebeyo hijo de un tejedor genovés. Rodrigues dos Santos se apoya en el hecho de que Cristóbal, en todas sus cartas y documentos escribía en una mezcla de castellano y portugués.

Otra de las pruebas que ha encontrado es que en el escudo de armas del «descubridor» de América aparecen cinco anclas, pero en la misma disposición que las cuatro pequeñas fortalezas («quinas») de la bandera portuguesa.

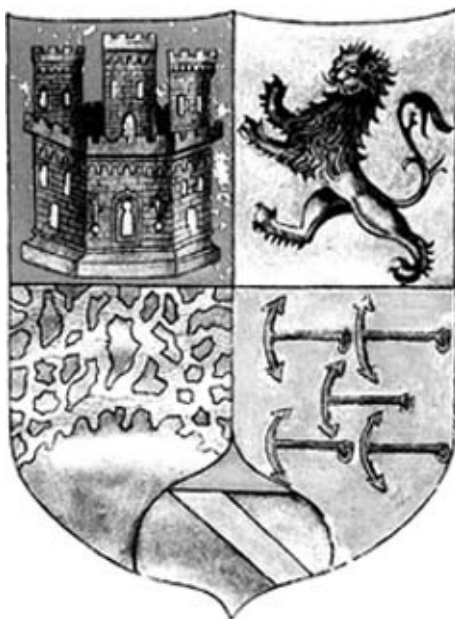
Basándose en una carta escrita a Cristóbal Colón en 1488, por el rey portugués Joao II, en la que lo trata de «mi especial amigo» y que se encuentra en el Archivo de las Indias, en Sevilla, el escritor organiza la trama de su novela en la que plantea que Colón abandonó Portugal de forma precipitada en 1484 y se trasladó a Castilla. En esa carta, Joao II le informó

que perdonaba todos sus delitos y lo invitaba a trasladarse a Lisboa, donde no sería perseguido. El rey Joao II tenía a sus órdenes a probados navegantes, como Vasco da Gama, Pedro Alvares Cabral, Diego Cao y otros. No había razones para llamar a Colón, salvo que fuese para otra misión.

La misión de Colón era la de convencer a los castellanos de que encontrarían la India navegando hacia el Occidente, porque, de acuerdo a Rodrigues dos Santos, el navegante luso Bartolo Dias había descubierto el Cabo de Buena Esperanza en 1488. Y agrega que *«En 1494, en el Tratado de Tordesillas, la India queda para los castellanos, cuando anteriormente, en el Tratado de Toledo (1480), fue asignada a los portugueses»*.

La intención de Joao II habría sido, entonces, la de distraer a los castellanos para que tomaran rumbo a occidente, así a los portugueses les quedaba libre el verdadero camino hacia la India.

Otro detalle es que cuando Colón regresa de su primer viaje a América, en 1492, hace escala en Lisboa y se reúne con el rey de Portugal, antes de seguir camino hacia Sevilla. Se argumentó que esa escala fue debido a una tormenta, pero eso fue desmentido por los otros marineros.



Escudo de armas personal de Colón, en donde se pueden ver con claridad las cinco anclas en la misma disposición que las cuatro pequeñas fortalezas de la bandera portuguesa.

La hipótesis planteada por Rodrigues dos Santos no es nueva. A partir del año 1930 se extendió por Portugal la idea de un Colón portugués, surgida después de que algunos investigadores afirmaran que Colón y el portugués Zarco, que descubrió Porto Santo y Madeira, eran una misma persona.

Otras teorías

Lorenzo de Bradi es el creador de la tesis del origen corso de Colón. Se basa en una carta que éste envió a la nodriza del príncipe don Juan de Castilla, en la que escribió: «No soy el primer almirante de mi familia». Para Bradi estaría haciendo alusión al pirata corso Caseneuve-Coullon, de quien Cristóbal sería hijo ilegítimo.

El historiador Pierre Carnac, por su parte, ha sostenido la teoría de dos personajes llamados Colón luego de preguntarse si cabe la posibilidad de imaginar a un Colón italiano cuya lengua materna hubiese sido el español y a un Colón español nacido en Italia. En su obra *La historia empieza en Bimini*, explica su teoría de la siguiente manera:

«La articulación entre los dos Colón la podría proveer la historia de un naufragio. Siendo aún muy joven, el que con el tiempo descubriría América, participó en una escaramuza naval. Promovido a almirante, la explicaría en estos términos a los soberanos españoles: “Cierta día, el rey Renato, al que Dios ha llamado ahora con él, me envió a Túnez para apoderarme de una galeaza llamada Fardinandine; pero cuando nos acercábamos a la isla de San Pietro, en Cerdeña, me enteré de que había allí dos naves y una caraca con la galeaza. Entonces se sublevó la tripulación y decidió no continuar el viaje... Al ver que no podía cambiar la voluntad de mis hombres, accedí a sus demandas, y cambiando la atracción de la aguja (es decir, trucando la dirección de la brújula), me di a la vela a la caída de la noche, y al llegar el alba nos encontrábamos cerca del cabo del Cartagena...”. El hecho es no poco instructivo, y nos muestra a un Colón astuto, buen marino que, algunos años más tarde, a las órdenes de Caseneuve-Coullon, luchará contra Génova. Cerca del cabo de San Vicente se desencadena luego una tempestad, de la cual es o no uno de los raros supervivientes.

»Entonces es cuando el falso Colón, que se encontraría en la misma nave, reemplazaría al verdadero —el genovés—, de cuya confianza gozaría, y se apoderaría de sus documentos, mientras que el verdadero Colón encontraba la muerte en alguna forma. En este caso, el hombre que se llamaba efectivamente Cristóbal Colón moriría el 13 de abril de 1476, dieciséis años antes del descubrimiento de América. En cuanto al almirante, sería un impostor, cuyo origen permanecerá desconocido para siempre».

Marcelo Gaya, en su obra *El mito de Cristóbal Colón*, sostiene —como Carnac— la hipótesis que afirma que el «Colón descubridor» no es la misma persona que el anterior al naufragio frente al cabo de San Vicente. Opina que se realizó una usurpación de identidad con el fin de ocultar algo que resultaba sumamente peligroso: *«herejía judaizante, brujería, bestialidad, u otro pecado gravísimo, crimen de lesa majestad, rebeldía... que de todas maneras su porvenir abundante en gloria, real o ficticia, hará olvidar».*

Y, a continuación, agrega:

«La única objeción que se puede hacer a esta hipótesis... proviene de la aparición, al lado del almirante, y después de hecho el descubrimiento, de los dos “hermanos” de Cristóbal, Bartolomé y Diego..., quienes tampoco parecen acordarse de que tienen una familia en Italia... Parece ser que Bartolomé estuvo en Inglaterra, para ofrecer los proyectos de Cristóbal al rey Enrique VIII. Cuando la vuelta a Europa del almirante, su “hermano” pasó por Francia, en donde le agasajó Ana de Beaujeu, por aquel entonces regente de Francia, y a partir de ese momento, siguió la fortuna de Cristóbal Colón. Bartolomé era un hombre enérgico y más culto que el Descubridor, pero ignoramos también todo de sus antecedentes, salvo que él, igualmente, vivió, durante algún tiempo, en Lisboa, en donde se ganaba la vida como cartógrafo y en donde es probable conociese a Cristóbal.

»Del tercero, Diego, se ha estrujado el nombre italiano, que los unos dicen haber sido Giacomo, otros Jiacobo, Vignaud “Jiacopo”, para traducirlo por “Diego”, nombre español con el cual se le conoce. Pero “Giacomo” hubiera dado “Jaime” o “Santiago”, y “Jiacobo”, Jacobo. Este detalle probaría también que Diego Colón y Giacomo Colombo no eran el mismo hombre”.

Gaya llega a la conclusión de que la única explicación posible a estas contradicciones es que los dos hermanos de Colón no eran sino amigos de la juventud del impostor, a quienes convocó, posteriormente, para crearse una familia que lo hiciera ver más respetable.

El origen judío

Salvador de Madariaga en *Vida del Muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón*, ha logrado comprobar que el cambio de apellido de Colombo a Colón (pasando por Colomo y Colom), consistió en un regreso al apellido original

de la familia del Almirante que había sido Colón en un principio. Explica este cambio de nombre como una costumbre hispano-sefaradí. Luego de varias consideraciones al respecto, llega a la conclusión de que el apellido Colón era de origen hispano-judío y catalán, aunque también ha encontrado indicios de que su cuna podría haber sido Galicia. Según sus palabras: *«La familia Colombo era una familia judía española instalada en Génova, que siguiendo las tradiciones había permanecido fiel al lenguaje de su país de origen»*.



Enrique VIII de Inglaterra fue visitado por Bartolomé Colón, quien le propuso ensayar una nueva ruta a las Indias. Al igual que el monarca francés, Enrique no aceptó el ofrecimiento.

Sin embargo, fue Celso García de la Riega quien comenzó a extender la hipótesis del origen gallego de Colón, afirmando que era pontevedrés. Aprovechó para hacerlo el mismo año en que se cumplía el segundo centenario del descubrimiento de América.

Este erudito español habría encontrado datos respecto de la presencia de una familia judía apellidada Colón, en el siglo XV en Pontevedra, que debió emigrar alrededor del año 1444 debido a los disturbios religiosos propios de la época. Encontró que varios de los nombres hallados coincidían con los de la familia del Almirante: Cristóbal, Domingo y Bartolomé.

Para Pedro de Frutos, autor del libro *El enigma de Colón*, la hipótesis gallega es la que ofrece mayor cantidad de pruebas a su favor. Cita como

ejemplo, entre muchos otros, la denominación de la parte oriental de Cuba, por parte de Colón, con el nombre de Maisi, que proviene del gallego *E máis si*, que significa «y es cierto». Agrega, además, que no hay dudas de la procedencia judía del Almirante.

Para defender su tesis gallega, De Frutos se apoya en tres puntos. En primer lugar, hace notar que Colón jamás utilizó en sus escritos el italiano puro, encontrando, en cambio, varios vocablos gallegos y lusitanos. Estos últimos pudieron deberse a su larga estadía en Portugal. En cuanto a su latín, correspondía al que se enseñaba en Galicia.

En segundo lugar, menciona el hecho de que en la localidad de Portosanto, en plena ría de Pontevedra, existe una casa que se conoce con el nombre de «La casa de Colón», en cuyo frente figura una inscripción quedice: «JUAN COLON. R.º AÑO 1490», si bien reconoce que este Juan pudo haber sido un familiar de Cristóbal o no haber tenido ninguna relación con él.

Así lo dice De Frutos:

«Para nosotros, Colón no tenía por qué ser el apellido real del descubridor del Nuevo Mundo, ni tan siquiera habría de llamarse Cristóbal o Cristóforo. El ilustre marino podría ser originario de Galicia, hijo de un comerciante judío en una época en que su raza era muy perseguida y muy mal vista por el pueblo español. La expulsión no iba a tardar en ser decretada. Por razones del negocio familiar, Colón o como se llamase, tendría que viajar ya desde muy niño. Islandia y las islas Británicas habrían de revelar historias y leyendas acerca de posibles tierras al otro lado del océano. No obstante, la situación en España, donde también alternaba sus estudios con el comercio, empieza a ser insostenible y la familia decide emigrar a Italia, concretamente a la ribera genovesa, en donde el comercio abunda. O Italia no produce los mismos beneficios que España, o el padre del almirante muere, con lo cual él se embarca como marino. A partir de aquí, la historia ya nos suena conocida. Atacado su barco por unos corsarios, llega a Portugal como náufrago y ahí tiene su gran oportunidad: en lugar de confesarse un simple marino, usurpa la personalidad —y quizás el apellido— de una de las personas de más importancia del bajel y arriba a las costas portuguesas. Sólo eso podría explicar sus esponsales con la hija de un gobernador en época donde las bodas por amor estaban reservadas a las clases más bajas. Colón se confiesa “nato” de Génova —nacido en Génova— hasta que llega a España, donde comienza a dar pruebas de un buen gallego.»

Y luego agrega:

«Únicamente nos queda reseñar que el nombre de Cristóbal o Cristóforo pudo ser un añadido posterior con la intención de ocultar su ascendencia judía y de realizar así un acto de fe que estaría presente en su propio nombre y en la firma rimbombante que utilizaría a continuación.»

Otro de los datos que aporta Pedro de Frutos es que cuando fray Diego de Deza, presidente de la Junta de Salamanca, decide intervenir favoreciendo el proyecto de Colón, todo se tornó más fácil para el Almirante.

Dicho fraile estudió Humanidades en Pontevedra cuando Colón tenía entre 10 y 16 años. Fue entonces cuando éste habría aprendido latín, matemática y filosofía al estilo español en la misma ciudad que De Deza.

De Deza usó su influencia para que Colón contara con el apoyo de varios miembros prominentes de la Corte, muchos de ellos de origen judío. Inclusive fray Diego de Deza, quien fuera a partir de 1498 Inquisidor General de España luego de la muerte de Torquemada, era un judío converso.

Pedro de Frutos también dedica gran parte de su obra a analizar la relación que mantuvo Colón con la comunidad judía.

Al igual que Verdura, De Frutos sostiene que Colón utilizaba un lenguaje críptico judío en la correspondencia que mantenía con su hijo Diego y cita, además, el mayorazgo escrito por el mismo Cristóbal en 1498.

En ese documento, el Almirante dice lo siguiente:

«Don Diego, mi hijo, o el que fuere el heredero de este mayorazgo, tras haberlo heredado y haber obtenido la posesión del mismo, firmará con la firma que yo utilizo en el presente, que consiste en una X, con una S encima, y una M, con una A romana encima y, encima de ésta, una S, y luego, una Y con una S encima, con sus rasgos y trazos, como yo hago al presente... Y firmará sólo con la palabra El Almirante, aun cuando el rey le dé o él merezca otros títulos».

Según Pierre Carnac, con la disposición que le daba Colón a cada una de las letras se obtenía como resultado una representación de la estrella de David, y, en cuanto a su sentido, constituía un *kaddish* «que utilizaba, quizá, para desahogar sus remordimientos de converso». El *kaddish*, palabra aramea cuyo significado es «santificado», es uno de los rezos principales de la religión judía cuyo texto está escrito casi por completo en arameo. Existen varias clases de *kaddish*, según la ocasión y el contexto de que se trate, aunque el más difundido desde la Edad Media es el *Kaddish Yatom*, o «plegaria en memoria de los muertos».

En este caso, de acuerdo con el profesor de historia J. R. Marcus, se trataría de una invocación guerrera al Dios santo y único, al Dios de los Ejércitos del Antiguo Testamento, dado que las siglas referidas por Colón con la ubicación que les otorga arrojarían el siguiente texto:

**SHADI-ADONOI-SHADAI
YAHWH-MALE-CHESED**

Carnac agrega a este descubrimiento, otro dato:

«Lo mismo que en sus cálculos sobre la edad del mundo Colón se remitía únicamente a la antigua tradición judía, así también jamás dejaba de trazar en cada página de las cartas que enviaba a su hijo, y siempre en el mismo lugar, un monograma formado por el entrelazamiento de las letras hebreas beth y hai, que no es sino Barush Hashem, vieja fórmula de saludo y bendición judía. Nótese que el Almirante empleaba dicha fórmula únicamente en las cartas de carácter confidencial».

Respecto de esto, Madariaga sugiere:

«Es muy probable que se hubiesen constituido una cifra de uso personal. Más natural parece suponer que conociesen por tradición familiar alguna forma cursiva del alfabeto hebreo».

Aunque algunas posturas disienten absolutamente en lo que respecta a la verdadera patria del Almirante, la mayoría coincide en cuanto a su origen judío.

Una de las personalidades que más ha sobresalido en la defensa de esta tesis ha sido el recientemente fallecido Simón Wiesenthal, el famoso «cazador de nazis». La exposición de sus ideas ha quedado registrada en su obra *Sails of Hope, the Secret Mission of Christopher Columbus* (traducida como *Las velas de la esperanza*), publicada en el año 1973. Allí, Wiesenthal afirma que Colón fue a América en una misión secreta encomendada por la colectividad sefardita española para llegar al «Paraíso Terrenal», con el objeto de hallar un territorio en donde los pobladores españoles pudiesen establecerse en caso de necesidad. Territorio que, por otra parte, ya era bien conocido por ellos.

América siempre fue importante para los judíos. Recordemos que Teodoro Herzl (1860-1904), creador del movimiento sionista político e iniciador de la idea de que los judíos debían tener un Estado y vivir organizados en una nación, proponía a Palestina y a la Argentina como los

sitios más adecuados para concretar este proyecto. Finalmente se optó por Palestina por considerarla la «patria histórica» del pueblo judío.

Tan importante era América, y en especial la Argentina, para el pueblo hebreo, que los barones judíos Hirsch y Edmond de Rotschild, a finales del siglo XIX y principios del XX, financiaron con sus propios recursos la colonización judía en ese país sudamericano.

Por lo tanto, lo que Simón Wiesenthal plantea en su obra es absolutamente coherente con los hechos que se dieron a lo largo de toda la historia del pueblo judío, desde la época del rey Salomón.

Existen muy pocas posturas en contra del origen judío de Colón; la nuestra se inclina a favor, ya que sólo habiendo sido judío se explica que recibiera un apoyo tan ferviente de esa comunidad para concretar sus proyectos.

Resulta verosímil que Colón fuera «contratado» por un grupo de judíos, algunos de ellos conversos. Tenían la finalidad de llegar a América, la Tierra Prometida, la antigua Tierra de Ofir, para poder contar con un lugar donde resguardarse de la persecución a la que estaban siendo sometidos.

Ahora bien, existe un dato esencial en apoyo de esta hipótesis, relacionado con la elección de la fecha de partida de Colón hacia el Nuevo Mundo. Citaremos nuevamente a Carnac:

«Veamos todavía un detalle puesto de relieve por el doctor Cecil Roth. La flota de Colón zarpó el 3 de agosto de 1492, antes del alba. Ahora bien, en el calendario hebreo, esta fecha corresponde a la noche del 9 ab, día de duelo y ayuno, aniversario de la toma de Jerusalén por el emperador Tito. Y si la flota no partió el 2 de agosto, aun cuando todo estaba preparado, fue, sin duda, porque el que trabaja el 9 ab no tiene derecho a la bendición y, por tanto, no puede esperar ningún éxito. Y el Almirante tenía gran necesidad de esta bendición, él que, en una carta dirigida a los reyes de España, y por un extraño lapsus, hizo coincidir el asentimiento dado a su viaje con la expulsión de los judíos de España».



Detalle de la firma de Colón.

Esto significa que el 3 de agosto correspondía al 10 ab según el calendario hebreo, y, a su vez, era el último día permitido por los Reyes Católicos para la permanencia de judíos en España antes de la expulsión. A ello debemos sumarle que, extrañamente, Colón no llevó entre su tripulación a ningún sacerdote católico, cosa que hubiese hecho cualquier marino frente a una aventura de tamaña envergadura. En cambio, sí llevaba varios reclusos judíos y algunos marranos (judíos conversos) entre los que se contaban Bernal (médico), Sánchez, los marineros De la Calle, Torres (intérprete), e inclusive un traductor del hebreo.

¿Acaso pensaba encontrar Colón, entre los habitantes de las nuevas tierras, a algunos compatriotas judíos llegados tiempo atrás? Recordemos lo que el poeta argentino Antonio Nella Castro narró respecto a lo acontecido en la actual provincia argentina de Salta en ocasión de producirse la evangelización de los nativos a cargo del jesuita Nicolás del Techo:

»El método de los españoles era muy conocido por entonces: o se creía y profesaba o se moría... Puestos en fila "los indios", se les cambiaba el nombre bárbaro, naturalmente por otro cristiano, etc. La sorpresa de Nicolás del Techo iba in crescendo cada vez que se acercaba un «indio» y éste daba su nombre... Muchos eran Samuel, Jacobo, Moisés, Salomón, Abraham... Y a la pregunta:

»—¿Son ustedes judíos?

»La respuesta fue: sí.

»—¿Desde cuándo?

»—Desde siempre.

»—¿Circuncisos...?

»—Sí...»

Podemos afirmar, entonces, que el primer viaje de Colón estaba planeado con la finalidad de poder «sacar» de España a algunos de los judíos cuya expulsión era inminente. Ellos se encargarían de encontrar antiguos asentamientos de sus antepasados para establecerse allí y preparar el terreno para la llegada posterior de otros camaradas. De hecho, en las sucesivas expediciones de Colón ingresó a América un gran número de cristianos nuevos (judíos conversos).

Sudamérica ha sido, desde siempre, uno de los puntos predilectos de los judíos cada vez que debieron emigrar. Y esta no es una cuestión especulativa, sino un hecho histórico. No debe sorprender, entonces, que en época de la Inquisición y conociendo la existencia de América desde los tiempos del rey Salomón, los judíos hubiesen optado por buscar refugio allí.

Además, debemos indicar que la gran mayoría de los judíos conversos había cambiado de religión sólo para cubrir las apariencias y resguardarse de la pena que imponía la Inquisición por profesar el judaísmo. Pero en la intimidad continuaban practicando y manteniendo firme la fe en su religión original. Fue por esto que, años más tarde, se estableció la Inquisición también en América; más específicamente, fue el rey Felipe II quien por real cédula del 25 de enero de 1569, crea los tribunales de la Inquisición en la ciudad de México y en Lima.

El tribunal de Lima tenía jurisdicción sobre las tierras que actualmente son los países de Argentina, Chile, Paraguay, Bolivia y Uruguay, además del propio Perú. También sobre lo que hoy es Ecuador, Colombia y Venezuela, hasta que en el año 1610 se creó el último tribunal de América en Cartagena de Indias, que tuvo jurisdicción sobre estos últimos territorios.

Su principal objetivo era erradicar de las Indias a los cristianos nuevos sospechosos de judaizantes y a los protestantes.

Esto significa que, tal como hemos dicho, los judíos conversos continuaban profesando su religión anterior, por lo que volvieron a ser perseguidos en América.

En el año 1580 se produce la segunda fundación de la ciudad de Buenos Aires por Juan de Garay. Este hecho coincide con la unión de los reinos de España y Portugal, al ser Felipe II el único heredero de ambos reinos. A partir de ese momento, muchos portugueses sospechosos de practicar el judaísmo comienzan a ingresar al sur de América a través de Buenos Aires, ciudad en la que el poder de la Inquisición era débil. Llegaron tantos de ellos que en toda la región decir «portugués» equivalía a «judío converso».

El auto de fe más importante proclamado por la Inquisición en América fue el del 23 de enero de 1639, cuando fueron quemadas 11 personas acusadas de judaizantes, entre las que se encontraba el tucumano Francisco Maldonado da Silva, descendiente de portugueses, cuya historia fue contada por el escritor argentino Marcos Aguinis en su novela *La gesta del marrano*.

Colón entabló diversas relaciones con algunos judíos. ¿Quiénes eran ellos?

En principio debemos mencionar que Felipa Moniz de Perestrello, de familia noble, hija del gobernador de Porto Santo, con quien Colón se casó en Portugal en 1478, era cristiana nueva, es decir, de origen judío.

Este hecho explica lo que se han preguntado muchos investigadores: ¿cómo Colón, siendo de origen humilde, pudo acceder a un matrimonio con un miembro de la nobleza? Así, la respuesta no estaría dada, entonces, por su nivel social sino por la religión que compartían los novios. Es sabido que en la comunidad judía se trata de mantener el vínculo entre ellos de todas las maneras posibles, una de las cuales la constituye el contraer nupcias con miembros de su misma religión, siendo muy mal visto, por lo menos en aquella época, el matrimonio «mixto».

La llegada de Colón a Portugal se produjo tras el naufragio de la nave en donde se había enrolado. Primero, se trasladó a nado hasta Lagos, para dirigirse posteriormente a Lisboa.

En esta época, Cristóbal accedió a los documentos y mapas del cartógrafo italiano Paolo del Pozzo Toscanelli, de gran reputación internacional, que había mantenido una fluida correspondencia con Juan II, rey de Portugal. En estas cartas, Toscanelli le había proporcionado al mencionado monarca la seguridad de que la ruta por el oeste era la más corta para llegar a la India. Está aún en discusión si Colón tuvo o no relación directa con Toscanelli. Algunos afirman que existió correspondencia escrita entre ellos, y otros lo niegan. Lo más probable es que el Almirante tuviera acceso a los documentos de la corte portuguesa por medio de su suegro. Lo importante es que mediante estos, sumado a todos los datos que recolectó en otras investigaciones, Colón se aseguró de que si navegaba hacia occidente por el océano llegaría a tierra firme, específicamente al continente americano.

Prosigamos.

En 1485 fallece su esposa y se traslada a España, al convento de La Rábida, en Huelva. Colón se dirige allí porque estaba enterado por el marino Alonso Sánchez, que los monjes de dicho monasterio tenían una gran influencia sobre la corte española de Valladolid. Allí recibe el apoyo de fray

Antonio de Marchena. Charles Duff, en su libro *La verdad acerca de Cristóbal Colón*, expresa:

«El papel desempeñado por los frailes y sus amigos en el descubrimiento de América solamente se halla superado acaso por el que en la empresa tuvieron los judíos. En la Rábida estaba fray Antonio de Marchena, hombre con fama de entendidísimo en cosmografía y astronomía que mostraba gran interés en todas las cosas relacionadas con los descubrimientos y la navegación. No podía haber caído Colón en mejores manos en ese momento. Hablaron los dos, y Marchena escuchó con la mayor atención e interés cuanto aquel grave y andrajoso viajero tenía que decirle, y tan al corriente se hallaba de la existencia de la Antilla y de la “Tierra situada a Occidente”, conforme a las tradiciones noruegas y a los testimonios de numerosos hombres de ciencia conservados por la literatura medieval, que ni por un momento vaciló nunca en aceptar la tesis de Colón... Marchena hizo entrar en el proyecto intereses eclesiásticos más altos. No sólo cayó en la posibilidad de descubrir nuevas tierras y dar riqueza y gloria a España, sino que leyó en sus trazos las más subidas aspiraciones de la Iglesia y la posibilidad de llevar el cristianismo a los salvajes faltos de luces, cruzando el mar, y de salvar a millones de ellos de abrasarse por toda la eternidad en las llamas del infierno».

Esta es la primera ayuda que recibe Colón a su regreso a España, antes de que aparecieran en escena los judíos. Habrá que aclarar, sin embargo, que el hecho de que los judíos no aparecieran aún públicamente en la vida de Colón y en relación con su empresa no significa que no lo hubieran hecho ya. En realidad, el plan de encontrar una ruta hacia la «Tierra Prometida» ya se había trazado, y la búsqueda de Colón de apoyo externo, de comprometer a las coronas española, portuguesa o británica en su proyecto, constituía parte de ese plan con el fin de enmascararlo. Sabemos que lograr que los reyes de España aprobaran el proyecto de Colón se debió, principalmente, a la influencia que ejercieron los judíos y cristianos nuevos allegados a la corte. Su situación y rango dentro de la corona les daba una especial participación para favorecer e interceder por Colón. Y esto no fue por casualidad.

Ya hemos visto el caso de fray Diego de Deza, uno de los primeros «cristianos nuevos» en bregar a favor de Colón ante los monarcas españoles tomando como argumento la oportunidad política que su proyecto les ofrecía.

Otro de los hombres clave en este tema fue Abraham Zacuto, astrónomo judío de gran prestigio que había recopilado las tablas astronómicas y

matemáticas que constituían el saber de la época, que formaron parte del material con el que contaba Colón para realizar su viaje, y le permitieron a Vasco da Gama descubrir, posteriormente, el cabo de Buena Esperanza.

Zacuto había nacido en Salamanca en el año 1450. Estudió en esa misma ciudad protegido por el obispo Gonzalo de Vivero, para quien escribió *Almanaque perpetuo*, material astronómico que mencionamos antes. Fue discípulo de Isaac Campantón e Isaac Aboab. Otra de sus obras importantes fue el *Tratado breve de las influencias del cielo y juycio de los eclipses*, escrito en 1480 bajo la protección del maestro de Alcántara, don Juan de Zuñiga. Con la expulsión emigró a Portugal y luego a Túnez, en donde siguió trabajando y escribiendo sobre astronomía.

No debemos olvidar que, en Castilla, Colón fue acogido por el duque de Medinaceli, nieto de una judía, quien estuvo a punto de convertirse en su mecenas y sufragar en su totalidad la expedición, de no haber sido porque en esa oportunidad el proyecto fue rechazado por la Junta de Salamanca.

Y ya que hemos mencionado a esta Junta, debemos recordar que entre los miembros que apoyaban a Colón se encontraban nada menos que Diego de Deza, Abraham Zacuto y fray Antonio de Marchena. Sin embargo, el pedido de Colón había sido refutado por motivos religiosos y geográficos.

Pero antes de esto, Cristóbal ya había entablado relación en Málaga con dos judíos prominentes: Abraham Senior e Isaac Abravanel.

Isaac Abravanel o Abrabanel había nacido en Lisboa en el año 1437. Era un acaudalado judío que se había refugiado en Castilla y contaba con la protección de Isabel la Católica. Convertido en contratista de los ejércitos reales, fue quien financió, junto con Abraham Senior, la campaña de Granada. Cuando se decretó el edicto de expulsión rogó al rey Fernando conmiseración para su pueblo argumentando que España era una auténtica patria para ellos. Finalmente emigró a Venecia, donde murió en el año 1508. Aportó la suma de 500 000 maravedíes a la causa de Colón.

Abraham Senior fue un judío que tuvo gran influencia en la corte española, especialmente sobre Isabel la Católica. En 1474 era uno de los judíos más importantes de España, cercano al trono, a cargo del tesoro y responsable de los asuntos judíos en la administración; fue él quien convenció a los oficiales y militares de Segovia de apoyar a Isabel para ganar el trono a su sobrina, Juana la Beltraneja, hija del rey Enrique IV, hermano de Isabel, que también lo pretendía.

Al ser coronada, Isabel, agradecida, lo nombró jefe de la recolección de impuestos en el Estado de Castilla, dándole el título de «Rabí de la Corte»,

que significaba Rabino del Reino. También le otorgó una pensión vitalicia de 15 000 maravedíes.

En 1487 se produjo la toma de Málaga por parte de los Reyes Católicos; Senior logró rescatar a muchos judíos mediante el pago de 20 000 doblas jaquesas y los embarcó en dos galeras con destino a África. Es en esta ocasión cuando tiene lugar la entrevista de Colón, Senior y Abravanel, por entonces socio y asistente de Senior. Suponemos que en tal reunión se ultimaron los detalles del viaje que emprendería el Almirante en 1492.

En 1491 financió, como mencionamos antes, junto con Abravanel, la operación militar que desembocó en la toma de Granada en enero de 1492. Cuando ese mismo año tomó conocimiento del edicto de expulsión de los judíos de los reinos de Castilla y Aragón, intentó convencer al rey de no aceptar la ley de la Iglesia, y le ofreció, con Abravanel, una importante suma de dinero con el objeto de cambiar su decisión. Pero los reyes rechazaron su oferta y les rogaron que se convirtieran al cristianismo.

Ya vimos que Abravanel no aceptó y se trasladó a Italia, pero Abraham Senior optó por hacerlo, considerando que de esa manera podría seguir ayudando a su pueblo, y cambió su nombre por el de Fernán Núñez Coronel.

Senior fue el último gran rabino de Castilla, y en calidad de tal defendió al judío Juce Franco, supuestamente implicado en los sucesos del Santo Niño de La Guardia, en Toledo. Este episodio consistió en la crucifixión y asesinato de un niño de cuatro años, hijo de Alonso de Pasamontes o Alonso Martín de Quintanar y de Juana la Guindera, en 1489. El delito se atribuyó a un grupo de judíos, entre los que se hallaba el citado Juce Franco y de quienes se dijo que habían perpetrado el crimen como parte de una hechicería que tenía por objeto terminar con la Inquisición.

Isaac Abravanel y Abraham Senior, judíos muy allegados a la corte, contaban con el apoyo de los monarcas y con su absoluta confianza, y ocupaban puestos clave en el reino que los colocaban en una posición muy conveniente para influir a favor de Colón y de «su proyecto». Fueron ellos, como se ve, figuras determinantes para la concreción de los planes que, desde tiempo atrás, Cristóbal y sus camaradas judíos venían delineando.

Una vez hechas estas consideraciones, debemos mencionar que no es de extrañar que Colón decidiera ocultar deliberadamente todo indicio referente a su pasado, si se tiene en cuenta el poder que la Inquisición manejaba en esos años. De haberse conocido su ascendencia judía no hubiera salido indemne de la condena que sobre él hubiera pesado.



Isabel la Católica, infanta de Castilla. Protegió a Isaac Abravanel hasta que se decretó el edicto de su expulsión.

Los judíos conversos eran sospechosos de judaizantes y muy pocos lograban probar que no lo eran. No sólo corrían peligro los judíos no conversos, que debieron finalmente emigrar, sino también los cristianos nuevos o aquellos en cuyas familias se podía encontrar alguna huella de judaísmo anterior. Para obtener la confianza total de los reyes de España, Colón debía mostrar que era un cristiano auténtico, sin ningún antecedente judaico en su familia, y, para ello, optó por borrar todos los datos de su pasado.

Pero debemos agregar un hecho curioso en toda esta trama: a Colón nunca se le pidieron datos de su nacimiento u otros que tendría que haber presentado a fin de legalizar los trámites necesarios para sus viajes; y, si en alguna oportunidad esto se cumplimentó, alguien tuvo mucho cuidado en que estos datos fueran destruidos u ocultados. Nunca se encontró rastro de ellos. Esto nos hace pensar, como hipótesis, que es probable que Colón falseara estos documentos con el auxilio de los judíos allegados a la corte, quienes luego se habrían ocupado de hacerlos desaparecer antes de que se constatará su dudosa procedencia.

Regresando a la relación de Colón con los judíos, debemos mencionar el apoyo que el Almirante recibió de parte de los conversos Juan Cabrero,

Antonio de la Caballería y Gabriel Sánchez. Pero la figura que sobresalió en la ayuda prestada a Colón fue, sin duda, la de Luis de Santángel, Escribano de Ración de la Casa Real y Tesorero de la Corona de Aragón, quien no sólo influyó sobre la voluntad del rey en favor de Cristóbal, sino que también, como hemos visto, financió gran parte de su viaje. Santángel había sido nombrado en su cargo el 13 de septiembre de 1481. Su función principal en la corte era financiera: prestaba dinero al monarca, que luego le sería devuelto con cargo a diversas rentas.

Nacido en 1440 en tierras aragonesas, Luis de Santángel falleció en febrero de 1498. Su nombre original, antes de convertirse al cristianismo, había sido Jainillo. Sin embargo, su conversión no bastó para que su familia dejara de ser perseguida por la Inquisición y varios de sus miembros fueron quemados en la hoguera. Incluso él mismo debió comparecer ante el tribunal eclesiástico el 17 de julio de 1491, acusado de judaizante. Fue denunciado a la Inquisición en numerosas oportunidades por cortesanos que envidiaban el poder que ostentaba en el reino. En todas ellas fue salvado por el rey Fernando.

Finalmente, los reyes Fernando e Isabel le otorgaron estatutos de limpieza de sangre, privilegio excepcional que evitaba que, pese a sus orígenes, él o sus descendientes pudieran ser llevados a los tribunales de la Inquisición. Este hecho demuestra lo indispensable que resultaba Santángel para la Corona. El aprecio de los reyes por su persona era tan grande que poco antes de su muerte el rey Fernando le otorgó los beneficios procedentes de las confiscaciones de la Inquisición en el reino de Valencia, en retribución, además, de las importantes sumas de dinero con que Luis había contribuido a las causas reales.

El 20 de enero de 1486, Colón se presentó ante los Reyes Católicos en Córdoba. Algunos afirman que es en esta ocasión cuando se ve con Santángel por primera vez. Pero es sumamente probable que ya se conocieran por intermedio de Isaac Abravanel y Abraham Senior. A partir de ese momento el Escribano del reino comenzó a tomar partido en favor del proyecto colombino y a usar su influencia sobre los reyes. Tal es así que, luego de que los monarcas rechazaran la solicitud de Colón, Santángel habría reprendido a la reina por tal decisión. Fernando Colón, hijo del Almirante, en su obra *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, lo relata de esta manera:

«Ya entrado el mes de enero de 1492, el mismo día que el Almirante salió de Santa Fe, entre aquellos a quienes disgustaba su partida, Luis de Santángel, anheloso de algún remedio, se fue a presentar a la reina, y con

palabras que el deseo le sugería para persuadirla, y a la vez reprenderla, le dijo que se maravillaba mucho de ver que siendo siempre Su Alteza de ánimo pronto para todo negocio grave e importante, le faltase ahora para emprender cosa en la que tan poco se aventuraba, y de la que tanto servicio a Dios y a exaltación de su Iglesia podía resultar, no sin grandísimo acrecentamiento y gloria de sus reinos y señoríos; y tal, finalmente, que si algún otro príncipe la consiguiera, como lo ofrecía el Almirante, estaba claro el daño que a su estado se seguiría; y que, en tal caso, sería gravemente reprendida con justa causa por sus amigos y servidores, y censurada por sus enemigos. Por lo cual todos dirían después que tenía bien merecida tanta desventura; y que ella misma se dolería y sus sucesores sentirían justa pena. Por consiguiente, puesto que el negocio parecía tener buen fundamento, y el Almirante, que lo proponía, era hombre de buen juicio y de saber, y no pedía otro premio sino de aquello que hallase, y estaba dispuesto a contribuir a una parte de los gastos y aventuraba su persona, no debía Su Alteza estimar la cosa tan imposible como le decían los letrados. Y que lo que ellos decían de que sería cosa censurable haber contribuido a semejante empresa en el caso de que no resultase tan bien como proponía el Almirante, era vanidad. Antes bien que él era de parecer contrario al de ellos y que creía que más bien serían juzgados como príncipes magnánimos y generosos por haber intentado conocer las grandezas y secretos del universo. Lo cual habían hecho otros reyes y señores, y se les había atribuido como gran alabanza. Pero aunque fuese tan dudoso el resultado, para salir de tal duda estaba bien empleada cualquier gran suma de oro. Además de que el Almirante no pedía más que dos mil quinientos escudos para preparar la armada; y también para que no se dijese que la detenía el miedo de tan poco gasto, no debía en modo alguno abandonar aquella empresa.

»A cuyas palabras, la Reina Católica, conociendo el buen deseo de Santángel, respondió dándole gracias por su buen consejo, y diciendo que era gustosa de aceptarlo a condición de que se retrasara la ejecución hasta que respirase algo de los trabajos de aquella guerra. Y aunque a él le pareciese otra cosa, estaba dispuesta a que sobre las joyas de su cámara se buscara prestada la cantidad de dinero necesaria para hacer tal armada. Pero Santángel, visto el favor que le hacía la reina al aceptar por consejo suyo lo que había rechazado por el de otros, respondió que no era menester empeñar las joyas, porque él haría pequeño servicio a Su Alteza prestándole de su dinero. Con tal resolución, la reina envió en el acto a un alguacil de corte por la posta, para hacer regresar al Almirante.

»El alguacil lo encontró cerca del puente de Pinos, que dista dos leguas de Granada, y aunque el Almirante se doliese de las dilaciones y dificultades que había encontrado en su empresa, informado de la determinación y voluntad de la reina, regresó a Santa Fe, donde fue bien acogido por los Reyes Católicos; y luego fue encargada su capitulación y expedición al secretario Juan de Coloma, quien de orden de sus Altezas y con su real firma y sello le concedió y consignó todas las capitulaciones y cláusulas que según arriba dijimos había demandado, sin que se quitase ni mudase cosa alguna».

Luis de Santángel aportó 1 140 000 maravedíes a la empresa de Colón. En el Archivo de Simancas se conservan los originales de los libros de cuentas de Santángel y del Tesorero Real Francisco Pinelo —quien también favoreció a Colón—, en donde consta esta donación.

Tan importante fue Santángel en la historia del «Descubrimiento» que tuvo el privilegio de ser uno de los primeros en recibir la noticia del hallazgo del Nuevo Mundo. Colón mismo envía tres cartas anunciando el éxito de su empresa. Una iba destinada a los reyes Fernando e Isabel, pero se ha perdido; las dos restantes iban dirigidas a Luis de Santángel y a Gabriel Sánchez, tesorero de Aragón, también judío converso, casa do con una hija de Santángel. Ambas son prácticamente iguales, y algunos investigadores opinan que la de Sánchez era la original y la del Escribano de Ración, una copia. Sin embargo, fue la de este último la que llegó a la fama. Ésta, fechada el 15 de febrero de 1493, dice:



Los Reyes católicos (a los que se ve en este grabado, basado en un óleo de Muñoz Degrain) financiaron parte del primer viaje de Colón, y le brindaron un apoyo casi irrestricto.

«Señor, porque sé que habréis placer de la grand victoria que Nuestro Señor me ha dado en mi viage, vos escribo esta, por la cual sabéis como en treinta y tres días pasé a las Indias, con la armada que los Ilustrísimos Rey e Reina nuestros señores me dieron, donde yo fallé muy muchas Islas pobladas con gente sin número, y dellas todas he tomado posesión por sus altezas con pregón y bandera real extendida, y no me fue contradicho. [...] La cristiandad debe tomar alegría y facer grandes fiestas, y dar gracias solemnes a la Santa Trinidad, con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán, en tornándose tantos pueblos a nuestra Santa Fe, y después por los bienes temporales que no solamente a la España, más a todos los cristianos ternan».

Esta carta se imprimió el 29 de abril de 1493, en Barcelona, en los talleres de Pedro Posa. El único ejemplar que se conoce de dicha impresión se encuentra en la New York Public Library. En 1497, en Valladolid, se imprimió nuevamente, y una copia se halla en la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Ese mismo año se realizó una traducción de la misiva al alemán en Estrasburgo.

También se hicieron copias de la carta en Roma en 1493 traducida al latín por el aragonés Leandro Cosco, bajo el título *De Insulis supra Gangem nuper Inventis*. En total, fueron nueve las ediciones que se efectuaron del texto latino en Roma, Basilea, París y Amberes.

Destacamos esta carta dirigida a Santángel porque, al igual que la destinada a Sánchez, creemos que Colón las envió para que estos prominentes personajes se enterasen con presteza que la misión para la que fuera enviado por la comunidad judía (su comunidad), había sido un éxito: la ruta hacia la «Tierra Prometida» había sido encontrada y ya era posible comenzar la migración hacia esas ansiadas tierras. Entendemos que Colón hizo lo posible para que en estas cartas no se reflejara el objetivo secreto que lo había movido a llevar a cabo su aventura; y es por eso que realza tanto que «la cristiandad» debe dar gracias y elevar oraciones solemnes de agradecimiento a la «Santa Trinidad»: emplea la exageración para ocultar su verdadero propósito. Este mismo recurso lo utilizaba cuando firmaba. Las palabras que escribía tras su firma, *Servus Supplex Altissimi Salvatoris. Christus, María, Joseph. Christo Ferens*, traducidas como «Siervo Humilde del Altísimo Salvador. Cristo, María y José. El que lleva el nombre de Cristo», constituían un intento del

Almirante por demostrar que era un cristiano viejo, siendo esa la manera que suponía más efectiva de convencer de ello a los demás.

Hay un detalle en el tema de la conexión de Colón con los judíos que aún no hemos mencionado. Se trata del hecho, significativo por cierto, de que Beatriz Enríquez, quien le diera a Colón un hijo natural que más tarde reconoció públicamente, era descendiente de judíos. Este hijo de Colón fue Hernando o Fernando, quien se convertiría en uno de los historiadores de su padre. Si bien Colón nunca se casó con ella, es notable cómo, nuevamente, el Almirante se unió a una cristiana nueva; recordemos que Felipa Moniz de Perestrello también lo era.

A través de lo expuesto, podemos afirmar que nuestra hipótesis tiene fundamentos sólidos. Colón tenía una misión muy importante que llevar a cabo y la cumplió. Y se encargó personalmente de borrar cualquier rastro que permitiera descubrir sus verdaderas intenciones. Luego, sus hijos continuaron la tarea que él había comenzado. Podemos decir, entonces, que su mérito principal consistió en lograr que el auténtico objetivo de su viaje a América permaneciera en secreto por siglos.

La voz del Almirante

Introducción

«...Altezas, como católicos cristianos y Príncipes amadores de la santa fe cristiana y enemigos de la secta de Mahoma y de todas herejías, pensaron de enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas partidas de Indias para ver a los príncipes, y los pueblos y la disposición de ellas y de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversión de ellas a nuestra santa fe; y ordenaron que yo no fuese por tierra al Oriente, salvo por el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sabemos por cierta fe que haya pasado nadie. Así que, después de haber echado fuera todos los judíos de vuestros reinos y señoríos en el mismo mes de enero mandaron Vuestras Altezas a mí...»

Diario de a bordo del primer viaje a las Indias, Cristóbal Colón.

Capítulo V

Recuerdos de una vida azarosa

Era una noche tranquila. Un hombre recuerda un pasado reciente que le deparó la gloria. Gloria para él, para los suyos y para todos sus descendientes. Gran parte de su ambición había sido satisfecha, pues ya había logrado todo lo que pretendía. Pasar a la historia, amén de las riquezas y los honores que le aguardaron al regresar de su viaje. Todo había salido bien. Hasta las dificultades se habían resuelto de una manera inesperada para él. Había supuesto que le costaría más esfuerzo, pero sus amigos judíos respondieron por él, y esa intervención para resolver los problemas que se presentaron había sido tal como le prometieran. Ellos cumplieron con su parte del trato; ahora él debía hacer lo mismo con la suya. Su pacto era inquebrantable. Y debía llevar a cabo lo que le fuera encomendado: encontrar para ellos la ruta a la antigua Tierra de Ofir. Y también cumpliría otra misión no menos importante: llevar su propia gloria a los reyes Fernando e Isabel, elevando políticamente a España por sobre todas las demás naciones de Europa.



Fernando e Isabel observando la partida de Colón del puerto de Palos (grabado de época).
La posterior conquista de América, transformaría a España en una de las potencias mundiales.

Estos pensamientos lo llevaron a recordar que, tiempo atrás, su hermano Bartolomé le había dicho:

«Siempre consigues lo que quieres. Has logrado que nadie sepa a ciencia cierta quién eres y de dónde provienes, has engañado a reyes, a nobles cortesanos, a clérigos y a banqueros. De ahí en más, nada puede interponerse en tu camino. Lo que hagas está garantizado por el éxito».

Estas palabras aparecían en su mente cada vez que la ansiedad lo envolvía, y en cada oportunidad el efecto era el mismo: una fuerte sacudida a su amor propio. No era posible que él, nada menos que el descubridor de las Indias, sintiera inseguridad luego de haber conseguido que todos depositaran su confianza en él. Confianza que había ganado por medios no muy lícitos, por cierto, pero ese era el precio que los demás debían pagar por el beneficio que obtendrían gracias a su persona. Después de todo —pensaba— para ser alguien en esta vida hay que apelar a cualquier artilugio. Quien está atado a actuar por los principios morales, está muerto.

Su vida había transcurrido así; poco a poco había llegado a manipular a su antojo la voluntad de cuantos se cruzaron en su camino y siempre había obtenido de cada quien algo importante para él. Así salió de la pobreza, así fue parte de la nobleza portuguesa, así conquistó a los Reyes Católicos, así obtuvo datos imprescindibles para llevar a cabo su viaje, así convenció a muchos para que le confiaran sus secretos.

Planeando su futuro había borrado su pasado. Ése era, quizá, su mérito más destacado. Nadie sospechaba quién era él en realidad ni de dónde provenía. Así como tampoco sabrían si ya había intentado llegar a las lejanas tierras hacia las que en unas horas partiría, o si no lo había hecho. Sólo unos pocos hombres de su confianza que, al igual que él mismo, eran sumamente cautelosos, compartían sus misterios. Hombres honestos, de corazón noble e inquietudes altruistas, que nunca dirían la verdad porque sus propios intereses secretos estaban comprometidos en ella. Pero aún así, no lo sabían todo. De algunos actos de su vida sólo Dios era testigo. Y había jurado guardar silencio, porque estaba convencido de que sólo a Él rendiría cuentas algún día. Los hombres de este mundo no tenían derecho a juzgarlo, solamente a alabarlo. Dios sabría perdonar, porque en su nombre había obrado para llevar la salvación a su pueblo y a la cumbre de la gloria a España.

Este hombre, satisfecho de sí mismo y orgulloso de sus métodos, sonrió para sí. Y, sumido en la plácida seguridad de que nada podía contra él,

apoyado en la certeza de su invulnerabilidad y rumiando de satisfacción, se dejó llevar por los recuerdos de su vida. Una vida azarosa, pero premeditadamente reservada para la gloria por el destino.

Cristóbal Colón comenzó a recordar...

Tenía frío, mucho frío. Estaba helado hasta los huesos. Mojado y tiritando buscó refugio. Todavía no podía creer que hubiese sobrevivido a tal catástrofe. El barco ya se encontraría en las profundidades del mar. Pero él estaba vivo. En las costas del cabo San Vicente estaba a salvo. Ese día comprendió que algo muy grande lo esperaba. Y por eso Dios no había permitido que pereciera en ese naufragio.

Tiempo después, su hijo Fernando relataría ese episodio de esta manera:

«En tanto que el almirante navegaba en compañía de Colón el mozo, lo cual duró mucho tiempo, sucedió que entendiendo que cuatro galeras gruesas venecianas volvían de Flandes, fueron a buscarlas y las hallaron entre Lisboa y el cabo de San Vicente, que es en Portugal, donde llegados a las manos, pelearon fuertemente y se acercaron de modo que se aferraron de ambas partes, con tanto odio y coraje, que andaban de un bajel a otro, hiriéndose y matándose, no sólo con las armas, sino con alcancías y otros fuegos; de manera que habiendo peleado desde por la mañana hasta por la tarde, muerta y herida mucha gente de ambas partes, se pegó fuego entre la nave del Almirante y una galera gruesa veneciana, y como estaban atadas con ganchos y cadenas de hierro, instrumento que usan los hombres de mar para este efecto, no pudo ser socorrida una ni otra por lo mezcladas que estaban y por el asombro del fuego, que en poco creció tanto, que no hubo más remedio que echarse al agua para morir más presto».

Colón ganó a nado la costa y pasó luego a Lisboa. A partir de ese momento comprendió que su suerte estaba echada: debía huir de su pasado y emprender una nueva vida basada en una historia que le permitiera ganarse el favor de los ricos y los nobles. Apelaría a su gran capacidad para sobrevivir y a su talento para sortear peligros. Si bien no le faltaba inteligencia, consideraba que ésta a veces no es suficiente para abordar ciertas cuestiones prácticas de la vida. La inteligencia le daría la posibilidad de adquirir mayor cultura, pero sólo su ingenio lo llevaría hacia lo que él estaba buscando.

Y ese fue el principio...

Otro recuerdo acude a la mente de Cristóbal: luego del naufragio se instala en Lisboa con su hermano Bartolomé y allí colocan un puesto de copia y venta de mapas. Con un estremecimiento de satisfacción evoca la manera en

que, con gran avidez, procuró recopilar todos aquellos portulanos y cartas de navegación en los que figuraba la Tierra de Ofir, esas a las que ya había llegado su pueblo en épocas del rey Salomón. Y, para ello, se dedicó a conocer el océano, a frecuentar las rutas comerciales que iban desde Islandia a Madeira, a conocer de cerca la navegación de altura, a estudiar los vientos y corrientes atlánticos y a navegar hasta Guinea. En 1477 viajó a Inglaterra e Islandia, y en 1478 iba y venía con cargamentos de azúcar, de Lisboa al archipiélago de Madeira.

Fue por aquella época que pensó:

«Debo encontrar una manera de convencer al rey de que encontraré una ruta para llegar a la India por Occidente; esa excusa me permitirá arribar a esas tierras sin levantar sospechas. Pero antes debo acercarme a la nobleza portuguesa, si no, ningún monarca escuchará a un don nadie como yo...»

Y así fue como, convencido de que sólo ascendiendo en la escala social sería tenido en cuenta, emprendió un plan para conquistar a Felipa Moniz de Perestrello, hija del gobernador de Porto Santo, una de las dos islas habitadas del archipiélago de Madeira.

Aprovechando su amistad con varios judíos prominentes de Portugal, les confió sus planes.

Con la esperanza de que este hombre lograra su objetivo y así beneficiarse ellos también, lo introdujeron con el gobernador de Porto Santo. Colón no demoró en pedirle la mano de su hija. Su requerimiento fue aceptado porque el futuro Almirante afirmó tener ascendencia judía, al igual que la familia de su prometida, y porque fue presentado por miembros destacados de esa colectividad.

Felipa —recuerda Colón— no era gran cosa, pero le daría la oportunidad que estaba buscando.

Poco se acordaba Cristóbal de su boda celebrada en el año 1480, pues sus pensamientos estaban en otra parte. Muy cerca ya de lograr su propósito, poco le importaban sus nupcias.

En 1482 nació su hijo Diego —un Colón de sangre noble, que garantizaba su nivel social; heredero de fortuna y títulos nobiliarios.

Llegado a este punto, Colón se detuvo. Algo lo estremeció. El recuerdo de un hecho que ya casi había olvidado por completo se presentó abruptamente en su mente. *«Sí, fue por aquellos tiempos que ese piloto se hospedó en mi casa»*, pensó en voz alta como intentando convencerse de que aquello fue real y no producto de su imaginación. Pero habían sucedido tantas cosas desde

entonces que aquel hecho tan significativo en su vida había pasado a un plano secundario. Tan secundario que apenas si recordaba algunos detalles.

Estaba tan sumido en un torbellino de actividades que apenas si le quedaba tiempo para pensar en su proyecto, entre obligaciones que su familia política le habría impuesto como pago por formar parte de ella y que, a su juicio, salvo por el pequeño beneficio de hacerse conocido públicamente, eran una total pérdida de tiempo. Pero algo sucedió que le devolvió el entusiasmo. La aparición en su vida del marinero Alonso Sánchez de Huelva.

Colón recuerda que este piloto se había presentado a las puertas de su casa con unos compañeros, marinos como él, llamados Pedro Fernández, Juan Bermúdez, Pedro Francés, Franco (o Francisco) Niño y Juan de Umbría. Todos ellos eran sobrevivientes de un viaje que había tenido grandes contratiempos, y que los había llevado a un destino inesperado.

—Hemos venido hasta aquí porque nos han informado que usted sabe confeccionar cartas de navegación y necesitamos de sus servicios. Además nos han dicho que es usted una persona en la que se puede confiar y el tema que nos trae es muy delicado —había dicho Alonso Sánchez.

—Cuénteme de qué se trata este asunto, amigo —respondió Cristóbal, sorprendido ante esta presentación.

—He navegado muchas veces de España a las Canarias y a otras partes para comerciar, y conozco las rutas de navegación perfectamente. Nunca había tenido problema alguno en mis años de marino, hasta este último viaje, cuando una gran tempestad desvió mi nave hacia lugares desconocidos. A eso he venido, a contarle a usted de unas tierras ubicadas al oeste, mucho más allá de lo que pueda imaginarse, allí donde se dice que termina el mundo.

Colón, no pudiendo dar crédito a lo que oía, intentó mostrarse sereno. Pero dentro de él la adrenalina bullía descontroladamente y su corazón parecía estar a punto de saltar fuera de su pecho. Dios le presentaba, una vez más, una clara señal de lo que le estaba destinado. Su suerte no podía ser más grande. Todo el tiempo y el esfuerzo que había empleado en investigar y recopilar datos sobre las tierras lejanas de Occidente se veían coronados, ahora, por la presencia, en su propia casa, de estos marineros débiles y enfermos que le darían la más valiosa información que había obtenido hasta ese momento. Y ni siquiera debió salir a buscarla, se había presentado sola. «Mi destino de gloria está marcado», pensó.

Luego de escuchar pacientemente el relato de estos viajeros, tomó nota de todos los datos que necesitaba para realizar la hoja de ruta hacia el mundo con el que había soñado durante largos años de su vida.

Recordaba Colón que los visitantes traían consigo todo lo que habían escrito a medida que se acercaban a esas tierras desconocidas, datos que les sirvieron, luego, para poder regresar a salvo a casa.

Lo que más les había sorprendido de las tierras a las que arribaron fue la presencia de unos hombres desnudos que los recibieron con gran hospitalidad, socorriéndolos y haciendo todo lo necesario para que se sintieran cómodos. «Como si ya antes hubiesen recibido a gentes como nosotros», había dicho Alonso.

Pero, pese a los cuidados recibidos por estos extraños hombres, el viaje de regreso fue terrible.

«Una epidemia (seguramente el escorbuto) arrasó con la mayor parte de la tripulación. Sólo nosotros logramos llegar con vida hasta aquí. Pero aún así, nos encontramos bastante enfermos y tememos por nuestra seguridad, ya que nos han informado que hay quienes matarían por obtener los conocimientos que tenemos en nuestro poder. Es por esto que recurrimos a usted, don Cristóbal, porque no confiamos en nadie más.»

Estas fueron las últimas palabras del piloto de Huelva, porque a esa altura, el veneno estaba surtiendo su efecto fatal. Colón no había perdido el tiempo. Su mente ágil había estado activando un plan macabro que puso inmediatamente en marcha. Antes de que pudieran darse cuenta y reaccionar, los hombres estaban agonizando en medio de un dolor insoportable.

«No podía permitir que llevaran esta información a otra parte — pensó Colón, recostado aún en su litera—: era preciso, por el bien de mi pueblo y de la humanidad toda, que su secreto permaneciera sólo conmigo. Adonai es testigo de que obré pensando en el bien de todos.»

Muchos años después, el Inca Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios reales* (1609 a 1612) Tomo I, Capítulo III, escribiría respecto a estos hechos:

«Cerca del año de mil y cuatrocientos y ochenta y cuatro, uno más o menos, un piloto natural de la villa de Huelva, en el Condado de Niebla, llamado Alonso Sánchez de Huelva, tenía un navío pequeño, con el cual contratava por la mar, y llevaba de España a las Canarias algunas mercaderías que allí se le vendían bien, y de las Canarias cargava de los frutos de aquellas islas y las llevaba a la isla de la Madera, y de allí se bolví a España cargado de acúcar y conservas. Andando en esta su triangular contratación, atravessando de las Canarias a la isla de la Madera, le dió un temporal tan rezio y tempestuoso que, no pudiendo

resistirle, se dexó llevar de la tormenta y corrió veinte y ocho o veinte y nueve días sin saber por dónde ni adónde, porque en todo este tiempo no pudo tomar el altura por el sol ni por el Norte. Padescieron los del navío grandíssimo trabajo en la tormenta, porque ni les dexava comer ni dormir. Al cabo deste largo tiempo se aplacó el viento y se hallaron cerca de una isla; no se sabe de cierto cuál fué, mas de que se sospecha que fué la que ahora llaman Sancto Domingo...»

Más adelante, agrega además que:

«El piloto saltó en tierra, tomó el altura y escribió por menudo todo lo que vió y lo que le sucedió por la mar a ida y a buelta, y, habiendo tomado agua y leña, se bolvió a tienta, sin saber el viaje tampoco a la venida como a la ida, por lo cual gastó más tiempo del que le convenía. Y por la dilación del camino les faltó el agua y el bastimento de cuya causa, y por el mucho trabajo que a ida y venida habían padescido empecaron a enfermar y morir de tal manera que de diez y siete hombres que salieron de España no llegaron a la Tercera más de cinco y entre ellos el piloto Alonso Sánchez de Huelva. Fueron a parar a casa del famoso Cristóval Colón ginovés, porque supieron que era gran piloto y cosmógrafo y que hacía cartas de marear, el cual los recibió con mucho amor y les hizo todo regalo por saber cosas acaescidas en tan estraño y largo naufragio como el que dezian haver padescido. Y como llegaron tan descaecidos del trabajo pasado, por mucho que Cristóbal Colón les regaló, no pudieron bolver en sí y murieron todos en su casa dexándole en herencia los trabajos que les causaron la muerte, los cuales aceptó el gran Colón con tanto ánimo y esfuerco, que, habiendo sufrido otros tan grandes y aun mayores (pues duraron más tiempo), salió con la empresa de dar el Nuevo Mundo y sus riquezas a España, como lo puso por blasón en sus armas, diziendo: “A Castilla y a León, Nuevo Mundo dio Colón”».

El muy reverendo padre Joseph de Acosta se ocupa también de esta historia del descubrimiento del Nuevo Mundo:

«Habiendo mostrado que no lleva camino pensar que los primeros moradores de Indias hayan venido a ellas con navegación hecha para esse fin, bien se sigue que si vinieron por mar haya sido acaso y por fuerza de tormentas el haver llegado a Indias, lo cual, por immenso en el Mar Océano, no es cosa increíble. Porque pues assí suscedió en el descubrimiento de nuestros tiempos cuando aquel marinero (cuyo nombre aún no sabemos, para que negocio tan grande no se atribuya a

otro autor sino a Dios), habiendo por un terrible e importuno temporal econoscido el Nuevo Mundo, dexó por paga del buen hospedaje a Cristóbal Colón la noticia de cosa tan grande. Asi pudo ser...»

El Inca Garcilaso agrega a lo dicho hasta ahora:

«Hasta aquí es del Padre Maestro Acosta, sacado a la letra, donde muestra haver hallado Su Paternidad en el Perú parte de nuestra relación, y aunque no toda, pero lo más essencial della. Éste fue el primer principio y origen del descubrimiento del Nuevo Mundo, de la cual grandeza podía loarse la pequeña villa de Huelva, que tal hijo crió, de cuya relación, certificado Cristóbal Colón, insistió tanto en su demanda, prometiendo cosas nuncavistas ni oídas, guardando como hombre prudente el secreto dellas, aunque debaxo de confiança dió cuenta dellas a algunas personas de mucha autoridad acerca de los Reyes Católicos, que le ayudaron a salir con su empresa, que, si no fuera por esta noticia que Alonso Sánchez de Huelva le dió, no pudiera de sola su imaginación de cosmografía prometer tanto y tan certificado como prometió ni salir tan presto con la empresa del descubrimiento, pues, según aquel autor, no tardó Colón más de sesenta y ocho días en el viaje hasta la isla Guanatianico, con detenerse algunos días en la Gomera a tomar refresco, que, si no supiera por la relación de Alonso Sánchez qué rumbos havía de tomar en un mar tan grande, era casi milagro haver ido allá en tan breve tiempo».

En el año 1527, en *Historia General de las Indias*, Fray Bartolomé de Las Casas registraría también el hecho, indicando que en la colonia de la isla La Española eran muy comunes los comentarios acerca del periplo de Alonso Sánchez; añadiendo que los marineros de la carabela, al regresar a España...

«...vinieron a parar destrozados, sacados los que por los grandes trabajos y hambres murieron por el camino; los que restaron, que fueron pocos y enfermos, diz que vinieron a la isla de Madera, donde también fenecieron todos. El piloto, hospedado en la casa de Colón, donde murió, descubrió a éste los rumbos y caminos que había traído y llevado, todo lo cual traía escrito».

Así, Colón, —concluye De Las Casas—: *«iba a descubrir lo que descubrió y hallar lo que halló, como si dentro de una cámara con su propia llave lo tuviera».*

Además de la reseña de De Las Casas, hubo numerosas referencias al marino Alonso Sánchez de Huelva realizadas por varios historiadores. Podemos mencionar, por ejemplo, la de Juan López de Velasco, que data de 1574; la del padre José de Acosta —mencionada anteriormente por Garcilaso de la Vega— de 1590; otra, publicada en *Varones ilustres del Nuevo Mundo* de Fernando Pizarro Orellana, de 1639; y la del padre Gumilla en su *Orinoco Ilustrado*, de 1740.

«Alonso Sánchez vino a aportar lo que me hacía falta para confirmar toda la información que ya poseía sobre la existencia de las Indias — señaló para sí el Almirante—. A la muerte de mi suegro conseguí acceder a sus documentos, en los que encontré cartas e historias de náutica que desconocía hasta esa fecha y que me fueron muy útiles. Pero los indicios que había hallado antes de eso en las costas portuguesas también fueron elementos útiles para mi investigación».

Con estas palabras Colón estaba refiriéndose a los restos humanos que a menudo llegaban por mar, cuya fisonomía era completamente distinta de la de los europeos, e incluso de la de los africanos; a las cañas empujadas por las aguas que arribaban a las orillas de Porto Santo provenientes de parajes desconocidos; a la gran cantidad de maderos recogidos en las costas que, por su procedencia, parecían señalar naufragios ocurridos en alguna orilla occidental del océano Atlántico; y, en especial, a un madero labrado con caracteres extraños recogido a más de 450 leguas mar adentro. De todo esto había sido testigo Colón en su estadía en Portugal. Y estos hallazgos habían contribuido a aumentar el cúmulo de pruebas sobre la existencia del Nuevo Mundo. Sin embargo, el relato y las notas de Alonso Sánchez y sus hombres aportaban los datos más fidedignos que había logrado obtener. Más aún que la correspondencia mantenida entre el cartógrafo florentino Paolo del Pozzo Toscanelli y el monarca Alfonso V, a la que había tenido acceso gracias a su suegro.

Los recuerdos de Colón se presentaban en el orden en que habían acontecido cronológicamente, como si estuviera haciendo una crónica de su vida. Si bien esta no era su intención, por lo menos no en forma consciente, decidió dejar fluir libremente lo que apareciera en su mente. «Tal vez —pensó— esta recapitulación sea necesaria para que no olvide cómo llegué hasta aquí y tenga presente los esfuerzos que he tenido que hacer para concretar mis objetivos.»



Alfonso V basó la prosperidad de su reinado en la expansión marítima. Sus estudios cartográficos eran sofisticados y el almirante genovés se valió de los minuciosos trabajos del monarca.

Sin embargo, al evocar la muerte de su esposa, intentó evadirse del recuerdo. No porque le resultara doloroso, sino porque implicaba un asunto sobre el que algún día debería rendir cuentas a Dios. Si alguien hubiese podido leer en ese momento los pensamientos de Colón, se hubiera quedado perplejo. Intentando engañarse a sí mismo, tal vez con la intención de justificar para sí los hechos desafortunados que acontecieron en aquella oportunidad y que culminaron con la muerte de su mujer y, poco después, con su huida de Portugal, deformaba voluntariamente las imágenes que llegaban a sus ojos cerrados.

«Lo que ocurrió fue totalmente ajeno a mi voluntad —se dijo Colón—, aunque algunos insistan en llamarme asesino.»

«Pero Alonso Sánchez no fue el único que me brindó valiosa información —agregó para sí Cristóbal—. Recuerdo cómo debí emborrachar al corsario Jean Coëtalem (pirata nacido en la isla de Bréhat, refugiado en ese entonces en Portugal), para que me confiara el secreto de sus viajes.»

Castelao, en *As cruces de pedra na Bretanha*, afirmaría que el pueblo bretón pescaba cerca de las costas de Terranova, en las orillas de la península del Labrador, muchos años antes de 1492. Y respecto de Coëtalem diría: «Una leyenda cuenta que fue este marino quien le sopló a Colón la existencia de América».

Rememorar estos hechos, sumado al esfuerzo puesto en desalojarlos de su mente, provocaron una agitación en el Almirante y un súbito agotamiento. Con un suspiro pensó que, de todos modos, hubiese tenido que abandonar Portugal en busca del apoyo de la corona de España.

«Estoy seguro de que las malas lenguas influyeron sobre la voluntad del rey cuando debió considerar la aprobación de mi proyecto —dijo en voz alta en relación con el rechazo de su proyecto presentado ante el monarca portugués Juan II—. No creo posible que la excusa de mis altas pretensiones fuera motivo suficiente para la decisión tomada. Después de todo, sólo pedía un título de nobleza, ser nombrado gobernador de las tierras descubiertas y una décima parte de las riquezas obtenidas. Poco, comparado con lo que obtendrían ellos gracias a mi gestión. Además, si los datos que entregué sobre las distancias que separaban Europa de Asia, así como los del tamaño del mundo eran incorrectos, fue para que no pudieran robarme la idea y ejecutarla ellos mismos. Hubiese sido un tonto si les hubiera entregado los datos correctos.»

Y con esta afirmación se entregó, una vez más, al fluir espontáneo de las evocaciones.

El recuerdo que se presentó a continuación, en íntima relación con los anteriores, fue el de la carta que le envió Juan II de Portugal cuando él ya se encontraba en España con su pequeño hijo, el 20 de marzo de 1488.

Aún guardaba la misiva, y la llevaba consigo porque consideraba que era su salvoconducto para cualquier sospecha o acusación que surgiera contra su persona. Tantas veces la había leído que conocía el texto de memoria. Cada palabra estaba registrada en su mente. Y comenzó a recitarla poniendo tal énfasis en sus palabras que si alguien hubiese podido escucharlo habría creído que se trataba de los versos de un poema épico escrito en su honor:

«Nos Dom Joham, per graza de Deos, Rey de Portugall, é dos Algarbes; da aquem é da allem mar em Africa, Senhor de Guinee; vos enviamos muito saudar. Vimos a carta que Nos escribestes: é á boa vontade é afeizaon que por ella mostraes teerdes á nosso servizo, vos agardecemos muito. E quanto á vossa vinda cá, certo, assi pollo que apontaes como por outros respeitos para que vossa industria, é booo engenho Nos será necessareo, Nos á desejamos, é prazernos ha muito de visedes, porque era o que á vos toca se dará tal forma de que vos devaaes ser contente. E porque por ventura teerees algum rezeo de nossas justizas por razaoon dalgumas cousas á que sejaaes obrigado, Nos por esta nossa carta vos seguramos polla vinda, stada, é tornada que nom sejaaes presso, retendo, acusado, citado nem demandado por nenhuna cousa, ora seja

civil, ora criminal, de cualquier cualidade. E por ella mesma mandamos á todas nossas justizas que ó cumbran así. E por tanto vos rogamos é encomendamos que vossa vinda seja loguo, é para isso non tenhaes pejo algum: é agardecemoslo hemos é teeremos muito en servizo.

»Scripta en Avis á veinte de Marzo de mil quatrocientos ochenta y ocho. El Rey. A Cristovam Colon.»

Esa carta del rey Juan II lo exoneraba de cualquier delito que hubiese cometido y lo invitaba a regresar a Portugal brindándole todas las garantías necesarias para que volviera sin temor a una acción de la justicia en su contra.

De su arribo a España, lo que recordaba con más intensidad fue el encuentro con fray Antonio de Marchena en el convento de la Rábida. Alonso Sánchez le había informado de la existencia de este convento, así como de la influencia que los monjes ejercían sobre la corte española de Valladolid. Marchena lo recibió con gran amabilidad y escuchó atentamente su proyecto. Como sabía en dónde hacer hincapié para convencer al clérigo de que apoyara su plan, Colón recuerda que puso mucho énfasis en el hecho de que su viaje hacia la «Tierra situada a Occidente» tenía por objeto fundamental llevar el cristianismo a los salvajes para salvar sus almas del fuego del infierno. Esto entusiasmó al fraile, quien inmediatamente le ofreció su ayuda al Almirante: «*Con mi propia influencia y la de mis relaciones en la corte*», le había dicho.

A partir de esa entrevista, sumada a la que tuvo luego con Isaac Abravanel y Abraham Senior (que conocían sus verdaderas intenciones), y a la del duque de Medinaceli (de ascendencia judía como él), el camino hacia la concreción de su sueño se allanó bastante.

«Sin embargo, aún tuve que sufrir el rechazo de la Junta de Salamanca antes de poder contar con el apoyo de Fernando e Isabel —reflexionó Colón—, pero quien finalmente influyó decisivamente sobre la voluntad de la reina fue, sin duda, mi amigo y protector Luis de Santángel. Gracias a él es que hoy estoy aquí.»

Su primer encuentro con los Reyes Católicos se produjo el 20 de enero de 1486 en Alcalá de Henares (Madrid), y sus majestades a continuación nombraron una junta de expertos para evaluar el proyecto colombino.

Colón recordaba que, al principio, a pesar de que muchos no daban crédito a su propuesta, siempre contó con grandes protectores; algunos que formaban parte del clero y otros que, como Santángel, eran judíos o «marranos». Entre ellos se encontraban el incondicional Fray Antonio de Marchena; fray Diego de Deza, maestro del príncipe don Juan; Juan Pérez, fraile del convento de la Rábida, que tuvo gran influencia a su favor en los

años 1491 y 1492; y en la última fase de la negociación, contó con el apoyo inestimables de Luis de Santángel, Juan Cabrero y Gabriel Sánchez. Y no debía quitar mérito a Francisco Pinelo, quien aportó una importante suma de dinero a su expedición. El papa Inocencio III también había sido su aliado, aunque esto era un secreto que muy pocos conocían.

No olvidaba Colón su paso por la Orden de Calatrava, en su periplo para obtener datos sobre la existencia de América y las rutas que empleaban los templarios para llegar a ella. Sin embargo, no había sido fácil acceder a esta información secreta. Había tenido que apelar a sus recursos de hábil negociador así como también a sus «amigos» influyentes. Pero los documentos estaban en sus manos y había conseguido, una vez más, lo que quería: más pruebas de la existencia del Nuevo Mundo y de los viajes periódicos que se hacían hacia allí desde mucho tiempo atrás. Y a cambio de esta ayuda prestada por la orden de Calatrava acordó llevar la cruz templaria en sus naves por dos motivos: en señal de respeto y reconocimiento a la desaparecida Orden que le había facilitado su legado para llegar a América, como había pactado al recibir la información; y para que los habitantes del Nuevo Mundo no se sorprendieran ante su llegada, sino que creyeran que se trataba de los mismos hombres que durante tanto tiempo los habían visitado y, de esa manera, le ofrecieran una cordial bienvenida.

«Debo admitir, aunque me pese, que Martín Alonso Pinzón también forma parte de aquellos que me han brindado su ayuda y conocimientos — pensó el Almirante con algún disgusto—. Sin embargo, debo cuidarme de él: la leyenda sobre sus actividades anteriores como marino le otorgan antecedentes nada confiables.»

Y tras estos pensamientos, recordó cuando los monjes del convento de la Rábida intercedieron por él ante la familia Pinzón para convencer a Martín Alonso de que formara parte de la tripulación de su expedición.

La familia Pinzón, de larga estirpe marinera, representaba una garantía para el éxito de la empresa de Colón; no sólo por la fama que poseía, sino por los conocimientos marítimos con los que contaba. Tener a los hermanos Pinzón (Martín Alonso, Vicente Yáñez y Francisco Martín) a su lado le daría prestigio a él, prácticamente un desconocido, y a su proyecto.

Además, la expedición de Cousin había sido una iniciativa privada, financiada por comerciantes; en cambio la de Colón era nacional. Razón que justificaba que los dieppenses se llamaran a silencio.

Jean Cousin habría llegado al Nuevo Mundo cuatro años antes que Colón, a las bocas del Maraón, en el Amazonas, Brasil. Y en 1492 se dice que llegó

a las Indias contorneando África, con lo que se habría adelantado también a Vasco da Gama.

Sin embargo, Martín Alonso Pinzón, lejos de envidiar al desconocido Colón, le brindó su ayuda por recomendación de los frailes del convento de la Rábida —entre los que figuraba Juan Pérez, que tenía una relación muy estrecha con su familia— ofreciéndose como comandante de la *Pinta*; brindando el servicio de sus hermanos, navegantes expertos como él, y aportando también gran parte de la tripulación, ya que, al hacerse pública la participación de los Pinzón en esta expedición, fueron muchos los que se acercaron a colaborar con la empresa.



Vasco da Gama. Su destreza para navegar, complementada con su reconocida habilidad política, lo convirtieron en uno de los hombres más influyentes en la corona portuguesa.

Además, Martín Alonso había estado en el Vaticano años antes y allí había tenido acceso a documentos secretos sobre la existencia del territorio americano. Colón sabía que Pinzón tenía esta valiosa información.

«La ayuda prestada por Pinzón no fue gratuita —recordó Colón—. Debí firmar un pacto con él según el cual iremos al cincuenta por ciento en todo lo que se refiere a los beneficios que se puedan obtener de este viaje. Pacto que no estoy dispuesto a cumplir, por supuesto. Y ya tengo todo previsto para que así sea.»

Su ambición desmedida no le daba lugar a respetar ningún acuerdo. Y menos el realizado con alguien a quien envidiaba profundamente.

Cristóbal no quería pensar más en Pinzón. Un odio creciente se había apoderado de él contra el prestigioso navegante, producto de su intensa envidia. Pero ya tenía un plan merced al cual se libraría del marino, y que, además, lo ubicaría a éste en la categoría de traidor.

Muy someramente repasó, a continuación, su relación con quien fuera la madre de su segundo hijo, Hernando: Beatriz Enríquez de Arana, judía conversa a quien conociera en el año 1488, no era aún su esposa legítima. Si bien le había prometido matrimonio, Colón sabía que no cumpliría con tal promesa, aunque decidió reconocer al hijo que había tenido con ella.

«No será mi esposa, pero la recompensaré de alguna manera», había pensado Colón.

Y finalmente la recompensó otorgándole una importante suma de dinero que estaba destinada a quien fuera el primero en avistar tierra en su primer viaje. Así es: el premio que debía cobrar Rodrigo de Triana por haber sido quien gritó «¡Tierra!» al alcanzar las costas de América, no llegó nunca a sus manos sino a las de Beatriz Enríquez.

Su recuerdo le resultó de lo más trivial, pero ya se estaba mezclando con el día en que firmó las Capitulaciones de Santa Fe. «Allí se reconocieron y premiaron mis habilidades —se dijo para sí—. Ese documento fue la prueba de que mis pretensiones siempre han sido justas y no desmedidas como tantos afirmaron.»

Recordaba Colón cómo, tras largas negociaciones, había logrado que los reyes Fernando e Isabel aceptaran su proyecto y le dieran el merecido y justo trato. En aquella oportunidad se percató de que la guerra contra los moros, concluida el 2 de enero de 1492, había dejado a la corona española en bancarrota, y que su plan les traería riquezas y una posición política privilegiada con respecto a los demás países europeos. A esto apuntó su amigo Luis de Santángel para convencer a la reina. Y también fue vital la

ayuda de fray Juan Pérez, que impidió que el marino se trasladara a Francia en busca de un nuevo patrocinador para su proyecto, pidiéndole que aguardara en el Convento de la Rábida el resultado de unas gestiones que estaba realizando en la corte. Y así fue como se dieron los acontecimientos hasta la firma de las Capitulaciones de Santa Fe el 17 de abril de ese año «glorioso».

Así fue. El 17 de abril de 1492, los Reyes Católicos firmaron con Colón este documento:

«Las cosas suplicadas e que Vuestras Altezas dan e otorgan a don Christoval de Colon, en alguna satisfacion de lo que ha descubierto en las Mares Oceanas y del viage que agora, con el ayuda de Dios, ha de fazer por ellas en servicio de Vuestras Altezas, son las que se siguen:

»Primeramente que Vuestras Altezas como Señores que son de las dichas Mares Oceanas fazen dende agora al dicho don Christoval Colon su almirante en todas aquellas islas y tierras firmes que por su mano o industria se descubriran o ganaran en las dichas Mares Oceanas para durante su vida, y después del muerto, a sus herederos e successors de uno en otro perpetualmente con todas aquellas prebeminencias e prerrogativas pertenecientes al tal officio, e segund que don Alfonso Enríquez, quondam, Almirante Mayor de Castilla, e los otros sus predecesores en el dicho officio, lo tenían en sus districtos.

»Plaze a Sus Altezas. Johan de Coloma.

»Otro sí que Vuestras Altezas fazen al dicho don Christoval su Visorey e Governador General en todas las dichas tierras firmes e yslas que como dicho es el descubriere o ganare en las dichas mares, e que paral regimiento de cada huna e qualquiere dellas, faga el eleccion de tres personas para cada officio, e que Vuestras Altezas tomen y scojan uno el que mas fuere su servicio, e assi seran mejor regidas las tierras que Nuestro Señor le dexara fallar e ganar a servicio de Vuestras Altezas.

»Plaze a Sus Altezas. Johan de Coloma.

»Item que de todas e qualesquiere mercadurias, siquiere sean perlas, piedras preciosas, oro, plata, specieria, e otras qualesquiere cosas e mercadurias de qualquiere specie, nombre e manera que sean, que se compraren, trocaren, fallaren, ganaren e hovieren dentro en los limites de

dicho Almirantazgo, que dende agora Vuestras Altezas fazen merced al dicho don Christoval e quieren que haya e lieve para si la dezena parte de todo ello quitadas las costas todas que se fizieren en ello por manera que de lo que quedare limpio e libre, haya e tome la dicha decima parte para si mismo, e faga dello a su voluntad, quedan do las otras nueve partes para Vuestras Altezas.

»Plaze a Sus Altezas. Johan de Coloma.

»Otro sí que si a causa de las mercadurias quel trahera de las yslas y tierras, que assi como dicho es se ganaren o se descubrieren o de las que en trueque de aquellas se tomaran, aqua de otros mercadores naciere pleyto alguno en el logar don el dicho comercio e tracto se terna y fara, que si por la prebeminencia de su officio de almirante le pertenecera conocer de tal pleyto plega a Vuestras Altezas que el o su teniente e no otro juez conozcan de tal pleyto, e assi lo provean dende agora.

»Plaze a Sus Altezas, si pertenece al dicho officio de almirante segunt que lo tenía el dicho almirante don Alonso Enrique, quondam, y los otros sus antecessores en sus districtos y siendo justo. Johan de Coloma.

»Item que en todos los navíos que se armaren paral dicho tracto e negociacion, cada y quando, y quantas vezes se armaren, que pueda el dicho don Christoval Colon si quisiere coniribuyr e pagar la ochena parte de todo lo que se gastare en el armazon, e que tambien haya e lieve del provecho la ochena parte de lo que resultare de la tal armada.

»Plaze a Sus Altezas. Johan de Coloma.

»Son otorgadas e despachadas con las respuestas de Vuestras Altezas en fin de cada hun capitulo, en la villa de Santa Fe de la Vega de Granada a XVII de abril del año del Nacimiento de Nuestro Señor Mil CCCCLXXXII.

»Yo el Rey. Yo la Reyna.

»Por mandado del Rey e de la Reyna: Johan de Coloma.»

Los Reyes Católicos, al referirse a las tierras objeto de la expedición como tierras que «ha descubierto» y no como territorios por descubrir, demostraban poseer ciertos conocimientos, y por eso fue que decidieron apoyarlo y aceptar sus desorbitadas pretensiones: pues tenían la garantía de que sabría cómo

llegar a esas tierras y porque tenían conocimiento, también, de que aquel territorio era fuente de abundantes riquezas. Ellos sabían perfectamente de la existencia de América, pero debían «oficializar» este conocimiento bajo la parodia de un «descubrimiento» legítimo. De esta manera, la apropiación de estas tierras y sus riquezas sería legal.

Pero hubo una trampa en ese documento. Según las capitulaciones, si Colón no descubría nuevas tierras por voluntad y trabajo propios, sino como fruto del azar, sin saber exactamente a dónde se dirigía y confundiendo las tierras que encontrase con otros lugares geográficos, la corona anulaba el contrato, expropiándole sus tierras, sus ganancias y los títulos concedidos. Y esto habría de suceder.

Por último, Colón recordó la noche anterior a la partida.

... Faltando escasas horas para el comienzo de su aventura, había decidido descansar un poco. Le esperaba una larga travesía colmada de expectativas y no faltaba mucho para ello: debía esperar a que terminara ese día 2 de agosto y, libre ya para partir, lo haría poco antes del amanecer del día 3 del año 1492. Año histórico, pensó.

Acostado en su litera cerró sus ojos e intentó conciliar el sueño, pero estaba inquieto. La ansiedad lo consumía. «En mi vida he enfrentado momentos muy difíciles, debo mantener la calma como entonces —pensó—. Si algo me caracteriza es mi sangre fría y mi temperamento aplacado. Debo estar sereno: el éxito es mío, ya lo he logrado. Nada puede salir mal.»

Despertando de su ensueño, Colón se percató de que la hora crucial había llegado: era el momento de partir. Se incorporó con cierta dificultad, ya que sus dolencias físicas se estaban haciendo cada vez más agudas, y se preparó para subir a cubierta. Debía dar la orden de zarpar. La historia se preparaba para un vuelco sin precedentes. Y él sería el protagonista principal de este giro vertiginoso.

Henchido de satisfacción y seguro de sí mismo y de su triunfo, respiró profundamente, pronunció en voz baja una plegaria en un idioma muy distinto al cotidiano, y se dispuso a salir...

La voz del Almirante

Jueves 11 de octubre

«...Después del sol puesto, navegó a su primer camino, al oeste; andarían doce millas cada hora y hasta dos horas después de medianoche andarían noventa millas... Y porque la carabela Pinta era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra e hizo las señas que el Almirante había mandado. Esta tierra vio primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana; puesto que el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vio lumbré, aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra; llamó a Pedro Gutiérrez, repostero de estrados del Rey, y díjole que parecía lumbré, que mirase él, y así lo hizo y viola; díjole también a Rodrigo Sánchez de Segovia, que el Rey y la Reina enviaban en el armada por veedor, el cual no vio nada porque no estaba en lugar do la pudiese ver. Después de que el Almirante lo dijo, se vio una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra. Cuando dijeron la Salve, que la acostumbraban a decir y cantar a su manera todos los marineros rogó y amonestándolos el Almirante que hiciesen buena guarda al castillo de proa, y mirasen bien por la tierra, y que al que dijese primero que veía tierra le daría luego un jubón de seda...»

Diario de a bordo del primer viaje a las Indias, Cristóbal Colón.

Capítulo VI

Los hombres del Almirante

Muchos son los autores que ponen en duda las competencias náuticas de Cristóbal Colón. Poco se puede comprobar, fehacientemente, de sus travesías por alta mar. Los comentaristas oscilan entre considerarlo un ilustre y consolidado hombre de barcos y desestimar por completo la experiencia náutica del Almirante, pintándolo simplemente como un inescrupuloso hombre de negocios. Lo cierto es que en algún punto intermedio entre ambos extremos encontraremos nuestra verdad.

Es igualmente cierto que tamaña empresa propuesta por Colón hubiera sido irrealizable, incluso impensable, sin la colaboración de numerosos y experimentados marineros que lo secundaran.

Para que los barcos descubridores pudieran salir desde Palos el 3 de agosto de 1492 fue necesario contar con: marineros expertos, con décadas de tradición en las costas mediterráneas y africanas; medios técnicos adecuados, las carabelas y el conjunto de técnicas de la navegación oceánica; y un capitalismo, primitivo y comercial, pero dispuesto a asumir el riesgo económico de la aventura.



Despedida de los marinos de Huelva que acompañarían a Colón en la expedición a las Indias. Fresco de Vázquez Díaz en el monasterio de la Rábida (Huelva).

La idea de Colón no era una novedad en la zona aledaña al puerto de Palos. Sin embargo, la aventura, tan arriesgada como incierta, no presentaba grandes atractivos ni para el grueso de la marinería ni, por supuesto, para la oligarquía local. Los portugueses, admirados en su época por su pericia náutica, ya habían intentado varias veces la navegación transatlántica pero siempre con pésimos resultados. Este tipo de expediciones eran consideradas como «empresas vanas» por la mayoría. Independientemente de la mayor o menor credibilidad de las ideas colombinas, los marineros de Huelva nunca secundarían al genovés a no ser que lo acompañara algún navegante de prestigio. La oposición e indiferencia hacia el proyecto colombino debieron ser generalizadas. ¿Cómo logró Colón vencer los recelos de estos hombres y ganarlos para su causa?

Sin lugar a dudas, los franciscanos del convento de la Rábida jugaron un papel decisivo en esta historia apoyando desde un principio los planes del futuro Almirante. Estos religiosos gozaban de gran aprecio y respeto en la villa. Tal hecho inclinó la balanza para que Colón se decidiera a elegir el puerto de Palos como punto de partida de la empresa. La presencia y apoyo de los franciscanos reafirmó el propósito de Colón para que las naves partieran de Palos, sobre todo, por el ascendiente que los religiosos tenían sobre la marinería local. Ese cruce de intereses propició los contactos con la futura tripulación.

Todos los cronistas están de acuerdo en afirmar que fueron los

franciscanos del convento de la Rábida —sobre todo el padre Guardián— quienes presentaron al genovés con Martín Alonso Pinzón, otra personalidad de la época. Pero Vázquez de la Frontera, viejo y respetado hombre de mar, influyó de manera notoria para que Pinzón se decidiera a apoyar el proyecto descubridor. Sin duda, Martín Alonso fue un hombre fundamental para la concreción del viaje de Colón. Por un lado, el experimentado marino participó activamente en la preparación de la expedición. Al punto que desechó los barcos encargados por el genovés y contrató navíos mucho más aptos para la travesía. Además, proviniendo de una familia de buen pasar, aportó dinero para el viaje. Muy seguro debió estar del éxito final de la empresa ya que de lo contrario no habría expuesto su hacienda y su prestigio. Porque donde realmente se volvió imprescindible fue al convocar a gran parte de la elite marinera de la comarca.

Se suele asegurar que de no haber ido Martín Alonso en la expedición ningún marino hubiese acompañado al genovés, al menos por propia voluntad. Según se desprende de los Pleitos Colombinos, él iba *«animando a la gente e les decía públicamente que todos fuesen a aquel viaje, que avían de hallar tierra muy rica»*. La empresa de «Descubrimiento» se nos presenta, pues, con dos líderes indiscutibles: el líder «oficial» de la corona y el líder natural de la marinería local.

Así, junto al propio Martín Alonso se enrolaron hombres de dilatada experiencia náutica, como sus hermanos Vicente Yáñez y Francisco Martín Pinzón; dos representantes de la destacada familia mogueña como eran Juan y Pedro Alonso Niño; Juan Quintero de Algruta, Juan de la Cosa, Juan Rodríguez Bermejo, y una extensa lista de prestigiosos marinos.

Pero antes de ver en detalle quiénes eran estos hombres y qué papel desempeñaron en la empresa del descubrimiento, detengámonos por un momento a considerar uno de los grandes interrogantes de esta historia.

El misterioso piloto anónimo

Uno de los acontecimientos más silenciados, tan controvertido como definitorio, del viaje del «Descubrimiento» tuvo por protagonistas a unos cuantos hombres de mar que, paradójicamente, nunca pisaron las tres carabelas de Colón. Ya hicimos alusión a este tema, pero aquí lo desarrollamos.

Corría el año 1478 o 1479 —no contamos con una fecha exacta— cuando una nave casi totalmente destrozada llegó a la costa. Su tripulación, enferma y maltrecha, iba mermando cada vez más. Con el pasar de los días, uno a uno iban muriendo contagiados de una extraña enfermedad. Al parecer, sólo quedaron un piloto y cuatro o cinco tripulantes.

Poco se sabe del primer encuentro, si se conocían de antes con el genovés o si simplemente fue el azar que cruzó a estos hombres con Colón. Algunos cronistas aseguran que el futuro Almirante, compasivo, se hizo cargo y los alojó en la casa de su suegra en Porto Santo.

Este piloto anónimo narró a Colón los detalles de su travesía. Habían partido navegando de las costas africanas cuando la carabela que transportaba madera y alimentos se vio sorprendida por una tormenta. Los vientos alisios la desviaron en su regreso a la península ibérica o a Inglaterra, no se sabe bien. La tripulación logró escapar del temporal pero descubrió con asombro que estaba en mitad de unas islas desconocidas. Aunque estos hombres no lo supieran, habían cruzado el océano Atlántico llegando a las costas del Caribe.

Durante dos años, esos hombres blancos y barbados estuvieron navegando de isla en isla. En general, fueron bien recibidos por los habitantes de las distintas costas e interactuaron y convivieron con ellos. Incluso, construyeron un pequeño fuerte y —dato terrible— descubrieron oro.

Así es como este piloto cuya identidad nunca se develó fue anotando meticulosamente todo cuanto iba viendo. Registró las formas de los distintos accidentes geográficos; calculó medidas y distancias, tomó nota de marcas y referencias.

Sin embargo, estas tierras estaban lejos de ser el paraíso terrenal que prometían. Una enfermedad tan contagiosa como desconocida se propagó entre dichos hombres carentes de defensas. La tripulación contrajo rápidamente la sífilis, una enfermedad nueva en Europa, trasladada por los navegantes españoles a partir de 1493. Tan peligrosa resultó que se convirtió rápidamente en epidemia al entrar en contacto con una población hambreada y débil.

Pero aquella era la primera vez que los hombres blancos experimentaban los síntomas de esta nueva enfermedad. Vieron con terror cómo sus cuerpos se cubrían de pústulas que provocaban altas temperaturas, dolores intensísimos y postración. Ante semejante cuadro, la decisión de regresar no se hizo esperar. Sin embargo, en el penoso camino de vuelta murió gran parte de la tripulación. Sólo unos pocos llegaron a divisar tierra firme. Como anticipamos, el piloto anónimo murió en los brazos del genovés. ¿Cómo es

posible entonces que nada sepamos de este primer viaje descubridor? ¿Cómo ha podido permanecer oculta la identidad de este hombre? Es que el futuro Almirante supo reconocer en la desgracia del piloto anónimo la oportunidad que tanto esperaba. Es así como Colón, astuto y calculador, hizo suyas las confidencias, croquis, planos y mapas, y toda la información suministrada por el agonizante piloto anónimo. Como se ha dicho antes, esta historia supo ser celosamente guardada por el Almirante hasta que se dieran las condiciones propicias para realizar el viaje.

La primera noticia que tenemos de este oscuro episodio data de 1535 y es recogida por Gonzalo Fernández de Oviedo. Luego, otros escritores de los siglos XVI y XVII se harían eco de las peripecias del piloto anónimo. Incluso, fray Bartolomé de Las Casas recogió el testimonio entre los primeros pobladores de La Española:

«Dijose que una carabela o navío que había salido de un puerto de España (no me acuerdo aber oído señalar el que fuese, aunque creo que del reino de Portugal se decía), y que iba cargada de mercaderías para Flandes, o Inglaterra, o para los tractos que por aquellos tiempos se tenían, la cual, corriendo terrible tormenta y arrebatada de la violencia e ímpetu della, vino diz que a parar a estas islas y que aquesta fue la primera que las descubrió. Que esto acaesciese así, algunos argumentos para demostrarlo hay: el uno es que a los que de aquellos tiempos somos venidos a los principios era común, como dije, tratarlo y platicarlo como por cosa cierta, lo cual creo que se derivaría de alguno o algunos que lo supiesen, o por ventura quien de la boca del mismo Almirante o en todo o en parte e por alguna palabra se lo oyese. El segundo es que en otras cosas antiguas, de que tuvimos relación los que fuimos al primer descubrimiento de la tierra y población de la isla de Cuba (como cuando della, si Dios quisiere, hablaremos, se dirá), fue una ésta: que los indios vecinos de aquella isla tenían reciente memoria de haber llegado a esta isla Española otros hombres blancos y barbados como nosotros, antes que nosotros no muchos años; esto pudieron saber los indios vecinos de Cuba, porque como no diste más de diez y ocho leguas la una de la otra de punta a punta, cada día se comunicaban con sus barquillos y canoas, mayormente que Cuba sabemos, sin duda, que se pobló y poblaba desta Española.



Fray Bartolomé de Las Casas llegó al Nuevo Mundo en 1474 y, aunque su primer vínculo con los aborígenes fue el de un esclavista, a partir de 1502 comenzó una encendida lucha en defensa de los nativos.

»Que el dicho navío pudiese con tormenta deshecha (como la llaman los marineros y las suele hacer por estos mares) llegar a esta isla sin tardar mucho tiempo y sin faltarles las viandas y sin otra dificultad, fuera del peligro que llevaban de poderse fácilmente perder, nadie se maraville, porque un navío con grande tormenta corre cien leguas, por pocas y bajas velas, con sólo el viento que cogen las jarcias y masteles y el cuerpo de la nao, acaece andar en veinte y cuatro horas treinta y cuarenta y cincuenta leguas, mayormente habiendo grandes corrientes, como las hay por estas partes; y el mismo Almirante dice que en el viaje que descubrió a la tierra firme hacia Paria anduvo con poco viento, desde hora de misa hasta completas, sesenta y cinco leguas, por las grandes corrientes que lo llevaba; así que no fue maravilla que, en diez o quince días y quizá en más, aquéllos corriesen mil leguas, mayormente si el ímpetu del viento Boreal o Norte les tomó cerca o en parajae de Bretaña o de Inglaterra o de Flandes. Tampoco es de maravillar que así arrebatasen los vientos impetuosos aquel navío y lo llevasen por fuerza tantas leguas, por lo que cuenta Herodoto en su libro IV, que como Grino, rey de la isla de Thera, una de las Cíclades y del Archipiélago, recibiese un oráculo que fuese a poblar una ciudad en África, y África entonces no era cognoscida ni sabían dónde se era, los ansianos y gentes de Levante orientales, enviando a la isla de Creta, que ahora se nombra Candía, mensajeros que buscasen algunas personas que supiesen decir dónde caía la tierra de África hallaron un hombre que había por nombre Carobio, el cual

dijo que con fuerza de viento había sido arrebatado y llevado a África y a una isla por nombre Platea, que estaba junto a ella.

»Así que habiendo aquéllos descubierto por esta vía estas tierras, si así fue, tornándose para España vinieron a parar destrozados; sacados los que, por grandes trabajos y hambres y enfermedades, murieron en el camino, los que restaron, que fueron pocos y enfermos, diz que vinieron a la isla de la Madera, donde también fenecieron todos. El piloto de dicho navío, o por amistad que antes tuviere con Cristóbal Colón, o porque como andaba solícito y curioso sobre este negocio, quiso inquirir dél la causa y el lugar de donde venía, porque algo se le debía de traslucir por secreto que quisiesen los que venían tenerlo, mayormente viniendo todos tan maltrechos, o porque por piedad, de verlo tan necesitado el Colón recoger y abrigarlo quisiese, hobo, finalmente, de venir a ser curado y abrigado en su casa, donde al cabo diz que murió; el cual, en reconocimiento de la amistad vieja o de aquellas buenas y caritativas obras, viendo que se quería morir, descubrió a Cristóbal Colón todo lo que les había acontecido y diole los rumbos y caminos que había llevado y traído, por la carta del marear y por las alturas, y el paraje donde esta isla dejaba o había hallado, lo cual todo traía por escripto.

»Esto es lo que se dijo y tuvo por opinión; y lo que entre nosotros, los de aquel tiempo y en aquellos días comúnmente, como ya dije, se platicaba y tenía por cierto, y lo que diz que eficazmente movió como a cosa no dudosa a Cristóbal Colón.»

Aunque difieren en los detalles, los historiadores y cronistas posteriores coinciden en la existencia de un piloto anónimo y de una carabela que pudo ser arrastrada por una tormenta hasta unas tierras desconocidas. Tanto Oviedo como Gómara y De las Casas acuerdan al referirse al suceso pero difieren en la travesía, la identidad del piloto y el punto de arribo de la nave. Lo cierto es que no contamos con datos concluyentes. Por ejemplo, el Inca Garcilaso, que también documenta estos extraños sucesos, identifica al piloto anónimo como Alonso Sánchez de Huelva, y en sus *Comentarios reales* de 1609 dice:

«Fueron a parar a casa del famoso Christóval Colón, genovés, porque supieron que era gran piloto y cosmógrafo y que hacía cartas de marear. El cual los recibió con mucho amor y les hizo todo regalo, por saber cosas acaescidas en tan extraño y largo naufragio, como el que decían haber padecido. Y como llegaron tan descaescidos del trabajo pasado, por mucho que Colón les regaló, no pudieron volver en sí y murieron todos

en su casa, dejándole en herencia los trabajos que les causaron la muerte.»

Todas las informaciones señalan que es a partir de estos años 1478 o 1479 que Colón se transforma, convirtiéndose en un obstinado defensor de la «vía de Occidente» como camino alternativo hacia las Indias. Ir al este navegando hacia el oeste. ¿Qué datos pudo suministrarle el piloto anónimo? Distancias, peligros a evitar, datos precisos sobre vientos y corrientes, y las coordenadas para encontrar grandes tesoros. Pero de todo esto no quedaron documentos sino tan sólo conjeturas.

Los hermanos Pinzón

Entre las más destacadas familias que habitaban en Palos encontramos a los Pinzón. De origen aragonés, el nombre llegó a Andalucía procedente de Asturias, siendo, según señalan algunos árboles genealógicos, deformación del término «espinzas» o «pinzas». Para historiadores menos abocados a las derivaciones lingüísticas, en cambio, el verdadero apellido familiar sería Martín, nombre del abuelo de los hermanos famosos, buzo en Palos, al que apodaron «Pinzón» cuando se quedó ciego, ya que era muy aficionado a cantar y recordaba, a los habitantes de Palos, a los pájaros pinzones, los cuales, decía la leyenda, eran cegados porque así, sin distracciones, cantaban mejor. Su hijo, también marinero e igualmente llamado Martín, fue el padre de los tres hermanos que participaron en el Descubrimiento de América: Martín Alonso, Vicente Yáñez y Francisco Martín Pinzón.

Indisociables de la figura de Cristóbal Colón, los hermanos Pinzón, quizás a causa de su nombre sonoro que se adaptó fácilmente al plural de «Pinzones», o más bien porque fueron una parte clave de la flota del Almirante, llegan a nosotros cubiertos de gloria pero también de zonas de oscuridad y no pocos mitos.

Los Pinzón fueron tres navegantes españoles del siglo XV: Martín Alonso, Vicente Yáñez y Francisco Martín, siendo este último el menos conocido y recordado. Los tres eran naturales de la ciudad Palos de la Frontera y al momento de embarcarse en la aventura que desembocaría en el descubrimiento del Nuevo Mundo ya tenían gran experiencia, fama e incluso modesta fortuna. Aunque algunos historiadores moralistas españoles todavía lo nieguen, hoy es bien sabido que los «Pinzones» se dedicaron desde jóvenes

al tráfico marítimo tanto lícito como ilícito. De allí que en ellos se encuentre el mejor exponente de los marinos andaluces de la época, herederos de una tradición de siglos de correrías y coraje por igual.

a) Martín Alonso Pinzón

Martín Alonso Pinzón nació en la localidad andaluza de Palos de la Frontera, Huelva, hacia 1440. La fecha exacta no ha sido fijada con seguridad. Era el hijo mayor de una rica familia de larga tradición marinera y propietario de un barco con el que hacía frecuentes viajes comerciales por los mares entonces navegables del Mediterráneo y del Atlántico. Ejerció alguna vez de corsario, cosa nada extraña en la época. Estaba casado con María Álvarez, de condición hidalga, mujer que le dio cinco hijos. Los dos varones, Arias Pérez y Juan Martín, participarían en varias expediciones por tierras americanas. De las tres niñas, Mayor, Catalina y Leonor, la más pequeña sufría frecuentes ataques de lo que ellos llamaban «gota coral» y que hoy en día se asocia con alguna forma de epilepsia.



Martín Alonso Pinzón fue fundamental, al igual que su hermano, en la expedición colombina. Cuando le presentaron a Colón, el experto marino se mostró algo escéptico, hasta que pudo revisar toda la documentación presentada por el Almirante.

En los años que antecederon al descubrimiento de América no había, en toda la comarca de la ría formada por la desembocadura común de los ríos Tinto y Odiel, un armador y navegante más famoso que él. Se dice que conseguir su apoyo y participación era imprescindible para el éxito de la empresa de Colón. El encargado de convencerlo fue un monje franciscano, guardián del monasterio de la Rábida, que se le acercó durante el verano de 1492. Gracias a la noticia de que Martín Alonso iba a participar en el viaje colombino como capitán de la carabela *Pinta* y su hermano Vicente como capitán de la *Niña*, muchos fueron los que se enrolaron inmediatamente, ayudando a completar las tripulaciones. Tal era su influencia y popularidad en la zona.

Martín Alonso era especialmente un buen conocedor de los vientos y de las formas de medir la altura del sol. Durante sus habituales viajes a las costas norte y oeste de África, había mantenido contacto con los portugueses. Poseía un gran instinto náutico y una sabiduría excepcional para su momento histórico. En uno de sus viajes por el Mediterráneo estuvo en Roma, donde pudo estudiar raros mapas de la Biblioteca Vaticana e incluso llegó a conseguir la copia de un mapamundi y de un libro «de avisos para saber la navegación de las Indias».

Ya embarcados en la aventura de llegar a las Indias rodeando el globo, Martín Alonso asumió el mando de la *Pinta* y llevó consigo a su hermano Francisco como maestro.

Durante la travesía, demostró sus habilidades de marinero en numerosas oportunidades. Se recuerda primero la vez que resolvió el grave problema de la rotura del timón y pudo seguir navegando. Sus dotes de mando fueron puestos a prueba cuando tuvo que imponer su autoridad a los amotinados vizcaínos y cántabros de la *Santa María*, entre el 6 y el 7 de octubre. Durante ese momento de inseguridades y miedo, Martín Alonso amenazó con aplastar y colgar a cualquiera que se atreviera a rebelarse contra la autoridad o incluso a poner en duda la palabra de los oficiales a sus espaldas.

En el siguiente motín, bastante más serio, del 9 y 10 de octubre, cuando habían fallado ya todos los cálculos de distancias que Colón había conjeturado y expuesto, la situación fue diferente. Los Pinzón empezaron a desconfiar de Cristóbal Colón, y esta vez aplacaron el ánimo disconforme de la tripulación poniendo una condición: se mantendría el mismo rumbo tan sólo tres días más. Si durante ese lapso no encontraban tierra ni divisaban

signos positivos de su presencia en el horizonte, los barcos comenzarían su regreso a España.

Tras el descubrimiento de las islas Lucayas, situadas en las actuales Bahamas, divisaron Cuba. Mientras recorrían la costa oriental de la isla, Martín Alonso, al frente de la *Pinta*, abandonó al Almirante el 21 de noviembre de 1492 y continuó navegando por su cuenta. Se dice que Colón nunca perdonó esta iniciativa. El 6 de enero de 1493 se volvieron a encontrar en la costa norte de La Española. Los historiadores no se ponen de acuerdo respecto de las circunstancias y los motivos que envolvieron y propiciaron la desertión de Martín Alonso. Algunos señalan la ambición de oro como motor de su alejamiento. Otros sugieren que la falta de experiencia y conocimiento náutico de Colón se hizo demasiado evidente en ese punto. Fue en ese momento, no obstante, que comenzaron sus desavenencias con el Almirante, que llegó a acusarlo de traición.

De nuevo juntos, emprendieron viaje de regreso a España en la *Pinta* y la *Niña*, pero una tormenta los interceptó no muy lejos de las islas Azores y volvió a separar las naves. La *Pinta* hizo puerto en Bayona, en las costas de Galicia, antes de que Colón arribara a Lisboa. Desde Bayona fue enviado un informe a los Reyes Católicos. En este documento, Martín Alonso narraba lo sucedido en los días del descubrimiento y avisaba que se dirigía, ya gravemente enfermo, a Palos. Su nave tocó puerto el 15 de marzo de 1493. La historia quiso que lo hiciera apenas pocas horas después de que lo hubiera hecho Colón. Martín Alonso falleció alrededor del 31 de marzo de 1493, en el monasterio de la Rábida, donde fue llevado por sus familiares y, según un testigo que dejó por escrito su palabra, también enterrado allí.

Su participación en la empresa del descubrimiento se dio en todos los niveles. Aparte de otorgarle una confianza preciosa a Colón, secundó el proyecto de navegar hacia Occidente, proporcionando barcos, hombres, pertrechos y dinero. Su prematura muerte no fue motivo para negar su gloria, más bien todo lo contrario.

b) Vicente Yáñez Pinzón

Vicente Yáñez Pinzón nació hacia 1461, como su hermano mayor Martín Alonso, en la localidad andaluza de Palos de la Frontera. Su gran experiencia en las artes de navegación la adquirió desde su juventud acompañando a su

hermano en viajes comerciales realizados tanto por la costa atlántica de la península ibérica como por la mediterránea.

Entre 1477 y 1479, se le conocen acciones de piratería por las costas catalanas y de Ibiza. Sirvió como capitán de la *Niña* y, a diferencia de su hermano, actuó siempre con lealtad a Colón. Se dice que oportunamente salvó la misión de descubrimiento tras el naufragio de la *Santa María* y que luego del primer viaje abandonó con prudencia y discreción las relaciones con el entonces triunfador y soberbio Almirante.



Vicente Yáñez Pinzón integró la tripulación con el cargo de capitán de «La Niña». Su experiencia como marinero comercial fue de muchísima utilidad a la hora de atravesar momentos de zozobra en el camino a América.

Como segundón, siempre se vio atraído por las expectativas de riqueza que abría el descubrimiento de las nuevas tierras americanas.

Sin embargo, 1495 lo encuentra preparando dos carabelas, la *Vicente Yáñez* y la *Fraila*, para participar en la Armada que Alonso de Aguilar, hermano del Gran Capitán, iba a dirigir contra el norte de África. Entonces, estallan las guerras de Nápoles y el marino se dirige a Italia, lugar del cual no retorna hasta 1498, recorriendo en su regreso las costas de Argel y Túnez.

Este mismo año de 1498 la corona española, impaciente por potenciar la colonización de las Indias, decide permitir a los particulares que realicen viajes de descubrimiento. Ese no es un dato menor en la biografía de Vicente ni en la historia del descubrimiento de América.

El 19 de noviembre de 1499 zarparon del puerto de Palos cuatro carabelas al mando de Vicente Yáñez. Lo acompañaba una buena cantidad de parientes y colegas, entre ellos su sobrino Arias Pérez, hijo primogénito de Martín Alonso, y su hermano Francisco Martín Pinzón, ya veterano del cruce del Atlántico. La importancia de este último era grande, ya que había acompañado a Colón en su tercer viaje y estaba al tanto de sus hallazgos. Francisco, personaje de bajo perfil en esta historia, fue el único de los tres hermanos que siempre se mantuvo en contacto con el Almirante, llegando también a acompañarlo en el cuarto y último viaje, donde encontró la muerte.

Pasadas las Canarias, las naves de Vicente Yáñez tomaron rumbo sudoeste hasta perder de vista la estrella polar. Por primera vez en la historia del descubrimiento de América, los marinos españoles pasaban el Ecuador y se adentraban en el hemisferio sur.

Pese a que las estrellas del cielo austral los desconcertaron, después de sufrir un fuerte temporal tocaron tierra en la costa brasileña el 20 de enero de 1500, en la zona del actual Recife. La hostilidad de los indígenas de dicha región los decidió a reemprender el viaje y tomaron rumbo noreste por la costa de Rostro Hermoso. Un día, no sin asombro, los marinos comprobaron que el agua del mar se había vuelto dulce. Vicente Yáñez descubrió así el Amazonas, el río más caudaloso de la Tierra. Aunque su intención fuera explorarlo, la agresividad de los indígenas volvió a jaquear su iniciativa, y la flota continuó costearo el nuevo continente hasta llegar a la isla de Trinidad. Tanto Trinidad, descubierta por Colón, como su siguiente parada, Puerto Rico, descubierta por Martín Alonso en 1493, ya tenían monopolios comerciales. Para colmo, Vicente perdió dos naves en unos bajíos cercanos a La Española, por lo cual decidió regresar a Palos.

Si bien no se tradujo en inmediatas riquezas para sus protagonistas, más bien estuvo cerca de ser un desastre económico, este viaje fue el más largo e importante realizado en la época. Sus resultados geográficos serían luego de vital importancia y provecho para Américo Vespucio y Juan de la Cosa. Vicente pagó con su magro cargamento de palo de tinte, piedras topacio, canela y animales raros a sus numerosos acreedores y pidió sin atisbo de duda ayuda a la corona.

Pese a la situación desfavorable del viaje, los reyes se mostraron interesados por la posesión de los territorios descubiertos. De allí que el 5 de septiembre de 1501 firmaran una capitulación en la que, entre otras cosas, nombraban al expedicionario capitán y gobernador de «*la dicha punta de Santa María de la Consolación y seguyendo la costa fasta Rostro Fermoso, e*

de allí toda la costa que se corre al Norueste hasta el dicho río que vos possisteis nonbre Santa María de la Mar Dulce, con las yslas questán a la boca del dicho río, que se nonbra Mariatanbalo».

Se le concedía además la sexta parte de todos los productos que se obtuvieran de aquella tierra, siempre que volviera a embarcarse «*dentro de un año, que se cuente del día de la fecha desta capitulación e asiento*». Para terminar de hacer explícito su apoyo, el viernes 8 de octubre de 1501 Vicente Yáñez Pinzón fue nombrado caballero por el rey Fernando el Católico en la torre de Comares de la Alhambra, el Palacio Real de Granada.

Sin embargo, tanto reconocimiento no sirvió para embarcar de nuevo al marino. Algunos historiadores dicen que faltaron medios materiales, otros afirman que Vicente Yáñez siempre podía recurrir con éxito a los prestamistas y que esta vez no lo hizo por otros motivos. Es posible que ya en fecha tan temprana del proceso de descubrimiento dudara, a raíz de los viajes portugueses, sobre la soberanía de los reyes españoles en razón del Tratado de Tordesillas y, por consiguiente, de su facultad real para otorgarle su gobernación.

Entre 1502 y 1504, la biografía de Vicente tiene un vacío. ¿Realizó viajes a América en este periodo? No se sabe a ciencia cierta.

La primavera de 1505, sin embargo, lo encontró en América formando parte en la Junta de Navegantes de Toro, en la que, por una capitulación fechada el 24 de abril fue nombrado capitán y corregidor de la isla de San Juan o Puerto Rico. También participó como experto convocado por la corona en la Junta de Navegantes de Burgos de 1508 para retomar, una vez más, la búsqueda de un paso hacia las islas de las Especias. El último viaje de este capitán fue con Solís. Con él recorrió las costas de Darién, Veragua y Paria, actualmente parte de Venezuela, Colombia, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras y Guatemala. Al no encontrar el tan deseado paso, rodearon la península de Yucatán y se adentraron en el golfo de México hasta los 23,5° de latitud norte, protagonizando nada menos que uno de los primeros contactos con la civilización azteca. Pero, por motivos que se ignoran, decidieron dar por terminada la expedición y volvieron a Cádiz en octubre de 1509.

Hubo una investigación oficial en la que se ratificó a Pinzón como capitán general y corregidor de la isla de Puerto Rico, y que llevó a la cárcel a Solís. Lo cual parece indicar que fue éste quien interrumpió el viaje.

Al regreso de dicho viaje, Vicente Yáñez se casó por segunda vez y se estableció en Triana, testificando en 1513 en los famosos Pleitos Colombinos, aunque con moderación, en contra del Almirante. En 1514 se le ordenó

acompañar a Pedrarias Dávila al Darién, pero ya se encontraba enfermo y pidió ser excusado.

Se lo menciona por última vez en un documento del 14 de marzo de 1514, y según el cronista Fernández de Oviedo, Vicente Yáñez murió este mismo año, probablemente a fines de septiembre, con la misma discreción con la que vivió. El lugar donde fue enterrado no figura en las actas sepulcrales de su ciudad, pero se da por un hecho que descansa en el cementerio de Triana.

¿Qué habría pasado si Colón no hubiera conseguido el apoyo de estos intrépidos marinos?

La Historia podría haber querido que ningún franciscano accediera a presentarlo y entonces estaríamos contando otra aventura. O quizás ninguna, ya que el aporte realizado por los hermanos Pinzón, tanto material como intelectual, fue vital para el éxito de la empresa colombina. Colón era un hombre decidido, casi un obsesivo, que arrastrado por una idea fija y con una voluntad inmensa movía montañas, pero, sin conocimientos navales de altura, estuvo a punto de volverse atrás en los últimos días del primer viaje. Sólo la tenacidad, sabiduría y experiencia de los Pinzones lo impulsó a continuar el viaje. Su marca en esta historia es así tan importante como la que más.

Otros marinos

a) Juan de la Cosa

Juan de la Cosa, además de precursor en las expediciones que abrieron América a los europeos, fue uno de los marinos que más viajes realizó al Nuevo Mundo. Nació alrededor de 1460 en Santoña. En 1492 era el propietario del barco *Santa María* y participó en el primer viaje del descubrimiento. Sin embargo, las relaciones con el Almirante no fueron ni muy estrechas ni muy fluidas. Al punto de que Colón llegó a acusarlo de haber sido el culpable del hundimiento de la *Santa María* en la Nochebuena de 1492. Esta acusación fue rápidamente desestimada por cronistas e historiadores.

A pesar de tales tensiones, Juan de la Cosa también participó en el segundo viaje colombino y recibió una compensación económica de la reina Isabel I por la pérdida de su nave el 28 de febrero de 1494.



Juan de la Cosa. Era el propietario de la «Santa Maria» y puso su embarcación al servicio de la expedición colombina. Capitaneó su nave bajo el mando de Colón.

En 1499, el marino cántabro participó como piloto mayor en la expedición de Alonso de Ojeda. En este viaje se exploraron las costas entre la boca del Orinoco y el cabo de la Vela, donde Juan de la Cosa resultó herido por una flecha indígena.

En el año 1500, a su regreso, realizó su famosa *Carta-mapamundi* en la que recogió y representó las tierras descubiertas hasta el momento por portugueses y españoles. El mapa fue adquirido por el Estado español en una subasta pública, en 1853. En la actualidad, se encuentra en el Museo Naval de Madrid. Se especula que esta obra fue un encargo realizado por los Reyes Católicos.

En octubre de 1500, De la Cosa realizó su cuarto viaje como capitán por las costas del cabo de Vela y el Darién, y obtuvo importantes remesas de oro. La expedición fue todo un éxito, lo cual le valió que los reyes lo nombraran Alguacil Mayor de Urabá. Es entonces cuando el marino se convirtió en un oficial asalariado de la recién creada Casa de la Contratación.

Cuando lo nombraron capitán general, Juan de la Cosa realizó su quinto viaje. Los cuatro barcos que formaban la expedición recorrieron las costas de la isla Margarita y el golfo de Urabá, recogió en Cartagena de Indias a los hombres de Cristóbal Guerra y puso rumbo a La Española.

En 1508 participó junto a Yáñez Pinzón, Díaz de Solís y Américo Vespucio de la comisión donde se discutió el proyecto de una expedición a Asia por la ruta occidental.

Su sexto y último viaje lo realizó en 1510, nuevamente junto a Ojeda y Nicuesa, recibiendo del rey Fernando una importante ayuda. Tenía como objetivo instalarse con su familia en el Nuevo Mundo porque había recibido

el cargo de teniente gobernador. A pesar de que Juan de la Cosa se oponía, Ojeda decidió desembarcar en la zona donde más tarde se asentaría Cartagena de Indias. Si bien salieron victoriosos del primer enfrentamiento con los indios, Juan de la Cosa no tuvo tanta suerte esta vez y encontró la muerte al ser alcanzado por una flecha envenenada.

b) Juan Niño

Juan Niño, de Moguer, fue maestre y dueño de la carabela *Niña*. Los maestros de los otros dos buques eran, como dijimos, Juan de la Cosa, dueño de la *Santa María*, y Francisco Martín Pinzón.

En aquel entonces, los navíos solían llevar un nombre propio, generalmente con advocación religiosa; pero también se los denominaba —y era lo más habitual— con un nombre derivado del de su dueño o de su maestre. Resulta que muchas naves parecen tener dos nombres. El nombre dado a la *Niña* era *Santa Clara*, pero pocas veces se la encuentra designada así. La *Colina*, la *Prieta*, la *Cardera*, la carabela *Bermuda*, nos ofrecen otros ejemplos de esta misma costumbre, casi universal en tiempos de Colón, de nominar a una carabela por el adjetivo formado del nombre del que la mandaba. No debemos dejar de hacer notar que en dicha costumbre con frecuencia jugaba mucho la eufonía.

Algunos escritores han dicho, y suponemos que otros han tomado por cierto, que *Pinta* y *Niña* se referían a los apellidos Pinzón y Niño. En este último caso resulta evidentemente cierto. Pero en cuanto a Pinzón, el femenino que se forma es *Pinzona*. Había una familia Pinto en Huelva y en Palos, y nos parece posible que en otro viaje algún Pinto hubiese tenido el mando de la *Pinta*; aunque no existen datos que lo corroboren. Tenemos que limitarnos a afirmar que *Pinta* no es de ninguna manera femenino de Pinzón, y el nombre dado a la carabela puede aludir a un Pinto, o puede ser el nombre verdaderamente propio dado a la carabela.

De lo que no hay ninguna duda es que la carabela bautizada como la *Santa Clara*, era llamada por los marineros la *Niña* a causa de que Juan Niño la mandaba. Después de que Colón la compró y puso en ella por maestre y piloto a Alonso Medel, parece que el mismo Colón hizo esfuerzo para que fuese llamada *Santa Clara*; pero, a pesar suyo, continuaba el apodo.

Poco sabemos de la biografía detallada de Juan Niño. Muchas más noticias y datos corroborables tenemos de su hermano Peralonso Niño. A la

vuelta del primer viaje, Juan retornó a su ciudad natal y siguió siendo maestre hasta que decidió vender la carabela a Colón como representante de los Reyes.

No participó en el tercero ni en el cuarto viaje de Colón, ni tenemos noticias de más trato con el Almirante. Sin embargo, sabemos que fue con su familia en el viaje a la Costa de las Perlas, expedición que se conoce por los nombres de Peralonso Niño y de Cristóbal Guerra, y suponemos que acompañó otras veces a su hermano.

Seguramente ha sido más modesto o menos emprendedor, a pesar de ser el propietario de uno de los barcos en el primer viaje, porque hay muchas más noticias acerca de su hermano Peralonso.

De Juan Niño se dice vagamente que seguía viajando a las Indias, y en verdad resulta extraño no tener datos más exactos. «Los Niños» parecen haber viajado mucho como parientes muy unidos. Peralonso murió antes de julio de 1504 y se sabe que Juan Niño sobrevivió a todos los otros oficiales de importancia que navegaron con él en 1492. «Los Pinzones», Juan de la Cosa, Peralonso Niño y el mismo Colón murieron antes de 1515, mientras que la muerte de Juan Niño no ocurrió sino hacia los años 1518-1522. Falleció en Indias, después de unos treinta años de viajes (según los testimonios, algo vagos, de varios testigos), y no se sabe a ciencia cierta el lugar en que muriera.

c) Pedro Alonso Niño (*Peralonso*)

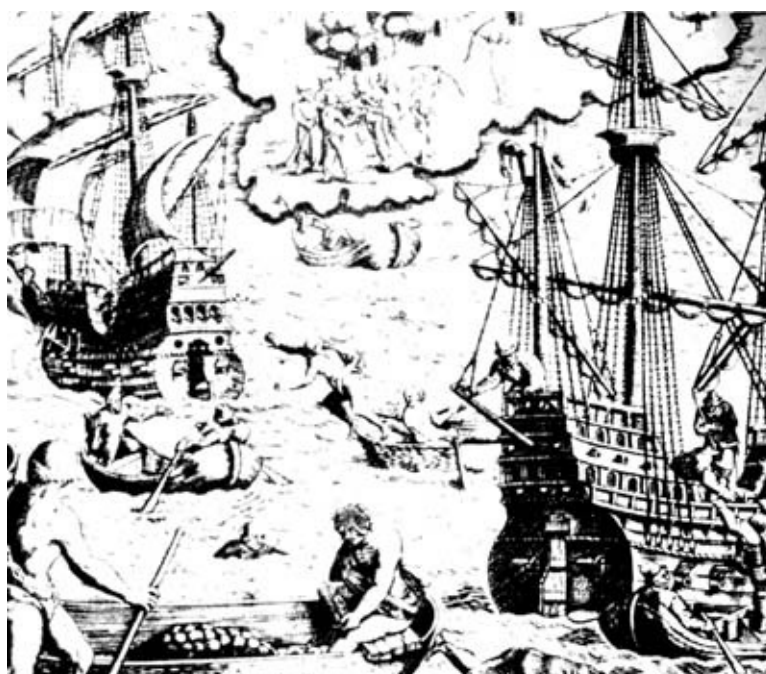
Pedro Alonso Niño, de Moguer, que había acompañado a Colón en el primer viaje descubridor, como piloto de la *Niña*, es el primer marino que aparece con título de piloto mayor en la armada que preparó para las Indias Juanoto Berardi en 1496. El mismo año, con igual cargo, parte de Cádiz con tres carabelas «*cargadas de bastimentos para las nuevas tierras*».

El navegante moguereno planteó hacer un viaje propio a América. Para ello buscó el concurso económico y financiero del «Bizcochero» de Triana, Cristóbal Guerra, que también iría en la expedición.

En el aspecto náutico recurrió a sus hermanos y a gente de la tierra. En especial, a Alonso García y Juan Barrero, que habían estado en Paria y que, por tanto, conocían la ruta a seguir y estaban, en parte, familiarizados con la tierra que pensaban explorar.

Nuevamente la pluma de Las Casas nos sirve para informarnos. En esta ocasión, así nos comenta:

«Uno de los primeros que a par cuasi de Hojeda vinieron a descubrir, fueron un Peralonso Niño y un Cristóbal Guerra, vecinos, el Guerra, de Sevilla, y el Peralonso creo que era del Condado. Este Peralonso Niño vino cierto con el Almirante al descubrimiento de Paria, y debióse de tornar a Castilla en los cinco navíos, y esto está probado con testigos contestes, y yo he visto sus dichos en el susodicho proceso, y uno que dijo que no había ido en aquel viaje a Peralonso Niño con el Almirante, yo sé que contra el Almirante, por derecho del juicio, podía ser repelido, así que Peralonso Niño habida licencia del rey o del obispo para descubrir, con instrucción y mandado que no surgiese con su navío ni saltase en tierra con 50 leguas de la tierra que había descubierto el Almirante. Como no tuviese tantos dineros como habría menester o quizá ningunos, trató con Luis Guerra, vecino de Sevilla, que tenía hacienda, que le armase un navío; el Luis Guerra se ofreció a hacello y, entre otras condiciones, fue un tanto que su hermano Cristóbal Guerra fuese por capitán de él. Partió, pues, Peralonso Niño por piloto y Cristóbal Guerra por capitán.»



El grabado de Theodor De Bry muestra a Colón en la recolección de perlas; hecho que ocurrió en su tercer viaje, cuando desembarcó a la altura de Venezuela, y recibió de los aborígenes tales obsequios.

En efecto, en junio de 1499, con una carabela de 50 toneladas y 33 hombres, salió Peralonso de la barra de Saltes, con el concurso de los citados. Guiados por la ruta colombina, llegaron a 200 o 300 leguas al sur de Paria, y tomando rumbo norte tocaron tierra en Paria. De allí fueron a Margarita y recogieron gran cantidad de perlas. Pasaron después a las tierras de Cumaná, donde, nuevamente, hicieron acopio de perlas: *«Los indios quedaron muy contentos, pensando que iban engañados los cristianos, que adquirieron entonces en sus rescates más de 150 marcos de perlas»*. Después de visitar las salinas de Punta Araya, en 1500 emprendieron el regreso a España.

Llegaron a Bayona, en Galicia. Allí vendieron 96 marcos de plata y, según parece, la misma cantidad guardaron los navegantes, sin declararla al fisco. Por eso se le abrió un proceso a Pedro Alonso Niño, que aparecía como supuesto defraudador del quinto real. Sin embargo, fue absuelto, y en libertad marchó a Sevilla y de ahí a Moguer.

Gonzalo Fernández de Oviedo narra estos incidentes:

«En el tercer viaje el Almirante tocó en Cubagua y Margarita, y vio la gran cantidad de perlas... pues como en los marineros hay poco secreto, cuando después algunos de los que allí se acertaron volvieron a España, publicaron lo que es dicho en la villa de Palos, de donde a la sazón eran los más de los marineros que andaban en estas partes. E supose asimismo en Moguer, e salieron de allí ciertos armadores, vecinos de aquella villa que lo alcanzaron a saber, llamados los Niño, entre los cuales eran un Per Alonso Niño, y con una nao, tomando consigo para esto algunos de los que se hallaren con el Almirante, cuando había descubierto aquella isla de las Perlas, fuéronse a ellas y rescataron muchas, e tornáronse ricos a España (si pudieran salir con su salto). Verdad es que este Per Alonso tuvo licencia para venir a estas partes a descubrir, pero diósele en condición de que no se allegase a lo que el Almirante hubiese descubierto con 50 leguas, lo cual no guardó, antes se fue derechamente a lo que estaba ya sabido e hizo su rescate. E cuando dio la vuelta para Europa, aportó en Galicia, donde estaba por visorrey Hernando de Vega, señor de Grajal, y entre los que iban con el Per Alonso tuvieron algunas diferencias con él y decían que no habían partido bien con ellos el rescate de perlas, ni al rey había dado el quinto suyo, como se lo había de dar. De forma que llegó a noticia del visorrey y mandóle prender y tomó él y sus consortes las perlas y el navío como a personas que no habían guardado las formas de la licencia y envióle preso a la corte a Per Alonso y algunos de los otros, donde su mucho trabajo hubieron su deliberación. Aquel Per Alonso Niño y sus compañeros llevaron hasta 50 marcos de perlas que rescataron a

trueco de alfileres y cascabeles y cosas semejantes de poco valor, y muchas de aquellas perlas eran muy buenas y orientales y redondas, aunque pequeñas, porque ninguna, según yo oí decir al mismo comendador mayor, había que llegase a 5 quilates.»

Las importantes ganancias económicas de esta exploración provocaron una serie de viajes furtivos, de lo cual resultaba un enorme fraude al erario. En previsión de ello, se dictó una cédula en la que se recordaba e imponía la necesidad de obtener licencia real para descubrir en islas y tierra firme del mar océano, *«so pena de perder el navío o navíos o mercaderías, mantenimientos e armas e pertrechos e otras cualesquier cosas que llevasen»*. Como dijimos antes, Pedro Alonso Niño murió en las Indias en 1504.

d) Juan Quintero de Algruta

Juan Quintero, denominado de Algruta, fue marinero y contraamaestre de la *Pinta*. Se supone que tenía unos veintiséis años en 1492. Una de las grandes dificultades para caracterizar la importancia de este marinero nos la presenta el hecho de contar con algunos homónimos también partícipes en los viajes del descubrimiento. Hasta donde se puede saber, fue un leal partidario del capitán de la *Pinta*. Sin embargo, encontramos que hubo tantos Quinteros en Palos, Moguer y Huelva que no sería nada improbable el concurso de dos homónimos por el mero hecho de que el apellido resultaba muy corriente.

El homónimo más conocido es un Juan Quintero Príncipe, vecino también de Palos, el cual seguramente no viajó en 1492. Juan Quintero de Algruta no aparece claramente otra vez hasta el cuarto viaje. Por su parte, Juan Quintero Príncipe no fue en aquel primer viaje, y por eso no había necesidad de distinguirlos a cada momento.

Juan Quintero Príncipe aparece como testigo en los pleitos colombinos de 1514, siendo claramente distinto de otro testigo Juan Quintero del año 1515. Este último, llamado por las dos partes, fiscal y Almirante, parece ser nuestro Juan Quintero de Algruta. Dice que *«fué criado del dicho almirante don Cristóbal Colon»*; que sabe precisamente lo que Colón descubrió en Paria, porque *«anduvo de continuo con el de su compañía»*; *«este testigo fué con el dicho don Cristóbal Colon quando descubrió a Paria y a todas las tierras que descubrió»*. El rastreo se complica cuando advertimos que los dos Juan Quintero fueron en el tercer viaje, y que Quintero Príncipe volvió en seguida

a Paria con Vicente Yáñez, mientras que Quintero de Algruta se quedaría con el Almirante.

No tenemos noticia de la presencia de éste en el segundo viaje de Colón, pero como estuvo en los otros tres, y «*anduvo de continuo con él*», resulta muy probable que fuera también en 1493, aunque no hay datos que permitan asegurarlo. En los pleitos le llaman a veces marinero y a veces piloto, refiriéndose, sin duda, a la misma persona.

Queda la duda de cuál de los dos Juan Quintero fue el que en diciembre de 1511 estuvo obligado por la Casa de Contratación a pagar los 30 ducados que debía a un cambiador de Sevilla; pero sabemos que este Quintero vivía en la calle de la Ribera en Palos. Por los años 1525-35 había un piloto Juan Quintero de Palos al servicio de la Casa de Contratación; pero no sabemos si el nuestro estaba todavía con vida.

e) Juan Rodríguez Bermejo

Juan Rodríguez Bermejo nació en Molinos, Sevilla. Tenía por profesión la de marinero. En el primer viaje de Colón servía en la carabela *La Pinta*. Se lo recuerda por ser quien primero vio tierra y por eso se lo ha identificado con Rodrigo de Triana.

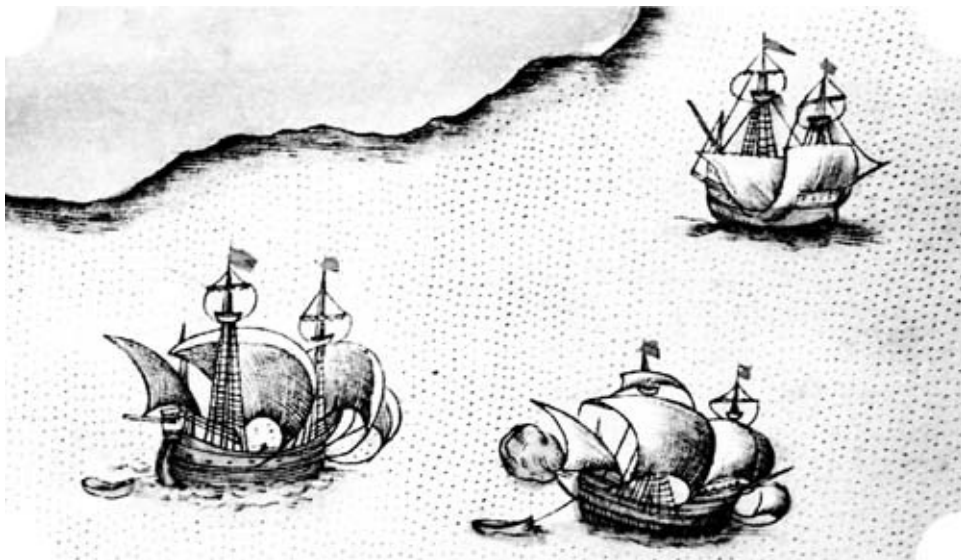
La documentación para Rodrigo de Triana es tan conocida que todo americanista tiene que saberla casi de memoria. Sin embargo, recordaremos una vez más cómo refiere fray Bartolomé de Las Casas su papel en la historia del descubrimiento:

«Despues de anochecido, el tiempo que dijeron la Salve, como es la costumbre de marineros, hizo una habla... por que el tenia gran confianza en nuestro señor que aquella noche habían de estar muy cerca de tierra o quizas verla, y que cada uno pusiese diligencia en velar por verla primero, porque allende la merced de los 10 000 mrs. que la reina había concedido al primero que la viese, él prometía de darle un jubon de seda.

»Estando Cristobal Colon en el castillo de popa con los ojos más vivos hacia adelante que otro, como aquel que más cuidado dello tenia, porque más le incumbía que a todos, vido una lumbre, aunque tan cerrada o añublada que no quiso afirmar que fuese tierra pero llamó de secreto a Pero Gutierrez repostero de estrados del rey, y dijole que parecía lumbre, que mirase él lo que le parecía; el cual la vido y dijo que lo mismo le parecía ser lumbre; llamó

tambien a Rodrigo Sanchez de Segovia que los reyes habían dado cargo de ser veedor de toda la arriada, pero este no lo pudo ver. Despues se vido una vez o dos, y diz que era como una candelilla que se alzaba y bajaba. Cristobal Colon no dudo ser verdadera lumbre y por consiguiente estar junto a la tierra, y ansi fué...

»Velando pues muy bien Cristobal Colon sobre ver la tierra, y avisando a los que velaban la proa de la nao que no se descuidasen como la carabela Pinta donde iba Martin Alonso Pinzon fuese delante de todas por ser mas velera, vido la tierra que estaria dos leguas a las dos horas despues de media noche y luego hizo las señales que de haber visto tierra por la instruccion que llevaba debia hacer, que era tirar un tiro de lombarda y alzar las banderas. Vido la tierra primero un marinero que se llamaba Rodrigo de Triana, pero los 10 000 mrs. de juro, sentenciaron los reyes que los llevase Cristobal Colon, juzgando que pues el habia visto primero la lumbre fue visto ver primero la tierra. De donde podemos colegir un no chico argumento de la bondad y justicia de Dios.»



Las tres carabelas colombinas en un grabado de la época.

Volviendo a citar los Pleitos Colombinos, y resumiendo lo que se dice del marinero de la *Pinta*, se nota que todas las historias coinciden en llamarlo Rodrigo de Triana, mientras que todos los testigos están de acuerdo en llamarlo de otra manera. Bien mirado, parece que cada nombre proviene de dos fuentes, y es raro que una de estas fuentes, para uno como para otro nombre, sea lo dicho por Vicente Yáñez Pinzón. Es todavía una razón de más para ver que los dos nombres tienen que pertenecer a la misma persona.

Rodrigo de Triana es uno de los pocos tripulantes de 1492 que tienen monografía propia. Todo lo que se pueda decir acerca de él y del «marinero de Lepe», con el cual se lo ha confundido, se hallará en el *Boceto Histórico... Rodrigo de Triana*, de don Manuel Serrano Ortega (Sevilla, 1892). Hay muchos Juan Rodríguez entre los marineros de Indias en los primeros años, pero no hemos visto ninguna alusión que facilitara identificar a alguno de ellos con el de la *Pinta* de 1492, ni a éste con el Rodrigo Bermejo, maestro, empleado por la Casa de Contratación en años posteriores.

f) Juan Rodríguez Mafra

Juan Rodríguez Mafra nació en Palos en 1470, según se desprende de su declaración en los Pleitos Colombinos el 16 de febrero de 1515, cuando afirma tener más de 45 años. Era por tanto un joven marino de 22 años cuando las naves *Santa María*, *Pinta* y *Niña* se disponían a zarpar del puerto de Palos. No obstante, pese a su juventud, debía ser bastante juicioso y práctico, pues se mostró reacio a participar en el proyecto colombino aun sabiendo que lo avalaba Pinzón, por quien muestra admiración y respeto cuando dice «...*Que muchos no osaban venir (habla desde América) porque tenían por vana aquella empresa, e que si no viniera (Colón) con Martín Alonso Pinzón, que era hombre rico y emparentado, no viniera (Colón) con la gente que vino. Y que (esto) lo sabe porque se halló en Palos cuando el dicho Almirante armó la dicha armada, y no quiso ir por lo tener por cosa vana*», o quizás por estar en esa época recién casado con Catalina Ruiz.

Cuando el éxito de este viaje le demostró que estaba en un error, cambió radicalmente su actitud, pasando a ser uno de los más activos descubridores paleros. Tomó parte en el segundo y tercer viaje de Colón (1493 y 1498). Seguidamente, con su hermano Diego de Lepe, viajó a Tierra Firme en 1499, tras la estela de la expedición de Vicente Yáñez que descubriera el Brasil, al que sobrepasaron cuando Pinzón se detuvo en la exploración de la desembocadura del río Amazonas, por lo que fueron Rodríguez Mafra y Diego de Lepe los verdaderos descubridores de esta costa, desde el Amazonas hasta las tierras descubiertas por el Almirante.

A continuación, embarcó en la expedición de Rodrigo de Bastidas al Darién (1500-1502). Y de regreso en Palos, cuando se dispuso a realizar un nuevo viaje a las Indias, tuvo que hacer un breve paréntesis en su aventura

americana, ya que en 1505 fue enviado, con cargo de maestre de la carabela *Santa Cruz*, a la toma de Mazalquivir.

Los grandes méritos realizados y la inmensa experiencia acumulada, hicieron que se lo nombrara piloto de Su Majestad, por Real Cédula a los Oficiales de la Casa de Contratación de 23 de mayo de 1512.

En 1513 lo encontramos como piloto de la *Santa Cruz*, junto a Juan Bermúdez, piloto de la *Santa María de la Antigua* y propietario de ambas carabelas, que había comprado el año anterior en Portugal, dirigiéndose rumbo a Cuba y La Española a donde llevaban «ropa de mercaderes» y pasajeros. En este viaje los acompañó Juan Martín Pinzón, el hijo de Martín Alonso.

A esta tarea de transportar hombres y mercancías para aprovisionar las islas debió dedicarse en esos años, ya que apareció nuevamente en Cuba (1515) y San Salvador (1516).

En años posteriores (1517-1518) debió conocer en Sevilla a Magallanes, que preparaba su viaje con el objetivo de encontrar un paso que le permitiera salvar el continente americano para llegar a las tierras asiáticas por occidente, convenciéndole el portugués de que lo acompañara, para lo cual tuvo interesantes razones: una real cédula ofrecía conceder a los pilotos y maestros de naves que acompañaran a Magallanes privilegios de caballería, y otra similar aumentaba en 6000 maravedíes el sueldo anual de Juan Rodríguez Mafra, durante el tiempo que estuviera embarcado.

Pero antes de zarpar encabezó la petición para que Su Majestad concediera escudo de armas a los Pinzón y a otros marinos de Palos, exponiendo la lamentable situación en que se hallaban los descendientes de estos marinos, que tantos y tan valiosos servicios habían ofrecido a la corona.



Juan Sebastián Caboto. Después de estudiar los resultados de la expedición a las «Indias», convenció a Enrique VII de Inglaterra de realizar una travesía similar que tuvo, en cambio, magros resultados.

Después de estos preparativos, se embarcó en la expedición de Magallanes junto a su hijo Diego, que fue como paje, y Ginés de Mafra, un pariente suyo natural de Jerez de la Frontera y vecino de Palos. Zarpó como piloto de la *San Antonio*, la mayor de las naves de la flotilla con sus 120 toneladas, y pusieron rumbo a Tenerife, a donde arribaron el 26 de septiembre, para proseguir el viaje el 3 de octubre de 1519.

Llegaron a Río de Janeiro el 13 de diciembre, en un viaje deliberadamente lento porque Magallanes desconfiaba de algunos de los oficiales que llevaba y quería probar su lealtad antes de llegar al estrecho entre el Atlántico y el Pacífico, su pretendido «secreto». En realidad, lo que Magallanes tenía por estrecho era la enorme desembocadura del Río de la Plata. Ante tal contrariedad, sin poder continuar hacia el sur en aquella época del año, tuvieron que invernar. El desánimo cundió entre la tripulación, fomentado por los oficiales de los que Magallanes sospechaba desde el inicio del viaje, circunstancia que le permitió abortar la rebelión desde el comienzo, ejecutando a estos cabecillas.

Las tres naves restantes de la expedición, después de más de tres meses de navegación por el enorme océano Pacífico, sin ver más tierra que la de

algunos islotes, llegaron el 6 de marzo de 1521 a la isla de los Ladrones y comenzaron a explorar el archipiélago de Filipinas, hasta que Magallanes muere a manos de los indígenas en una emboscada que les tendieron en Mactán (27 de abril de 1521). A los pocos días fue quemada la nave *Concepción*. Juan Rodríguez Mafra, probablemente ya enfermo, inició, en la *Trinidad* o la *Victoria*, un largo periplo de más de seis meses hasta que al fin llegó a la meta: Tidore, las Molucas, las islas de las Especias, el objetivo de todos los descubridores de la época. Era el 8 de noviembre de 1521. Mes en que moría, al parecer de fiebres, Juan Rodríguez Mafra.

Cuando la nave *Victoria* entró en Sevilla el 8 de septiembre de 1522, después de dar la primera vuelta al mundo, sólo 18 hombres cadavéricos, casi espectros, desembarcaron encabezados por su capitán Juan Sebastián Elcano. De los Mafra, Ginés fue uno de los supervivientes, según se desprende de la documentación originada en su proceso de separación matrimonial, ya que quién había sido su esposa, dándole por muerto, se había casado de nuevo. Ginés Mafra, hombre muy culto, legó una interesante historia del viaje más fantástico que la humanidad había emprendido hasta entonces.

La voz del Almirante

Lunes 6 de agosto

«...Saltó o desencajóse el gobierno a la carabela Pinta, donde iba Martín Alonso Pinzón, a lo que se creyó y sospechó por industria de un Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, cuya era la carabela, porque le pesaba ir en aquel viaje; y dice el Almirante en gran turbación por no poder ayudar a la dicha carabela sin su peligro, y dice que alguna pena perdía con saber que Martín Alonso Pinzón era persona esforzada y de buen ingenio. En fin, anduvieron entre día y noche veintinueve leguas...»

Diario de a bordo del primer viaje a las Indias, Cristóbal Colón.

Capítulo VII

Camino al «descubrimiento»

Cristóbal Colón partió del puerto de Palos de la Frontera el 3 de agosto de 1492, poco antes del alba, rumbo a un continente conocido desde hacía muchos siglos, pero desconocido oficialmente hasta entonces.

Colón, jefe de la expedición, capitaneaba la nao *Santa María*, que anteriormente había tenido el nombre de la *Gallega* o *Marigalante*, propiedad de Juan de la Cosa, quien ocupaba el cargo de maestro, con Peralonso Niño como piloto. La *Pinta*, de Gómez Rascón y Cristóbal Quintero (maestre de la nave), iba comandada por Martín Alonso Pinzón, con Cristóbal García Sarmiento en la función de piloto. Y la *Niña*, cuyo propietario y maestre era Juan Niño, tenía como capitán a Vicente Yáñez Pinzón y a Sancho Ruiz de Gama como piloto. Sólo las dos últimas eran carabelas; la *Santa María* era una nao —nave de mayores dimensiones que una carabela— que se utilizó como capitana de las otras dos.

El lunes 6 de agosto las naves debieron hacer escala en La Gomera (Canarias), por haberse presentado el primer contratiempo: el timón de la *Pinta* sufrió una importante avería. Según consta en el diario de viaje de Colón (escrito generalmente en tercera persona, como si llevara a bordo un escribiente encargado de su redacción, o como consecuencia de la transcripción hecha por fray Bartolomé de Las Casas), el Almirante dice del daño:

«a lo que se creyó y sospechó por una industria de un Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, cuya era la carabela, porque le pesaba ir aquel viaje; y dice el almirante que antes que partiese habían hallado en ciertos reveses y grisquetas, como dicen, a los dichos. Vídose allí el almirante en gran turbación por no poder ayudar a la dicha carabela sin su peligro, y dice que alguna pena perdía con saber que Martín Alonso Pinzón era persona esforzada y de buen ingenio...»

Este fue el primer inconveniente con el que se encontró Pinzón en este viaje, el primero de una serie de hechos sospechosos de los cuales, el último, fue la misma muerte de Martín Alonso.

Pero no nos adelantemos, sigamos relatando este «primer viaje» hacia América.

En La Gomera, Pinzón repara la *Pinta* y cambia las velas triangulares que llevaba hasta ese momento, por velas cuadradas.

Al salir de las Canarias, el sábado 8 de septiembre, Colón da la orden de partir hacia el Güeste, y de navegar siempre hacia el oeste, por el paralelo 28° (dato que figura en su diario y que hace sospechar que ya había recorrido antes ese camino). El Almirante había advertido a la tripulación que nadie se inquietase hasta haber recorrido 700 leguas. A partir de esa distancia, no habría que navegar por la noche.

Sin embargo, por si fallaba algo, decidió llevar dos cuentas sobre las distancias recorridas: una secreta o verdadera (conocida sólo por él), y otra pública o falsa, en la que contaría leguas de menos. Es a partir del día siguiente, entonces, que el Almirante comienza a dar información falsa a la tripulación. El día 10, por ejemplo, navegaron 60 leguas, pero sólo declaró 48; el 16, recorrieron 38, pero anunció 36. Según el mismo Colón, este engaño tenía por objeto no desalentar a la tripulación con largas distancias «...porque si el viaje fuese luego no se espantase y desmayase la gente».

Pero desconfiamos de esta justificación.

En primer lugar porque la diferencia entre las distancias reales recorridas y las declaradas por Colón diferían en menos de un 20 %, muy poco para «alentar» a la tripulación. Por otro lado, aunque se haya dicho que las quejas de los navegantes por lo largo del viaje se habían producido antes, en el diario de Colón consta que esto sucedió recién el día 10 de octubre, lo cual resulta más coherente que si lo hubiesen hecho el 10 de septiembre, cuando recién comenzaba la travesía desde Canarias, y fecha en la que Colón empieza a falsear los datos.

Tenía que haber otra razón para todo esto, y la hay.

Pero antes de pasar a explicarla, consideraremos un segundo elemento importante. El martes 25 de septiembre, el diario refleja un hecho bastante curioso:

«Iba hablando el Almirante con Martín Alonso Pinzón, capitán de la otra carabela, Pinta, sobre una carta que le había enviado tres días antes hacia la carabela, donde, según parece, tenía pintadas el Almirante ciertas islas por aquella mar, y decía Martín Alonso que estaban en

aquella comarca, y respondía el Almirante que así le parecía a él; pero puesto que no hubiesen dado con ellas, lo debía haber causado las corrientes, que siempre había echado los navíos al nordeste, y que no habían andado tanto como los pilotos decían.»

Hay dos aspectos que llaman la atención aquí. El primero es que, de ser verdad que Colón poseía este mapa, que según parece tenía pintadas unas islas sobre aquellas latitudes, no se lo hubiera mostrado a Pinzón antes de salir del puerto de Palos o durante los primeros días de viaje, por lo menos. El otro es que, días después, el 3 de octubre, refiriéndose a esta carta o mapa, Colón apunta en su diario que creía el Almirante que le quedaban atrás las islas que traía pintadas en su carta.

Ya no parece que estuvieran pintadas, sino que traía pintadas con seguridad. Esta divergencia entre lo escrito en las dos fechas del diario, nos lleva a sospechar que, en realidad, esa «carta» fue un invento del Almirante (podría ser también el mapa de Colón al que se refiere Piri Reis en las notas marginales de su mapa, pero si fuera así el Almirante se habría ocupado de no mostrarlo a nadie, por lo menos en este viaje, y menos a Pinzón); y que la treta de Colón, desde el principio, consistió en ocultar deliberadamente el hecho de que ya había estado antes en América y que conocía perfectamente cuándo y dónde encontraría tierra firme. Y este viaje previo realizado por el Almirante (haya sido financiado por el Papa anterior o realizado con su cuñado, como sostienen algunos investigadores), le concedía la experiencia de saber que la travesía podía durar entre 25 y 35 días. Colón le habría mentado a su tripulación respecto de las distancias recorridas con el fin de arribar a tierra antes de lo prometido.



Este mapa es anterior al viaje de Colón y detalla una península y una isla que, casi con seguridad, eran la isla de Cuba y la península de la Florida.

Sin embargo, el trayecto llegó casi al límite del tiempo preestablecido, y es por eso que comenzaron a quejarse recién el día 32 del viaje.

También podemos pensar que los datos recolectados por Colón a lo largo de sus arduas investigaciones, incluyendo los portulanos y los mapas en los que ya figuraba América, eran tan exactos que le permitían conocer, inclusive, que las algas del mar de los Sargazos no anunciaban tierra firme; lo cual nos parece bastante dudoso. Más bien nos inclinamos a pensar que toda esa información le sirvió a Colón para realizar con éxito un viaje anterior, que se convirtió en la garantía que presentó a los Reyes Católicos para asegurar el éxito de esta segunda empresa «oficial».

Rodrigo de Triana, o la bolsa vacía

Con todo, Colón, como ya mencionamos, era un navegante mediocre, y cuando las cosas comenzaron a complicarse (el 6 de octubre ya habían sobrepasado las 800 leguas y no había señales de tierra), debió recurrir a los conocimientos náuticos de Martín Alonso Pinzón, muy a su pesar, por cierto. Es por esto que lo consulta. El sábado 6 de octubre figura en el diario que:

«Esta noche dijo Martín Alonso que sería bien navegar a la cuarta del Oeste, a la parte del Sudueste; y al almirante pareció que no decía esto

Martín Alonso por la isla de Cipango, y el almirante vía que si le erraban que no pudieran tan presto tomar tierra, y que era mejor una vez ir a la tierra firme y después a las islas».

La negativa inicial de Colón a dejarse guiar por Martín Alonso Pinzón dio como resultado el amotinamiento de la tripulación de la *Santa María*, que no creía ya en las promesas del Almirante, y que fue sofocado por los mismos hermanos Pinzón. Luego, el malestar se extendió hacia los marineros de los otros barcos, razón por la cual a Colón no le quedó otra alternativa que aceptar la ayuda del capitán de la *Pinta*. Así fue como, a partir de ese momento, las tres naves toman la dirección señalada por Pinzón. Martín Alonso toma el mando y conduce la expedición rumbo a las Antillas. Colón intenta justificar en su diario el hecho de que la *Pinta* fuera adelante guiando el trayecto, cuando dice, el 11 de octubre, que:

«Y porque la carabela Pinta era más velera e iba delante del almirante, halló tierra e hizo las señales quel almirante había mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana...»

Sin embargo, en otra parte del diario, Colón decía que la *Niña* se adelantaba por ser más velera. Esto nos hace preguntar, ¿en qué caso dijo la verdad el Almirante? Si es que alguna vez dijo la verdad.

Eran las dos de la madrugada del día 12 de octubre de 1492 cuando Rodrigo de Triana avistó tierra. Pero Colón no quiso quedar relegado a un segundo plano en este descubrimiento y anotó en su diario:

«...puesto que el almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre; aunque fuese cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra; pero llamó a Pero Gutiérrez, respotero destrados del rey, e díjole que parecía lumbre, que mirase él, y así lo hizo y vídola; díjolo también a Rodrigo Sánchez de Segovia... quel rey y la reina enviaban en el armada por veedor, el cual no vio nada porque no estaba en lugar do lo pudiese ver. Despues quel almirante lo dijo se vido una vez dos, y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Pero el almirante tuvo por cierto el estar junto a la tierra...»

Esto prueba que su ambición era tan grande que no podía aceptar siquiera el hecho de que otro, que lógicamente debía ser quien tuviera más posibilidades de ver tierra firme por su ubicación en el barco, lo hiciera antes que él y le quitara algún mérito en este descubrimiento. Una actitud

mezquina, infantil y deshonesto, reflejada en otra posterior que la reafirma: como ya vimos, Rodrigo de Triana (cuyo verdadero nombre era Juan Rodrigo Bermejo) nunca recibió los 10 000 maravedíes de recompensa que debía otorgársele por ser el primero en divisar tierra, siendo Beatriz Enríquez de Arana (que nada tenía que ver con este viaje, más que ser la amante de Colón) quien lo recibió en su lugar. ¿Cómo fue posible que sucediera esto? Porque Colón adujo haber visto tierra antes que él. Otra de las maquinaciones oscuras de nuestro «héroe descubridor».

¿Qué sucedió con Rodrigo de Triana luego de aquello? Se convirtió al islamismo y se estableció en África. Una manera poco ortodoxa de manifestar enojo, pero, evidentemente, efectiva para él.

Volvamos a los hechos.

Resumamos: el 12 de octubre por la mañana las tres naves desembarcan en la isla que los indios llamaban Guanahaní, bautizada como San Salvador, actual isla de Watling, en el archipiélago de las Bahamas, tomando Colón posesión de la nueva tierra en nombre de los Reyes Católicos.

El 28 de octubre, arriban a Cuba (a la que denominan Juana), y el 21 de noviembre Martín Alonso Pinzón se aparta de la flota. El 6 de diciembre llegan a la isla La Española (Haití); y el 24 naufraga la *Santa María*, con cuyos restos y la ayuda del cacique de la zona, Guacanagarí, construyen el fuerte de La Natividad.

Colón pasa a la *Niña*, y tras dejar a 39 españoles en el fuerte recién construido, sigue la costa y encuentra a Martín Alonso Pinzón el 6 de enero, y continúan navegando hasta la costa de Samaná. Desde esta zona, el 16 de enero de 1493, el Almirante da la orden de regresar a España.

Ahora analicemos algunos hechos.

A partir del desembarco, Colón comienza a hacer algunas referencias bastante alejadas de la realidad, teñidas de una subjetividad en la que se hace notable su aversión hacia Martín Alonso Pinzón, fruto de la intensa envidia que sentía por él.

El 22 de noviembre apunta Colón en su diario:

«Esta noche Martín Alonso Pinzón siguió el camino de Leste para ir a la isla de Beneque, donde dicen los indios que hay mucho oro, el cual iba a vista del almirante, y habría hasta él 16 millas...»

Cuando la *Pinta* vuelve a unirse a la expedición, Colón escribe (6 de enero):

«Vino Martín Alonso Pinzón a la carabela Niña, donde iba el almirante, a se excusar diciendo que se había partido dél contra su voluntad, dando razones para ello; pero el Almirante dijo que eran falsas todas y que con mucha soberbia y cudicia se había apartado aquella noche que se apartó dél, y que no sabía de donde le hobiesen venido las soberbias y deshonestidad que había usado con él aquel viaje, las cuales quiso el Almirante disimular por no dar lugar a las malas obras de Satanás, que deseaba impedir aquel viaje como hasta entonces había hecho sino que por dicho de un indio de los que el Almirante le había encomendado con otros que lleva en su carabela, el cual le había dicho que en una isla que se llamaba Beneque había mucho oro, y como tenía el navío sutil y ligero, se quiso apartar e ir por sí dejando al Almirante».

Y el miércoles 9 de enero anota:

«...Dice que esta noche (el Almirante), en nombre de Nuestro Señor partiría a su viaje, sin más detenerse en cosa alguna pues había hallado lo que buscaba, porque no quiere más enojo con aquel Martín Alonso hasta que sus Altezas supiesen las nuevas de su viaje y de los que ha hecho; “y después no sufriré (dice él) hechos de malas personas y de poca virtud, las cuales, contra quien les dio aquella honra, presumen hacer su voluntad con poco acatamiento”...».

Estos comentarios malintencionados de Colón formaban parte del ardid que había trazado para hacer que Martín Alonso Pinzón fuera considerado un traidor. Pero el primer hecho llamativo es que ese supuesto «traidor» fue quien había logrado calmar los ánimos de la tripulación de la *Santa María* cuando se amotinó contra el Almirante, siendo que ésta hubiese constituido una gran oportunidad para tomar el mando y deshacerse de Cristóbal.



La *Santa María* al borde del motín. Temerosa por la cantidad de días navegados sin tocar tierra firme, su tripulación le reclamó al Almirante el regreso a España.

Sin embargo no lo hizo. Y sabemos que fue Pinzón quien guió la expedición los últimos días antes de arribar a tierra. Entonces, ¿por qué no traicionó a Colón cuando todo se le presentaba favorablemente para hacerlo, y teniendo tantos familiares suyos a bordo que lo apoyarían? Por no mencionar el hecho de que la mayor parte de la tripulación había sido reclutada por los hermanos Pinzón, quienes tenían sobre ella una gran influencia, pudiendo haber forzado un motín contra el Almirante en cualquier momento.

Lo que debió suceder cuando Martín Alonso se separó del resto de la flota, entre el 21 y 22 de noviembre, fue algo muy distinto de una traición. Seguramente la *Pinta* llevaba también un diario de a bordo, como lo hacían todas las embarcaciones durante sus viajes. No creemos que cometiera el descuido de no hacerlo, en especial cuando el piloto debía anotar las distancias recorridas cada 24 horas. Pero éste nunca fue hallado. Allí estaría asentada la verdad.

Pero, como tantos otros hechos misteriosos que rodearon el «descubrimiento de América», éste es uno de los que aún no ha podido resolverse. Sabemos que este diario desapareció en esa misma época, porque de haber estado a disposición de la familia Pinzón cuando en 1515 inicia las acciones legales en contra de los herederos de Colón por el incumplimiento

del pacto establecido entre éste y Martín Alonso, habría sido un elemento de prueba a favor de los querellantes. Y el desenlace de esta historia también hubiera sido distinto.

Podemos suponer tres posibles motivos para el alejamiento de la *Pinta* en esa oportunidad.

El primero puede haber sido que el mismo Colón enviase a Pinzón en busca de nuevas tierras o, inclusive, de oro (que para Cristóbal era sumamente importante). El segundo, puede que Martín Alonso quisiera aventurarse a navegar hacia otros parajes, consultando previamente al Almirante, quien le habría dado su consentimiento. O puede ser que Martín Alonso supiera por sí mismo, o por referencias de los indios, de la existencia de otras tierras en las que encontraría mayores riquezas, pero también mayores peligros; que hubiera ido a su encuentro (informando previamente al Almirante) y que Colón, no tan «intrépido» como nos han contado, no haya tenido el valor de seguirlo.

La lealtad de Pinzón

Como fuera, la traición no es una alternativa válida, por todos los argumentos que hemos expuesto. Sumado a otro que veremos a continuación.

Lo que debemos dejar en claro antes, es que todo este plan para desacreditar a Pinzón no fue consecuencia de las actitudes de éste último, sino fruto de una maniobra de Colón para quedarse con todo el crédito del «descubrimiento» y para justificar su incumplimiento del trato firmado con él.

Continuemos.

De regreso a España, las dos carabelas navegaron juntas hasta que el 14 de febrero se produce una tormenta y se separan. En su diario, Colón lo explica de esta manera:

«Crecía mucho la mar y el viento; y viendo el peligro grande, (el navío) comenzó a correr a popa donde el viento lo llevase, porque no había otro remedio. Entonces empezó a correr también la carabela Pinta, en que iba Martín Alonso, y desapareció, aunque toda la noche hizo faroles el almirante y el otro le respondía, hasta que parece que no pudo más por la fuerza de la tormenta y porque se hallaba muy fuera del camino del almirante...»

Se ha dicho que esta nueva separación de la *Pinta* fue un intento de Martín Alonso por arribar a España antes que Colón para quedarse con todo el mérito de la expedición. Pero eso no fue así. La prueba de esta falacia la constituye el hecho de que la nave de Pinzón llega al puerto de Palos el mismo día que la de Colón (15 de marzo). Esto debe haber sido una gran sorpresa para el Almirante, ya sea porque no esperara verla tan pronto, como porque esperara enterarse de que había llegado antes (¿o que se había hundido?). Lo cierto es que Pinzón llega moribundo.

Ahora bien, Colón no se dirige directamente a España. Antes hace una escala en Portugal y se entrevista con el rey Juan II. ¿Cuál fue el motivo de esta reunión? ¿Acaso quiso mostrarle que había tenido éxito en la empresa en la que el monarca no había confiado? ¿O había habido algún acuerdo secreto entre ellos? ¿Por qué, temiendo una nueva traición de Pinzón, aun así «pierde tiempo» en entrevistarse con Juan II? ¿Es lógico pensar que Colón, después de todo lo que sabemos sobre su ambición, corriera el riesgo de que Pinzón llegara primero ante los Reyes Católicos y recibiera todos los honores?

No, no es lógico si lo vemos de esta manera.

Pero si consideramos la posibilidad de que el Almirante ya tenía todo previsto para que la *Pinta* se demorase en arribar a España o que Martín Alonso Pinzón no regresara con vida, entonces todo adquiere sentido: Cristóbal podía permanecer en Portugal o en cualquier otro lugar que deseara, el tiempo que quisiera, sin correr ningún riesgo. Y ésta es más una afirmación que una posibilidad, porque Pinzón no hubiera sido la primera víctima de Colón.

Entonces, ¿por qué habría de extrañarnos que terminara con él por el camino que mejores resultados le había dado?

Sabemos que Pinzón era mucho mejor navegante que Colón, y aun así, espera la llegada de éste para hacer su propio desembarco. Con lo que queda claro que jamás pensó en traicionarlo, y, menos aún, en obtener todo el mérito de este viaje.

Sin embargo, no todo le salió bien a Colón. No contaba con que los mismos reyes Fernando e Isabel lo traicionarían.

Pero vayamos por partes.

Pocos días después de llegar a España, Martín Alonso Pinzón muere. Los reyes Católicos se encuentran en Barcelona; Colón va a informarles del éxito de su empresa y es recibido con todos los honores. Luego redacta la Carta en la que se da a conocer al mundo este acontecimiento.

Lo que nos interesa hacer notar es que continuó actuando de manera equívoca en cada ocasión. Por ejemplo, en su segundo viaje llega a Cumaná (América del Sur), pero lo oculta hasta su tercer viaje.

Lo que Cristóbal no pudo esconder por mucho tiempo fue la verdadera esencia de su personalidad. En el transcurso de su tercer viaje, los españoles que residían en Santo Domingo, encabezados por Francisco Roldán, se sublevaron contra la autoridad de los Colón. Hubo varios motivos que los llevaron a esto, entre los que se cuenta el dudoso proceder del Almirante y Virrey, que había ocultado, entre otras cosas, el criadero de perlas de Margarita y Cubagua. Esto llegó a oídos de Isabel y Fernando quienes, de esta manera, encontraron la excusa perfecta para quitarle sus derechos y decidieron sustituirlo, reemplazándolo por Francisco de Bobadilla. Los primeros días de octubre del año 1500, Cristóbal, Bartolomé y Diego Colón regresaban a España, encadenados.

Los reyes desagraviaron luego al Almirante, pero no le restituyeron sus oficios perdidos. Le prometieron que lo harían cuando Colón emprendió su cuarto viaje, en mayo de 1502.

El 7 de noviembre de 1504 regresó de esta última travesía a Sanlúcar de Barrameda, fracasado y enfermo, luego de haber atravesado por numerosos contratiempos. Y hasta la fecha de su muerte, acaecida el 20 de mayo del año 1506 en Valladolid, reclamó infructuosamente sus derechos.

Finalmente, luego de tantas injusticias, tantos ultrajes perpetrados contra las personas que confiaron en él (por no mencionar los cometidos contra los indios), y tantas actitudes egoístas, Cristóbal Colón terminó sus días sufriendo el peor castigo que podría habersele impuesto: la pérdida de todos sus cargos y honores, y la pena de no haber logrado recuperarlos. Y esto ha de haber sido terrible para él. Tengamos en cuenta que, además, el dolor físico que debía soportar era también considerable.



Tras su desastrosa actuación como gobernador, Colón volvió a España sumido en la desgracia, como representa la pintura de Lorenzo Delleani.

Veamos lo que Nito Verdera nos dice con respecto a la enfermedad que terminó con la vida del Almirante:

«Luna Calderón es biólogo humano y paleontólogo. Especialista en antropología física por el Smithsonian Institute de Washington, D. C.; ha estado en contacto con los restos del Almirante desde los años 70, cada vez que se ha abierto la urna que los contiene, y realizado numerosas y profundas investigaciones en torno de la vida, los viajes, enfermedades, alimentación y anatomía de Colón.

»El Doctor Luna Calderón señala que Cristóbal Colón “padeció en vida del síndrome de Reiter, que cursa con artritis, conjuntivitis y blenorragia, una enfermedad reumática que ataca las articulaciones y produce en los dedos de los pies, sobre todo en el dedo gordo, destrucción de la falange distal, dándole la forma al hueso de sacabocado (instrumento con una boca de corte redondo que sirve para taladrar)”. Además, añadió, provoca lesión degenerativa a nivel de la columna vertebral y otros daños. Por otra parte, recuerda Luna Calderón que en las crónicas históricas se dice que el Almirante estuvo en cama, en la Hispaniola, desde diciembre hasta marzo y

que tenía la mano crispada producto de la artritis, “y esta señal se evidencia en los restos guardados en la República Dominicana’.”

Y en relación con la edad de su muerte, que ha dado lugar a varias opiniones diferentes, los informes científicos han arrojado que murió a los 60 años.

Citamos nuevamente a Verdera para detallar esta información:

«I. En primer lugar, el Doctor Charles W. Goff, célebre antropólogo de la Universidad de Yale, Connecticut (EE.UU.) —tuve el honor de localizar sus archivos en junio de 2004 en la ciudad de Newhaven—, que estudió los restos de Santo Domingo en mayo de 1959, llegó a la conclusión de que Colón murió a unos 60 años de edad. Por cierto, la agencia EFE informó sobre el hallazgo de los archivos del Doctor Goff, distribuyendo la noticia a los medios de comunicación de España y de América.

»II. El Doctor Fernando Luna Calderón, en larga conversación telefónica mantenida la tarde del 3 de junio de 2005, manifestó textualmente que Cristóbal Colón falleció a los 60 años de edad.

»III. Ahora veremos el último informe sobre los restos atribuidos a Cristóbal Colón y conservados en la catedral de Sevilla. Su autor es el Doctor Miguel C. Botella, Director del Laboratorio de Antropología de la Universidad de Granada. Es un estudio reciente de los 150 gramos de huesos que contiene la urna. Textualmente, el Profesor Botella, el 21 de octubre de 2004, en el simposio “Los Enigmas de Colón” celebrado en Palma de Mallorca, manifestó: ‘Yo diría que tendría entre 50 y 70 años. Incluso me atrevería a aventurar que más cerca de los 60 que de los 50...’.

»IV. Entonces, de acuerdo con los estudios antropológicos realizados por los doctores Goff, Luna Calderón y Botella, puede afirmarse que Cristóbal Colón murió a la edad de unos 60 años.

»V. De modo que los datos científicos establecen que un supuesto hijo natural del príncipe de Viana y una mallorquina, que habría nacido forzosamente en 1460, no pudo ser Cristóbal Colón por el simple hecho de que sólo habría vivido 46 años.»

Estas conclusiones nos invitan a pensar en que cada vez hay menos misterio en la vida de Colón. Así como en algún momento la historia se tergiversó con la finalidad de restaurar el honor perdido del Almirante, actualmente los investigadores están dando luz a los puntos más «oscuros» de los hechos que nos contaron oficialmente. Pero ¿cómo no habría de ser

modificada la realidad si el mismo Colón mintió, ocultó y engañó a la sociedad de su época acerca de su origen, los acontecimientos de su vida y sus verdaderas intenciones? Sin olvidarnos de los delitos que cometió y de los que salió impune.

Así, hemos llegado al final. Un final triste para Cristóbal Colón, que murió sin saber que pasaría a la Historia como el «Héroe Descubridor», con la única satisfacción de haber llegado a la Tierra Prometida; un final justo para aquellos que debieron pagar con su vida el éxito de un embaucador; y provisorio para quienes continuaremos investigando.

En los dos anexos siguientes, nos referiremos sucintamente a las últimas expediciones del Almirante, y a la controversia sobre la ubicación de su sepulcro.

Anexo I

Los regresos a América

Es innegable que el esperado éxito del primer viaje de Colón facilitó la realización de todas las siguientes aventuras de exploración y asentamiento en el nuevo continente. Con apoyo total y real de los Reyes Católicos, el dinero apareció en abundancia para financiar nuevas travesías, así como también expertos marinos dispuestos a colaborar, geógrafos, e incluso instrumentos más sofisticados y experimentales.

De esta manera, se organizó una segunda expedición mucho más grande tanto en volumen como en ambiciones.

Se logró reunir una fuerza formidable de casi 1500 hombres (800 soldados más religiosos, profesionales, campesinos y hasta soldaderas), que fue preciso embarcar en 17 barcos, 14 carabelas y tres naos. Esta expedición resultó ser la más numerosa y rica, contando, en total, con 34 navíos para unos 1500 navegantes, incluida María Fernández, la única identificada por Consuelo Varela entre las mujeres que zarparon en septiembre de 1493.



Juan Fonseca, obispo de Burgos. Organizó la segunda expedición de Colón al Nuevo Mundo por pedido de los Reyes católicos.

Como en el primer viaje, la gente era casi toda española, con mayoría andaluza, un grupo vizcaíno, algunos catalanes, un mallorquín, varios portugueses y también italianos. Pero esta vez llevaban todo tipo de artilugios técnicos, agrícolas y bélicos, amén de animales, semillas y plantas.

Todo esto se reunió en poco más de cuatro meses gracias al obispo don Juan Rodríguez de Fonseca, a quien los Reyes Católicos encargaron la organización de tamaña empresa. No en vano, fray Bartolomé de Las Casas dijo de él que era «... *muy capaz, para mundanos negocios, señaladamente para congregar gente de guerra para armadas por la mar, que era más oficio de vizcaínos que de obispos*». La expedición incluía un importante material de asentamiento entre los que se contabilizaban numerosas especies de plantas y animales, con clara intención de aclimatarlos en los nuevos territorios que se proponían colonizar.

Esta verdadera armada conquistadora se preparó febrilmente en Cádiz y Sevilla. De Cádiz salió una parte el 13 de setiembre de 1493, fecha que se toma como inicio del segundo viaje, pero el grueso se hizo a la mar unos días después, el 25 de septiembre. Colón escribió, como ya lo había hecho anteriormente, un diario de viaje donde detallaba todos los avatares de la travesía para que lo leyeran a su regreso los Reyes Católicos. Sin embargo, no se conserva el original de ninguno de estos escritos porque, años después, un sobrino del Almirante llamado Luis malvendió sus manuscritos y otros documentos.

El segundo viaje colombino, entonces, tenía tres objetivos claramente diferenciados: primero, socorrer a los españoles del fuerte de la Navidad; segundo, continuar los descubrimientos comenzados tímidamente en el primer acercamiento, tratando de alcanzar las fabulosas tierras del Gran Khan, de las que hablara Marco Polo, y, tercero, colonizar la mayor parte de las islas y territorio continental ya demarcado.

Tras hacer la obligada escala en las islas Canarias, suerte de trampolín que facilitaba la aventura colombina de cruce del Atlántico, el Almirante ordenó fijar rumbo hacia el oeste, inclinándolo hacia la cuarta del suroeste. Esta decisión sorprendió a muchos de los que formaban parte de la expedición y sigue sorprendiendo a los historiadores modernos, ya que se trataba de una dirección mucho más pronunciada hacia el sur que la de la primera vez. Se ha especulado largamente sobre este cambio de rumbo. J. J. Benítez en su libro *Planeta encantado, el enigma de Colón* busca dar una respuesta a este interrogante y dice:

«La clave estaba en el oro y en la silueta de un monte. Éstas eran las informaciones facilitadas por el piloto anónimo antes de morir. Colón busca la isla de oro (Cipango) como objetivo prioritario. No puede regresar a España sin las inmensas riquezas que ha prometido a los Reyes Católicos y a cuantos han costado el viaje.»

Los cronistas de épocas inmediatas y posteriores sugieren que Colón pretendía recalar así en Cipango. Los indígenas a los que había preguntado por estas tierras señalaban el este y repetían «Cibao». De ahí seguramente provino la obsesión del Almirante por rectificar en parte la dirección emprendida en el primer viaje. Así fue que sus beneficios resultaron mucho mayores ya que lo que encontró fue una ruta más rápida y segura para llegar a América.

La llegada

El 3 de noviembre, sólo 21 días después de haber salido de Canarias, la armada alcanzó las islas Deseada y Dominica. Posteriormente se descubrieron Mari Galante, donde Colón volvió a tomar posesión en un acto ceremonial, y Guadalupe, donde los españoles encontraron unas ollas en las que se cocinaba carne humana, la marca de los indios caribes que practicaban la antropofagia.

Escalonadamente fueron surgiendo otras islas como Monserrat, Santa María la Antigua, San Martín, Santa Cruz y finalmente las bautizadas como Once Mil Vírgenes, por su número incalculable de pequeñas porciones de tierra, islotes y archipiélagos. El 18 una buena parte de la expedición desembarcó en Borinquén o Boriquén, a la que se llamó San Juan, y que luego sería parte de Puerto Rico. El apuro por llegar al fuerte de la Navidad hizo que Colón no se detuviera en estas tierras, visiblemente ricas en una gran variedad de productos sobre los que había interés comercial.

El 27 de noviembre de 1493 arribó al lugar donde había naufragado la *Santa María*, en la actual costa norte de Haití. Aunque se los buscó desesperadamente, la expedición no encontró rastro alguno de los treinta y nueve hombres que había dejado en el fuerte. Algunos indios dieron a entender que habían sido asesinados por un cacique enemigo llamado Caonabó, versión que Colón tuvo que aceptar, aunque la historiografía oficial duda de esta explicación. ¿En qué lenguas se comunicaban los colonizadores con los indios?

La avanzada de la expedición procedió entonces a fundar una colonia en aquella zona de la isla, donde se sabía a ciencia cierta que había oro y otros metales codiciados. Porque fue en este segundo viaje que el Almirante arribó a «su Cipango», tierras donde luego encontraría las minas de oro del valle del Cibao.

El asentamiento se estableció el 6 de enero de 1494 a unas diez leguas de Monte Christi y fue La Isabela, primera población española en América. El sitio era insalubre, bastante antihigiénico por no tener acceso a agua que corriera, pero proporcionaba condiciones defensivas. Es comprensible que los expedicionarios, en esa situación, se inclinaran por estas últimas. Desde allí Colón dio partida a dos expediciones. La primera fue al mando de Ojeda y Corbalán, con la clara directiva de encontrar el oro.

Cuando regresaron con algunas muestras del metal, se despacharon 12 barcos de regreso a España bajo el mando de Luis de Torres con esas y otras muestras del oro encontradas y un memorial para los Reyes en el que se proponía el cambio de las vituallas y ganados necesarios para el sustento del contingente. Luego, él mismo dirigió en persona otra expedición a Cibao. Halló efectivamente algo de oro y mandó construir el fuerte de Santo Tomás, que quedó al mando de Pedro Margarit. Nuevamente, las informaciones del piloto anónimo son de gran utilidad. J. J. Benítez documenta un nuevo misterio. Dice Benítez en su reciente investigación:

«Al preparar los cimientos (del fuerte de Santo Tomás) los hombres quedan nuevamente atónitos: allí, en un nido de paja y barro, aparecen tres o cuatro piedras de lombarda. ¿Balas de cañón en La Española antes del descubrimiento? ¿Quién ha dejado esas balas “imposibles” en el Cibao? Nadie se lo explica, salvo Colón. Pero el Almirante guarda silencio. Él sabe que fue la tripulación del prenaute quien dejó allí el preciado “tesoro”. Otra señal y otra aplastante demostración del paso de los predescubridores por el Caribe antes de 1492.»

Aunque la ciudadela Isabela no tenía un buen pasar, ya que gran número de sus pobladores morían de una enfermedad desconocida, Colón la abandonó a su suerte para internarse más en la exploración de sus «Indias» con el fin de descubrir nuevas tierras.

Tomó una nao y dos carabelas y zarpó el 24 de abril de 1494 rumbo a Cuba, a la que recorrió esta vez largamente por su parte meridional. Pasó luego a Jamaica, bautizada como Santiago, y regresó a Cuba, subiendo ahora por su costa occidental hasta lo que luego se llamó la bahía de Cortés.

Este viaje proporcionó un gran conocimiento geográfico al Almirante y brindó una confirmación real a sus expectativas, abriendo un casi ilimitado mundo que aunque no se correspondía con el descrito por los viajeros orientales, se mostraba exuberante y generoso al mismo tiempo que poblado de enigmas y peligros.

Las hazañas proféticas de Colón siguieron registrándose en este segundo viaje.

Navegando hacia el sur de la isla de La Española, al divisar un montículo, Colón advirtió a sus hombres que se trataba de la legendaria Tierra de Ofir: «*Los montes todos de oro o las célebres minas del rey Salomón*». Ese paraje recibió el nombre de San Cristóbal. J. J. Benítez asegura que:

«Colón sabía desde mucho antes de 1492 y lo confirmó en mayo de 1493, a su regreso del primer viaje triunfal. Lo sabía naturalmente, porque así se lo había detallado el piloto anónimo. No debemos olvidar que, para Colón, aquellas tierras seguían siendo el extremo de Asia. Y allí, para su turbulenta mente, se encontraban Ofir y Sophora, los legendarios parajes a donde Salomón envió sus naves para cargar el oro destinado a la construcción del primer templo en Jerusalén.»



Marco Polo y sus hermanos abandonando Constantinopla. Miniatura del *Libro de las maravillas*.

Tan convencido estaba de hallarse en esas tierras que, pese a la falta de coincidencias geográficas o ecológicas de la bahía, Colón ordenó levantar un acta asegurando estar en Mango o el Mangi, el paraje que alguna vez describiera Marco Polo.

En el acto se hizo jurar a los pilotos fidelidad al Almirante, bajo la amenaza de cortarles la lengua. Posteriormente la expedición volvió a Jamaica y La Española, llegando a La Isabela el 29 de septiembre. Sin embargo, Colón presentaba ya signos de deterioro físico y se considera que a esa altura estaba muy enfermo. Las crónicas afirman que convaleció de sus males casi cinco meses a partir de ese momento.

El historiador Manzano asegura que durante este tiempo hizo una expedición en la que descubrió parte de América del Sur, como el norte de Brasil e incluso la costa oriental de lo que hoy es Uruguay, tesis poco aceptada por la historiografía actual.

¿De qué origen era la enfermedad de Colón? ¿Qué lo postraba y lo llevaba a dar órdenes desde una hamaca, muchas veces sin poder siquiera levantarse? Si su pasar era malo cuando partió, Colón regresó a La Isabela en un estado peor aún, lo cual ya es mucho decir. Lo esperaba su hermano Bartolomé.

Sin embargo, desalentados y frustrados tras muchos descontentos y privaciones, el capitán Pedro Margarit y el padre Boyl, aquellos que tenían la máxima autoridad militar y religiosa de la isla, abandonaron sus puestos y a Colón a su suerte. Una vez llegados a España, se dedicaron a desprestigiar ante la corte la labor colonizadora del Almirante.

Por otra parte, las contrariedades no parecían amainar. El Almirante tuvo que hacer frente a un levantamiento y lo aplastó violentamente, imponiendo a los vencidos la esclavitud y un tributo de oro en polvo y algodón. La revuelta se cobró no pocas muertes. Este hecho enturbió aún más la imagen de Colón en el Viejo Mundo, despertando no pocas suspicacias en la corte y entre las diferentes facciones del poder.

Como consecuencia de los informes de Margarit y Boyl, los Reyes tuvieron la refinada idea de enviar como espía a La Española al repostero Juan de Aguado, escudriñador de todo lo que pasaba, según cuenta Bartolomé de Las Casas.

Aguado se interiorizó de los problemas que padecía la colonia, sus consecuencias en la zona y las causas de la violencia, y cuando anunció su regreso a España, el Almirante le comunicó su decisión de acompañarlo. Es evidente que Colón había comprendido que los informes no lo iban a beneficiar. Antes de partir, con una energía y una visión de futuro que resulta asombrosa y hasta cierto punto inexplicable dado su estado de salud, mandó construir seis fortalezas en diversas partes de la isla y todavía se hizo tiempo para coordinar y enviar una expedición al sur en busca de más oro.

Antes de encarar el regreso al Viejo Mundo, incluso, recomendó a su hermano, a quien otorgaba el gobierno de la colonia, la construcción de una nueva ciudad en la parte sur de la isla. Así fue como el 10 de marzo de 1496 se embarcó para España con el fin de hacer frente a las desprolijidades y acusaciones que sus enemigos le imputarían.

En la flotilla iban, además del espía Aguado, 220 repatriados que decidieron no permanecer en las Indias. Es de suponer que se trataba de un contingente de «decepcionados», aventureros que habían pensado encontrar «las calles pavimentadas en oro» de las que luego se nutrirían. En su lugar habían hallado nada más que esfuerzo, caos, muerte, un calor agobiante, vida malsana y a un hombre, Colón, con una energía y empuje desbordantes, que presentaba el paraíso caribeño como un enemigo al que había que doblegar. La conquista, había quedado claro, no era para cualquiera.

Es muy probable que en esos tres años, los transcurridos de 1493 a 1496, las nuevas tierras hubieran pasado de ser paradisíacas a resultar malditas para muchos. Finalmente, y después de hacer un viaje de regreso relativamente sosegado, Colón arribó a Cádiz el 11 de junio y pidió inmediatamente una entrevista con los Reyes.

El encuentro se pactó recién para el otoño siguiente en Burgos. Allí se presentó con el poco oro que pudo reunir, sus animales exóticos y algunos aborígenes que ya chapuceaban el español. Aunque se desvivió en promesas, el potencial que Colón veía en sus «Indias» no sorprendió a la aristocracia. Las palabras de Colón resultaban ser promesas incumplidas.

Comprendiendo que era poco el resultado frente al gasto que había originado, el Almirante apeló a los enormes servicios que prestaría a la Iglesia la evangelización de los indios, algo a lo que era especialmente sensible la reina Isabel. Los Reyes, contra los rumores y el poder de los usureros, a los que la evangelización —fueran cristianos, mahometanos o judíos— los tenía sin cuidado, le aseguraron que esa era una recompensa que valía la pena. Fue por ellos que la colonización y los descubrimientos continuaron recibiendo el apoyo real.

Tercer viaje

Llegado este punto de los descubrimientos colombinos, se les plantearon a los Reyes Católicos algunos problemas que serán resueltos en muy pocos

meses con la incorporación de las Indias a la Corona de Castilla y el derecho a ocupar las nuevas tierras. Estas fueron dos cuestiones casi simultáneas e íntimamente relacionadas. Las Indias, como Canarias y Granada, eran bienes gananciales del matrimonio formado por los Reyes Católicos. Y como tales podían ser consideradas dentro de las propiedades tanto de la Corona de Aragón como dentro de la de Castilla. Los monarcas llegaron a un acuerdo cuando finalmente decidieron anexarlas a Castilla, y en corto plazo, el transcurrido entre marzo de 1493 y mayo del mismo año, ya una primera bula papal *Inter Coetera* sentenciaba que estas tierras pertenecían a los Reyes de Castilla y León para siempre.

Por su parte, casi tres años tuvo que esperar Colón para poder emprender su tercer viaje rumbo al Nuevo Continente. El desafío en esta ocasión fue por partida doble ya que no sólo se trataba de superar sus anteriores incursiones sino también de restablecer su mermado prestigio.

Se cuenta con una cifra bastante aproximada de cuánto gastó en esta nueva expedición, que por su tamaño —Colón logró contar en esta ocasión con ocho embarcaciones grandes— y ambición llegó a ascender al monto de 4 150 800 maravedíes.

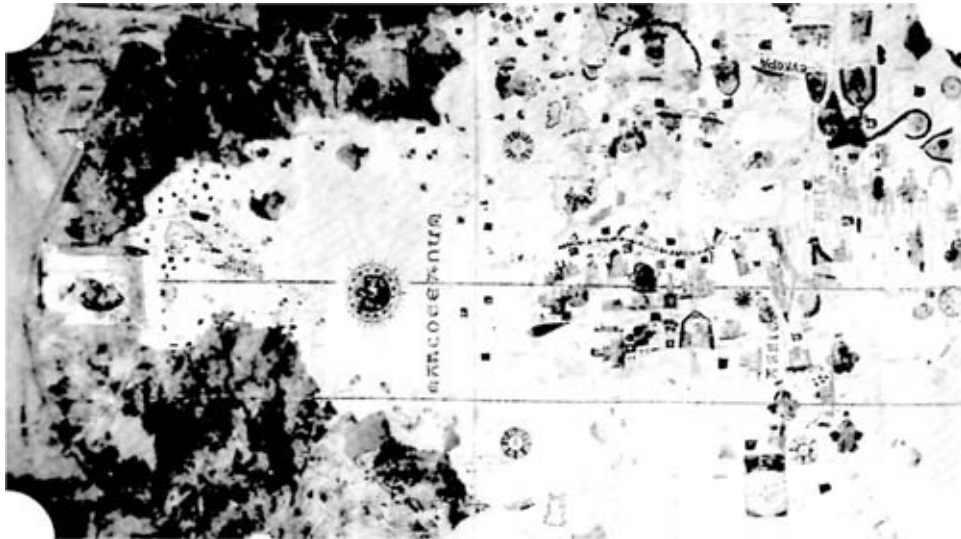
Sin embargo, hubo muchas dificultades para buscar nuevos colonos. Los informes provenientes de Indias habían menguado o incluso borrado el entusiasmo popular inicial. Hubo que dar mejores y más tentadoras garantías y premios para lograr interesar a nuevos aventureros en tamaña travesía.

Los Reyes Católicos recurrieron incluso al expediente de ofrecer indultos para hacer más atractivo el emprendimiento. Así, quienes tuvieran delitos pendientes podían aspirar a una reducción de la pena a cambio de servir en las Indias. Los tiempos eran variables según el tipo de crimen cometido. El servicio era de dos años, si el delito era de muerte o herida, o un año, si se trataba de un delito menor. Muchos de estos criminales, algunos con una experiencia marítima nula, aprovecharon el ofrecimiento y se embarcaron en este viaje.

Estaba claro que la nueva expedición de Colón se había convertido en una simple aventura comercial dirigida por un hombre desprestigiado y con gente sacada de la cárcel o del aburrimiento.

El origen geográfico de la tripulación que estableció Varela forma casi un mapa de España: cuatro canarios, quince jerezanos, trece sevillanos, cuatro madrileños, cuatro de Palos, tres de Salamanca, Baeza, Jerez de los Caballeros, Córdoba y Lepe; dos de Baracaldo, Jaén, Toledo y Palencia; y de Ciudad Real, Coria, Illescas, Huelva, Frenegal, Lugo, Legrija, Manzanilla,

Morón, Oviedo, Sepúlveda y Valladolid, entre otras. Más portugueses, italianos y un francés de Picardía. Las dos primeras carabelas, la *Pinta* y la *Niña*, veteranas ya en la tarea del cruce del Atlántico, partieron a la vanguardia el 23 de enero de 1498, con el objetivo definido de hacer puerto en La Española. Su cargamento consistía básicamente en refuerzos de hombres y vituallas a la colonia. Las otras seis naves, bajo el mando del Almirante, se hicieron a la mar el 30 de mayo del mismo año.



Carta de Juan de la Cosa en la que ya aparecen las Antillas y Cuba. En este mapa se encuentra corregido el primer error de los expedicionarios, que consideraban a la isla como parte del continente.

Una vez en Canarias, Colón envió otras tres naves para que fueran también a La Española y se quedó al mando de una nao y dos carabelas para poder realizar nuevos descubrimientos. Su afán en este sentido continuaba inalterable. Su aspiración era hallar otra tierra firme más al sur, como Cuba, a la cual designaba como parte de un continente y no como una isla.

Bajó así con su convoy de tres naves hasta los 10° de latitud norte y el 31 de julio descubrió la isla Trinidad, frente a lo que hoy en día es Venezuela. Pasó al golfo de Paria y descendió hasta las bocas del Orinoco. Las anotaciones de sus biógrafos son esquivas y poco precisas en este punto. Algunos sugieren que Colón ubicó en ese lugar una zona llamada «el Paraíso Terrenal, al sur de Mangi», recordando nuevamente a Marco Polo. Se suele decir que murió creyendo que había pisado la patria de Adán y Eva y que por eso la bautizó con el nombre de «Los Jardines», conformando su pequeño homenaje al «Jardín del Edén».

Luego, Cristóbal Colón salió del golfo por las Bocas del Dragón y recorrió la Península de Paria, que, en principio, creyó que era una isla, y por

eso la bautizó con el nombre de «Gracia», hasta que al ver su longitud, sus habitantes y los animales, confirmó que estaba en tierra continental. Desde la costa de Paria navegó hacia La Española y desembarcó en Santo Domingo el 31 de agosto de 1498.

Los historiadores coinciden en cerrar aquí el gran primer ciclo colombino.

El Almirante cae en desgracia

Uno de los motivos de fechar el final en este puerto es el resultado de uno de los grandes conflictos desatados en la colonización de La Española que impidieron que el Almirante realizara otros viajes durante varios años.

Al llegar, Colón se encontró en Santo Domingo con una situación deplorable desde todo punto de vista. Durante su ausencia se habían sublevado los indios contra el gobierno de su hermano Bartolomé y, finalmente, los mismos colonos españoles, dirigidos por el alcalde Francisco Roldán, también habían tomado las armas contra la autoridad.

El Almirante temió que los desórdenes de la colonia perjudicaran aún más su prestigio, cosa que de hecho ocurrió, y se apresuró a negociar con Roldán un acuerdo que se firmó el 20 de noviembre de 1498. Allí aceptaba todas las condiciones de amnistía de los sublevados y daba libertad para regresar a España, si estos así lo deseaban. Incluso tuvo que ratificar a Roldán en su cargo de alcalde, como si nada hubiera ocurrido. El Almirante autorizó el reparto de tierras de indios e incluso el servicio personal de ellos mismos, dos reivindicaciones de aquellos que seguían a Roldán.

Aunque las concesiones eran grandes, el descontento no se detuvo pese a los logros obtenidos. Frente a este cuadro, Cristóbal Colón recurrió al autoritarismo. Ordenó medidas disciplinarias de una violencia que, incluso en esa época de hombres rudos, llamaron la atención. Apresó a los más levantiscos y mandó ahorcar al cabecilla Adrián de Moxica. Incluso, se dice que estuvo muy cerca de hacerlo quemar en la hoguera, como si se tratara de un hereje condenado por la Inquisición.

Algunos cronistas que narraron este episodio ven en dicha acción una evidente torpeza para dirigir la colonia. Para ellos, si bien Colón era un excelente emprendedor, un idealista incansable y un marino relativamente mediocre, sus habilidades administrativas resultaban nulas.

Como era de esperarse, las noticias de los desbordes y abusos de La Española llegaron muy pronto a la corte. Todavía no está aclarado cómo fue que sucedió pero los Reyes Católicos, que siempre se habían mostrado proclives a las acciones de Colón, nombraron el 21 de mayo de 1499 a un representante que pudiera aclarar estas cuestiones.

Así fue cómo don Francisco de Bobadilla resultó ser juez pesquisidor cuyo objetivo era averiguar qué estaba pasando realmente en las Indias.

El juez arribó a Santo Domingo el 24 de agosto de 1500 después de un viaje sereno, ya que para ese tiempo se realizaba sin tanta indeterminación como al comienzo. Dos días después de su llegada, se apoderó de la casa general, decomisó bienes y papeles del Almirante, y le abrió un proceso. Más tarde mandó apresarlo y ponerle grilletes.

La imagen de Colón preso resulta uno de los momentos más impresionantes de la historia universal y demuestra que la proyección de una personalidad, a nivel de la historia con mayúscula, nada tiene que ver con el desarrollo de su historia privada, ni siquiera con las coyunturas de su historia pública.

Bobadilla dio libertad para tomar el oro que le reclamaban los colonos, pagó los sueldos atrasados, vendió tierras e hizo repartimientos; todo esto, dicen algunos historiadores, en un clima de caos exacerbado.

Con Francisco de Bobadilla llegaba un nuevo orden y de manos de un funcionario real, diferencia que no debe pasarse por alto.

Una vez depuesto, las acusaciones contra el Almirante se multiplicaron y el juez las tomó al pie de la letra sin permitir que Colón hiciera sus descargos correspondientes. Finalmente, embarcó en una carabela a los tres hermanos Colón (al Almirante y a Bartolomé se les sumó Diego) y los envió a España.

En un acto de patetismo espectacular, y máxime conociendo las condiciones en que se navegaba en esa época, el Almirante se negó a que le soltaran los grilletes en la nave, queriendo mostrar el vejamen a que se lo estaba sometiendo. Las carabelas llegaron a Cádiz el 25 de noviembre de 1500.

Los Reyes pusieron en libertad al Almirante y le pidieron que se presentara ante ellos en Granada. Después de expedirse en desagrado por lo ocurrido y respaldando al Almirante, pidieron las disculpas del caso a éste y a su familia. Automáticamente Colón volvió a gozar del favor real, pero sus privilegios como expedicionario oficial no fueron restituidos.

Por otra parte, desde hacía ya un año que salían desde España y otras naciones flotas hacia las Indias. Mientras el mapa americano empezaba a

completarse, en 1501 Colón tuvo la gran amargura de ver cómo los Reyes Católicos nombraban un gobernador para la isla La Española, fray Nicolás de Ovando.

De esta manera, y aunque se le reconocía el patrimonio, se le negaba, sin embargo, totalmente su capacidad para organizar y gobernar una colonia de españoles e indios, así como también se lo privaba del monopolio de ser el único descubridor. Aunque teñidos posteriormente de un manto de equívoco, estos hechos redundaron en la mengua del poder real y simbólico del que gozaba Colón como descubridor de tierras y riquezas.

En cuanto a Francisco de Bobadilla, éste también supo conocer la desgracia. Murió a consecuencia del naufragio del buque en que retornaba a España en el año 1502.

Cuarto viaje

Según parece, al retorno de Cristóbal Colón a España, la desdichada situación que había acontecido en la colonia no quedó debidamente esclarecida. Por lo menos, así lo juzgó el Almirante.

Los Reyes Católicos —que habrían dudado bastante antes de decidir destituirlo de sus cargos de Almirante y Gobernador y habían incluso demorado el envío de Francisco de Bobadilla— se afligieron profundamente por el trato que éste dispensara a Colón y sus familiares. Sin embargo, el daño ya estaba hecho. El «equívoco» había puesto en evidencia todas aquellas cuestiones que tanto se esforzaban por, si no ocultar, al menos solapar: las expectativas de riquezas defraudadas, las suspicacias que provocaba la relectura de lo pactado, la falta casi total de capacidades de liderazgo en las colonias. Colón podría volverse un tipo tan poderoso como peligroso.

A su vez, Francisco de Bobadilla fue destituido en sus funciones como gobernador de La Española. Los reyes supieron aprovechar el equívoco, y si bien no restituyeron sus cargos a Colón, le encomendaron realizar un nuevo y último viaje.

En realidad, a pesar del descubrimiento de las nuevas tierras americanas, todo el proyecto colombino tenía cierto matiz de fracaso. Ya a esas alturas se había comprendido que no se trataba de las buscadas Indias. Además, las expediciones no habían rendido en riquezas todo lo que costaron en inversión.

Por lo tanto, la Corona persistía en el objetivo de buscar por occidente la llamada Ruta de las Especierías, aquella que condujera a las tan preciadas riquezas que ella representaba y que —de acuerdo con las ideas que se tenía de las dimensiones del planeta— suponían muy cercana a los nuevos territorios descubiertos por Cristóbal Colón.

Colón inició así su cuarto viaje en busca de las Especierías. Esta vez el volumen de la flota se redujo: partió nuevamente del puerto de Cádiz con cuatro naves y 150 hombres a sus órdenes, el 11 de mayo de 1502.



Se proponía seguir una ruta aproximadamente igual a la de su segundo viaje. Sin embargo, tenía órdenes expresas de no recalar en La Española. De esta manera, atravesó el mar Caribe y llegó a descubrir la isla de Martinica para arribar finalmente a las costas de Honduras y Panamá.

A la frustración derivada de no encontrar el ansiado camino de las Especierías, ni oro u otras riquezas, se agregaron varias calamidades más. Lo primero fue la pérdida de dos de sus barcos y el ataque de enfermedades, probablemente tropicales, que menguaron notablemente a su tripulación. La situación era tan penosa que, a pesar de tener órdenes expresas que lo prohibían, decidió el primero de mayo poner rumbo a La Española. Sin embargo, no logró llegar a buen puerto, debiendo encallar sus barcos, para salvarlos de un naufragio seguro, en una bahía de la isla de Jamaica.

El rescate constituyó una verdadera hazaña. Diego Méndez, notable integrante de la tripulación de Colón, intentó navegar hacia La Española, que distaba más de 100 millas. Su primera tentativa redundó en un rotundo fracaso.

De tal manera, Colón volvió a insistir y envió dos canoas al mando de Diego Méndez y Bartolomé Fiesco, tripuladas por seis marineros españoles y algunos indios. Después de varios días de navegación, Méndez llegó a La

Española para encontrar que el nuevo gobernador, Nicolás de Ovando, no lo autorizaba a volver para rescatar a los restantes náufragos.

Finalmente, y pasados varios meses, ya en 1504, el gobernador Ovando permitió a Méndez contratar un navío para recoger a los expedicionarios de Colón y conducirlos directamene a España. El paso por La Española les estaba vedado. Así, pudieron abandonar Jamaica recién el 28 de junio de 1504, y llegar a Sanlúcar de Barrameda el 7 de noviembre del mismo año. En ese tiempo fallece la reina Isabel. El rey Fernando, por su parte, ya estaba harto de su yerno Felipe y también de Colón. La estrella del Almirante se estaba eclipsando definitivamente. Este último viaje había traído, tanto material como espiritualmente, más pérdidas que ganancias. Luego de haber sido ignorados por la corte española todos los reclamos de reconocimiento de sus títulos y derechos, quebrantada su salud y su espíritu, Colón falleció en Valladolid el 20 de mayo de 1506.

Le tocó a su hijo Diego —aquel que había nacido en la época en que Cristóbal Colón residía en la isla de Madeira, producto de su matrimonio con la portuguesa Felipa Muñiz, y que había vivido toda su adolescencia en la corte volviéndose muy cercano a los Reyes Católicos— dedicarse desde 1502 a la ardua labor de reivindicar los derechos vulnerados de su padre en tanto virrey y gobernador de los nuevos territorios por él incorporados a la corona española.

En su causa tuvo algunos aliados. Sus gestiones fueron respaldadas por el duque de Alba. Fue sólo por medio de su apoyo que Diego consiguió que el rey Fernando el Católico, recientemente convertido en monarca de Castilla tras el fallecimiento de la reina Isabel, le reconociera póstumamente a su padre, si no los títulos de Almirante y Virrey, por lo menos la condición de gobernador de las Indias y Tierra Firme. Esto fue el 8 de agosto de 1508.

Diego, con toda su familia, embarcó en Sanlúcar de Barrameda el 3 de junio de 1509 con destino a Santo Domingo, donde llegaron el 9 de julio. Más tarde, sus derechos hereditarios como virrey también le fueron reconocidos. Así aconteció que el 15 de mayo de 1511, por sentencia del Tribunal del Consejo Real de Indias en Sevilla, pasó entonces a ser el segundo Almirante y Virrey de las Indias.

Anexo II

El viaje póstumo del Almirante

Como habíamos anticipado en el anexo anterior, los tres últimos años de Colón resultaron ser una auténtica pesadilla. En el verano de 1503, durante su cuarto y último viaje a América, sus barcos terminaron totalmente inutilizados, como él mismo expresó: «...*horadados de gusanos más que un panal de abeja.*»

Después de tener que dejar abandonado en el río Belén un buque que se destinaba al servicio de la colonia, se vio obligado a abandonar otro por encontrarse totalmente inútil para ser navegado, en la bahía de Portobelo. Para mayor desesperación suya, lo había acompañado en este malhadado viaje su hijo Fernando, de sólo 13 años. A todo esto se sumó el hecho de que empeorara su ya precaria salud, como él mismo narró en sus escritos: «...*aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada día por la muerte y cercado de un ciento de salvajes y llenos de crueldad.*»

Luego le sucedió el naufragio en las costas de Jamaica, circunstancia que lo mantuvo durante casi un año en esa isla, hasta que finalmente, y por los auxilios que recibió de Santo Domingo, pudo llegar a España en noviembre de 1504. Pocos días después, murió la que fuera su máxima protectora, la reina Isabel.



Colón murió en Valladolid el 20 de mayo de 1506. Sus últimos años de vida fueron un infierno. La Corona española le quitó todos los títulos, y su prestigio se desmoronó completamente.

Es así como, en el otoño de 1504, Colón estaba de vuelta en España, después de su más terrible y fatigoso viaje. En Sevilla se enteró de que el rey Fernando el Católico y su corte itinerante estaban en Valladolid, y hacia allí pretendió trasladarse, aunque tardaría meses en poder ponerse en camino.

Los contratiempos no daban tregua. Al final de su vida, Colón fue acusado de gobernar con desacierto las colonias que él había establecido en la región recién descubierta. Cayó en desgracia, perdió el favor de la corona española y pasó los años que le quedaban de vida tramitando infructuosamente que le fueran restituidos sus títulos y riquezas. Recorría Castilla, siguiendo a la corte itinerante, para que se le reconocieran sus vulnerados derechos. Este litigio en contra del rey no hizo más que incrementar su impopularidad. Abatido y enfermo vivió unos meses en

Sevilla, de donde se trasladó a Valladolid. En esta ciudad, pobre y casi olvidado, residió hasta su muerte.

El 19 de mayo de 1506, Cristóbal Colón redactó su testamento ante Pedro de Inoxedo, escribano de cámara de los Reyes Católicos. Allí aparece citado como Almirante, Virrey y Gobernador de las islas y tierra firme de las Indias descubiertas y por descubrir. Como herederos y cumplidores de su alma dejó a su hijo Diego Colón, a su hermano Bartolomé Colón y a Juan de Porras, tesorero de Vizcaya. El testamento dice:

«Yo constituí a mi caro hijo don Diego por mi heredero de todos mis bienes e ofiçios que tengo de juro y heredad, de que hize en el mayorazgo, y non aviendo el hijo heredero varón, que herede mi hijo don Fernando por la mesma guisa, e non aviendo el hijo varón heredero, que herede don Bartolomé mi hermano por la misma guisa; e por la misma guisa si no tuviere hijo heredero varón, que herede otro mi hermano; que se entienda ansí de uno a otro el pariente más llegado a mi linia, y esto sea para siempre. E non herede mujer, salvo si non faltase non se fallar hombre; e si esto acaesçiese, sea la muger más allegada a mi linia.»

De este texto se desprende que Colón tenía dos hijos, Diego y Fernando (también llamado Hernando), siendo el heredero el primogénito, por supuesto, según la costumbre al uso. También cita a otros hermanos después de Bartolomé, nombrando más tarde en el texto sólo a su hermano Diego como perteneciente a la Iglesia. No se refiere allí a ningún hermano más. También en el testamento no dejó de hacer notar la poca cantidad (un cuanto de maravedíes) que los Reyes Católicos aportaron para la empresa del descubrimiento, debiendo él mismo completar una importante suma para el viaje. Se refiere además a doña Beatriz como la madre de Fernando, lo que atestigua que nunca se casaron, encomendándole por otra parte que a su hijo Diego nada le faltare, por razones que pesaban en su alma.

Finalmente, minado por las enfermedades y las desilusiones, la muerte tocó a su puerta, encontrándose de forma casual y de paso en Valladolid, sin que le atase a la ciudad ningún lazo especial. Cristóbal Colón murió al día siguiente, el 20 de mayo de 1506, a los 55 años de edad aproximadamente, después de haber recibido los santos sacramentos. Sus últimas palabras fueron: *«En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu»*. El Rey Fernando hizo grabar sobre la tumba del almirante, cuyos restos se trasladaron al monasterio de Cartujos de Sevilla, el siguiente epitafio:

«Por Castilla y por León

»*Nuevo Mundo Halló Colón.*»

Después de haber conocido la gloria y de haber protagonizado una de las hazañas más espectaculares hasta entonces realizadas, ¿cómo es posible que Cristóbal Colón muriera pobre y desvalido?

Las circunstancias que rodearon a su muerte y el destino posterior de sus restos no deja de tener una cuota de ironía. Dicen las malas lenguas que, después de su muerte, Colón ha estado aún más de viaje que durante su vida. Sin embargo, muchos de sus «*itinerarios post mortem*» resultan dudosos por demás. Lo único totalmente cierto es que el Almirante del Mar Océano murió lejos de altamar. Cuatro ciudades se disputan la posesión de las cenizas de Cristóbal Colón: Santo Domingo, Sevilla, La Habana y Valladolid.

Luego de su muerte, en 1506, los restos mortales del navegante han continuado el destino errante que su cuerpo supo conocer en vida. Los reclamos no parecen cesar con el paso de los siglos, al punto de que hasta Génova y el Vaticano se precian de guardar partes de la osamenta del Almirante. Existe una gran controversia en torno del destino final de los restos de Cristóbal Colón y, en sus contradicciones, podemos atribuir tanto una cuota de verdad como de falsedad a cada uno de los argumentos presentados.

Tumbas al ras de la polémica

Según consigna el historiador Edwin Murphy en su libro *After the Funeral* (Barnes & Noble Books, 1998), el paradero de Cristóbal Colón sigue siendo uno de los enigmas más complejos entre los muchos casos de personajes famosos cuyos restos han conocido destinos atroces.

A diferencia de lo ocurrido con los restos de otras personalidades famosas, el enigma del paradero de Cristóbal Colón no consiste en su desaparición; por el contrario, lo que sucedió es que se encontraron varios cuerpos atribuidos al Almirante enterrados en distintos lugares. Colón viajó mucho durante su vida, y no se detuvo luego de su muerte.

Su cuerpo ha sido trasladado tantas veces a lo largo de estos 500 años que no resulta tan sencillo precisar exactamente dónde es que finalmente terminó. En la actualidad, como dijimos, cuatro ciudades se precian de tener los restos auténticos del gran descubridor, y la disputa sobre quién conserva el cadáver legítimo sigue sin argumentos terminantes.

La osamenta de Colón se ha convertido en un botín de guerra, codiciada por ciudades ansiosas de ser reconocidas. No se debe desestimar el gran potencial turístico que redundará en albergar la morada de descanso final del Almirante. La incógnita en torno del cuerpo de Colón, sus muchas peregrinaciones y su disputada ubicación se convirtieron en un cuento fascinante de rechazo, confusión y malentendidos de marca mayor.

Primera tumba de Colón: Valladolid, España

Como ya apuntamos, la mayoría de las versiones coincide en que Colón expiró el 20 de mayo de 1506, en Valladolid, España. Aunque no se encontraba tan solo y tan pobre como la leyenda habría de proclamar después, sin embargo es cierto que el «descubridor» de América murió en una profunda oscuridad. Tan en desgracia había caído con el rey Fernando que Colón se convirtió, virtualmente, en inexistente a nivel social, y su muerte pasó totalmente por debajo de la mesa. La crónica oficial de Valladolid omitió su nombre en el registro diario de las defunciones de gente importante, y sólo semanas después un documento oficial asentó lacónicamente que «*dicho almirante ha fallecido*». Nuevas ediciones de las crónicas escritas por Colón de sus viajes, publicadas tres años después, no dejaban constancia de la muerte del autor.

Colón recibió un entierro modesto en Valladolid. Fue tan sencillo que, de hecho, no hay evidencias concluyentes de que fuera inhumado. Este comienzo tan poco auspicioso dio origen a la cadena de desventuras que condujeron a que cuatro lugares simultáneamente reclamaran ser depositarios de los restos del navegante.

Aún quedan por resolver algunas incógnitas sobre la recta final de la vida de Cristóbal Colón, como dónde estuvo alojado los días previos a su muerte o dónde falleció, ya que la teoría de que pudo morir en la calle Ancha de la Magdalena (hoy en día denominada calle Colón, de Valladolid), en el solar de lo que hoy en día es el Museo Colón, está sobradamente descartada, según apuntó Marcial Castro, historiador e impulsor del Proyecto de identificación de Cristóbal Colón y de su familia inmediata, estudio coordinado por la Universidad de Granada.

Se supone que los restos mortales de Colón fueron depositados en una cripta del convento de San Francisco en Castilla la Vieja. Sin embargo, hasta la fecha, no se sabe mucho más al respecto. Durante mucho tiempo se tenía por cierto que Colón había sido enterrado en la capilla de Luis de la Cerda, en dicho convento franciscano, según la documentación manuscrita conservada. Pero dónde estaba situada dicha capilla permanecía en el más absoluto misterio. Tanto el monasterio como la capilla habían sido destruidos en 1837. Marcial Castro, miembro del equipo coordinado por la Universidad de Granada para la identificación de los restos de Colón, pudo localizar en la ciudad castellano-leonesa el lugar exacto del primer entierro del descubridor de América.

Apoyado en los estudios de la Universidad de Valladolid, el historiador logró ubicar la capilla de Luis de la Cerda y el monasterio de San Francisco, en la céntrica calle Constitución, de Valladolid, mediante la superposición de planos y otras descripciones documentales de la estancia.

La dificultad radicaba no sólo en la temprana desaparición del convento, sino además en las dimensiones que tenía, ya que se supone que sobrepasaba las tres hectáreas (30.000 metros cuadrados), *«medida suficiente para que cupiesen en él holgadamente cuatro campos de fútbol como el Santiago Bernabeu»*, afirmó Marcial Castro.



Según el Gobierno de España, en el interior de este vistoso monumento se hallan los restos de Cristóbal Colón.

Por su parte, el mencionado Luis de la Cerda era Tercer Señor de Villoria y había fallecido en 1469, por lo que es de suponer que fue su viuda, Francisca de Castañeda, quien autorizara el entierro del Almirante en su capilla.

«Por más que nos pueda parecer sorprendente, nunca ha habido ni un solo intento en Valladolid por ubicar esta capilla donde recibió la primera tierra Cristóbal Colón, después de haber sido estudiado todo lo tocante a su vida hasta la saciedad y la obsesión», señaló el historiador.

El profesor Castro se apoyó en los estudios de carácter artístico que realizó la profesora María Antonia Fernández del Hoyo sobre el convento de San Francisco para tratar de encontrar así la capilla de Luis de la Cerda. El trabajo de esta profesora de la Universidad de Valladolid resultó, entonces, decisivo para localizar la mencionada capilla. Castro explicó que utilizó la

recopilación de planos y dibujos antiguos del convento que le remitió la profesora Fernández del Hoyo y las descripciones antiguas que se conservaban de la capilla. Sobreimpuso un plano actual de la ciudad y el único plano de este convento que se había hecho en 1830 y que por suerte todavía se conservaba. Dice el historiador Marcial Castro:

«La coincidencia era tan asombrosa que me permitió situar la capilla de Colón en el eje de la actual calle Constitución, que se proyectó tras la desamortización de Mendizábal hacia 1843.»

Luego del descubrimiento, Marcial Castro se puso en contacto con el ayuntamiento, concretamente con la empresa Aguas de Valladolid, y le informaron que a la altura donde estaba la capilla se había colocado una tubería de agua de fundición gris de 25 centímetros de diámetro, instalada a finales del siglo XIX, a 1,25 metro de profundidad aproximadamente. Además, hay una alcantarilla de gres de 20 centímetros de diámetro enterrada a unos 2,2 metros.

La calle tiene una anchura de nueve metros, por lo que quizás aún queden restos del antiguo convento, apuntó el historiador, quien se basaba en la observación de que cuando se construyeron unos grandes almacenes, a sólo 75 metros de donde estaba la capilla, aparecieron tumbas y restos de columnas. Para Marcial Castro *«algún día, tarde o temprano, se tendrá que hacer alguna obra de reparación en la zona, y el arqueólogo presente sentirá sin duda latir su corazón ante lo que se pueda hallar»*.

Por otra parte, en la extensa documentación colombina tampoco se ha podido encontrar ni una sola referencia que aclare qué tipo de relación pudo haber mantenido Colón con la familia de Luis de la Cerda, aunque el profesor Castro anunció que está investigando en una línea de trabajo que se le ha abierto en este sentido.

Por paradojas del destino esa primera tumba de Colón, que fuera una capilla en un monasterio, hoy en día ya no existe y actualmente en ese lugar se erige un salón de billar del Café del Norte. Por esta calle transitan más de mil vehículos al día, ignorantes por completo de que muchos años antes habría estado enterrado bajo ese asfalto el mismísimo Cristóbal Colón.

Tras este primer enterramiento en Valladolid, se sabe que los restos del Almirante fueron trasladados el 11 de abril de 1509, a una capilla del monasterio de Santa María de las Cuevas, correspondiente a los cartujos en Sevilla. Por supuesto, hay quienes discrepan sobre si Colón fue inhumado en el coro, en la cripta o en la capilla. Los registros son demasiado confusos y han originado a su vez más equívocos. Las razones que se tienen por válidas

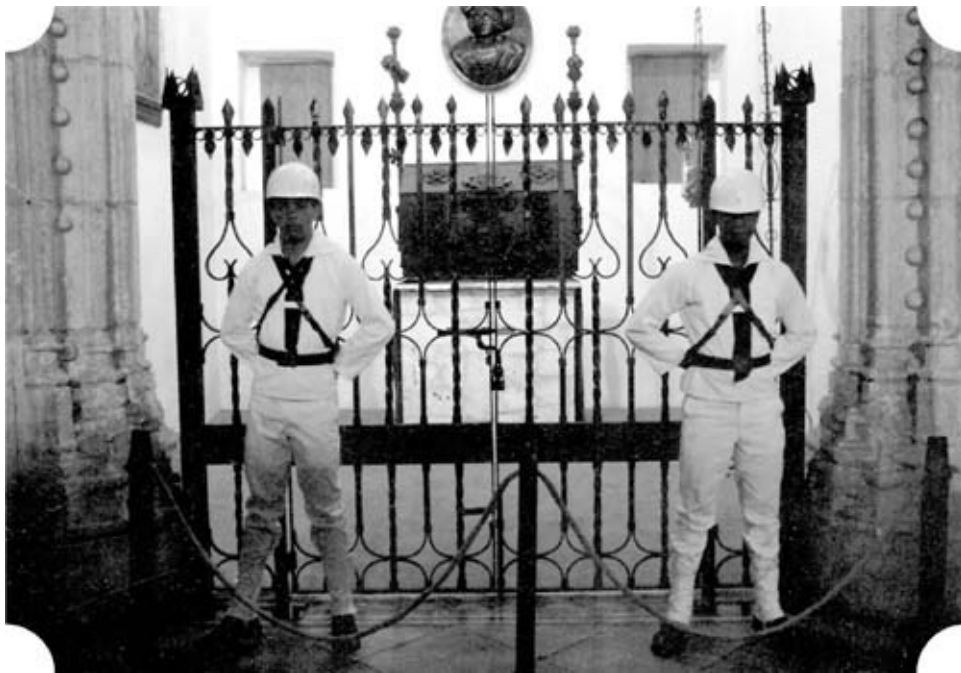
para el traslado del sarcófago fueron los ruegos que los hijos y descendientes del Almirante elevaron a las autoridades.

Cuando en 1526 falleció en el pueblo de Montalbán, cerca de Toledo, Diego Colón, primogénito y heredero del descubridor de América, su cuerpo fue depositado en esa misma sepultura, 17 años más tarde. Este hecho ocasionaría a su vez, en el futuro, una larga serie de equívocos.

La segunda sepultura:

La Española, Santo Domingo, República Dominicana

Posteriormente los restos del primer y segundo Almirante, Cristóbal y Diego Colón, fueron trasladados desde España a la isla de la Española en 1544 por la viuda de Diego, Doña María de Toledo, satisfaciendo el deseo expreso del descubridor de ser enterrado en «*la tierra que más he amado*».



Según los dominicanos, los restos de Colón descansan en tierra caribeña. En la imagen, el sitio donde, supuestamente, yacen las cenizas del Almirante.

Entre 1537 y 1539, después de la muerte de Diego Colón, hijo del descubridor, doña María de Toledo, nuera de Colón y sobrina del duque de Alba, pidió al emperador Carlos V que permitiera llevar los restos mortales del Almirante a su segunda patria —la ciudad de Santo Domingo en la isla La Española. El emperador dio el permiso, pero el obispo de Santo Domingo se

negó a ofrecer sepultura en su catedral a un «forastero», aunque se tratara del mismísimo fundador de la ciudad.

De esta manera poco auspiciosa, comenzó la quinta travesía por el Atlántico del «Almirante del Mar Océano», aunque esta vez lo hiciera como cadáver. Después de convencer al obispo, las urnas de Colón y su hijo Diego fueron sepultadas en la catedral más antigua de América. Sin embargo, tampoco ésa resultaría la última morada del descubridor.

Aunque la corona española había ordenado el 2 de junio de 1537, el 22 de agosto de 1539 y, nuevamente, el 5 de noviembre de 1540 que los restos de Colón fuesen enviados a Santo Domingo, extrañamente los registros del monasterio de Las Cuevas indican que el cuerpo del Almirante había sido entregado para su traslado al Nuevo Mundo en 1536.

El itinerario de los huesos de Colón se torna difuso en este punto. Aparentemente, sus restos sí fueron transferidos a Santo Domingo entre 1536 y 1549, aunque las evidencias documentales resultan muy contradictorias. El año usualmente aceptado como el del entierro de Colón en la catedral de Santo Domingo es 1541, poco después de la construcción del templo. Investigaciones recientes indican como razones de la demora en el traslado la negativa del obispo, que en principio se rehusó a aceptar el entierro de Colón en la capilla mortuoria del altar mayor, como requería su rango, argumentando que se trataba de «un extranjero». Esto ocasionó que, mientras se resolvía la disputa, el féretro fuera depositado en una cámara bajo la catedral.

En realidad, no quedan registros del lugar exacto de la catedral donde los restos de Colón fueron finalmente sepultados. En 1676, un documento episcopal sostenía que el explorador se hallaba enterrado a la derecha del altar; no obstante, la tradición postula que su cuerpo yace en el costado izquierdo. A finales del siglo XVIII, en el curso de unas reparaciones, se encontraron lápidas a ambos lados del altar.

Todavía se ignora el porqué, pero quedó establecido que el sarcófago de la izquierda era efectivamente el que correspondía a Cristóbal Colón, y el de la diestra a su hermano Bartolomé. También se encontraron las sepulturas con los restos de su hijo Diego y de sus nietos, Luis y Cristóbal II, todas en la catedral de Santo Domingo.

La tercera sepultura:

La Habana, Cuba

Cuando se firmó el tratado de Basilea, España concedió a Francia la parte hispánica de la isla La Española. Pero ni las autoridades hispanas ni los descendientes de Colón querían que el cuerpo del Almirante descansara bajo suelo francés.

Esto provocó que los gobernantes y las autoridades religiosas se decidieran a enviar los restos a Cuba, para que pudieran ser enterrados bajo la bandera española. Así, el 20 de diciembre de 1795, el gobernador de Santo Domingo presidió una ceremonia de exhumación en la que se recogieron algunos huesos y partes del ataúd original, enviados luego en un buque hasta Cuba, donde fueron enterrados en la catedral de La Habana. El documento que certifica estos hechos sólo hace mención a que «*algunos restos fueron desenterrados del altar mayor de la Catedral y fueron embarcados a Cuba*».

Pues en el año 1795, seis años después de la Revolución Francesa, cuando las tropas republicanas de los franceses ocuparon Santo Domingo, los españoles tomaron el sarcófago de Colón y lo llevaron a la catedral de La Habana (Cuba). Allí permaneció durante todo un siglo, porque después de la guerra perdida contra los EE. UU.—cuando Cuba obtuvo su independencia—, España decidió llevarse los huesos de la figura simbólica de Colón. Fue así como emprendieron el camino de retorno a la ciudad que en su tiempo fuera la capital administrativa y puerto de Las Indias (América): Sevilla.

La sepultura oficial:

La catedral de Sevilla, España

Con la pérdida por parte de España de la isla de Cuba, se produjo lo que se considera el último viaje de Cristóbal Colón, de sus restos mortales más precisamente. Cuando en 1899 se trasladaron de La Habana, Cuba, a Sevilla, los restos de Colón fueron repatriados con toda la solemnidad del caso.

El imponente mausoleo donde se encuentran sus restos son obra del escultor madrileño y romántico Arturo Mérida y Alanari, que originariamente trabajó para la catedral de La Habana y luego volvió a Sevilla. Al parecer, al

señor Méлина le gustaba el tema de Colón porque fue autor de varias de las esculturas del monumento al descubridor en Madrid.

El diseño del monumento sevillano muestra a cuatro portadores del ataúd, simulando la solemne entrada del féretro en la catedral con representación de los cuatro reinos de España: Castilla, León, Aragón y Navarra. Se erigió, entonces, este monumento fúnebre para el descubridor en la catedral sevillana, a pesar de que los sevillanos recordaban que Colón había explicitado en su testamento que no quería ser enterrado en tierra española por la desazón que le había provocado en su momento el rechazo de sus reclamaciones por parte de la corona hispana. Otra explicación al simbolismo de la tumba de Colón se desprende de este hecho, y se dice que es por ello que su sarcófago en la catedral de Sevilla se encuentra flotando en el aire, por encima de los hombros de cuatro estatuas de heraldos que representan, como señalamos, los cuatro reinos de España: León, Castilla, Navarra y Aragón.

La nueva sepultura en La Española, Santo Domingo, República Dominicana

Si ya el destino errante de los restos mortales del Almirante había provocado bastantes equívocos, un nuevo hallazgo enrareció aún más la situación. En 1877, cuando se hacían algunos trabajos de restauración, se encontró en la catedral de Santo Domingo, en una fosa, una cámara mortuoria secreta. Allí dentro hallaron una caja de plomo con una inscripción donde se leía: *«Aquí yacen los restos del primer Almirante, varón ilustre y distinguido Cristóbal Colón»*. El féretro contenía varios fragmentos de huesos humanos. Si el cuerpo del navegante estaba en Santo Domingo, ¿a quién pertenecía la osamenta trasladada a La Habana? Probablemente se trataba de la de don Diego, el hijo de Colón, que, recordemos, había sido enterrado en el templo cerca de su progenitor. También podía tratarse de los huesos de Bartolomé y de Cristóbal II, ya que ambos se encontraban asimismo enterrados en la catedral.

Los restos hallados fortuitamente y atribuidos al Almirante permanecieron en la catedral de Santo Domingo hasta 1992, año en el que fueron trasladados al «Faro a Colón», un monumento faraónico construido por el gobierno dominicano para conservar los restos del Almirante, y donde se supone que reposan los verdaderos restos de Colón.

Con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América, el National Columbus Council se encargó de erigir una tumba «adecuada» para las cenizas de Colón.

Sus recomendaciones eran esculpir un sepulcro en mármol de Carrara o en bronce, o de ambos materiales combinados, y ponerlo temporalmente en el pasillo central de la catedral dominicana donde se habían encontrado las cenizas, luego de que el deseo del Almirante fuera cumplido y ratificado por el emperador Carlos V, cuando ordenó darles un entierro definitivo en Santo Domingo.

El lugar escogido fue el pasillo central de la catedral, cerca de la entrada principal. Así fue que se invitó a artistas de todo el mundo a participar en el concurso abierto el 12 de octubre de 1894. Las especificaciones técnicas indicaban que el emplazamiento del mausoleo en la catedral sería temporal, y por ello, se diseñaría para permitir que pudiera ser desmontado y llevado a su lugar definitivo en el monumento que sería construido para tal propósito.

Trece escultores se presentaron, y el ganador fue el proyecto elaborado por el escultor español Pedro Carbonell y el arquitecto connacional Fernando Romeu. El 5 de diciembre de 1898, el mausoleo fue inaugurado y la caja que contenía las cenizas del descubridor fue colocada con gran solemnidad dentro de la urna de bronce en el centro del monumento.

El mausoleo es un monumento gótico de 45 pies de alto, sobre una base rectangular que mide 35 por 40 pies. Flanqueado por cuatro leones de bronce, está presidido por la magnífica figura femenina que representa la República Dominicana, destinada por la historia a proteger las cenizas del gran descubridor. Grabada en bronce en las cuatro fachadas del monumento, una frase tomada del testamento de Colón a su hijo dice: «...y él también solicitó especialmente que su dinero se entierre en esta isla, pues no podría haber un sepulcro mejor que pudiera elegir y que Dios milagrosamente deseó que conociera, descubriera y ganara.»

Al principio, los restos recién descubiertos fueron aceptados como los genuinos, pero una investigación oficial emprendida por el historiador Manuel Colmeiro confuyó que el cuerpo de Colón había sido trasladado efectivamente a La Habana en 1795 y que la osamenta encontrada correspondía en realidad a la de don Diego, su hijo. Por su parte, la Academia de la Historia, en Madrid, confirmó que los restos del Descubridor estaban en La Habana, pero que el cuerpo aparecido en Santo Domingo no era el de don Diego, sino el del nieto del almirante Colón, Cristóbal II.

Indignadas, las autoridades eclesiásticas de Santo Domingo iniciaron una investigación por su cuenta, con el fin de demostrar que don Diego había sido enviado por error a Cuba y que el cuerpo de Colón mismo había sido dejado atrás. Rumores de todo tipo impregnaron el ambiente. Se dijo que Francis Drake había amenazado con prender fuego a Santo Domingo en 1585, y que los sacerdotes habían trasladado los restos. La ubicación misma del altar mayor había cambiado más de una vez.

Para volver más compleja la historia, un obispo de Santo Domingo, con el fin de ganar adeptos a su causa, había regalado fragmentos de los huesos del Almirante al Vaticano, a la ciudad de Génova y a la Universidad de Pavia. El debate entre Santo Domingo y La Habana se mantuvo durante 21 años. Cuando en 1898 Cuba adquirió su independencia, las autoridades españolas trasladaron las disputadas reliquias a Sevilla, donde hoy son exhibidas en un catafalco de la catedral. En lo que —sostienen— es un gesto de buena voluntad, el gobierno español regaló parte de las cenizas del almirante a Génova.

Las ciudades rivalizan

De esta manera, la disputa más importante y aguerida a fin de ser considerada la ciudad que conserva los restos de Colón se mantiene entre Santo Domingo y Sevilla. No obstante, otros rivales se han sumado a la pelea.

El historiador cubano Eusebio Leal Spengler, por ejemplo, hizo circular la hipótesis de que las cenizas enviadas a España en 1898 no eran las mismas que fueran recibidas de Santo Domingo en 1795. Otros investigadores aseguran, en cambio, que el cuerpo de Colón nunca abandonó Sevilla.

Asimismo, hay una hipótesis acerca de cuál pudo haber sido la última morada de Cristóbal Colón que resulta la más original de todas y ni siquiera tan improbable como parece ser en un primer momento. El autor de esa teoría es el italiano Gianni Granzotto y la presenta al final de su biografía de Colón publicada en 1984.

Según él, el cadáver de Colón nunca fue llevado fuera de Valladolid, sino que quedó escondido en la cripta del convento de San Francisco. La explicación para ello se encuentra en que los franciscanos, grandes rivales de los dominicanos, habían sentido la importancia de Colón y por ello habrían

entregado alguna otra urna a su nuera, quedándose con la auténtica para evitar que cayera en manos de los dominicanos de la catedral de Santo Domingo.

Por su parte, cuando en el año 1959, un experto estadounidense investigó los huesos del sarcófago en la catedral de Santo Domingo, llegó a la conclusión de que pertenecen a distintos esqueletos. Posiblemente, se habrían mezclado los huesos del propio Colón y los de su hijo Diego. ¿Se trató de una casualidad o fue hecho adrede? De ser así, una parte habría quedado en Santo Domingo y la otra habría llegado a La Habana.

La disputa sobre qué ciudad tiene los auténticos restos de Cristóbal Colón lleva más de un siglo y, a pesar de la cantidad de investigaciones científicas realizadas, no se ha logrado establecer una solución satisfactoria para todas las partes.

Algo que complica especialmente las cosas es la posición tomada por las autoridades de Santo Domingo. Los dominicanos se niegan a exhumar el cadáver alegando que no está del todo claro qué tipo de investigación se llevaría a cabo con los restos humanos contenidos en la tumba de Colón. Esta decisión demora los esfuerzos para determinar de una vez la verdad del asunto. Las autoridades dominicanas alegan haberse sentido molestas ante los informes de que los investigadores realizarían algo más que una inspección visual, y ante la posibilidad de que tomaran muestras del ADN de los restos mortales sin un consentimiento oficial. Andy Mieses, el encargado del monumento, afirmó que el gobierno dominicano quiere asegurarse de que no haya malentendidos sobre el propósito de abrir la tumba.

Si el material genético estuviera intacto y el gobierno dominicano aprobara la realización de los estudios, los investigadores españoles cotejarían las muestras con otras tomadas de parientes de Colón enterrados en Sevilla y también con las de restos que descansan en la catedral de Sevilla que, según los científicos de España, son del mismo navegante.

Por su parte, el equipo de investigación español ha estudiado el ADN de los huesos que se encuentran en Sevilla junto con los de restos que se cree son los de Diego Colón, hermano del navegante, y los de Fernando, hijo de éste. Para conocer cuáles son los verdaderos restos se esperaba tomar muestras de ADN de ambos esqueletos, tanto el de Sevilla como el de Santo Domingo. Sin embargo, las autoridades dominicanas pospusieron indefinidamente la apertura de la tumba. En el estudio español, preliminar hasta ahora, se ha determinado una probable vinculación filial entre los huesos enterrados en la catedral de Sevilla y los del hijo de Colón, Fernando.

Una posible explicación estaría dada en que no estaba muy claro, en el momento de la exhumación del cuerpo de la catedral de Santo Domingo, cuál era exactamente la tumba de Cristóbal Colón, debido al mal estado de las tumbas; con lo que resulta al menos probable que sólo se recogiera una parte de los huesos, quedando la otra parte en la catedral de Santo Domingo. Sin embargo, faltan estudios que sean más concluyentes al respecto.

A pesar de todo lo expresado hasta ahora, el equipo de investigación dirigido por José Antonio Lorente, médico forense y director del Laboratorio de Identificación Genética de la Universidad de Granada, que estudia los huesos atribuidos al Almirante que están en la catedral de Sevilla desde 1898, se arriesga a afirmar que *sí son los de Cristóbal Colón*. Esta aseveración está basada en el estudio del ADN comparado con el de su hermano menor Diego y con el de su hijo Fernando.

Según dichos estudios, se determina que Cristóbal Colón era varón, de entre 50 y 70 años, sin marcas de patología, sin osteoporosis y con alguna caries. Mediterráneo, medianamente robusto y de talla mediana. Aun faltando estudiar los restos de República Dominicana, lo que permitiría completar la historia en torno de esta cuestión, Lorente considera que ya no es determinante para lograr la identificación de los restos de Cristóbal Colón. Porque, además, se estima que pueda haber restos en otros lugares, pues los que hay en la capital andaluza no llegan al 15 % de la totalidad del esqueleto. De esta manera, podría resultar que los que están en Santo Domingo también correspondan a los restos del descubridor de América.

Además del proyecto para esclarecer dónde está enterrado Colón, el Laboratorio de Identificación Genética de Granada trabaja en otro que pretende averiguar dónde habría nacido, una de las mayores incógnitas en torno de la figura del navegante. Se trata de comparar el cromosoma «Y» —el único heredado por vía paterna— del ADN de su hijo Fernando (cuyos restos están mejor conservados) con el de personas vivas con un apellido vinculado con el del almirante y residentes en regiones donde, según diversas teorías, pudo haber nacido Cristóbal Colón.

Según Lorente, su equipo espera desde hace un año y medio algún tipo de comunicación de las autoridades de Santo Domingo para poder analizar el material genético de los huesos conservados allí y que también podrían pertenecer a Colón. Si finalmente *«no se nos permite investigar allí, tampoco pasa nada»*, aseguró Lorente, quien admitió que, aunque ya no les hagan falta esos datos, el estudio de los huesos de Santo Domingo permitiría finalmente completar la historia.

Esta polémica en torno del paradero final del cuerpo de Cristóbal Colón resulta un epitafio apropiado para lo que fuera su propia carrera atribulada, debido a que la controversia fue marcando cada aspecto de su vida. Su fecha y lugar de nacimiento no son seguros, la cronología de sus años juveniles está en disputa. No queda claro cuándo o qué estudió en la universidad de Pavia, si visitó Islandia o de dónde obtuvo sus revolucionarias ideas geográficas. El mito de su origen y el de su paradero final se unen en una misma suerte: una simple y fría prueba de ADN.

Conclusiones

Los hechos protagonizados por quien en vida fuera Cristóbal Colón, para ser comprendidos, deben ser puestos —necesariamente— dentro del contexto político, social, económico y cultural de la época en que sucedieron. De lo contrario todo lo que pueda entenderse estará equivocado. Por esto es fundamental considerar cuándo es que sucede el «descubrimiento».

En primer término tengamos en cuenta que el 2 de enero de 1492 cae Granada, lo que da por terminada la ocupación árabe en España. Esto implica que habrá disponibilidad política y económica para atender otros asuntos.

Además, estamos en la última década del siglo XV. Son tiempos de Leonardo da Vinci y el comienzo de la era renacentista. Miguel Ángel, Nicolás Maquiavelo, Vlad III de Valaquia (inmortalizado como el Conde Drácula), Guido di Pietro di Mugello (Fray Angélico), Enrique VII de Inglaterra, son algunas de las destacadas figuras contemporáneas al Gran Almirante.

Es el siglo en que Johannes Gutenberg sorprende con la imprenta de tipos móviles. Nace Martín Lutero, quien impulsará ya en el siglo XVI la transformación del cristianismo provocando la Contrarreforma. La Basílica de San Pedro comienza a construirse en el mismo año en que muere Colón.

Se trata del resultado final de un proceso que comenzó a partir de las conmociones del año 1000, que tan bien describió —en lo que hace a sus raíces psicológicas— Carl G. Jung.

Con las Cruzadas se constituye en la capital de Medio Oriente un grupo cuyo nacimiento todavía resulta misterioso y que habrá de conocerse como la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y el Templo de Salomón. Los templarios, claro. Aquellos que poseyeron una importante flota naviera que surcaba aguas más allá del Mediterráneo y en donde parecían tener sus intereses; partían del puerto fortificado de La Rochelle —bañado por las aguas atlánticas— en prolongados viajes de los cuales regresaban con las bodegas repletas de lingotes de plata, metal extraído de las minas que todavía funcionan en la actual Bolivia.

La existencia del continente americano —fuera cual fuese la denominación que entonces tuviera— era ya conocida ampliamente por los navegantes más avezados, por las personas cultas y por los gobernantes. Era un secreto sólo para la población; pero un secreto a voces dentro de determinados grupos, cuya trama tenía como resultante el poder de aquel entonces.

En su extraordinaria (y poco reconocida entre los «científicos oficiales») obra *La representación de América en los mapas del tiempo de Cristo*, el Doctor Dick Edgar Ibarra Grasso, demuestra —más allá de cualquier duda razonable— que este continente figuraba dentro del conocimiento geográfico de los antiguos. Diferente es —por supuesto— que tal información estuviera al alcance de la población toda. Algo impensable durante milenios. Y algo que hoy es «pensable», no por ello hemos de deducir que ocurre. ¿Cuántos conocimientos, hallazgos e invenciones se mantienen en secreto sólo por intereses económicos? ¿Acaso no es por esta razón que siguen sin producirse en gran escala motores solares o de otro tipo, que no consuman gasolina?

¡Cuán absurdo nos parece hoy aquello de que, antes de Colón, se creía que la Tierra era cúbica!, tal como enseñaba no sólo ya la maestra de escuela primaria, sino que proseguía haciéndolo el profesor de geografía, y también el de historia.

Y no tenemos dudas de que esto proviene de haberse encontrado imágenes —de hace siglos— que muestran un planeta cúbico. Es verdad. Esas imágenes existen. Pero significan otra cosa. Tales figuras son producto de la obra de personas iniciadas en el campo esotérico, pertenecientes a órdenes secretas, que con esto simbolizaban su deseo de que en algún momento privilegiado la humanidad toda llegara a comportarse armónicamente.

Tanta fuerza tiene este concepto que asocia lo armónico, lo pleno, lo adecuado a los ángulos rectos que se aprecian en el símbolo de la «Tierra cúbica» que, aún hoy, en pleno siglo XXI, todavía, cuando queremos señalar que una persona es confiable, que tiene principios a los que respeta, que es ético... decimos que es una «persona recta.» Recta, una forma sucinta de referirnos al ángulo recto. El ángulo de 90°.

Utilizando otras formas cartográficas —muchas de ellas copias disminuidas de otras de mucha mayor antigüedad— aquellos mapas no sólo exhiben los contornos del nuevo continente sino —también— del polo sur y de islas que ya no existen.

Espanoles, portugueses, franceses y tantos otros reinados europeos visitaban la región de manera regular con fines comerciales. Y cada uno

mantenía en secreto la ruta, así como los resultados obtenidos. Para lo cual se negociaba con mucho cuidado.

Es conveniente en este punto recordar la anécdota de lo ocurrido al embajador de España cuando visitó al rey de Francia para informarle del acuerdo que realizarían Portugal y España por mediación de Su Santidad. El rey francés pone una sola limitación cuando dice, aproximadamente, esto: «*Mientras no se metan con aquella región donde nuestros barcos van de pesca desde hace doscientos años...*» «Esa región» estaba situada frente a las costas de América del Norte.

El Gran Almirante —como decidió bautizarlo la historia oficial— recelaba de Martín Alonso Pinzón, a cuyo cargo había puesto la *Pinta*. Y sus temores no eran infundados. Martín Alonso era uno de los hombres mejor informados de su tiempo en lo que a viajes se refiere, gracias a su continuado estudio de mapas y cartas náuticas.

Por otro lado, el hecho de que Colón se relacionara con él a través de dos frailes del monasterio de la Rábida hace más delicado el vínculo. ¿A qué intereses representaba este eximio navegante que, además, contaba con fortuna material? Pinzón tenía cartas marinas que Colón desconocía y, además, ya había visitado las costas que, ahora, se proponían «descubrir» oficialmente.

Colón —en cambio— era un navegante mediocre, mientras que Pinzón llevaba el verdadero crédito entre los marinos. Lo que el descubridor sí tenía era audacia, tenacidad, perseverancia a toda prueba, capacidad para negociar con quien le fuere conveniente, disposición para cuanto fuere menester con tal de lograr el objetivo (por los hechos históricos recogidos pareciera que hasta a cometer crímenes si fuera necesario) y una ambición sin medida. De allí el empeño conocido, tras sus viajes, de asegurar para sí y sus sucesores una ilimitada fortuna que —de haberle sido concedida— habría seguido incrementándose con los siglos hasta la actualidad.

Y hago esta descripción —que puede parecer cruel pero que a la luz de las revelaciones documentales con que hoy contamos es honesta—, pues a partir de ella resulta sencillo comprender que Cristóbal Colón contaba con el perfil necesario para realizar esa particular empresa de hacer público aquel secreto que ya no podía mantenerse más tiempo. Antes o después, alguien reclamaría para sí aquellas tierras. Era necesario, entonces, acordar un «descubrimiento oficial» y, a partir de él, que los poderosos del momento decidieran repartirlas para su provecho a fin de evitar molestas interferencias.

Para tal cosa era necesaria una persona especial. No cualquier persona. Alguien que por su perfil psicológico no advirtiera que estaba siendo utilizado como simple títere en las manos de habilísimos titiriteros.

Así, tiene lugar el «hallazgo público» del nuevo continente. Que surge como de una confusión.

Hay quienes piensan —entre ellos Colón, pues como ya señalé desconocía mucho— que ha llegado a las Indias. Otros tienen certeza de que es una tierra diferente, pero prefieren no apresurar sus dichos. Aunque... ¿a quién se le hubiera ocurrido repartirse las Indias conocidas desde antaño y con las que se negociaba usualmente? Está claro que quienes estaban informados tenían por seguro que estaban en un continente diferente de Asia... Europa había crecido y se necesitaban nuevos territorios para explotar. Es interesante recordar aquí que un influyente miembro de la corte de los Reyes Católicos expresa, a poco de concretados los viajes de Colón: «*¡Con estos territorios tendremos para comerciar durante quinientos años!*» Cuesta pensar que sólo se trató de una expresión de deseos sin otro fundamento que el entusiasmo...

El «descubrimiento» fue solventado por una trama de intereses que cubría toda Europa, y sirvió para promoción de los más diversos aspectos. Hasta de los religiosos.

Veamos...

Desde, precisamente, 1492 y hasta 1503 es papa Alejandro VI, y no se trata de una designación al azar. El nuevo papa nació bautizado Rodrigo Borgia. Era natural de Xátiva (Valencia) y sobrino de Alfonso de Borgia (quien fuera el papa Calixto III.) Alejandro VI tenía cuatro hijos; tres de los cuales —Juan, César y Lucrecia— sobresalieron en la historia de su pontificado. Mantenía importante influencia tanto sobre los Reyes Católicos como sobre los poderosos financistas judíos de Xátiva (que era su tierra natal) y Valencia. Tales relaciones fueron esenciales como base política y financiera para concretar el Descubrimiento.

Resulta interesante señalar que fue el mismo Rodrigo Borgia quien afirmó entonces que no era para él un asunto nuevo la realidad de la esfericidad de la Tierra y que no fuera plana como en la creencia popular, puesto que en el *Libro del Apocalipsis* está escrito: «...sobre la redondez de la tierra...»

Podría haber traído Su Santidad otros párrafos menos conmovedores que éste; pero no lo hizo.

Obviamente convenía más a sus intereses referirse a párrafos extraídos del libro que habla del fin del mundo. Los feligreses pondrían más atención. Y

hasta podrían hallar en ello una relación entre la coincidencia de la determinación de la Tierra redonda... y la llegada de los tiempos finales.

Como vemos, cada quien sacó provecho de aquellos primeros viajes transatlánticos reconocidos públicamente. Ni lerdo ni perezoso, Colón escribió a los Reyes Católicos: «*No he utilizado ni razón, ni cálculos, ni mapamundis. Simplemente se ha cumplido lo que predijo Isaías [en referencia a Isaías (40:22)]: “Él está asentado sobre el globo de la Tierra...”*». Tan precisas son las descripciones del Antiguo Testamento sobre conocimientos astronómicos que bien conviene recordar a Job (26:7): “*Extiende el alquilón sobre vacío, cuelga la Tierra sobre nada*”. Si las más antiguas páginas de la Biblia ya afirmaban la esfericidad del planeta que habitamos, ¿es viable sostener que los hombres sabios de la Fe lo ignoraran?»

No se trata de afirmar que Colón murió sin enterarse de a dónde había llegado. Tampoco de lamentarse porque no pudo concretar su sueño de enriquecerse hasta límites impensados. El tema en cuestión es que, al parecer, ni en el momento de su muerte comprendió que —como tantos otros en la historia de la humanidad— había sido utilizado para cumplir un objetivo que no era el suyo, sino el de otros que desde detrás del telón gobernaban el mundo.

Bibliografía

- ALIGHIERI, Dante, *La Divina Comedia*. Traducido al castellano por Manuel Aranda y San Juan, Ediciones Selectas, México, 1921
- , *La Divina Comedia*. Introducción y comentario de Francisco Montes de Oca. Editorial Porrúa, México, 1998.
- ALMAGIÁ, Roberto, *Il mappamondi di Enrico Martello e alcuni concetti geografici di Cristoforo Colombo*, Bibliópolis, Librería Editrice, Florencia, 1941.
- ÁLVAREZ DE SOTOMAYOR, Manuel, «¿Colón mallorquín? — Juicio crítico a la tesis del Colón balear», en *Historia de Mallorca* coordinada por J. Mascaró Pasarius, Tomo VII, Palma de Mallorca, 1978.
- AMIR IBN TAUFIK, *¿Estuvieron los fenicios en América? Tercera parte*. Trabajo publicado por el Instituto Boliviano-Libanés, La Paz, 20 de enero de 1984.
- ARNAUD, Vicente Guillermo, *Las islas Malvinas. Descubrimiento, primeros mapas y ocupación, siglo XVI*. Publicación especial n.º 13 de la Academia Nacional de Geografía, Buenos Aires, 2000.
- BAGROW, Leo, *Geschichte der Kartographie*. Ed. Safari, Berlín, 1951.
- BAGROW, Leo y SKELTON, R. A., *History of Geography*. Watts & Co., Londres, 1964.
- BECK, Hanno, *Geographie: Europäische Entwicklung*. Texten und Erläuterungen, Munich, 1973.
- BERGIER, Jacques, *El libro de lo inexplicable*. Plaza y Janés, Barcelona, 1977.
- BERLITZ, Charles, *El misterio de la Atlántida*. Editorial Pomaire, Barcelona, 1976.
- , *Misterio de los mundos olvidados*. Editorial Bruguera, Barcelona, 1974
- BURNS GLYNN, William, *Decodificación de quipus*. Banco Central de Reserva del Perú, Universidad Alas Peruanas, Lima, 2002.
- CARNAC, Pierre, *La historia empieza en Bimini*. Plaza y Janés, Barcelona, 1975.

- , «Templarios en América». *Karma* 7, Año V, N.º 61, Barcelona, 1977.
- CERAM, C. W., *El primer americano*. Editorial Destino, Barcelona, 1973.
- CHARPENTIER, Louis, *El misterio de los templarios*. Plaza y Janés, Barcelona, 1970.
- CHARROUX, Robert, *Historia desconocida de los hombres*. Editorial Zig Zag, Santiago de Chile, 1968.
- , *Nuestros antepasados extraterrestres*. Editorial Bruguera, Barcelona, 1971.
- COE, Michael D.; «The Olmec Heartland; Evolution of ideology», en *Regional perspectives of the Olmec*, editado por R. J. Grove. Cambridge University Press, Cambridge, 1989.
- COLÓN, Cristóbal, *Diario de a bordo*. Luis Arranz Márquez (ed.), Madrid, 1991.
- COLÓN, Hernando, *Historia del Almirante*. Edición de Luis Arranz, Historia 16, Madrid, 1985.
- CORTESAO, Armando, «Do ambiente científico em que se iniciaram os descobrimentos portugueses». En *Esparsos*, Coimbra, 1975.
- , *Cartografia portuguesa antiga*. Comissão executiva das comemorações do quinto centenario da morte do Infante D. Henrique, Lisboa, 1960.
- , *Historia da cartografia portuguesa*. Junta de Investigadores de Ultramar, Coimbra, 1970.
- DAVIES, Arthur, «Behaim, Martellus and Columbus», en *The Geographical Journal*, Vol. 143, Part. 3. Publicación de The Royal Geographical Society, Londres, Noviembre 1977.
- DE AZEVEDO DA SILVA RAMOS, Bernardo, *Inscripos e tradições da America prehistorica, especialmente do Brasil*. Imprensa Nacional, Río de Janeiro, 1930.
- DE FRUTOS, Pedro. *El enigma de Colón*. Editorial A. T. E., Barcelona, 1980.
- DE GANDÍA, Enrique, *El descubrimiento de América en los viejos y nuevos historiadores de Colón*. Academia Nacional de Geografía, Buenos Aires, 1989.
- , «La India del Ganges y la India de Colón», en *Anales de la Academia Nacional de Geografía*, 10, Buenos Aires, 1985.

- , «Los antiguos conocían América», en *La Nación*, Buenos Aires, 6 de junio de 1976.
- , «Los viajes fracasados de Vespucci a Cattigara, Taprobana y Malaca». Separata de la Revista de Historia n.º 100, San Paulo, Brasil, 1974.
- , «Tolomeo y América», en *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán*, VII/4, 43, Tucumán, 1974.
- DE GUIGNES, Joseph, *Le Fou Sang des Chinois est l’Amerique? Memoires de l’Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, tome 28, Paris, 1761.
- DE LA CROIX, Robert, *Historia secreta de los océanos*. Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1978.
- DE LAS CASAS, Fray Bartolomé, *Historia de las Indias*. Edición de Agustín Millares, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.
- DE MADARIAGA, Salvador, *Vida del Muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón*. Editorial Sudamericana, 9.ª edición, Buenos Aires, 1991.
- DE MAHIEU, Jacques, *La agonía del dios-sol*. Hachette, Buenos Aires, 1977.
- DE SMET, Antoine, *Mechelse geleerden op het gebied van wiskunde en kartografie*. En *Handelingen van de Koninklijke Kring voor Oudheidskunde, Letteren en Kunst*, LXXXIV, Malinas, 1970.
- DELEKAT, Lienhardt, *Phönizier in Amerika*. Bonn, 1960.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Historia Universal Moderna*. Editorial Vicens-Vives, Barcelona, 1987.
- DOPPELMAYR, Johann Gabriel, *Historie von den Nürnberger Mathematicis*. Sin sello editor, Nüremberg, 1730.
- DUFF, Charles, *La verdad acerca de Cristóbal Colón y del descubrimiento de América*. Editorial Espasa, Madrid, 1938.
- DUVAL, Pierre, *La ciencia ante lo extraño*. Plaza y Janés, Barcelona, 1975.
- ERRÁZURIZ ZAÑARTU, Jaime, *Cuenca del Pacífico: 4000 años de contactos culturales*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2000.
- FALL, Yoro K., *L’Afrique a la naissance de la cartographie moderne*. Karthala, París, 1987.

- FELL, Barry, *América a. C. Los primeros colonizadores del Nuevo Mundo*. Editorial Diana, México, 1983.
- FERNÁNDEZ ARMESTO, Felipe, *Antes de Colón*. Editorial Cátedra, Madrid, 1993.
- FROST, Frank J., *The Palos Verdes Chinese Anchor Mystery*. Archeology 31/1, Nueva York, 1982.
- GALLEZ, Paul, «Cristóbal de Haro y el descubrimiento del estrecho magallánico en 1514», en *Investigaciones y Ensayos*, nro. 17, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1975.
- , *En busca de la Cola del Dragón - Tierra del Fuego en la cartografía premagallánica*, en *Karukinká*, nro. 9, Buenos Aires, 1974.
- , *Estudios históricos sobre Tierra del Fuego*. Instituto Patagónico, Bahía Blanca, 1999.
- , «Les grands fleuves d'Amérique du Sud sur le ptolémée londonien d'Henri Hammer (1489)», en *Erdkunde*, XXIX/4, Bonn, 1975.
- , «Predescubrimientos de América», Instituto Patagónico, Bahía Blanca, 2001.
- , «Protocartografía fueguina y sudamericana», en *Karukinká*, nros. 21-22, Buenos Aires, 1977.
- , «Protocartografía y exploraciones». Instituto Patagónico, Bahía Blanca, 1999.
- , «Tierra del Fuego en los ptolomeos precolombinos de Hammer», en *Karukinká*, n.º 14, Buenos Aires, 1975.
- , «Trois thèses de prédécouverte de l'Amérique du Sud par le Pacifique», en *Gesnerus*, 33/1-2, Zurich, 1976.
- GALLEZ, Paul y BECK, Hanno, «La cola del dragón: América del Sur en los mapas antiguos, medievales y renacentistas». Publicación del Instituto Patagónico, Bahía Blanca, 1990.
- GALLOIS, Lucien, *De Orontio Finaeo Gallico Geographo*. Leroux, París, 1890.
- GARCÍA BARTHE, Enrique, *Globalización histórica. Los mapas que cambian la Historia*. Trabajo expuesto en el IV Congreso de Americanistas realizado en la Universidad de El Salvador de Buenos Aires, los días 4 y 5 de octubre de 2001.
- GARCÍA DE PAZ, José Luis e IBARS, Mariona, «En busca de Carlos, Príncipe de Viana». Revista de Arqueología del siglo XXI, nro. 289, Madrid, mayo 2005.

- GAYA, Marcelo, *El mito de Cristóbal Colón*. Librería General, Zaragoza, 1957.
- GIL, Juan, *Mitos y utopías del Descubrimiento*. Editorial El Dorado, Madrid, 1989.
- GIL, Juan y VARELA, Consuelo, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos. Nuevas cartas*. Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- GÖÖK, Rolan, *Grandes enigmas de nuestro mundo*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1971.
- GRAIVER, Bernardo, *Historia de la Humanidad en la Argentina Bíblica y Biblónica*, Editorial Albatros, Buenos Aires, 1980.
- GUIJARRO, Joseph, *El tesoro oculto de los Templarios*, Martinez Roca, 2001.
- HAKIM QUICK, Abdallah y SHABBAS, Audrey, *Musulmanes en América antes que Colón*. [www.colombiaarabe. online.com](http://www.colombiaarabe.online.com), artículo publicado el 11 de febrero de 2005.
- HAPGOOD, Charles H., *Maps of the Ancient Sea Kings*. Adventures Unlimited Press, Kempton, Illinois, 1996.
- HENNIG, Richard, *Grandes enigmas del universo*. Plaza y Janés, Barcelona, 1976.
- , *Terrae Incognitae*, tomo 1. Leiden, Brill, 1950.
- HERRMAN, Paul, *La aventura de los primeros descubrimientos*. Enciclopedia Labor, Barcelona, 1967.
- HEYERDAHL, Thor, *Aku-Aku*. Editorial Juventud, Barcelona, 1968.
- , *American Indians in the Pacific: The Theory behind the Kon-Tiki Expedition*. George Allen & Unwin Ltd., Londres, 1952.
- HOMET, Marcel F., *Chan Chan la misteriosa*. Editorial Martínez Rosa, Barcelona, 1977.
- HURTADO GARCÍA, José Antonio, *La ruta T y D. Los mallorquines en Canarias en el siglo XIV*. Tesis doctoral, Departamento de Historia de la Universidad de La Laguna, Tenerife, sin fecha de presentación.
- IBARRA GRASSO, Dick Edgar, *La representación de América en mapas romanos de tiempos de Cristo*. Buenos Aires, 1970.
- , *Los hombres barbados en la América precolombina*. Editorial KIER, Buenos Aires, 1998.
- IMBELLONI, José, *La segunda esfinge indiana*. Hachette, Buenos Aires, 1956.

- JONES, Gwyn, *El primer descubrimiento de América. Establecimiento de los vikingos en Islandia, Groenlandia y América*. Ediciones de Occidente, Barcelona, 1965.
- KARANTASI, Vasilis Tsiolis, *La geografía antigua*. Arco/Libro, Madrid, 1997.
- LAERCIO, Diógenes, *Vidas de filósofos ilustres*. Editorial Iberia, Barcelona, 1962.
- LÓPEZ FLORES, Manuel, *El piloto anónimo*. Editorial Clásica, Madrid, 1962.
- LÓPEZ HERRERA, Salvador, *Las islas Canarias a través de la Historia*. Editorial Ferán, Madrid, 1972.
- MANDEVILLE, John o Jean de Bourgogne, *The Travels of Sir John Mandeville*, Penguin, Londres, 1983.
- MANZANO MANZANO, Juan. *Colón descubrió América del Sur en 1494*. Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1972.
- , *Cristóbal Colón: Siete años decisivos de su vida 1485-1492*. Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1989.
- , *Colón y su secreto: el predescubrimiento*. Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1989.
- MAZDEL, Jean, *El secreto de los fenicios*. Editorial Bruguera, Barcelona, 1970.
- MENZIES, Gavin, *1421: The Year China Discovered the World*. Bantam Press, Londres, 2002.
- MEYERS, Betty J., *Introducción en Evolución y Difusión Cultural*. Ediciones Abya-Yala, Quito, 1998.
- MICHEL, Aimé, ¿Descubrieron América los bretones?, en *Revista Horizonte* Nro. 5, Barcelona, 1969.
- MONTET, Pierre, *L'Egypte et la Bible*. Delachaux & Niestlé, Neuchatel, 1959.
- MURIS, Oswald, *Der Erdapfel des Martín Behaim*, en *Ibero-Amerikanisches Archiv*, XVII/1-2, Berlín, 1942.
- MURO OREJÓN, Antonio, *Pleitos Colombinos*. Escuela de estudios Hispano-americanos, Sevilla, 1984.
- NALLINO, Carlo Alfonso, *Al-Huwarizmi e il suo rifacimento della geografia di Tolomeo*. En: *Memorie della Classe di Scienze morali, storiche e filosofiche della Reale Accademia dei Linci*, tomo CCXCI, Vol. 11, Parte 19, Roma, 1894.

- NEEDHAM, Joseph, *Science and Civilization in China*, 3 vols., Cambridge University Press, Cambridge, 1959.
- NORDENSKJÖLD, Adolf Eric, *Periplus: an Essay on the early History of Charts and Sailing Directions*. Traducido y editado por Francis A. Bather, Estocolmo, 1897.
- OBREGÓN, Mauricio, *Colón en el mar de los Caribes*. Editorial Uniandes, Bogotá, 1992.
- PECK, Douglas T., *Reconstruction and analysis of the 1492 Columbu's log. Conference*. Society of History of Discoveries, Fort Lauderdale, 1988.
- PICKEERING, Keith, *The First Voyage Of Columbus*. Maine University, Maine, 1991.
- POHL, Frederick J., *Américo Vespucio: Piloto Mayor*. Editorial Hachette, Buenos Aires, 1947.
- PTOLOMEO, *Libro dell'aggregazione delle stelle*, Alfargano, edición de Romero Campani, Florencia, 1910.
- RAMÍREZ, L., *Cristóbal Colón en 25 000 palabras*. Editorial Bruguera, 1974.
- RAVENSTEIN, Ernest George, *Martin Behaim, his life and his globe*. Sin sello editor, Londres, 1908.
- RENOU, Louis, *Le Géographie de Ptolémée: L'Inde (VII, 1-4)*. Edouard Champion, París, 1925.
- REY PASTOR, Julio, *La Cartografía mallorquina*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1960.
- , *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América*. Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1942.
- RIBERA, Antonio, *Operación Rapa Nui*. Editorial Pomaire, Barcelona, 1975.
- RÖHL, Eduardo, *Historia de las ciencias geográficas de Venezuela (1498-1948)*. Edición de Héctor Pérez Marchelli, Talleres Gráficos Cromotip, Caracas, 1990.
- RONAN, Colin, *Descubrimientos perdidos*. Editorial Grijalbo, Barcelona, 1975.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio, *La población de América Latina*. Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- SANZ, Carlos, *Ciento noventa mapas antiguos del mundo de los siglos I al XVII que forman parte del proceso cartográfico universal*.

- Real Sociedad Geográfica, Madrid, 1970.
- SCHLEGEL, Gustav, *Fu-Sang Kouo, le pays de Fu-Sang*. Extrait du *Toung – Pao*, III 2, Leiden, Brill 1892.
- SCHOBINGER, Juan. *¿Vikingos o extraterrestres? Sobre el origen de las culturas precolombinas*, Editorial CREA, Buenos Aires, 1982.
- SOTO, Juan, *Guía secreta de Galicia*. Editorial Al-Borak, Madrid, 1976.
- TAIANA, Jorge A., *La gran aventura del Atlántico Sur — navegantes, descubridores y aventureros (Siglos XVI-XVIII)*. Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1985.
- TOMAS, Andrew, *No somos los primeros*. Plaza y Janés, Barcelona, 1973.
- URTON, Gary, *Signs of the Inka Khipu – Binary coding in the Andean knotted-string records*. University of Texas Press, Austin, 2003.
- USLAR PIETRI, Arturo, *La otra América*. Alianza Editorial, Madrid, 1974.
- VAILLANT, George C., *La civilización azteca*. Fondo Cultural Económico, Madrid, 1941.
- VARGAS MARTÍNEZ, Gustavo, *Fusang – Chinos en América antes de Colón*. Edición Trillas, México, 1980.
- VERD MARTORELL, Gabriel, titulado *En busca de la verdad: el verdadero origen de Cristóbal Colón*. Conferencia pronunciada el 14 de Noviembre de 2002 por Gabriel Verd Martorell, Secretario General de la Asociación Cultural Cristóbal Colón, en el Aula «General Weyler» del Club Deportivo Militar «Es Fortí» de Palma de Mallorca, organizada por la Asociación Amigos del Castillo de San Carlos.
- VERDERA, Nito, *Cristóbal Colón, catalanoparlante*. Editorial Mediterrània— Eivissa, Ibiza, 1994.
- , *Cristóbal Colón originario de Ibiza y criptojudío*. Consell Insular d'Eivissa i Formentera, Ibiza, 1999.
- , *De Ibiza y Formentera al Caribe: Cristóbal Colón y la toponimia*. Granollers: Imp. Instant Copy, Barcelona, 2000.
- , *La verdad de un nacimiento. Colón Ibicenco*. Kaydeda Ediciones, Madrid, 1988.
- VIGNATI, A. y FABER, A., *Los Grandes Enigmas del Cielo y la Tierra*. Editorial A/T/E, Barcelona, 1973.

- VON DÄNIKEN, Erich, *El día que llegaron los dioses*. Editorial Diana, México, 1990.
- , *El mensaje de los dioses*. Editorial Martínez Roca, Barcelona, 1976.
- , *Regreso a las estrellas*. Plaza y Janés, Barcelona, 1975.
- WIESENTHAL, Simon, *Sails of Hope: The Secret Mission of Christopher Columbus*. Editorial Macmillan, Nueva York, 1973.
- WINNING, Edward, *An inglorious Columbus or evidence that Hwishin and a party of Budhist monks of Afghanistan discovered America in the fifth century*. Appleton, Nueva York, 1885.

Webgrafía

www.cervantesvirtual.com/portal/colon/
www.ensayistas.org/antologia/XV/colon/
www.artehistoria.com/historia/personajes/5581.htm
www.cristobalcolondeibiza.com/
[www.antoniolasheras.com. ar](http://www.antoniolasheras.com.ar)
www.bcngrafics.com/xpoferens/
www.microsiervos.com/archivo/leyendas-urbanas/colon
www.galicianet.com/colon-philippot/
www.hottopos.com/mirand8/colon
www.aceros-de-hispania.com/espada-cristobal-colon
www.fortunecity.com/victorian/churchmews/1216/RelacionCristobalColon
[www.blogdecristobalcolon. blogspot.com/](http://www.blogdecristobalcolon.blogspot.com/)
[www.mcu. es/archivos/visitas/indias/indias](http://www.mcu.es/archivos/visitas/indias/indias)
www.cervantesvirtual.com/historia/viajeros/viajeros2_martinpinzon
www.islamyal-andalus.org/islam_america/antes/mapas
www.americacelta.com/saintbrendan/index
[www.tierradelfuego.org. ar/museo/cartografia](http://www.tierradelfuego.org.ar/museo/cartografia)
www.temakel.com/histcolon
www.medievalum.com/index
[www.catedras. fsoc. uba. ar/udishal/art/falso_palomo](http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal/art/falso_palomo)



ANTONIO LAS HERAS. Nacido en Buenos Aires, destaca en el medio cultural de su país como ensayista, periodista y narrador. También ha trabajado como novelista muy interesado en antiguas figuras históricas. En su labor novelística e histórica ha tratado con rigor la historia que verdaderamente sucedió, conjeturando lo que pudo ser. En los medios de comunicación es un divulgador de los fenómenos paranormales y la parapsicología. Escritor incansable, disfruta de un lugar destacado en la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) y en la Fundación El Libro.

Director del Instituto de Estudios e Investigaciones Junguianas de la Sociedad Científica Argentina Licenciado en Periodismo y Comunicaciones; doctor en Psicología Social y magister en Psicoanálisis graduado en todos los casos en la Universidad Argentina John F. Kennedy donde es Profesor Asociado del Departamento de Comunicaciones Sociales. Esta casa de altos estudios lo distinguió (1998) con la Gran Cruz Kennedy «por sus investigaciones originales en Parapsicología y Psicología Junguianas.» Cabe señalar que la Gran Cruz Kennedy es la máxima distinción académica que otorga la Universidad Kennedy y que la misma le fue discernida, en otros años, a personalidades como el poeta Jorge Luís Borges y el estadista Arturo Frondizi quien fuera presidente democrático de la Argentina.

El Dr. Antonio Las Heras ha escrito unos 40 libros de ensayo, editados en la Argentina, México, Estados Unidos, España, Rumanía y Polonia. Entre sus obras se destacan: *A, B, C de la parapsicología* (Premio Faja Nacional de Honor en el Género Ensayo de ADEA, Asociación de Escritores Argentinos); *Sociedades Secretas: Masonería, Templarios, Rosacruces y otras Ordenes Esotéricas* (Premio Faja Nacional de Honor en el Género Ensayo de SADE, Sociedad Argentina de Escritores); *Manual de psicología junguiana* (único texto en la actualidad en idioma castellano de aproximación al pensamiento del sabio suizo Carl G. Jung); *Permiso para una vida mejor* (Guía para el desarrollo del poder mental y creación de pensamiento positivo), publicado en Buenos Aires un best seller que alcanzó cinco ediciones; *Jesús de Nazareth, la biografía prohibida*, para cuya redacción el autor recorrió previamente todos los lugares de Medio Oriente donde, según los Evangelios, transitó Jesús. Su libro *OVNIS, los documentos de los astronautas* (con varias ediciones) incluye diálogos privados con astronautas.

